



TROTSKY, por G. Zornow.

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

***Problemas de la
vida cotidiana***

(Apéndice y anexos)

León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



Germinal

Obras Escogidas de León Trotsky
Edicions Internacionals Sedov

Valencia, noviembre de 2022
 3ª edición, aumentada

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

En esta tercera edición añadimos los dos prefacios, los capítulos “El periódico y su lector”, “Atención a las pequeñas cosas” y “Como empezar”, así como el Anexo; todos estos materiales traducidos desde la edición francesa de 1976 de 10/18, París, y disponibles desde hace un tiempo en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#). Serie desde la que también tomamos el prefacio a la edición en lengua tártara y todos los materiales del “Apéndice de nuestras EIS”. Lectura complementaria a esta obra es *Literatura y revolución*, también editada en estas mismas OELT(EIS) y que cuenta con abundantes anexos.

Índice

Problemas de la vida cotidiana	3
Introducción a la edición en lengua tártara	4
Prefacio de la segunda edición	4
Prefacio de la primera edición.....	5
No solo de “política” vive el hombre.....	6
El periódico y su lector	12
Atención con las pequeñas cosas.....	18
Usos y costumbres	21
Alcohol, iglesia y cine.....	25
De la vieja a la nueva familia	28
La familia y la ceremonia.....	34
Civilidad y cortesía como necesario lubricante de las relaciones cotidianas	37
La lucha por un lenguaje culto	40
Contra la burocracia, progresista y no progresista.....	43
Cómo empezar.....	47
Anexo	52
12 preguntas y respuestas sobre el modo de vida cotidiana obrera	53
¿Dónde está la salida? (Sobre el modo de vida cotidiana de los comunistas).....	84
Apéndice de nuestras EIS.....	87
Revolución y cultura.....	88
Grandes acontecimientos y pequeñas tareas	90
Unas palabras sobre cómo educar a los seres humanos	94
El leninismo y los clubes obreros	99
El papel cultural del corresponsal obrero.....	122
Termidor en el hogar.....	136

Problemas de la vida cotidiana

Introducción a la edición en lengua tártara

Queridos camaradas,

Naturalmente, me complace mucho la aparición de mi libro *Problemas de la vida cotidiana* en lengua tártara. Al escribir este libro, me basé en gran medida en la experiencia rusa y, por consiguiente, no tuve en cuenta las particularidades que caracterizan el modo de vida de los musulmanes. Pero como el libro sólo aborda problemas *fundamentales y generales* de la vida cotidiana, confío en que gran parte de lo que se dice sea aplicable a las experiencias diarias de las masas trabajadoras tártaras. No hace falta decir que mi libro no agota en absoluto la discusión de los problemas de la vida cotidiana, sino que se limita a plantear y esbozar parcialmente los problemas.

La tarea central en la transformación de la vida cotidiana es la liberación de las mujeres, forzadas como han sido a desempeñar el papel de meras bestias de carga por las antiguas condiciones de la familia, el hogar y la economía. En oriente, en los países islámicos, esta tarea se plantea con mayor intensidad que en cualquier otra parte del mundo. Si este libro consigue despertar o intensificar el interés crítico por los problemas de la vida cotidiana entre los obreros y campesinos tártaros más avanzados, su traducción se habrá justificado plenamente.

Con saludos comunistas

29 de octubre de 1924

Prefacio de la segunda edición

En comparación con la primera edición, esta segunda se ha ampliado considerablemente: en parte con artículos antiguos que se refieren directamente a cuestiones de la forma de vida, y principalmente con artículos bastante recientes. Agradezco a los compañeros que han respondido a mi convocatoria de comentarios, propuestas y otros materiales sobre el tema del modo de vida cotidiana. Estoy lejos de haber utilizado todos estos materiales. Pero el trabajo no está terminado. Sólo puede ser una obra colectiva, de alcance cada vez mayor.

Por lo que sé, unos pocos ilustrados intentan contrastar las tareas de la cultura del estilo de vida cotidiana con las tareas revolucionarias. Este enfoque sólo puede definirse como un grave error político y teórico. Escribimos en un artículo sobre la cultura proletaria (*Pravda*, n° 207):

“Pero por importante y por vital que sea nuestra tarea cultural, está totalmente subordinada a la suerte de la revolución europea y mundial. Seguimos siendo meros soldados en acción. Tenemos de momento un día de descanso, que hay que aprovechar para lavarnos la camisa, cortarnos el pelo y ante todo limpiar y engrasar el fusil. Toda nuestra actividad económica y cultural actual no es más que una reorganización de nuestro equipo entre dos batallas y dos campañas. Los combates decisivos están aún ante nosotros

y hay otros en el horizonte. Los días que vivimos no son todavía la época de una nueva cultura, son todo lo más el umbral de esa época.”¹

Cuanto más sistemático y práctico sea nuestro trabajo económico y cultural, más éxito tendremos en la resolución de las importantes tareas que tenemos por delante. La segunda oleada no será en absoluto una mera repetición de la primera, sino que nos exigirá en todos los ámbitos una preparación y una cualificación incomparablemente superiores. Sobre todo, debe haber una comprensión más profunda por parte de las masas trabajadoras de las perspectivas constructivas que sólo la revolución mundial triunfante puede ofrecernos en su totalidad y en su plenitud.

9 de septiembre de 1923

Prefacio de la primera edición

Para entender mejor este libro, es necesario contar su historia en dos palabras. Me pareció que la biblioteca del partido carecía de un pequeño folleto que, en la forma más popular, mostrara al obrero y al campesino medio la conexión entre ciertos hechos y fenómenos de nuestra época de transición y que, al tiempo que indicara una perspectiva correcta, sirviera como arma para la educación comunista. Para verificar esta idea, me dirigí al secretario del comité de Moscú, el camarada Zelensky, y le pedí que convocara una pequeña reunión de agitadores, en la que fuera posible intercambiar opiniones sobre los medios y procedimientos literarios de nuestra propaganda.

La reunión superó inmediatamente los límites del plan original. Los problemas de la familia y el modo de vida fascinaron a todos los participantes. En el transcurso de las tres sesiones, que duraron entre diez y doce horas en total, los diversos aspectos de la vida obrera en una época de transición fueron, si no resueltos, al menos tocados y en parte actualizados, así como nuestros medios de acción sobre el modo obrero de vida cotidiana.

Entre la primera y la segunda sesión, y a propuesta de los participantes, formulé preguntas por escrito, a las que algunos de ellos también respondieron por escrito; además, algunas de estas respuestas fueron el resultado de pequeñas asambleas a nivel de distrito. Nuestras conversaciones con los agitadores del comité de Moscú fueron escasas. Estos estenogramas y encuestas son la base del presente trabajo. Por supuesto, este material es extremadamente inadecuado. Además, hubo que rehacerlo muy rápidamente. Pero mi objetivo no era arrojar luz sobre el modo de vida de la clase obrera, su desarrollo y los medios para influir en él desde todos los ángulos, sino, sobre todo, presentar el problema del modo de vida cotidiana de la clase obrera como un objeto digno de un estudio cuidadoso.

El pequeño libro que aquí se propone no es en absoluto el panfleto popular cuya idea sirvió de punto de partida para esta obra. Intentaré volver a escribir ese folleto si las circunstancias lo permiten. Este folleto está dirigido principalmente a los miembros del partido, los dirigentes de los sindicatos, las cooperativas y las organizaciones culturales.

En el apéndice se recogen los extractos más interesantes e importantes de los cuestionarios y estenografías de nuestra reunión. El lector hará bien en leer primero este anexo. Así evitará ciertas dificultades de comprensión que podrían derivarse del hecho de que, para ahorrar tiempo y espacio, he omitido algunas citas y referencias.

4 de julio de 1923

¹ León Trotsky, *Literatura y revolución. Otros escritos sobre cultura, arte, literatura, filosofía y ciencia*, en estas OELT-EIS, página 90 del formato pdf.

No solo de “política” vive el hombre²

La historia prerrevolucionaria de nuestro partido fue la de la política revolucionaria. La literatura, la organización del partido, todo era dictado por la política en el sentido más estricto e inmediato, en el sentido más estrecho del término. Durante los años de revolución y de guerra civil, los intereses y las tareas políticas han revestido un carácter más urgente y más tenso aún. En el curso de esos años, el partido ha sabido agrupar a los elementos más activos de la clase obrera. Sin embargo, la clase obrera conoce los resultados políticos más *importantes* de esos años. La pura y simple repetición de esos resultados ya no le ofrece nada, más bien contribuye a borrar de su espíritu las enseñanzas del pasado. Después de la toma del poder y de su consolidación a raíz de la guerra civil, nuestras tareas principales se han desplazado en dirección a la edificación económico-cultural; estas tareas se han complicado, fraccionado, detallado, convirtiéndose, en cierto modo, en “prosaicas”. Al mismo tiempo toda nuestra lucha anterior, sus penas y sus sacrificios se justificarán sólo en la medida en que aprendamos a formular correctamente nuestras tareas “culturales” parciales, diarias, y a resolverlas.

¿En qué consisten, en definitiva, las adquisiciones de la clase obrera? ¿Qué ha podido asegurarse mediante la lucha llevada a cabo hasta el presente?

1.- La dictadura del proletariado (por medio del estado obrero y campesino dirigido por el partido comunista).

2.- El ejército rojo, sostén material de la dictadura del proletariado.

3.- La nacionalización de los medios de producción más importantes, sin los cuales la dictadura del proletariado no sería sino una mera fórmula.

4.- El monopolio del comercio exterior, requisito indispensable para la edificación socialista, dado el cerco capitalista.

Esos cuatro elementos, irrevocablemente adquiridos, constituyen el marco de bronce de nuestro trabajo. Gracias a este marco, cada uno de nuestros éxitos económicos y culturales será forzosamente (siempre y cuando se trate de éxitos reales y no supuestos) parte integrante del edificio socialista.

¿En qué consiste, pues, nuestra tarea actual? ¿Qué debemos aprender? ¿A qué debemos tender ante todo? Tenemos que aprender a trabajar correctamente, de manera exacta, esmerada, económica. Necesitamos cultura en el trabajo, cultura en la vida, cultura en la vida cotidiana. Hemos derribado el reino de los explotadores (después de una larga preparación) gracias a la palanca de la insurrección armada. No existe palanca apropiada para elevar de un sólo golpe el nivel cultural. Esto requiere un largo proceso de autoeducación de la clase obrera acompañada y seguida por el campesinado. Sobre ese cambio de orientación de nuestra atención, de nuestros esfuerzos, de nuestros métodos, el camarada Lenin escribe en su artículo dedicado a la cooperación:

“Nos vemos forzados a admitir que nuestra posición con relación al socialismo se ha modificado radicalmente. Ese cambio radical consiste en que antes nuestros principales esfuerzos se dirigían necesariamente a la lucha política, la revolución, la conquista del poder, etc. Mientras que ahora el centro de gravedad se desplaza de tal manera, que llegará a situarse en el trabajo pacífico de organización cultural. Estoy dispuesto a afirmar que el centro de gravedad debería situarse en el

² Publicado en *Pravda* el 10 de julio de 1923.

trabajo cultural, si no fuera por las condiciones internacionales y la necesidad de luchar por nuestra posición en escala internacional. Pero si dejamos de lado este factor, si nos limitamos a las condiciones económicas internas, el esfuerzo esencial debe dedicarse al trabajo cultural.”

Por consiguiente, las tareas exigidas por nuestra situación internacional nos apartan de nuestro trabajo cultural, aunque esto sea cierto sólo a medias, como vamos a ver. En nuestra situación internacional, el factor principal es el de la defensa del estado, es decir, en primera línea el ejército rojo. En este plano extremadamente importante, las nueve décimas partes de nuestra tarea desembocan en el trabajo cultural: hay que elevar el nivel del ejército, ante todo hace falta que sepa leer y escribir; hay que enseñarle a servirse de un manual, de libros, de mapas geográficos; hay que acostumbrarlo a un mayor esmero, exactitud, corrección, economía, facultad de observación. Ningún milagro resolverá de un sólo golpe esta tarea. Después de la guerra civil, durante la transición hacia la nueva época, el intento por dotar nuestro trabajo de una saludable “doctrina de guerra proletaria” fue el ejemplo más flagrante, el más evidente de la incompreensión opuesta a las tareas de la nueva época. Los proyectos extravagantes, tendientes a la creación de laboratorios destinados a elaborar una “cultura proletaria” proceden de la misma fuente. Esta búsqueda de la piedra filosofal resulta de la desesperación ante nuestro atraso, al mismo tiempo que de la creencia en los milagros que, ya de por sí, es un índice de atraso. No tenemos, sin embargo, razón alguna para desesperar, y ya es hora de renunciar a la creencia en los milagros, al charlatanismo pueril del tipo “cultura proletaria” o “doctrina de guerra proletaria”. En el plano de la cultura proletaria, hay que aplicarse diariamente al progreso de la cultura, que es el único que podrá dotar de un contenido socialista a las principales adquisiciones de la revolución. He aquí lo que hay que comprender, so pena de jugar un juego reaccionario en el desarrollo del pensamiento y del trabajo del partido.

Cuando el camarada Lenin dice que nuestras tareas actuales no pertenecen tanto al terreno político como al de la cultura, hay que entenderse sobre los términos, a fin de evitar una falsa interpretación de su pensamiento. En cierto sentido, todo está determinado por la política. En sí mismo, el consejo del camarada Lenin de trasladar nuestra atención de la política a la cultura, es un consejo de *orden político*. Si en un momento dado, en un determinado país, el partido obrero decide plantear primero reivindicaciones económicas más bien que políticas, esta decisión tiene en sí un carácter político. Es evidente que la palabra “político” se emplea aquí en dos acepciones distintas: primeramente en el sentido amplio del materialismo dialéctico, que abarca el conjunto de todas las ideas, métodos y sistemas rectores aptos para orientar la actividad colectiva en todos los campos de la vida pública; luego, en el sentido estricto y específico que caracteriza a una parte determinada de la actividad pública, en lo que respecta directamente a la lucha por el poder, y que se distingue del trabajo económico, cultural, etc. Cuando el camarada Lenin escribe que la política es economía concentrada, considera a la política en el sentido amplio, filosófico. Cuando el camarada Lenin dice: “Menos política y más economía”, se refiere a la política en el sentido restringido y específico. El término puede emplearse tanto en un sentido como en otro, ya que tal empleo está consagrado por el uso. Basta con comprender claramente de lo que se trata en cada caso específico.

La organización comunista consiste en un partido político en el sentido amplio, histórico o, si se quiere, en el sentido filosófico del término. Los otros partidos actuales son políticos, sobre todo porque hacen (pequeña) política. La transferencia de la atención de nuestro partido al trabajo cultural no comprende, pues, disminución alguna de su papel político. Su papel histórico determinante (es decir, político), lo ejercerá el partido precisamente concentrando su atención en el trabajo de educación y en la dirección de ese trabajo. Sólo el resultado de largos años de trabajo socialista fructífero en el plano interior,

llevado a cabo bajo la garantía de la seguridad exterior, podría deshacer las trabas que implica el partido, haciendo que éste se reabsorba en la comunidad socialista. De aquí a entonces hay un trecho tan largo, que mejor vale no pensar en ello... En lo inmediato, el partido debe conservar íntegramente sus características principales: cohesión moral, centralización, disciplina, únicas garantías de nuestra capacidad de combate. Bajo las nuevas condiciones esas inapreciables virtudes comunistas podrán precisamente mantenerse y desplegarse, a condición que las necesidades económicas y culturales sean satisfechas de forma perfecta, hábil, exacta y minuciosa. Considerando justamente esas tareas, a las que hay que conceder la preeminencia en nuestra política actual, el partido se dedica a repartir y a agrupar sus fuerzas, educando a la nueva generación. Dicho de otro modo: la gran política exige que el trabajo de agitación, de propaganda, de reparto de los esfuerzos, de instrucción y de educación se concentre en las tareas y en las necesidades de la economía y de la cultura, y no en la “política”, en el sentido estrecho y particular del término.

El proletariado representa una poderosa unidad social, que se despliega plena y definitivamente en períodos de lucha revolucionaria aguda en pro de los objetivos de la clase en su totalidad. Pero en el interior de esta unidad se observa una diversidad extraordinaria, y hasta una disparidad no despreciable. Entre el pastor ignorante y analfabeto y el mecánico altamente calificado, existe un gran número de calificaciones, de niveles de cultura y de adaptación a la vida cotidiana. Cada capa, cada corporación, cada grupo se compone, después de todo, de seres vivos, de edad y temperamento diferentes, cada uno de ellos con un pasado distinto. Si esta diversidad no existiera, el trabajo del partido comunista, en lo referente a la unificación y a la educación del proletariado, sería sumamente sencillo. Sin embargo, ¡cuán difícil es ese trabajo, como vemos en Europa occidental! Se puede decir que mientras más rica es la historia de un país y, por consiguiente, la historia de su clase obrera, mientras más educación, tradición y capacidades ha adquirido, más contiene antiguos grupos y más difícil resulta constituirlos en unidad revolucionaria. Tanto en historia como en tradiciones, nuestro proletariado es muy pobre. Esto es lo que ha facilitado, sin duda alguna, su preparación revolucionaria para la conmoción de octubre. Esto es también lo que ha hecho más difícil su trabajo de edificación después de octubre. Exceptuando a la capa superior, nuestros obreros están desprovistos indistintamente de las capacidades y de los conocimientos culturales más elementales (en lo referente a la limpieza, la facultad de leer y de escribir, la exactitud, etc.). A lo largo de un extenso período el obrero europeo ha adquirido paulatinamente esas capacidades en el marco del orden burgués: he ahí por qué, a través de sus capas superiores, está tan estrechamente ligado al régimen burgués, a su democracia, a la prensa capitalista y demás ventajas. Por el contrario, nuestra burguesía atrasada no tenía casi nada que ofrecer en ese sentido, por lo que el proletariado ruso pudo romper más fácilmente con el régimen burgués, y derrocarlo. Por esa misma razón, la mayoría de nuestro proletariado se ve obligado a adquirir y reunir las capacidades culturales rudimentarias solamente hoy, es decir, sobre la base del estado obrero ya socialista. La historia no nos da nada gratuitamente: la rebaja que nos concede en un campo (el de la política) se la cobra en el otro (el de la cultura). En la misma medida en que fuera fácil (desde luego, relativamente) la sacudida revolucionaria para el proletariado ruso, le resulta difícil la edificación socialista. En compensación, el marco de nuestra nueva vida social, forjado por la revolución, que se caracteriza por los otros elementos fundamentales (véase el comienzo de este capítulo), confiere a todos los esfuerzos leales, orientados en un sentido razonable en el plano económico y cultural, un carácter objetivamente socialista. Bajo el régimen burgués, sin saberlo y sin quererlo, el obrero contribuía al mayor enriquecimiento de la burguesía, en la medida en que trabajaba mejor. En el estado soviético, el buen obrero concienzudo, aun sin pensar ni preocuparse de ello (cuando es sin partido y apolítico), realiza

trabajo socialista y acrecienta los medios de la clase trabajadora. Todo el significado del cambio de octubre está ahí, y la nueva política económica (NEP) no lo altera en absoluto.

Hay una enorme cantidad de obreros sin partido profundamente interesados en la producción, en el aspecto técnico de su trabajo. Sólo se puede hablar condicionalmente de su “apoliticismo”, es decir, de su falta de interés por la política. Los hemos visto a nuestro lado en todos los momentos importantes y difíciles de la revolución. En general, octubre no los ha asustado; no han desertado ni traicionado. Durante la guerra civil, fueron al frente en gran cantidad, otros trabajaban lealmente en las fábricas de armamentos. Más tarde, se orientaron hacia trabajos de paz. Se les dice (no del todo sin razón) apolíticos, porque sus intereses productivos-corporativos o familiares se imponen a su interés político, por lo menos en tiempos corrientes, “tranquilos”. Cada uno de ellos quiere convertirse en un buen obrero, perfeccionarse, elevarse a una categoría superior, tanto para mejorar la situación familiar, como por un justo orgullo profesional. Como acabamos de decir cada uno realiza, así, trabajo socialista sin proponérselo. Pero nosotros, el partido comunista, estamos interesados en que esos obreros empeñados en la producción relacionen conscientemente su parte de trabajo productivo cotidiano con las tareas de la edificación socialista de conjunto. El resultado de semejante nexa garantizaría mejor los intereses del socialismo, y los que contribuyesen así, modestamente, a su edificación, experimentarían una satisfacción moral más profunda.

¿Cómo alcanzar ese objetivo? Es difícil abordar a ese obrero por el lado puramente político. Ya ha oído todos los discursos. No se siente atraído por el partido. Sus pensamientos giran alrededor de su trabajo y no está muy satisfecho que digamos con las actuales condiciones que encuentra en el taller, en la fábrica o en el trust. Estos obreros quieren tener ellos mismos sus propias ideas, no son comunicativos, y de su medio surgen los inventores autodidactas. No se les puede abordar en el plano de la política; ese tema no les concierne profundamente por el momento, pero se les puede y se les debe hablar de productividad y de técnica.

En la susodicha sesión de debates de los propagandistas de Moscú, uno de los participantes, el camarada Kolzov, señaló la escasez extraordinaria de manuales soviéticos, guías prácticas y métodos de enseñanza de las distintas especialidades y oficios técnicos. Las viejas obras de este tipo se han agotado, otras han caducado técnicamente y, generalmente, en el plano político, responden a un espíritu servilmente capitalista. Los nuevos manuales de este género pueden contarse con los dedos de una mano, resulta difícil conseguirlos, pues fueron publicados en distintas épocas, por distintas editoriales y administraciones, sin el menor plan de conjunto. Con frecuencia insuficientes desde el punto de vista técnico, no pocas veces exageradamente teóricos y académicos, carecen generalmente de todo color político, y no son, en el fondo, sino traducciones camufladas de una lengua extranjera. Sin embargo, tenemos necesidad de toda una serie de nuevos manuales destinados al cerrajero soviético, al tornero soviético, al montador electricista soviético, etc. Esos manuales deben adaptarse a nuestra técnica y economía actuales. Deben tener en cuenta tanto nuestra pobreza como nuestras enormes posibilidades, y tender a introducir en nuestra industria nuevos métodos y prácticas, más racionales. En mayor o menor medida, deben abrir perspectivas socialistas en lo referente a las necesidades y a los intereses de la propia técnica (aquí se incluyen las cuestiones de normalización, de electrificación y de economía planificada). Esas publicaciones deben presentar ideas y soluciones socialistas como parte integrante de la teoría práctica relacionada con la rama de trabajo en cuestión, evitando aparecer como una propaganda inoportuna venida de fuera. La necesidad de esas publicaciones es inmensa. Es el resultado de la escasez de obreros calificados y del deseo del obrero de comprender su calificación. La interrupción del ritmo de producción durante los años de guerra imperialista y de la guerra civil, no ha hecho más

que acrecentar esa necesidad. Nos encontramos ante una tarea cuya importancia iguala su atractivo.

Evidentemente, no hay que disimular las dificultades que plantea la creación de toda una serie de manuales de ese tipo. Los obreros autodidactas, aun los altamente cualificados, no están en condiciones de escribir tratados. Los autores de textos técnicos que se encargan de ese trabajo, ignoran con frecuencia su aspecto práctico. Por otra parte, raramente tienen una mentalidad socialista. Sin embargo, es posible llevar a cabo esta tarea, no de manera “simple”, es decir, rutinaria, sino con medios combinados. Para escribir un tratado, o por lo menos para hacer su revisión, hay que constituir un colegio, digamos un comité de tres miembros, compuesto de un escritor especializado, con formación técnica, que conozca, si es posible, el estado de nuestra producción en el campo en cuestión, o capaz de aprender a conocerlo; de un obrero altamente cualificado que pertenezca a la misma rama y que se interese en la producción, dotado, si es posible, de un espíritu de invención; y de un escritor marxista, con formación política, que se interese y que tenga algunos conocimientos en materia de producción y de técnica. Es, más o menos, de este modo como se debería llegar a crear una biblioteca modelo de manuales de enseñanza técnica relacionados con la producción (por categoría profesional) bien impresos, desde luego, bien encuadernados, con un formato práctico y poco costoso. Una biblioteca de ese tipo tendría un doble objetivo: contribuiría a elevar el nivel de calificación del trabajo, y por consiguiente el éxito de la edificación socialista; contribuiría además a ligar una categoría muy preciosa de obreros productivos al conjunto de la economía soviética, y por consiguiente al partido comunista.

Desde luego, no se trata de limitarse a una serie de manuales de enseñanza. Si nos hemos detenido en los detalles de este ejemplo, es porque nos da una idea bastante clara de los nuevos métodos requeridos por las nuevas tareas del período actual. Nuestro combate por ganar moralmente a nuestra causa a los trabajadores “apolíticos” del sector productivo, debe y puede ser conducido por distintos medios. Necesitamos revistas semanales o mensuales técnico-científicas, especializadas según la rama de producción; necesitamos asociaciones técnicas, científicas, que se sitúen al nivel de esos trabajadores. A ellos debe adaptarse una buena parte de nuestra prensa sindical, so pena de seguir siendo una prensa destinada exclusivamente al personal de los sindicatos. Mientras tanto, el argumento político más adecuado para convencer a este tipo de obreros consiste en cada uno de nuestros éxitos prácticos en el plano industrial, en cada mejoramiento real del trabajo en la fábrica o en el taller, en cada gestión maduramente meditada por el partido en ese sentido.

Las concepciones políticas de este tipo de obrero pueden ser adecuadamente ilustradas, formulando las ideas que expresa con frecuencia del modo siguiente: “En lo que respecta a la revolución y al derrocamiento de la burguesía, no hay ni que hablar; en ese sentido, todo va bien y es algo que no tiene marcha atrás. No necesitamos a la burguesía. Podemos prescindir igualmente de los mencheviques y de otros lacayos de la burguesía. En cuanto a la ‘libertad de la prensa’, no nos importa realmente, pues la cuestión no es esa. ¿Pero qué pasa con la economía? Vosotros, comunistas, habéis asumido la dirección. Vuestras intenciones y vuestros planes son excelentes (eso lo sabemos); sobre todo, no nos lo repetáis; ya lo habéis dicho y estamos de acuerdo, os apoyaremos; pero ¿cómo vais a resolver esas tareas en la práctica? Hasta ahora, no tratéis de disimularlo, habéis cometido no pocos errores. Claro, no se puede hacer todo a la vez, hay mucho que aprender y los errores son inevitables. Así son las cosas y no hay remedio. Y ya que toleramos los crímenes de la burguesía, soportaremos bien las faltas de la revolución. Pero esta situación no puede eternizarse. Entre vosotros, comunistas, hay también gente de todo tipo, como entre nosotros, simples mortales: algunos hacen progresos, toman las cosas a pecho, se esfuerzan en llegar a un resultado económico concreto, mientras que otros sólo tratan de embaucarnos

con frases huecas. Los que no hacen más que vanos discursos ocasionan no pocos perjuicios, pues el trabajo se les va de entre los dedos.”

He ahí, pues, ese tipo de obrero: es un tornero, un cerrajero o un fundidor laborioso, ambicioso, que se interesa en su trabajo; no es un exaltado, más bien pasivo desde el punto de vista político, aunque razonador, crítico, a veces un poco escéptico, pero siempre fiel a su clase; es un proletario de gran valor. Hacia él el partido debe orientar actualmente sus esfuerzos. ¿Hasta qué punto sabremos ganarnos a esta capa en la práctica, en la economía, en la producción, en la técnica? La respuesta a esta pregunta indicará con el máximo de exactitud la medida de nuestros éxitos políticos en materia de trabajo cultural, en el sentido amplio que le da Lenin.

No hay ni que decir que nuestros esfuerzos tendientes a conquistar al obrero competente, no se oponen en modo alguno a los que desplegaremos en dirección de la joven generación de proletarios. Ésta crece en las condiciones de una época dada, se forma, se fortalece y se endurece a través de las tareas por resolver. La joven generación deberá ser ante todo una generación de obreros altamente calificados, amantes de su trabajo. Crecerá con la convicción de que su trabajo productivo se realiza al servicio del socialismo. El interés que se tomen en su propia formación profesional, el deseo de adquirir maestría en su oficio realzará en gran medida, a los ojos de los jóvenes, la autoridad de los obreros competentes de la “antigua generación”, quienes, como hemos dicho, permanecen, en su mayor parte, fuera del partido. Nuestra orientación hacia el obrero asiduo, concienzudo, competente, constituye pues, al mismo tiempo, una directriz en materia de educación de los jóvenes proletarios. Fuera de esta vía, todo progreso hacia el socialismo es imposible.

El periódico y su lector³ (29 de junio de 1923)

El aumento numérico del partido, así como el desarrollo de su influencia sobre los sin partido, por una parte, y, por otra parte, la nueva etapa de la revolución en la que estamos entrando, explican que el partido se enfrente al mismo tiempo a nuevos problemas, pero también a viejos problemas que aparecen en una nueva forma, incluso en el campo de la agitación y la propaganda. Debemos reexaminar con mucho cuidado los instrumentos y medios de nuestra propaganda. ¿Son suficientes **en volumen**, es decir, abarcan todos los problemas que hay que aclarar? ¿Encuentran una **expresión** adecuada, accesible al lector y capaz de interesarle?

Este problema, entre otros, fue examinado por los veinticinco agitadores y propagandistas de Moscú reunidos en asamblea. Se registraron sus puntos de vista, opiniones y valoraciones. Espero poder publicar pronto todo este material. Nuestros compañeros periodistas encontrarán en él una gran cantidad de amargos reproches, y debo confesar que, en mi opinión, la mayoría de estos reproches están justificados. La cuestión de la organización de nuestra agitación escrita, en primer lugar, nuestra agitación periodística es demasiado importante para pasarla por alto y guardar silencio sobre la cuestión. Debemos hablar con franqueza.

Hay un proverbio que dice: “El hábito hace al monje...” Así que tenemos que empezar con la técnica periodística. Es ciertamente mejor que en 1919-1920, pero sigue siendo extremadamente defectuosa. Debido al descuido de la maquetación y al excesivo entintado, el lector culto, y no digamos el inculto, tiene dificultades para leer el periódico. Los periódicos de gran tirada dirigidos a las amplias masas obreras, como *El Moscú obrero* o *La gaceta del obrero*, están muy mal impresos. La diferencia de un ejemplar a otro es muy grande: a veces se puede leer casi todo el papel, otras veces no se entiende ni la mitad. Por eso, comprar un periódico es como una lotería. Saco al azar uno de los últimos números de *La gaceta del obrero*. Miro “El rincón de los niños”: “El cuento del gato inteligente...”. Imposible de leer, tan defectuosa es la impresión; ¡y es para niños! Hay que decirlo con franqueza: nuestra técnica periodística es nuestra vergüenza. A pesar de nuestra pobreza, a pesar de nuestra gran necesidad de educación, a menudo nos damos el lujo de manchar un cuarto, si no la mitad, de una hoja de periódico. Un “trapo” así está destinado a irritar al lector; un lector desinformado se cansará de él, un lector culto y exigente rechinará de dientes y despreciará abiertamente a quienes se burlan de él. Porque hay alguien que escribe estos artículos, alguien que los pone en la página, alguien que los imprime, y al final el lector, a pesar de todos sus esfuerzos, no descifra la mitad de ellos. ¡Qué vergüenza y qué infamia! En el último congreso del partido se prestó especial atención al problema de la tipografía. Y surge la pregunta: ¿hasta cuándo aguantaremos todo esto?

“El hábito hace al monje...” Ya hemos visto que una impresión defectuosa a veces nos impide penetrar en el espíritu de un artículo. Pero aún queda la cuestión de ordenar el material, disponer la página y hacer correcciones. Fijémonos en las correcciones, porque están especialmente mal hechas en nuestro país. No es raro encontrar errores de imprenta y enormes erratas, no sólo en los periódicos, sino también en las revistas

³ Publicado en *Pravda* el 29 de junio de 1923.

científicas, especialmente en la revista *Bajo la bandera del marxismo*. León Tolstoi dijo una vez que los libros son un instrumento para difundir la ignorancia. Por supuesto, la afirmación de este despectivo barón es totalmente falsa. Pero, por desgracia, está en parte justificada... si se tienen en cuenta las correcciones de nuestra prensa. Si la imprenta no cuenta con los responsables necesarios, correctores formados que conozcan su trabajo, hay que formar a los actuales responsables en el trabajo. Hay que darles cursos de apoyo y de formación política. Un corrector debe entender el texto que corrige, de lo contrario no es un corrector sino un propagador involuntario de la ignorancia; la prensa, diga lo que diga Tolstoi, es y debe ser un instrumento de educación.

Ahora veamos más de cerca el contenido del periódico.

Un periódico es, ante todo, un vínculo entre las personas; les permite saber lo que ocurre y dónde ocurre. El alma de un periódico es la información fresca, abundante e interesante. Hoy en día, el telégrafo y la radio desempeñan un papel muy importante en la información periodística. Por eso, el lector acostumbrado a un periódico y que acostumbra a leerlo, en primer lugar, se precipita a la sección de “noticias”. Pero para que los despachos ocupen el primer lugar en un periódico soviético, deben presentar hechos importantes e interesantes en una forma que la masa de lectores pueda comprender. Sin embargo, este no es el caso. En nuestros periódicos las noticias, los comunicados, se componen e imprimen de forma similar a la de la “gran” prensa burguesa. Si uno sigue diariamente los comunicados de algunos periódicos, tiene la impresión de que los compañeros que se encargan de esta sección, cuando ponen nuevos despachos, han olvidado por completo los que editaron el día anterior. Su trabajo no tiene ninguna secuencia lógica. Cada envío parece un trozo de metralla que cayó allí por casualidad. Las explicaciones son accesorias y, en su mayoría, irreflexivas. Es justo que, junto al nombre de tal o cual político burgués extranjero, el redactor de la columna escriba entre paréntesis: “lib.” o “cons.”. Esto significa: liberal, conservador. Pero como tres cuartas partes de los lectores no entienden estas abreviaturas, estas aclaraciones sólo pueden confundirlos aún más. Los comunicados que nos informan, por ejemplo, de lo que ocurre en Bulgaria o Rumanía, suelen pasar por Viena, Berlín, Varsovia. Los nombres de estas ciudades citados en la parte superior del despacho confunden totalmente a la masa de lectores, que desconocen por completo la geografía. ¿Por qué menciono estos detalles? Siempre por la misma razón: demuestran, mejor que nada, la poca atención que prestamos, cuando preparamos nuestros periódicos, a la situación del lector desinformado, a sus necesidades, a sus dificultades. **la elaboración de las páginas de un periódico obrero es lo más difícil, lo que requiere más responsabilidad.** Requiere un trabajo cuidadoso y metódico. Hay que pensar en todos los aspectos de un comunicado de prensa importante, y darle forma de manera que se corresponda inmediatamente con lo que la masa de lectores ya conoce más o menos bien. Hay que agrupar las noticias y prologarlas con las explicaciones necesarias. ¿Qué sentido tiene un titular de dos o tres líneas o más si sólo repite lo que se dice en el comunicado de prensa? A menudo estos titulares sólo sirven para confundir al lector. Una huelga intrascendente suele llevar el siguiente titular: “En marcha” o: “El final está cerca”, mientras que el propio comunicado de prensa menciona un vago movimiento entre los trabajadores ferroviarios, sin mencionar ni la causa ni los objetivos. Al día siguiente, ni una palabra sobre este acontecimiento, ni el día siguiente. Cuando el lector vuelve a leer un comunicado de prensa titulado “En marcha”, lo considera un trabajo poco serio, bravuconería periodística barata, y su interés por los comunicados de prensa y por el propio periódico disminuye. Si, por el contrario, el redactor de noticias recuerda lo que publicó el día anterior y la víspera, y trata de entender él mismo lo que conecta los acontecimientos y los hechos entre sí para explicarlos al lector, la información, aunque sea muy imperfecta, adquiere

inmediatamente un inmenso valor educativo. En la mente del lector, la información sólida se organiza gradualmente. Cada vez es más fácil entender los nuevos hechos, y el lector aprende a buscar y encontrar la información importante en un periódico. De este modo, el lector da un enorme paso hacia la cultura. Las redacciones deben concentrar todos sus esfuerzos en la información telegráfica, y deben velar por la correcta composición de esta sección. Sólo si los propios periódicos ejercen presión y dan ejemplo será posible educar gradualmente a los corresponsales de ROSTA⁴.

Una vez a la semana, idealmente los domingos, es decir, un día en que el obrero esté libre, se debe hacer un balance sobre los hechos más importantes. Por cierto, este ejercicio sería una magnífica forma de educar a los responsables de las distintas secciones. Aprenderían a buscar con más atención las conexiones entre los distintos acontecimientos, lo que se reflejaría beneficiosamente en la redacción diaria de cada sección.

Es imposible entender las noticias del extranjero sin unos conocimientos geográficos básicos. Los vagos mapas que a veces reproducen los periódicos, aunque sean legibles, son de poca ayuda para el lector que no sabe cómo están dispuestos los distintos países del mundo, cómo están distribuidos los distintos estados. La cuestión de los mapas geográficos representa, en nuestra situación, es decir, dado el entorno capitalista y el auge de la revolución mundial, un importante problema de educación social. Dondequiera que se celebren conferencias y reuniones, o al menos en los lugares más importantes, debe haber mapas geográficos especiales en los que se delimiten claramente las fronteras entre los estados, donde se ilustren ciertos elementos del desarrollo económico y político de estos estados. Podría ser una buena idea, como en la época de la guerra civil, colocar estos mapas esquemáticos en determinadas calles y plazas. Seguramente se podrían encontrar los medios para hacerlo. El año pasado se desplegó una cantidad increíble de pancartas con cualquier pretexto. ¿No habría sido mejor utilizar estos medios para dotar de mapas geográficos a las fábricas, las plantas y, posteriormente, a los pueblos? Todo orador, todo agitador, etc., que se refiriera a Inglaterra y a sus colonias, podía localizarlas inmediatamente en el mapa. Del mismo modo, mostraría dónde está el Ruhr. Es el orador quien se beneficiará en primer lugar de ello: sabrá con más claridad y precisión de qué está hablando, porque tendrá que informarse de antemano de dónde está tal o cual país, tal o cual estado. Y el público, si está interesado, recordará lo que se le ha mostrado, quizá no la primera vez, pero sí la quinta o la décima. Y a partir de entonces, cuando las palabras “Ruhr”, “Londres”, “India”, dejen de carecer de sentido, los lectores leerán los comunicados de prensa de una manera completamente diferente. Les gustará leer la palabra “India” en el periódico cuando sepan dónde está ese país. Tendrán más confianza, asimilarán mejor los comunicados y artículos políticos. Sentirán y se educarán más. Así, los mapas claros y significativos se convierten en una parte fundamental de la educación política de todos. El Gosizdat⁵ debería abordar seriamente esta cuestión.

Pero volvamos al periódico. Las deficiencias que hemos observado en las “noticias del extranjero” se encuentran también en la información “sobre el país”, en parte en lo concerniente a la actividad de las empresas soviéticas, las cooperativas, etc. Esta actitud descuidada y despreocupada de las noticias no es sólo el resultado de la falta de información, sino también de la falta de comprensión de la situación del país. Esta actitud descuidada hacia el lector se ve a menudo en las “pequeñas cosas” que bastan para arruinarlo todo. Las empresas soviéticas se nombran con abreviaturas; a veces sólo se mencionan por sus iniciales (la primera letra de cada palabra). Esto ahorra tiempo y papel en la propia empresa o en las empresas próximas. Pero la gran masa de lectores no conoce

⁴ ROSTA, antigua agencia telegráfica rusa, precursora de TAS.

⁵ Gosizdat, “GOSudarstvennoje IZDATel'stvo”; ediciones del estado. (Nota del traductor).

estas abreviaturas convencionales. Además, nuestros periodistas, columnistas y reporteros hacen malabares con un montón de acrónimos incomprensibles, como los payasos con sus globos. Por ejemplo, informamos de una discusión con el camarada Fulano, presidente del “SAM”. Este acrónimo se utiliza decenas de veces a lo largo del artículo. Hay que ser un burócrata soviético bien informado para entender que se trata del Servicio de Administración Municipal⁶. La masa de lectores nunca descifrará esta abreviatura y, molestos, abandonarán el artículo y quizás incluso todo el periódico. Nuestros periodistas deben tener en cuenta que las abreviaturas y los acrónimos sólo son válidos si son inmediatamente comprensibles; si sólo sirven para confundir a la gente, es criminal y estúpido utilizarlos. Un periódico, como hemos dicho antes, debe ante todo informar correctamente. Sólo puede ser un instrumento de educación si la información está bien hecha, es interesante y está bien presentada. Ante todo, un acontecimiento debe presentarse de forma clara e inteligible: dónde ocurre, qué ocurre y cómo ocurre. A menudo suponemos que los acontecimientos y los hechos son conocidos por el lector, o que se entienden por alusión, o que no son importantes y que el propósito del periódico es supuestamente “contar” tal o cual hecho (que el lector no conoce ni entiende) y contar un montón de cosas edificantes que hace tiempo que no se saben. Esto suele ocurrir porque el autor del artículo o de la noticia no siempre sabe de lo que habla y, para ser sinceros, porque es demasiado perezoso para informarse, para leer, para coger el teléfono y comprobar su información. Así que evita el meollo de la cuestión y dice “sobre” algún hecho que la burguesía es la burguesía, y el proletariado es el proletariado. Queridos compañeros periodistas, el lector les ruega que no le den lecciones, que no le ataquen, sino que le digan, que le cuenten y que le expliquen de forma clara e inteligible qué ha pasado, dónde y cómo ha pasado. De ello se desprenden las lecciones y exhortaciones.

El escritor, especialmente el periodista, no debe partir de su punto de vista, sino del del lector. Esta es una distinción muy importante que se refleja en la estructura de cada artículo individual y en la estructura del periódico en su conjunto. En el primer caso, el escritor (torpe e inconsciente de la importancia de su obra) se limita a presentar al lector su propia persona, sus puntos de vista, sus pensamientos y, a menudo, sus frases. En el otro caso, el escritor que considera su tarea correctamente, lleva al propio lector a las conclusiones necesarias utilizando la experiencia cotidiana de las masas. Aclaremos esta idea tomando un ejemplo citado en la reunión de agitadores de Moscú. Como es sabido, este año una violenta epidemia de malaria ha assolado el país. Mientras que las antiguas epidemias (tifus, cólera, etc.) han disminuido significativamente en los últimos tiempos (llegando incluso a un índice inferior al de antes de la guerra), la malaria se ha desarrollado en proporciones inauditas. Afecta a ciudades, distritos, fábricas, etc. La aparición repentina, el flujo y reflujo, la periodicidad (regularidad) de sus ataques hacen que la malaria no sólo afecte a la salud, sino también a la imaginación. La gente habla de ello, piensa en ello, ofrece un terreno fértil para la superstición, así como para la propaganda científica. Pero nuestra prensa sigue sin interesarse lo suficiente por ello. Sin embargo, cada artículo que trata de la malaria despierta, como han informado los camaradas en Moscú, el mayor interés: el número del periódico pasa de mano en mano, el artículo se lee en voz alta. Es perfectamente evidente que nuestra prensa, sin limitarse a la propaganda sanitaria del Comisariado de Salud Pública, debe emprender una importante labor sobre este tema. Es necesario comenzar describiendo el desarrollo de la epidemia en sí, precisar las regiones donde se propaga, enumerar las fábricas y plantas a las que afecta más particularmente. Así se establecerá ya un vínculo vivo con las masas más atrasadas, demostrándoles que las conocemos, que nos interesamos por ellas, que no

⁶ En ruso: “OKX” Otd’el Kommunal’nogo Xozajstva (Nota del traductor).

las hemos olvidado. Es necesario entonces explicar el paludismo desde el punto de vista científico y social, mostrar con decenas de ejemplos que se desarrolla en condiciones particulares de vida y de producción, destacar las medidas tomadas por los organismos gubernamentales, dar los consejos necesarios y repetirlos insistentemente de un tema a otro, etc. La propaganda contra los prejuicios religiosos puede y debe desarrollarse en este ámbito. Si las epidemias, como todas las enfermedades en general, son un castigo por los pecados cometidos, entonces ¿por qué la malaria se propaga más en lugares húmedos que en los secos? Un mapa del desarrollo de la malaria, con las explicaciones prácticas necesarias, es un notable instrumento de propaganda antirreligiosa. Su impacto será aún mayor si el problema afecta a grandes grupos de obreros al mismo tiempo y con gran intensidad.

Un periódico no tiene derecho a no interesarse por lo que concierne a la masa, a la multitud de la clase obrera. Por supuesto, todo periódico puede y debe dar su interpretación de los hechos, porque está llamado a educar, a desarrollar, a elevar el nivel cultural. Pero sólo logrará este objetivo si se basa en los hechos, en los pensamientos que interesan a la masa de lectores.

No cabe duda, por ejemplo, de que los casos judiciales y las llamadas “sucesos” (desgracias, suicidios, crímenes, dramas pasionales, etc.) afectan a grandes sectores de la población. Y por una razón muy sencilla: son ejemplos impactantes de la vida que llevamos. Sin embargo, nuestra prensa suele prestar muy poca atención a estos acontecimientos, limitándose, en el mejor de los casos, a unas pocas líneas en letra pequeña. En definitiva, las masas obtienen su información, a menudo malinterpretada, de fuentes menos cualificadas. Una tragedia familiar, un suicidio, un crimen, una sentencia dura, golpean y golpearán la imaginación. El “juicio Komarov” llegó a eclipsar, durante un tiempo, el “caso Curzon”⁷ (escriben los camaradas Lagutin y Kasansky de la fábrica de tabaco “La estrella roja”). Nuestra prensa debe mostrar el máximo interés por las noticias: debe exponerlas, comentarlas, aclararlas. Debe ofrecer una explicación que tenga en cuenta la psicología, la situación social y el modo de vida. Docenas y cientos de artículos que repiten lugares comunes sobre el aburguesamiento de la burguesía y la estupidez de los pequeños burgueses no causarán más impresión en el lector que una inoportuna llovizna otoñal. Pero el juicio de un drama familiar, bien contado y seguido en el curso de una serie de artículos, puede interesar a miles de lectores y despertar en ellos nuevos sentimientos y pensamientos, y revelarles un horizonte más amplio. Después, algunos lectores pueden pedir un artículo general sobre el tema de la familia. La prensa sensacionalista burguesa obtiene enormes beneficios de los crímenes y los envenenamientos, explotando la curiosidad malsana y los más bajos instintos del hombre. Pero de ello no se deduce que debemos apartarnos sin más de la curiosidad y de los instintos humanos en general. Eso sería hipocresía y la más pura tartufería. Somos el partido de las masas. Somos un estado revolucionario y no una orden espiritual o un monasterio. Nuestros periódicos deben satisfacer no sólo la curiosidad más noble, sino también la natural; sólo es necesario que eleven y mejoren su nivel presentando e iluminando los hechos de manera adecuada. Los artículos y reportajes de este tipo son siempre y en todo momento muy populares. Sin embargo, apenas se leen en la prensa soviética. Se dirá que faltan los especialistas literarios necesarios para este tema. Esto es cierto sólo en parte. Cuando un problema se plantea de forma clara y sensata, siempre hay

⁷ “El caso Curzon”, se refiere a las actividades antisoviéticas del diplomático inglés G. N. Curzon (1859-1925), que fue uno de los organizadores de la intervención contra la URSS: en 1919, envió una nota al gobierno soviético instándole a detener el avance de las tropas del Ejército Rojo a lo largo de una línea conocida como “la Línea Curzon”. En 1923, envió un provocador ultimátum al gobierno soviético, amenazando con una nueva intervención. (Nota del traductor).

personas que pueden resolverlo. Por encima de todo, es necesario un serio cambio de atención. ¿En qué dirección? En la dirección del lector, del lector vivo, tal como es, del lector de masas, despertado por la revolución, pero todavía iletrado, ávido de saber, pero completamente carente de formación, y que sigue siendo un hombre al que nada humano le es ajeno. El lector necesita que se le muestre interés, aunque no siempre sabe cómo expresar este deseo. Pero los veinticinco agitadores y propagandistas del comité de Moscú han hablado muy bien por él.

Nuestros jóvenes escritores propagandistas no todos saben escribir de manera que se les pueda entender. Tal vez sea porque no han tenido que abrirse paso entre la dura corteza del oscurantismo y la ignorancia. Se dedicaron a la literatura de agitación en un momento en que, en sectores bastante amplios de la población, ya se utilizaban ampliamente un conjunto de ideas, palabras y frases. Existe el peligro de que el partido quede aislado de las masas sin partido; esto se debe al hermetismo del contenido y la forma de la propaganda, a la creación de una jerga partidista, inaccesible no sólo para las nueve décimas partes de los campesinos, sino también para los obreros. Pero la vida no se detiene ni un momento, y las generaciones se suceden. Hoy en día, el destino de la república soviética es asumido, en su mayor parte, por aquellos que, en la época de la guerra imperialista y de las revoluciones de febrero y octubre, tenían quince, dieciséis, diecisiete años. Este “empuje” de la juventud que nos está sustituyendo se hará sentir cada vez más.

No podemos dirigirnos a estos jóvenes con fórmulas prefabricadas, frases, giros, palabras que tienen sentido para nosotros, los “viejos”, porque derivan de nuestra experiencia previa, pero que, para ellos, están vacías de contenido. Debemos aprender a hablar su lenguaje, es decir, el lenguaje de su experiencia.

La lucha contra el zarismo, la revolución de 1905, la guerra imperialista y las dos revoluciones de 1917 son para nosotros experiencias vividas, recuerdos, momentos culminantes de nuestra propia actividad. Hablamos de ellos por alusiones, recordamos y completamos en el pensamiento lo que no expresamos. Pero ¿y la juventud? No entienden estas alusiones porque no conocen los hechos, no los han vivido, y no pueden aprender sobre ellos ni en los libros ni en los relatos objetivos, porque no los hay. Mientras que a los mayores les basta con una pista, los jóvenes necesitan un manual. Es hora de publicar una serie de manuales y libros de educación política revolucionaria para la juventud.

Atención con las pequeñas cosas⁸

Debemos recomponer nuestra destruida economía. Debemos construir, producir, reparar, remendar. Dirigimos la economía sobre una nueva base que debe garantizar el bienestar de todos los trabajadores. Pero la producción, en su esencia, es la lucha del hombre contra las fuerzas hostiles de la naturaleza, el uso racional de la riqueza natural. La política, los decretos y las instrucciones sólo pueden regular la actividad económica dándole una dirección general. Pero sólo la producción de bienes materiales, el trabajo sistemático, obstinado y pertinaz, puede satisfacer realmente las necesidades del hombre. El proceso económico se compone de trozos, de detalles, de pequeñas cosas. Una economía sólo puede volver a ponerse en pie prestando una enorme atención a estos detalles. Sin embargo, en nuestro país se les presta poca o ninguna atención. La principal tarea de la educación y la autoeducación en el campo de la economía es despertar, desarrollar y reforzar esta atención hacia las necesidades particulares, insignificantes y cotidianas de la economía; no debemos descuidar nada, tomar nota de todo, actuar a tiempo y exigir a los demás que hagan lo mismo. Esta es una tarea para nosotros en todos los ámbitos de la vida política y la construcción económica.

Vestir y calzar al ejército, dado el estado actual de la producción, no es poca cosa. El suministro suele ser muy irregular. Además, el ejército no presta mucha atención a la reparación o el mantenimiento del calzado y la ropa que tiene. Los zapatos casi nunca están engrasados. Cuando se pregunta por qué, se recibe todo tipo de respuestas: a veces es porque no se tiene suficiente betún, otras porque no se ha asignado a tiempo, o porque se llevan botas marrones y el betún es negro, etc. Pero la razón principal es que ni los soldados ni los cuadros del Ejército Rojo cuidan de sus pertenencias. Las botas sin encerar, sobre todo si están empapadas, se secan y se tiran al cabo de unas semanas. Y como no se logra proveer de lo suficiente, comienzan a producirse de cualquier manera. Las botas se desgastan aún más rápido. Es un círculo vicioso. Pero hay una salida, y muy sencilla: hay que engrasar las botas a tiempo, hay que atarlas con cuidado, de lo contrario pierden su sujeción y se deforman. Dañamos los buenos zapatos norteamericanos sólo porque no tenemos cordones. Se pueden conseguir si se insiste un poco; y si no hay cordones, es precisamente porque no se presta atención a los detalles del día a día. Pero son estas pequeñas cosas las que acaban formando un todo.

Lo mismo ocurre, y peor, con las bayonetas. Son difíciles de hacer, pero fáciles de dañar. Hay que cuidar la bayoneta, limpiarla y engrasarla. Y esto requiere una atención constante y continua. Requiere todo un proceso de aprendizaje, toda una educación.

Estas pequeñas cosas que se acumulan y combinan acaban ofreciendo a cambio o... destruyendo algo importante. Los pequeños daños en la carretera que no se reparan a tiempo se convierten en baches y surcos que dificultan el tráfico, dañan los carros, los coches y los camiones, y estropean los neumáticos.

Un pavimento en mal estado supone gastar dinero y esfuerzo diez veces más de lo que hubiera costado repararlo. Y las máquinas, las fábricas y los edificios se deterioran también por estas pequeñas cosas. Para mantenerlos en buen estado, hay que prestar una

⁸ Este capítulo fue escrito hace dos años (*Pravda*, 1 de octubre de 1921). En la actualidad, en el ejército se presta infinitamente más atención al mantenimiento de las bayonetas y el calzado que entonces. Pero en general, el lema "atención al detalle" sigue siendo válido hoy en día (nota del autor).

atención diaria y permanente a los detalles. Esta atención es escasa porque la educación económica y cultural es insuficiente.

A menudo se confunde la atención al detalle con el burocratismo. Esto es un grave error. El burocratismo consiste en prestar atención a la forma vacía en detrimento del contenido, en detrimento de la acción. El burocratismo se empantana en formalismos, en trivialidades, sin ocuparse de ningún detalle práctico. Por el contrario, el burocratismo suele evitar los detalles prácticos que conforman todo el problema, contentándose únicamente con unir los dos extremos de su papeleo.

Pedir que no se escupa ni se tiren colillas en las escaleras o en los pasillos es una “cosa de nada”, una exigencia mínima, que, sin embargo, tiene un enorme significado educativo y económico. Quien escupe en una escalera o en el suelo es un inútil y un irresponsable. No es de él de quien se espera que recupere la economía. No limpiará sus botas, romperá una baldosa sin querer, tendrá piojos...

Algunos dirán, repito, que la atención obstinada hacia estas pequeñas cosas es una argucia y un “burocratismo”. Pero muy a menudo los inútiles e irresponsables ocultan su naturaleza luchando supuestamente contra el burocratismo. “¡Qué alboroto por una colilla tirada en las escaleras!”, dicen. Esto es un auténtico disparate. Tirar las colillas al suelo es despreciar el trabajo de los demás. Y quien no respeta el trabajo de los demás también está despreciando el suyo propio. Para que las casas comunitarias se desarrollen, cada inquilino, hombre o mujer, debe velar por la limpieza y el orden en toda la casa. De lo contrario suele ocurrir que se acaba en agujeros sucios y llenos de escupitajos, y para nada en casas comunales. Este descuido, esta falta de educación, esta negligencia, debe ser combatida incansablemente y sin piedad, explicando, dando ejemplo, haciendo propaganda, exhortando a la gente y haciéndola responsable. Quien sube una escalera sucia o atraviesa un patio sucio sin decir nada es un mal ciudadano y un constructor sin conciencia.

El ejército reúne tanto los aspectos positivos como los negativos de la vida popular. Esto se verifica completamente en el caso de la educación económica. El ejército debe elevarse a toda costa en este ámbito, aunque sea solo un grado. Este nivel puede alcanzarse mediante los esfuerzos combinados de los cuadros dirigentes del propio ejército, desde la cúspide hasta la base del escalafón, en correlación con los mejores elementos de la clase obrera y el campesinado en su conjunto.

En la época en que se formaba el aparato gubernamental soviético, el ejército estaba impregnado de un espíritu partisan⁹ y aplicaba sus métodos. Llevamos a cabo una lucha obstinada y despiadada contra esta mentalidad, lucha que, sin duda alguna, produjo importantes resultados: no sólo se creó una dirección y un aparato administrativo centralizados, sino que, lo que es aún más esencial, este espíritu partidista en sí mismo fue profundamente cuestionado en la conciencia de los trabajadores.

Hoy tenemos que librar una lucha igualmente importante: debemos combatir toda forma de despreocupación, negligencia, indiferencia, suciedad, falta de puntualidad, descuido, despilfarro. Se trata de diferentes grados y matices de una misma enfermedad: por un lado, la falta de atención y, por otro, la desvergüenza. Es necesario llevar a cabo una acción a gran escala en este campo, una lucha diaria, persistente e incesante, en la que se utilicen todos los medios a nuestro alcance (agitación, ejemplo, exhortación y castigo), como cuando tuvimos que destruir la mentalidad partidista.

El plan más grandioso que ignora los detalles, las pequeñas cosas, es pura frivolidad. ¿De qué sirve el mejor decreto, por ejemplo, si no llega a su destino a tiempo

⁹ En ruso “partizanssina”, término peyorativo para los cuadros del partido que quieren ser “más partidistas que el propio partido” [más papista que el papa], lo que en última instancia conduce a la anarquía y la falta de disciplina.

por negligencia, o si se copia con errores, o si se lee sin atención? Lo que es correcto en el nivel inferior también debe serlo en el nivel superior.

Somos pobres pero despilfarradores. No conocemos la puntualidad. Somos descuidados. Somos desaseados. Estos defectos están arraigados en un pasado servil, y sólo podemos librarnos de ellos gradualmente, mediante la propaganda persistente, el ejemplo, la demostración, el control cuidadoso, la vigilancia minuciosa y la exigencia.

Para realizar proyectos grandiosos, hay que prestar mucha atención a los detalles más pequeños. Este es el lema que debe unir a todos los ciudadanos conscientes del país que entran en un nuevo período de construcción y desarrollo cultural.

Usos y costumbres¹⁰ (11 de julio de 1923)

En la vida cotidiana es donde se percibe mejor hasta qué punto el individuo es el producto y no el creador de sus condiciones de vida. La vida, es decir, las condiciones y los modos de vida, se crean, mucho más aún que la economía, “a espaldas de los hombres” (la expresión es de Marx). En el plano de la vida cotidiana, la creación consciente ocupa un lugar insignificante en la historia de la humanidad. La vida cotidiana resulta de la acumulación de las experiencias espontáneas de los hombres, cambiando con igual espontaneidad, bajo el efecto de la técnica o de los golpes ocasionales asestados por la lucha revolucionaria, reflejando, en resumidas cuentas, mucho más el pasado de la sociedad humana que su presente.

Nuestro proletariado no es antiguo, no es un proletariado heredado; surgió, en el curso de las últimas décadas, del seno del campesinado y, sólo en parte, de la pequeña burguesía. El modo de vida de nuestros proletarios refleja perfectamente este origen social. Basta con recordar el cuadro de costumbres esbozados por Glieb Uspenski en sus *Tipos de la calle Rasteriaev*. ¿Qué es lo que caracteriza a los habitantes de la calle Rasteriaev, es decir, a los obreros de Tula de fines del siglo pasado? Son pequeñoburgueses y campesinos que, en su mayor parte, han perdido toda esperanza de libertad; es una mezcla de pequeña burguesía inculta y de elementos venidos a menos. Desde entonces, el proletariado ha dado un salto considerable, mucho más notable, sin embargo, en política que en el campo de las costumbres y tradiciones. Su modo de vida es terriblemente conservador. Es verdad que la calle Rasteriaev ya no existe en su forma primitiva. La manera bestial de tratar a los aprendices, el servilismo hacia los patronos, la borrachera insensata, el bandidaje al ritmo de un impúdico acordeón, todo eso ha dejado de existir. Pero en las relaciones entre hombre y mujer, entre padres e hijos, en la economía familiar, apartado de todo el mundo, el “rasteriaevismo” está aún fuertemente arraigado. Serán necesarias decenas de años de desarrollo económico y de auge cultural antes de poder expulsar el “rasteriaevismo” de su último reducto: la vida privada y familiar transformándola de pies a cabeza en un sentido colectivista.

En la susodicha sesión de los propagandistas de Moscú, la cuestión de la vida familiar fue objeto de discusiones particularmente vivas. En este sentido, todos llevaban un peso en el corazón. Las impresiones, las observaciones y sobre todo los problemas son numerosísimos. No solamente no comprenden respuesta alguna, sino hasta las propias preguntas permanecen mudas; no se expresan públicamente ni por la prensa, ni en las asambleas. La vida de la masa obrera, por una parte, la vida comunista por otra, y el punto donde se establece el contacto vivo entre los comunistas y las amplias capas obreras. ¡Qué campo de observación y de experiencia, qué influencia permite ejercer!

En este sentido, nuestra literatura no nos ayuda en nada. Por su propia naturaleza, el arte es conservador, va a la zaga de la vida, es poco apto para captar los fenómenos al vuelo, en el impulso mismo de su proceso de formación. *La Semana*, de Libedinsky, ha provocado en algunos camaradas un entusiasmo que me parece, lo confieso, exagerado y peligroso para ese joven autor. Desde el punto de vista formal, *La Semana* da la impresión de un trabajo escolar, a pesar del talento que denota, y sólo a base de trabajo constante, tenaz y exigente

¹⁰ Publicado en *Pravda*, 11 de julio de 1923.

consigo mismo, Libedinsky alcanzará la maestría; que es por otra parte, lo que yo espero. Pero por el momento la cuestión no es ésta. La grandeza, la importancia de *La Semana* no provienen de su perfección artística, sino del trozo de vida “comunista” evocado por la obra. Y precisamente desde ese ángulo, el relato no va lejos. La descripción del “comité de gobierno” es demasiado artificial y carece de raíces orgánicas. He ahí por qué toda *La Semana* tiene un aspecto episódico, al igual que los relatos sobre la vida de los emigrados de la revolución. La “vida” del comité de gobierno es evidentemente interesante e instructiva, pero cuando la organización comunista viene a engranarse (como una rueda dentada) en la vida cotidiana del pueblo, vemos surgir entonces la dificultad y la importancia de la obra. Ahí haría falta un gran impulso. Actualmente, el partido comunista es la palanca que preside todo progreso consciente. Por lo que su punto de contacto con las masas populares es el punto esencial de la acción histórica, de las acciones y reacciones recíprocas.

Con respecto a nuestra vida cotidiana real, la teoría comunista se anticipa en varias décadas, y, en algunos campos, en varios siglos. Es precisamente por ello que el partido comunista es lo que es: un factor revolucionario de primer orden. Gracias a su realismo, a su dinamismo dialéctico, la teoría comunista elabora métodos políticos capaces de asegurar su eficacia bajo cualquier circunstancia. Pero una cosa es la idea política y otra la vida cotidiana. La política es móvil, la vida cotidiana es estable y recalcitrante. Esto es lo que provoca tantos conflictos en los medios obreros, donde la toma de conciencia choca con la tradición; conflictos tanto más agudos en cuanto no aparecen públicamente. La literatura no los refleja más que la prensa. Ésta guarda silencio sobre tales cuestiones. En cuanto a las nuevas escuelas literarias que tratan de ponerse al nivel de la revolución, para ellas la vida cotidiana no existe. Quieren reconstruir la vida, no contarla tal cual es. Pero la vida no se inventa. Se la puede construir a partir de elementos existentes, susceptibles de desarrollarse. Es por lo que, antes de construir, hay que conocer lo que existe; no solamente cuando se trata de influir en la vida cotidiana sino, en general, en cualquier actividad consciente del hombre. Hay que saber lo que existe y en qué sentido se opera el cambio de lo que existe, a fin de poder contribuir a la edificación de la vida. Mostradnos (y sobre todo sabed mirar vosotros mismos) lo que pasa en la fábrica, en los medios obreros, en la cooperativa, en el círculo, en la escuela, en la calle, en la taberna; aprended a comprender lo que allí sucede, es decir, la actitud que conviene observar hacia los fragmentos del pasado y los gérmenes del porvenir. Este llamamiento se dirige tanto a los hombres de letras como a los publicistas, a los corresponsales obreros como a los reporteros. Mostradnos la vida tal como sale de la fragua de la revolución.

Sin embargo, es de prever que los llamamientos, por sí mismos, no cambiarán nada en el esfuerzo de atención de nuestros escritores. Lo que hace falta es una puesta en marcha, una dirección eficaz. El estudio y la ilustración de la vida obrera deben convertirse en la tarea inmediata de los periodistas, por lo menos de los que saben hacer uso de sus ojos y de sus oídos; hay que orientarlos hacia ese trabajo por medio de la organización, instruirlos, corregirlos, mostrarles el camino de modo que se les enseñe a evocar la vida y las costumbres revolucionarias. Simultáneamente, hay que ensanchar el horizonte de los corresponsales obreros. De hecho, la mayor parte de ellos podría ofrecer crónicas mucho más interesantes y sustanciales que las que hacen. Pero para ello es preciso reflexionar sobre las cuestiones y formularlas, plantear correctamente los objetivos; hay que saber suscitar conversaciones y animarlas.

Para elevarse a un nivel cultural superior, la clase obrera, y principalmente su vanguardia, debe ser conducida a meditar sobre su propia vida. Pero para hacerla meditar hay que conocerla. La burguesía, esencialmente representada por sus propios intelectuales, realizó ampliamente esta tarea desde su llegada al poder: ya era una clase poseedora cuando

se encontraba en la oposición; artistas, publicistas, poetas, la han servido, la han ayudado a pensar y han pensado por ella.

En Francia, en el siglo XVIII, llamado de las luces, los filósofos burgueses se inclinaron sobre los diferentes aspectos de la vida social y personal, con el fin de racionalizarla, es decir, subordinarla a las exigencias de “la razón”. No sólo las cuestiones relativas al orden político y a la Iglesia, sino también los problemas de las relaciones entre los sexos y de la educación de los niños, eran objeto de sus investigaciones. De por sí, el solo hecho de estudiar y de plantear esos problemas contribuyó indiscutiblemente a elevar el nivel de cultura de la personalidad, desde luego burguesa, y sobre todo intelectual. Todos los esfuerzos de la Filosofía de las Luces tendientes a racionalizar las relaciones sociales y personales, es decir, a transformarlas de acuerdo con las leyes de la razón, chocaron con el hecho de la propiedad privada de los medios de producción, que seguía siendo la piedra angular de la nueva sociedad, basada en la razón. La propiedad privada era el mercado, el juego ciego de las fuerzas económicas, las que, por cierto, no obedecen a la razón. Las condiciones económicas del mercado han modelado una vida igualmente impregnada de los caracteres del mercado. Bajo el reino del mercado, la organización racional de la vida de las masas populares no era ni siquiera concebible. Debido a esto, las construcciones racionalistas elaboradas por los filósofos del siglo XVIII, a pesar de su espíritu tan penetrante y audaz, alcanzaron tan pocas realizaciones concretas.

En Alemania, el período del *Aufklärung* aparece en la primera mitad del siglo pasado. El movimiento, encabezado por la “Joven Alemania”, es animado por Heme y Börne. De hecho, sólo se trataba en ese momento de una actitud crítica por parte del ala izquierda de la burguesía, especialmente de su intelectualidad, en guerra contra la esclavitud, el servilismo, el espíritu mezquino, la estupidez y los prejuicios pequeñoburgueses, y que aspiraba (con mucho más escepticismo que el mostrado por los precursores franceses) a instaurar el reino de la razón. Ese movimiento desembocaría más tarde en la revolución de 1848, que, lejos de transformar radicalmente la vida humana, no supo ni siquiera deshacerse de las innumerables dinastías alemanas.

En nuestra atrasada Rusia, no fue sino en la segunda mitad del siglo XIX cuando el movimiento del *Aufklärung* llegó a generalizarse en cierta medida. Chernichevsky, Pisarev, Dobroliubov, salidos de la escuela de Belinsky, no criticaban tanto las condiciones económicas como las ineptitudes, las costumbres reaccionarias, asiáticas, oponiendo al tipo de hombre tradicional el hombre nuevo, el “realista” al “utilitario”, que trata de vivir según las leyes de la razón para convertirse en una “personalidad dotada de pensamiento crítico”. Ese movimiento desembocó en el populismo (*narodniki*), que fue un racionalismo ruso tardío. Los racionalistas franceses del siglo XVIII fueron poco más o menos incapaces de transformar la vida y las costumbres, ya que éstas no proceden de la filosofía sino del mercado; la influencia cultural directa de los *Aufklärer* alemanes fue aún menos sensible, y la de la intelectualidad rusa sobre la vida y las costumbres de pueblo en general, totalmente insignificante. En última instancia, la importancia histórica del *Aufklärung* ruso, incluyendo el populismo, consiste en que estuvo en la base de la creación del partido proletario revolucionario.

Solamente después de la conquista del poder por la clase obrera comienzan a instaurarse las condiciones capaces de transformar la vida hasta sus cimientos más profundos. La vida no puede racionalizarse, es decir, transformarse de conformidad con las exigencias de la razón, sin racionalizar la producción, pues la vida se basa en la economía. Sólo el socialismo se plantea como objetivo aprehender por la razón el conjunto de las actividades económicas del hombre, subordinándolas a ella. La burguesía, al menos sus corrientes más progresistas, se limitaba a racionalizar por una parte la técnica (por medio de las ciencias naturales, de la tecnología, de la química, de las invenciones y mecanizaciones),

y por otra parte la política (gracias al parlamentarismo), pero no la economía, donde persistía el juego de la competición ciega. He ahí por qué las fuerzas inconscientes y ciegas seguían gobernando a la sociedad burguesa. La clase obrera, después de haber conquistado el poder, somete las bases económicas de las relaciones humanas a un control y a una dirección conscientes. Es la única vía hacia una transformación racional de la vida.

Eso es lo que nos conduce igualmente a comprobar que nuestros éxitos en lo referente a la vida diaria dependen directamente de nuestros éxitos en materia económica. No cabe la más ligera duda de que, aun al nivel de nuestra economía actual, podríamos conceder un lugar mucho más importante a la crítica, a la iniciativa y a la razón. Esa es precisamente una de las tareas de la época. Resulta más evidente aún que la transformación radical de la vida (la emancipación de la mujer de la esclavitud doméstica, la educación pública de los niños, la abolición del constreñimiento económico que pesa sobre el matrimonio, etc.) no avanzará sino a la par de la acumulación social y del predominio creciente de las fuerzas económicas socialistas sobre las del capitalismo. Sin embargo, la investigación de la vida es ahora la condición indispensable para que la vida, conservadora debido a sus tradiciones milenarias, no quede a la zaga de las posibilidades de progreso que nuestros recursos económicos nos ofrecen desde hoy, y en los tiempos futuros. Por otra parte, los más mínimos éxitos en el plano de la vida cotidiana corresponden, por definición, a un alza del nivel cultural del obrero y de la obrera, que acrecentarán en seguida las posibilidades de racionalización de la industria y, por consiguiente, las de una aceleración de la acumulación socialista. Ésta, a su vez, abrirá el camino a nuevas conquistas en el campo de la colectivización de la vida. Esta es una interdependencia dialéctica: el factor histórico capital es la economía; pero nosotros, el partido comunista, el estado obrero, no podemos actuar sobre ella sino a través de la clase obrera, esforzándonos por elevar continuamente el nivel de calificación técnica y cultural de los que la componen. En el estado obrero el trabajo cultural se efectúa en beneficio del socialismo, y el socialismo equivale a una poderosa expansión de la cultura, de una cultura auténtica, humana, de una cultura del hombre liberado de las relaciones de clase.

Alcohol, iglesia y cine¹¹

(12 de julio de 1923)

La jornada de ocho horas y la prohibición del alcohol, he aquí dos cosas que han dado una nueva orientación a la vida obrera. El monopolio estatal sobre la venta de bebidas alcohólicas fue abolido debido a la guerra, antes de la revolución. La guerra exigía medios tan gigantescos que el zarismo consideraba los ingresos procedentes de las bebidas alcohólicas como una suma deleznable a la que se podía renunciar: mil millones más o menos no contaban gran cosa. La revolución asumió a su vez esa abolición del monopolio estatal; se trataba de una herencia, de un hecho consumado que adoptó por razones de principio que le pertenecían legítimamente. Sólo después de la conquista del poder por la clase obrera, convertida en artífice consciente de una nueva economía, la lucha del estado contra el alcoholismo (tanto mediante la prohibición como por la propaganda) ha adquirido importancia histórica. Desde este ángulo, la abolición del “presupuesto de la borrachera” con motivo de la guerra, circunstancia contingente, no cambia nada absolutamente el hecho fundamental de que la liquidación de la empresa de degradación del pueblo a través de francachelas, hay que acreditarla a la revolución. Extender, consolidar, organizar y culminar el régimen antialcohólico en el país de la renovación del trabajo, he ahí nuestra tarea. Nuestros éxitos, tanto económicos como culturales, serán proporcionales a la disminución del porcentaje de alcohol en las bebidas. No es posible hacer concesión alguna en esta materia.

En lo que respecta a la jornada de ocho horas, ésta es ya una adquisición directa de la revolución, y una de las más importantes. La jornada de ocho horas aporta de por sí un cambio radical en la vida del trabajador, liberando de trabajo en la fábrica los dos tercios de la jornada. Es la base de un cambio fundamental en lo referente a la vida obrera, al desarrollo cultural, a la educación, etc., pero no se trata sino de un punto de partida. La vida del trabajador será tanto mejor, tanto más cabal y sustancial cuanto más sepa el estado utilizar con discernimiento el tiempo de trabajo. La importancia de la conmoción de octubre, ya lo hemos dicho, consiste precisamente en que los éxitos económicos de cada obrero suponen automáticamente un alza del nivel material y cultural de la clase obrera en su conjunto. “Ocho horas de trabajo, ocho horas de sueño, ocho horas de tiempo libre”; así reza la vieja divisa del movimiento obrero. Bajo nuestras condiciones, cobra un sentido novísimo: mientras más productivas sean las ocho horas de trabajo, mientras más se realicen las ocho horas de sueño en buenas condiciones de limpieza y de higiene, más sustanciales y de un nivel cultural más elevado serán las ocho horas de tiempo libre.

Por consiguiente, la cuestión de las distracciones reviste una enorme importancia en lo tocante a la cultura y la educación. El carácter del niño se manifiesta por el juego. El carácter del adulto se expresa con mayor fuerza a través del juego y las distracciones. Los juegos y las distracciones pueden también contribuir ampliamente a la formación del carácter de toda una clase, cuando esta clase es joven y marcha hacia adelante, como lo hace el proletariado. Fourier, el gran utopista francés, erigió sus falansterios, utilizando y combinando racionalmente los instintos y las pasiones humanas, a fin de contrarrestar el ascetismo cristiano y su represión de la naturaleza humana. Es una idea profunda. El estado obrero no es ni una orden religiosa ni un monasterio. Tomamos a los hombres tal como los

¹¹ Publicado en *Pravda*, 12 de julio de 1923.

ha creado la naturaleza y como la antigua sociedad los ha educado en parte, y en parte estropeado. En el seno de ese material humano vivo, buscamos donde asentar las palancas del partido y del estado revolucionario. El deseo de divertirse, de distraerse, contemplar espectáculos y reír, es un deseo legítimo de la naturaleza humana. Podemos y debemos conceder a esa necesidad satisfacciones artísticas cada vez mayores, sirviéndonos al mismo tiempo de esa satisfacción como medio de educación colectiva, sin ejercer tutela pedagógica o constreñimientos para imponer la verdad.

En este campo, el instrumento más importante, el que supera de lejos a todos los demás es, sin duda, el cine. Esta invención desconcertante en materia de espectáculos ha entrado en la vida de los hombres con una rapidez fulminante. En las ciudades capitalistas el cine forma parte de la vida corriente, en la misma medida que el baño, la taberna, la iglesia y otras instituciones más o menos útiles y recomendables. La pasión del cine se basa en el deseo de distraerse, de ver algo nuevo, inédito, de reír hasta de llorar, no sobre la propia suerte sino sobre la de otro. El cine ofrece una satisfacción óptica totalmente viva e inmediata a todas esas necesidades sin exigir nada del espectador, ni siquiera la capacidad de leer. De ahí la afición y la gratitud del espectador hacia el cine, fuente inagotable de impresiones y de sensaciones. He ahí el punto, no solamente el punto, sino la vasta superficie donde pueden comenzarse los esfuerzos en vista a la educación socialista.

El hecho de que hasta ahora, después de cerca de seis años, no hayamos echado mano del cine, prueba hasta qué punto somos torpes, incultos, para no decir estúpidos. El cine es un instrumento que se impone por sí mismo: el mejor instrumento de propaganda (propaganda técnica, cultural, aplicable a la producción, a la lucha antialcohólica, al campo sanitario, político, en dos palabras, es un instrumento de propaganda fácilmente asimilable, atractivo, que se graba en la memoria) y, eventualmente, es también un negocio lucrativo.

Por el solo hecho de ser atractivo y entretenido el cine le hace la competencia a la taberna. No sé si actualmente hay en París o en Nueva York más bares que cines; ni qué categoría de esas empresas reporta más. Es evidente que el aspecto en que el cine compite particularmente con la taberna es en el de saber cómo y con qué ocupar las ocho horas de tiempo libre. ¿Es posible apoderarse de este incomparable instrumento? ¿Por qué no? El régimen de los zares creó en algunos años una inmensa red de tiendas de venta de alcohol que dependían del estado. Grosso modo, éstas le reportaron un ingreso anual de mil millones de rublos oro. ¿Por qué el estado obrero no puede crear una red de cines estatales capaz de introducir cada vez más profundamente la distracción y la educación en la vida popular? Sería no solamente un buen negocio, sino un excelente contrapeso al atractivo del alcohol. ¿Es esto factible? ¿Por qué no? Evidentemente no es nada fácil. En todo caso, sería normal y correspondería mejor a la naturaleza, a la fuerzas de organización y a las capacidades del estado obrero que, digamos, el restablecimiento... del circuito del alcohol¹².

El cine le hace la competencia no sólo a la taberna, sino también a la iglesia. Y esta competencia puede serle fatal a ésta, si hacemos culminar la separación entre la iglesia y el estado mediante la unión del estado socialista con el cine.

La piedad no existe casi en los obreros rusos. De hecho, nunca existió. La iglesia ortodoxa era un conjunto de ritos y una organización oficial. No consiguió penetrar

¹² Estas líneas estaban escritas cuando encontré en el último número de *Pravda*, que tengo en mis manos (de fecha 30 de junio), el siguiente extracto de un artículo enviado a la redacción por el camarada I. Gordeiev: "La industria del cine es un negocio comercial extraordinariamente ventajoso, que reporta grandes beneficios. Utilizándolo en forma hábil, racional y adecuada, el monopolio del cine podría jugar un papel en el saneamiento de nuestras finanzas, comparable al que desempeñaba el monopolio del alcohol en las finanzas del Estado zarista." El camarada Gordeiev da a continuación indicaciones prácticas sobre la manera de "cinematizar" la vida soviética. Se trata efectivamente de una cuestión que hay que estudiar a fondo y seriamente.

profundamente en la conciencia de las masas populares, ni introducir sus dogmas y cánones en su vida íntima, siempre por la misma razón: la ausencia de cultura, en el seno de la vieja Rusia, especialmente en la iglesia. Por esto el obrero ruso, al acceder a la cultura, rompe tan fácilmente sus amarras puramente externas con la iglesia. Es verdad que para los campesinos la ruptura es más difícil, no porque las enseñanzas de la religión tengan mayor influencia sobre él (no se trata de eso) sino porque su vida indolente y monótona está estrechamente ligada al ritual indolente y monótono de la iglesia.

En el obrero (hablamos del obrero sin partido, en bloque) la influencia de la iglesia responde, la mayor parte de las veces, a la costumbre, sobre todo en la mujer. Las santas imágenes penden de la pared y allí quedan porque allí están. Adornan la pared; sin ellas el cuarto estaría vacío y frío. El obrero no compra nuevas imágenes, pero no desea deshacerse de las antiguas. ¿Cómo reconocer la fiesta de la Pascua sin el *kulich* y el *pas'cha*? Pero *kulich* y *pas'cha* deben ser bendecidos según la costumbre, de otro modo les faltaría algo. No es en absoluto por piedad por lo que va a la iglesia; pero la iglesia es luminosa y bella; hay mucha gente y se escuchan cantos: he ahí bastantes cosas agradables que no se encuentran ni en la fábrica, ni en la familia, ni en el vaivén cotidiano de la calle. La fe es casi inexistente. En todo caso, no hay respeto alguno para la jerarquía eclesiástica, ninguna creencia en el poder mágico de las ceremonias. Pero falta igualmente la voluntad activa de romper con todo eso. El elemento de distracción, de entretenimiento, de pasatiempo, desempeña un papel enorme en la ceremonia religiosa. A través de la escenificación, la iglesia actúa sobre los sentidos: la vista, el oído, el olfato (el incienso), sobre la imaginación. La afición de los hombres al teatro (ver y oír algo nuevo brillante, que los saque de la cotidianeidad) es muy fuerte, indestructible e insaciable desde la infancia hasta una edad avanzada. Para que las amplias masas renuncien al formalismo, al ritual de la vida diaria, no basta la propaganda antirreligiosa. Ésta, evidentemente, es indispensable. Su resultado práctico inmediato se aplica a una minoría intelectualmente valiente.

Si la multitud permanece inaccesible a la propaganda antirreligiosa, no es porque la religión conserve su dominio sobre ella, es porque no existe un nexo moral, sino sólo una relación informe, persistente, maquinal, sin vínculos con la conciencia: el del curioso que no se niega a participar ocasionalmente en una procesión o en un servicio solemne, a escuchar los cantos religiosos y a hacer apresuradamente la señal de la cruz. Esta ceremonia maquinal, que pesa sobre la conciencia, no se la puede superar por la sola crítica, hay que reemplazarla por nuevas formas de vida, nuevas distracciones, nuevos espectáculos que eleven el nivel de cultura. Al llegar aquí, nuestro pensamiento se detiene naturalmente en ese instrumento teatral por excelencia (por ser el más democrático), el cine. El cine, que prescinde de jerarquía con vastas ramificaciones, de sedas recamadas, etc., desplegando en la pantalla medios escénicos mucho más cautivantes que los de las iglesias, mezquitas o sinagogas, cuya experiencia en materia teatral es sin embargo milenaria. En la iglesia, se asiste siempre a una sola "acción", la misma cada año, mientras que, en el cine, que se encuentra, justo al lado o enfrente, se pueden ver, en los mismos días y a las mismas horas, tanto fiestas paganas como pascuas judías o cristianas, en sus relaciones históricas, imitando sus ceremonias. El cine divierte, instruye, sorprende la imaginación con imágenes y quita las ganas de ir a la iglesia. El cine es un gran competidor no sólo de la taberna sino también de la iglesia. Es el instrumento del que tenemos que apoderarnos a toda costa.

De la vieja a la nueva familia¹³ (13 de julio de 1923)

Por su naturaleza, las relaciones internas y los acontecimientos en el seno de la familia, en cuantos objetos de investigación, presentan las mayores dificultades; resultan poco adecuados para todo tipo de estadísticas. Por ello no es fácil decir en qué medida (no sólo en los papeles sino también en la vida real) los lazos familiares son, hoy día, rotos con mayor frecuencia y facilidad que en épocas anteriores. En la mayoría de los casos, respecto a estas cuestiones, debemos conformarnos con un juicio a simple vista. La diferencia, sin embargo, entre la época prerrevolucionaria y el presente, es que en aquella todos los graves conflictos y problemas de la familia de la clase trabajadora, solían pasar inadvertidos para dicha clase. Ahora, en cambio, que una enorme y más alta proporción de trabajadores ocupa puestos responsables, sus vidas se hallan mucho más a la luz y toda tragedia doméstica se convierte en tema de gran comentario y algunas veces de ociosa charla.

Pese a esta importante diferencia, no puede negarse, sin embargo, que las relaciones familiares, incluso las de la clase proletaria, se hallan bastante perturbadas. Esto fue enunciado rotundamente como un hecho evidente en los debates de los propagandistas de Moscú, y nadie lo cuestionó. Las reacciones difirieron sólo en razón del distinto grado y modo en que este hecho impresionó a cada uno, Algunos lo examinaron con cierto recelo, otros manifestaron sus dudas y hubo quienes parecían estar todavía perplejos. De todos modos, para todos estaba claro que un gran proceso, aún muy caótico, estaba en marcha asumiendo alternativamente formas de insania o revuelta, de ridículo o tragedia, proceso que aún no había tenido tiempo de revelar sus ocultas posibilidades para la inauguración de un nuevo y más elevado orden de vida familiar. La prensa, es cierto, ha dejado deslizar alguna información acerca de la desintegración de la familia, pero sólo lo ha hecho ocasionalmente y en términos muy vagos y generales. En un artículo sobre el tema, leí que la desintegración de la familia en la clase trabajadora era presentada como un caso de “influencia de la burguesía sobre el proletariado”. Pero no es tan simple. El problema tiene raíces más profundas y resulta más complicado. Existe, sí, una clara influencia de la vieja y nueva burguesía, pero el proceso consiste principalmente en una penosa evolución de la familia proletaria misma, una evolución que necesariamente ha de conducir a una crisis y cuya primera etapa caótica nosotros estamos presenciando actualmente.

La influencia profundamente destructiva de la guerra sobre la familia es bastante conocida. En primer lugar, en tanto separa a la gente por largos períodos o los reúne por pura casualidad, disuelve automáticamente la familia. Esta influencia fue continuada y fortalecida por la revolución. Los años de la guerra terminaron con todo aquello que se había mantenido sólo por la inercia de la tradición histórica. Derribaron el poder del zarismo, los privilegios de clase, la vieja familia tradicional. La revolución comenzó por edificar el nuevo estado y con ello llevó a cabo su más simple y urgente objetivo. El aspecto económico del problema ha resultado ser más complicado. La guerra trastornó el viejo orden económico, la revolución lo derribó. Actualmente estamos ensayando la construcción de un nuevo orden; hasta ahora lo hacemos a partir de los viejos elementos, reorganizándolos de diferente modo. En el campo de la economía sólo recientemente hemos abandonado el período de destrucción para comenzar el de la reconstrucción y ascenso. Nuestro avance es lento todavía y la realización

¹³ Publicado en *Pravda*, 13 de julio de 1923.

de las nuevas formas socialistas de la vida económica está aún muy distante. Pero estamos definitivamente fuera del período de destrucción y ruina. El nivel más bajo fue alcanzado entre los años 1920-21.

En la vida familiar el primer período de destrucción se halla aún lejos de su término. El proceso de desintegración está en plena ebullición. Es preciso que tengamos esto bien presente. La vida doméstica familiar está atravesando, digamos, el período de 1920-21 y no ha alcanzado todavía el de 1923. La vida doméstica es más conservadora que la económica, y uno de los motivos es su menor grado de conciencia. En política y economía la clase trabajadora actúa como un todo y en su avance empuja siempre hacia adelante al partido comunista, su vanguardia, a través de la cual cumple con los objetivos históricos del proletariado. En la vida familiar la clase trabajadora se encuentra dividida en células que agrupan a varias familias. La transformación del régimen político, el cambio incluso del orden económico del estado (el paso de las fábricas y los talleres a manos de los trabajadores), todo esto ha ejercido indudablemente alguna influencia en las condiciones familiares; pero solamente en forma externa e indirecta, y sin modificar en nada las estructuras domésticas tradicionales heredadas del pasado. Una reforma radical de la familia y en general de todo el orden de la vida doméstica requiere un enorme y consciente esfuerzo del conjunto de la clase trabajadora, y supone la existencia en dicha clase de una poderosa fuerza molecular proveniente de un deseo íntimo e individual de cultura y progreso. Se necesita un arado que se hunda profundamente para remover densas masas de tierra. Uno de los problemas, el más simple, fue el de instituir en el estado soviético la igualdad política de hombres y mujeres. Mucho más dificultoso fue el siguiente, el de asegurar la igualdad de hombres y mujeres trabajadores en las fábricas, talleres y sindicatos; y hacerlo de tal modo que los hombres no colocaran a las mujeres en una posición desventajosa. Pero lograr una verdadera igualdad entre hombres y mujeres en el seno de la familia es un problema infinitamente más arduo. Antes de que ello suceda deben subvertirse todas nuestras costumbres domésticas. Y aún es bastante obvio que a menos que en la familia exista una verdadera igualdad entre marido y mujer, y ello en un sentido general, así como en lo referente a las condiciones de vida, no podremos hablar seriamente de igualdad en el trabajo social ni quizás en la política. Hasta tanto la mujer esté atada a los trabajos de la casa, el cuidado de la familia, la cocina y la costura, permanecerán cerradas totalmente todas sus posibilidades de participación en la vida política y social.

El problema más fácil fue el de la asunción del poder. Y sin embargo, este solo problema absorbió todas nuestras fuerzas en la primera etapa de la revolución. Exigió infinitos sacrificios. La guerra civil obligó a adoptar medidas de sumo rigor. Mentes estrechas, gente tonta, se quejaron de la corrupción de las costumbres, de la sanguinaria perversión del proletariado, etc., cuando lo que había ocurrido en realidad era que el proletariado, llevando hasta el extremo el empleo de los medios de la violencia revolucionaria, comenzó a luchar por nuevas formas de cultura, por un nuevo humanitarismo. En el aspecto económico, durante los primeros cuatro o cinco años, habíamos atravesado un período de crisis terrible. Decayó el nivel de productividad, y los productos eran de una baja calidad alarmante. En tal situación, nuestros adversarios vieron o quisieron ver un signo del estado de putrefacción del régimen soviético. Sin embargo, en realidad, no era más que la etapa, por otra parte, inevitable, de la destrucción de las viejas estructuras económicas y de los primeros intentos desvalidos para la creación de las nuevas.

Con respecto a las relaciones familiares, y a las formas de vida privada en general, debe existir asimismo un inevitable período de desintegración, tal como ocurriera con las tradiciones heredadas del pasado que no habían sido todavía objeto de reflexión. Pero en este terreno de la vida doméstica el período de la crítica y de la destrucción comienza más tarde, dura mucho tiempo y asume formas insanas y lamentables, las cuales, sin embargo,

son complejas y no siempre perceptibles para una observación superficial. Estas señales progresivas de un cambio crítico en las condiciones del estado, deben ser claramente definidas para no alarmarnos por los fenómenos que observemos. Debemos aprender a estimarlos en su justo significado, saber qué lugar ocupan en el desarrollo de la clase trabajadora y dirigir conscientemente las nuevas condiciones hacia las formas de vida socialistas.

La advertencia es necesaria, puesto que ya mismo se hacen oír las voces de alarma. En el debate de los propagandistas moscovitas algunos camaradas hablaron con ansiedad natural de la facilidad con que eran rotos los viejos lazos familiares para dar lugar a otros nuevos tan transitorios como aquéllos. Las víctimas en todos los casos son las madres y los niños. Por otra parte, ¿quién en nuestro medio no escuchó en conversaciones privadas quejas, por no decir lamentaciones, acerca de la desmoralización de los jóvenes soviéticos, especialmente de aquellos que pertenecen a las agrupaciones de la juventud comunista, los llamados komsomoles? No todo es exageración en estas quejas; hay también algo de verdad en ellas. Puesto que se trata de luchar por un nivel de cultura más alto y por la superación de la personalidad humana, debemos realmente, y así lo haremos, combatir los aspectos oscuros de esta verdad. Pero a fin de iniciar nuestro trabajo y captar el abecé del problema sin moralismos reaccionarios o desalientos, tendremos primero que estar seguros de los hechos y comenzar a ver claramente qué está ocurriendo en la realidad.

Tal como expresamos más arriba, influyeron sobre la vieja conformación de la familia dos hechos de enorme importancia: la guerra y la revolución. Y a continuación llegó, deslizándose sigilosamente, la mole subterránea: el pensamiento crítico, el concienzudo estudio y evaluación de las relaciones familiares y las formas de vida. La mecánica misma de los grandes acontecimientos combinada con el ímpetu crítico de las mentes más lúcidas generó el período de destrucción de las relaciones familiares del que ahora somos testigos. Ahora, después de la conquista del poder, el trabajador ruso debe realizar, en muchos aspectos de la vida, sus primeros pasos conscientes hacia una verdadera cultura. Bajo el impulso de las grandes colisiones, su fuerza individual sacude por primera vez todas las formas tradicionales de vida, todas las costumbres domésticas, las prácticas religiosas y los lazos de parentesco. Esto no es de extrañar, en los comienzos, la rebelión individual, su resistencia contra lo tradicional, supone la anarquía, o, para decirlo más crudamente, disuelve las instituciones. Lo hemos visto en el ámbito político, militar y económico; aquí el individualismo anárquico adoptó todas las formas de extremismo, sectarismo, doctrinarismo retórico. No es de extrañar tampoco que este proceso repercuta en lo más íntimo de las relaciones familiares, provocando los efectos más lamentables. Allí las personalidades más lúcidas, con el fin de reorganizarlo todo según nuevos modelos, se alejaron de los caminos trillados, y recurrieron a la “disipación”, al “vicio” y a todos los pecados denunciados en los debates de Moscú.

El jefe de familia arrancado de su medio a raíz de la movilización, se convierte en el frente civil en un ciudadano revolucionario. Un cambio súbito. Su perspectiva es más amplia, sus aspiraciones espirituales más altas y de un orden más complejo. Es un hombre diferente. Y luego vuelve para descubrir que allí no ha cambiado prácticamente nada. El viejo entendimiento y la armonía de las relaciones familiares han desaparecido. Y no surge ningún nuevo entendimiento. La mutua admiración se convierte en mutua antipatía, luego en aversión. La familia se desmorona.

El jefe de familia es comunista. Lleva una vida activa, está comprometido en su trabajo social, crece su capacidad mental, su vida personal es absorbida por su trabajo. Pero su mujer también es comunista. Ella quiere participar en el trabajo social, asiste a los mítines, trabaja en los soviets y en los sindicatos. La vida del hogar se vuelve prácticamente inexistente antes de que ellos se den cuenta, o la nostalgia de la atmósfera hogareña acaba

produciendo choques continuos. Marido y mujer entran en discordia. La familia se desmorona.

El jefe de familia es comunista, la mujer no está en el partido. El marido está absorbido por su trabajo; como antes, la mujer sólo se dedica al hogar. Las relaciones son “pacíficas”, basadas de hecho en la habitual enajenación. Pero el comité del marido (la célula comunista) decide que él debe quitar los iconos colgados en su casa. El está muy dispuesto a obedecer, puesto que lo halla natural. Para su esposa en cambio constituye una catástrofe. Una tan mínima ocurrencia es motivo, pues, del abismo que separa los puntos de vista del hombre y la mujer. Las relaciones se han deteriorado. La familia se desmorona.

Una vieja familia. Diez a quince años de vida en común. El marido es un buen trabajador, devoto de su familia; la mujer también vive para su hogar, consagrándole todas sus energías. Pero sólo por casualidad entra en contacto con una organización comunista femenina. Un nuevo mundo se abre ante sus ojos. Su energía encuentra un nuevo y más amplio objetivo. El marido se irrita. La mujer queda herida en su conciencia cívica que acaba de despertar. La familia se desmorona.

Ejemplos de este tipo de tragedias domésticas, todas conducentes a un único fin, la destrucción de la familia, pueden ser multiplicados infinitamente. Hemos señalado los casos más típicos. En nuestros ejemplos los problemas se deben siempre a los choques entre los comunistas y sus opositores. Pero la desintegración de la familia, me refiero a la vieja familia tipo, no se produce tan sólo en la superficie de la clase por ser esta parte la más expuesta al influjo de las nuevas condiciones. El movimiento desintegrador de las relaciones familiares penetra más profundamente. La vanguardia comunista solamente atraviesa más rápida y con mayor violencia por todo aquello que es inevitable para la clase como un todo. La actitud de censura hacia las viejas condiciones, los nuevos objetivos en lo referente a la familia se extienden mucho más allá de la línea limítrofe entre los comunistas y la clase trabajadora como un todo. La institución del matrimonio civil significó ya un fuerte golpe para la consagrada familia tradicional que en una gran proporción vivía para las apariencias. Los viejos lazos de matrimonio constituían la menor atadura personal, la mayor era la del poder restrictivo de las fuerzas externas, las tradiciones sociales y sobre todo las prácticas religiosas. El impacto sufrido por el poder de la Iglesia recayó también sobre la institución familiar. Los ritos, que no tienen características de obligatoriedad ni reconocimiento estatal, todavía se mantienen a través de la inercia, actuando como uno de los soportes de la vacilante familia. Pero cuando no hay un verdadero vínculo dentro de la familia, cuando nada salvo la inercia impide su total destrucción, cualquier ataque exterior será suficiente para producir su completa desintegración, al tiempo que será un impacto para la adherencia a las prácticas religiosas. Y es mucho más probable que los conatos exteriores lleguen ahora que en épocas anteriores. He aquí la razón por la cual la familia tambalea y cae, para recobrase y finalmente volver a derrumbarse. La vida se pone en tela de juicio en razón de sus condiciones y lo hace por la cruel y penosa condenación de la familia. La historia corta la vieja leña y las astillas vuelan en el viento.

¿Pero acaso la vida está echando las bases para un nuevo tipo de familia? Sin duda. Solamente tenemos que concebir claramente la naturaleza de estos elementos y el proceso de su formación. Como en otros casos, es preciso separar las condiciones físicas de las psicológicas, lo individual de lo general. Psicológicamente la evolución de la nueva familia, de las nuevas relaciones humanas en general, significa para nosotros un adelanto en la cultura de la clase trabajadora, el descubrimiento del individuo, un alza del nivel de sus demandas y mayor disciplina interior. Desde este punto de vista la revolución en sí ha significado, por supuesto, un gran paso adelante y lo peor que pueda ocurrirle a la familia en su desintegración actual puede entenderse tan sólo como un error en las formas de expresión de la clase que se ha hecho consciente y de los individuos que la componen. Todo nuestro

trabajo en relación a la cultura, el trabajo que estamos realizando y el que vamos a realizar, se convierte desde este punto de vista, en una preparación de las nuevas relaciones y la nueva familia. Si no elevamos el nivel de educación del individuo trabajador, hombre o mujer, nunca crearemos las condiciones necesarias para el surgimiento de un nuevo tipo de familia superior al de hoy, ya que en este terreno sólo es posible recurrir a la disciplina interior, y, de ninguna manera, por supuesto a la compulsión externa. La fuerza, pues, que en el seno de la familia tiene la disciplina interna del individuo se halla condicionada por el contenido de su vida íntima, el valor y alcance de los lazos que unen marido y mujer.

En principio, la preparación material de las condiciones para un nuevo modo de vida y una nueva familia, no puede separarse tampoco del trabajo de la construcción socialista. El estado de los trabajadores necesita mayor prosperidad a fin que le sea posible tomar seriamente en sus manos la educación pública de los niños y aliviar asimismo a la familia de los cuidados de la limpieza y la cocina. La socialización de la familia, del manejo de la casa y de la educación de los niños no será posible sin una notable mejoría de toda nuestra economía. Necesitamos una mayor proporción de formas económicas socialistas. Sólo bajo tales condiciones, podremos liberar a la familia de las funciones y cuidados que actualmente la oprimen y desintegran. El lavado debe estar a cargo de una lavandería pública, la alimentación a cargo de comedores públicos, la confección del vestido debe realizarse en los talleres. Los niños deben ser educados por excelentes maestros pagados por el estado y que tengan una real vocación para su trabajo. Entonces la unión entre marido y mujer se habrá liberado del influjo de todo factor externo o accidental y ya no podrá ocurrir que uno de ellos absorba la vida del otro. Una igualdad genuina será al fin establecida. La unión dependerá de un mutuo afecto. Y por tal motivo precisamente se logrará la estabilidad interior, no la misma para todos, por supuesto, pero para nadie compulsiva.

Así pues, el camino hacia la nueva familia es doble: a) la elevación del nivel de cultura y educación de la clase trabajadora y de los individuos que la componen; b) un mejoramiento de las condiciones materiales de dicha clase organizado y llevado a cabo por el estado. Ambos procesos se hallan íntimamente conectados uno al otro.

Lo arriba expuesto no implica, por, supuesto, que en un momento dado de su progreso material la familia del futuro se instalará de repente en su verdad. No. Ya desde ahora es viable un cierto avance hacia la nueva familia. Es verdad que el estado no puede todavía hacerse cargo ni de la educación de los niños, ni del establecimiento de las cocinas públicas que significarían una gran ventaja para la cocina familiar, ni de la creación de lavanderías públicas donde la ropa no sería robada o estropeada. Pero esto no quiere decir que las familias más progresistas y emprendedoras no puedan reunirse desde ya en unidades colectivas para el gobierno del hogar. Por supuesto, este tipo de experimentos debe hacerse tomando ciertas precauciones; el equipo técnico de la unidad colectiva debe responder a las necesidades y demandas del grupo y proporcionar ventajas manifiestas a cada uno de sus miembros, aun cuando en un comienzo sean bastante modestos.

“Esta tarea (dice el camarada Semashko, quien recientemente ha escrito sobre la necesidad de la reconstrucción de nuestra vida familiar) se lleva a cabo más perfectamente en la práctica”, el mero discurrir y decretar acerca de las formas de vida tendrá pocos efectos reales. Pero un ejemplo, una ilustración práctica de la nueva forma, será más efectiva que mil panfletos excelentes. Esta propaganda práctica a través de las pequeñas agrupaciones se asemeja en algo al método que los cirujanos en sus operaciones llaman trasplante. Cuando una gran superficie se halla en carne viva ya sea a causa de heridas o quemaduras, y no hay esperanzas de que la piel se renueve lo suficiente como para cubrirla, se le injertan trozos de piel extraídos de las partes sanas del cuerpo; estos injertos se extienden hasta cubrir toda la zona enferma.

Lo mismo ocurre con la propaganda práctica de que hemos hablado. Cuando una fábrica o taller adopta las formas comunistas, otros establecimientos harán lo propio. Las mencionadas unidades familiares colectivas para el gobierno del hogar, deben ser cuidadosamente pensadas y estudiadas. El primer paso deberá consistir en una combinación de la iniciativa privada, apoyada por los poderes gubernamentales, en primer lugar los soviets locales y los órganos económicos. La construcción de casas nuevas (y, ¡al fin vamos a construir casas!) debe regularse de acuerdo con las demandas de las familias agrupadas en comunidades. El primer éxito manifiesto e indisputable en esta dirección, aun cuando sea breve y de alcance limitado, hará surgir inevitablemente, y en grupos cada vez más amplios, el deseo de organizar sus vidas sobre líneas similares. Todavía no ha llegado el momento oportuno para pensar en un proyecto preparado e iniciado desde arriba. Este no es viable ni desde el punto de vista de los recursos materiales del estado, ni de la educación misma del proletariado. En el presente sólo podremos escapar al estancamiento mediante la creación de comunidades modelo. La tierra bajo nuestros pies ha de ser fortalecida paso a paso; no debemos obrar sin reflexión o demasiado precipitadamente, pero tampoco perder el tiempo en fantasiosos experimentos burocráticos. En un momento dado, el estado será capaz, con la ayuda de los soviets locales, unidades cooperativas y demás, de socializar el trabajo realizado, ampliarlo y profundizarlo. De este modo la familia humana, según palabras de Engels, “pasará del reino de la necesidad al reino de la libertad”.

La familia y la ceremonia¹⁴ (14 de julio de 1923)

La ceremonia religiosa esclaviza a todos los trabajadores, incluso al de poca o ninguna creencia religiosa, en los tres grandes momentos de la vida del hombre: nacimiento, enlace y muerte. El estado socialista ha rechazado la ceremonia religiosa y ha informado a sus ciudadanos que tenían el derecho de nacer, casarse y morir sin los misteriosos gestos y exhortaciones de individuos cubiertos con togas, sotanas y demás vestiduras eclesiásticas. Pero a la costumbre le es más difícil que al estado suprimir las ceremonias. La vida de la familia trabajadora es demasiado monótona, y es precisamente la monotonía la que desgasta el sistema nervioso. De aquí se deriva el gusto por el alcohol, una pequeña botella que encierra en sí todo un mundo de imágenes. De ahí la necesidad de la iglesia y sus rituales. ¿Cómo se ha de celebrar el nacimiento de un niño en la familia? ¿Cómo se ha de pagar el tributo de afecto al querido difunto? Los rituales de la iglesia responden a esta necesidad de embellecer y celebrar acontecimientos claves de la vida.

¿Cómo podemos combatirlos? La superstición, que yace en la raíz de todo ritual, debe, por supuesto, ser atacada por medio de una crítica racional y una actitud realista y atea frente a la naturaleza y sus fuerzas. Pero la cuestión de una propaganda científica y crítica no agota el problema; en primer lugar, porque apela sólo a una minoría, cuando en realidad incluso esa minoría siente la necesidad de enriquecer, mejorar y ennoblecer su vida, lo que en última instancia resulta ser lo más importante.

El estado de los trabajadores tiene ya sus festivales, desfiles, revistas de tropas y todo tipo de espectáculos simbólicos; las nuevas ceremonias teatrales del estado. Es verdad que en lo fundamental están demasiado conectados con las viejas formas a las cuales imitan y perpetúan. Pero en líneas generales el simbolismo revolucionario es novedoso, distinto y de gran peso: la bandera roja, la estrella roja, el trabajador, el campesino, la Internacional. Pero en el cerrado recinto de la vida familiar lo nuevo no ha penetrado o al menos lo ha hecho apenas, en tanto que la vida del individuo se halla estrechamente ligada a la familia. Esto explica por qué en materia de imágenes, bautismos, funerales religiosos, la balanza está del lado de la costumbre. Los miembros más revolucionarios de la familia nada tienen que ofrecer en su reemplazo. Los argumentos teóricos sólo funcionan a nivel del pensamiento. Las ceremonias espectaculares, en cambio, actúan sobre los sentidos y la imaginación. Y, por lo tanto, la influencia de estas últimas es mucho más amplia. De ahí que en los círculos más comunistas haya surgido la necesidad de reemplazar las viejas prácticas por nuevas formas, nuevos símbolos, no sólo en el dominio de la vida cívica donde esto ha sido ampliamente realizado, sino también en lo referente a la familia.

Entre los trabajadores existe la tendencia a celebrar el cumpleaños en lugar del día del santo, y dar a los recién nacidos nombres que simbolizan ideas o acontecimientos nuevos y familiares, antes que el nombre de un santo. En los debates de los propagandistas de Moscú fue donde por primera vez me enteré que el nombre de mujer Octobrina estaba de algún modo asociado al derecho de ciudadanía.

Existe un nombre Ninel (Lenin deletreado al revés) y Rem (Revolución, Electrificación, *Mir* [paz]). También se ha dado a los niños el nombre cristiano de Vladimir,

¹⁴ Publicado en *Pravda*, 14 de julio de 1923.

Ilich y aun Lenin, así como el de Rosa (en honor de Rosa Luxemburgo) y muchos otros por el estilo, lo que pone de manifiesto el deseo de enlazar todo con la revolución.

Hubo casos en el Favzaskom en que el nacimiento de un niño fue celebrado con una ficticia ceremonia de “inspección” y un especial decreto protocolar en que se añadía el nombre del niño a la lista de los ciudadanos de la R.S.F.R. [República Socialista Federativa Rusa]. La ceremonia fue seguida de un banquete. En una familia de trabajadores el aprendizaje de un muchacho es celebrado asimismo como si se tratase de una fiesta. En tanto está orientado a la elección de un oficio, y en última instancia, de un género de vida, es un hecho de real importancia. Se trata de una gran oportunidad para la intervención de los sindicatos. En general, éstos deben desempeñar un papel más importante en la creación de las nuevas formas de vida. Las corporaciones de la Edad Media debieron su poder e influencia al hecho de que abarcaban la vida del aprendiz en todos sus aspectos. Saludaban al niño el día de su nacimiento, lo conducían hasta la puerta de la escuela y a la iglesia cuando se casaba, y lo enterraban cuando había cumplido con los deberes de su profesión. Las corporaciones no eran simplemente confederaciones de gremios; eran la vida organizada de la comunidad. Actualmente nuestras uniones industriales evolucionan siguiendo los mismos rumbos, pero con la diferencia, por cierto, de que en oposición a las del medioevo, las nuevas formas de vida llegarán a independizarse de la iglesia y sus supersticiones, y estarán imbuidas del firme propósito de aprovechar cada conquista de la ciencia y la mecánica para hacer la vida más bella y próspera.

Si se quiere, el matrimonio puede más fácilmente prescindir de la ceremonia. Sin embargo, aun en lo que a éste concierne, ¿cuántos “malentendidos” y exclusiones del partido se han producido a causa de los casamientos por la iglesia? La costumbre se resiste a aceptar el mero matrimonio, no santificado por una ceremonia espectacular.

En cuanto a las exequias es una cuestión mucho más delicada y difícil de resolver. Ser enterrado sin los debidos funerales es tan inusual, deshonroso y monstruoso como crecer sin haber sido bautizado. Allí donde la personalidad del difunto exige un funeral de carácter político, se ha dispuesto el escenario para un nuevo tipo de ceremonia fastuosa, infundida del simbolismo de la revolución: el rojo estandarte, la marcha fúnebre revolucionaria, las salvas de despedida. Algunos de los miembros de la conferencia de Moscú señalaron la necesidad de una rápida adopción de la cremación y propusieron, para sentar un antecedente, la cremación de los restos de prominentes revolucionarios. Con razón vieron en ello un arma poderosa para ser usada en la propaganda anticlerical y antirreligiosa. Pero la cremación, que nosotros hemos adoptado hace tiempo, no significa el abandono de los mítines, oraciones fúnebres, marchas, salvas de honor. La necesidad de una manifestación exterior de las emociones es fuerte y legítima. Si lo espectacular ha estado en el pasado estrechamente vinculado con la iglesia, no hay motivo alguno, como ya lo hemos expresado, por el cual, ahora, no pueda ser separado. El teatro se separó de la iglesia mucho más pronto que la iglesia del estado. En los primeros tiempos la iglesia luchó intensamente contra el teatro “profano” plenamente consciente de que constituía un rival peligroso en materia de espectáculos. El teatro murió salvo en su calidad de exhibición en un recinto cerrado. Pero los usos y costumbres que utilizaban las formas de espectáculo funcionaron como instrumentos para la preservación de la iglesia. A este respecto la iglesia tenía otros rivales que se presentaban bajo la forma de sociedades secretas tales como la de los francmasones. Pero ellos fueron atravesados, penetrados de lado a lado, de uno a otro extremo, por una clerecía profana. La creación de un “ceremonial” revolucionario de uso (usamos el término “ceremonial” a falta de otro mejor) que suplante el “ceremonial” eclesiástico, es posible, no sólo en ocasión de los acontecimientos públicos o políticos, sino también de los hechos de la vida familiar. Ya, ahora, una banda cualquiera que toque una marcha fúnebre compite exitosamente con la música fúnebre eclesiástica. Y nosotros debemos, por supuesto, unirnos

a la banda en su lucha contra el ritual religioso basado en una sumisa creencia en otro mundo donde seríamos recompensados mil veces por las miserias e infortunios de éste. Un aliado mucho más poderoso aún es el cinematógrafo.

La creación de nuevas formas de vida y ceremoniales de uso avanzará más aprisa a medida que se extienda la educación y crezca la seguridad, económica. Tenemos muchos motivos para atender a este proceso con el máximo cuidado. Por supuesto, no debe existir ningún tipo de compulsiones que venga de arriba, sea por ejemplo, la burocratización de los nuevos modos de vida. Sólo mediante la creatividad de las grandes masas del pueblo, asistidas por la iniciativa artística y la imaginación creadora, podremos en el curso de años y tal vez de décadas, descubrirnos en camino para el logro de formas de vida más nobles y elevadas. Sin llegar a regular este proceso creativo, nosotros debemos, sin embargo, impulsarlo cada día. Con este propósito, es preciso ante todo que la tendencia a la oscuridad y al ofuscamiento dé lugar a la luz. Debemos observar atentamente lo que ocurre a este respecto en la familia obrera y en la familia soviética en general. Cada forma nueva, aun cuando resulte malograda o sea una mera aproximación, debe ser consignada por la prensa y llevada a conocimiento público, a fin de estimular la imaginación y el interés de todos, y dar el impulso necesario para próximas creaciones colectivas en lo referente a las nuevas costumbres.

El Komsomol tiene un puesto de honor en esta tarea. No toda invención es exitosa, no todo proyecto es viable. ¿Qué importa? La elección adecuada llegará en el momento oportuno. La nueva vida adoptará las formas más acomodadas a su propio sentir. El resultado será una vida más rica, más amplia, más llena de color y armonía. Esta es la esencia del problema.

Civilidad y cortesía como necesario lubricante de las relaciones cotidianas¹⁵ (3 de abril de 1923)

Durante las muchas discusiones sobre el funcionamiento de nuestro estado, el camarada Kiselev, Presidente del Consejo Subsidiario de los Delegados del Pueblo, pone en primer lugar, o, al menos, vuelve a traer a colación, un aspecto del problema que es de gran importancia. ¿En qué sentido la maquinaria del estado entra en contacto directo con el pueblo? ¿Cómo se comporta con él? ¿Cómo trata al demandante, a la persona que ha sufrido una injusticia, al viejo “peticionante”? ¿Cómo atiende al individuo? ¿Cómo se dirige a él, si es que en realidad se dirige?... Esto, también, constituye un factor importante de la “vida”.

En este tema, sin embargo, debemos separar dos aspectos: forma y sustancia.

En todos los países democráticos civilizados la burocracia “sirve”, por supuesto, al pueblo. Esto no impide, sin embargo, que se eleve por encima de éste como si se tratara de una compacta casta profesional. Actualmente ya sea en Francia, Suiza o EE.UU., sólo es útil a los magnates capitalistas, más aún se comporta servilmente con ellos, mientras que trata arrogantemente a los trabajadores y campesinos. Pero en las “democracias” civilizadas este hecho está revestido de ciertas formas de civilidad y cortesía, de mayor o menor grado según los diferentes países. Pero cuando es necesario (y eso ocurre diariamente) la excusa de la civilidad es fácilmente echada a un lado por el puño de la policía; los huelguistas son apaleados en las comisarías de policía de París, Nueva York, y otros centros del mundo. Como quiera que sea, la civilidad “democrática”, en las relaciones entre la burocracia y el pueblo, es en lo esencial un producto y herencia de las revoluciones burguesas. La explotación del hombre por el hombre conserva su vigencia, ahora menos “brutal” y adornada con el pretexto de la igualdad y la urbanidad de las costumbres. En tanto contiene junto a los gérmenes de las nuevas relaciones humanas tradiciones provenientes de distintas épocas, nuestra máquina burocrática soviética es única y compleja. Entre nosotros, como regla general, la civilidad no existe. En cambio, es fácil observar gran cantidad de esa rusticidad heredada del pasado. Pero no es nada homogénea. Se trata de la simple rusticidad de origen campesino que, por cierto, no es plausible pero tampoco degradante. Sólo se vuelve insoportable y objetivamente reaccionaria, cuando nuestros jóvenes novelistas la exaltan como si se tratase de una excelente adquisición “artística”. Los elementos más adelantados de los trabajadores miran esa falsa sencillez con una hostilidad instintiva, porque precisamente en el lenguaje o el comportamiento vulgar perciben las huellas de la vieja esclavitud, mientras que ellos con su disciplina interna aspiran a adquirir un lenguaje culto. Pero esto sea dicho de paso...

Al lado de este tipo de rusticidad apacible, la habitual rusticidad pasiva del campesino, tenemos otra de tipo especial: la incivildad revolucionaria, la torpeza de los líderes, debido a la impaciencia, a un deseo por demás exacerbado, por mejorar las cosas, a la violencia provocada por nuestra indiferencia ante todas las pruebas de un esfuerzo vigoroso. Por supuesto, considerada en sí misma, esta torpeza tampoco es muy atractiva y en general evitamos caer en ella; pero finalmente se sustenta en la misma fuente de la moral revolucionaria, la cual en más de una ocasión durante los últimos años ha sido capaz de mover montañas. En este caso, no es la sustancia que en general es creadora, progresista y bien intencionada, lo que debe transformarse sino más bien las formas distorsionadas...

¹⁵ Publicado en *Pravda*, 3 de abril de 1923.

Y todavía tenemos (y he aquí la gran piedra del escándalo) la torpeza de la vieja aristocracia que arrastra consigo las formas características del feudalismo. Este tipo de torpeza es viciosa y vil en todos sus aspectos. Entre nosotros aún no se ha erradicado por completo, y lograrlo no es nada fácil.

En los distritos de Moscú, especialmente en los más importantes, esta brutalidad aristocrática no se manifiesta de un modo agresivo, gritando, por ejemplo, o sacudiéndole un puñetazo en la nariz a algún peticionante; es mucho más corriente que lo haga a través de una despiadada formalidad. Por supuesto esta última no es la única causa de la “burocracia”, un motivo de gran peso es la total indiferencia por la vida del ser humano y su empeñoso esfuerzo por la subsistencia. Si pudiéramos realizar una apreciación sensible de los modos, réplicas, explicaciones, ordenanzas y decretos de todas las células del organismo burocrático, aun cuando se trate tan sólo de un día ordinario de Moscú, el resultado será una total confusión. En cuanto a la provincia, es todavía peor, especialmente a lo largo de la frontera donde linda la ciudad con el campo, la frontera que es la parte más vital de todas.

La “burocracia” es un complejo, en ningún sentido un fenómeno homogéneo; se trata, por el contrario, de un conglomerado de fenómenos y procesos de distintos orígenes históricos. Los principios que sustentan y nutren la “burocracia” son también sumamente diversos. El más importante es el nivel de nuestra cultura; el atraso y el analfabetismo de una vasta proporción del pueblo. La confusión general resultante de una maquinaria estatal en constante proceso de reconstrucción, inevitable en un período de revolución, es en sí mismo la causa de la mayor parte de las fricciones superfluas que desempeñan un papel importante en la conformación de la “burocracia”. La causa de lo más repulsivo de sus formas es la heterogeneidad de clases de la máquina soviética; la confusa mezcla de tradiciones aristocráticas, burguesas y soviéticas.

Por lo tanto, la lucha contra la “burocracia” no puede tener más que un carácter diversificado. En su base se halla la lucha contra el bajo nivel de cultura e higiene, contra el analfabetismo y la miseria. El mejoramiento técnico de la maquinaria, la reducción del número de funcionarios, la introducción de una mayor organización, minuciosidad y exactitud en el trabajo y otras medidas de naturaleza semejante, no agotan, por supuesto, el problema histórico, pero ayudan a debilitar los aspectos más negativos de la “burocracia”. Se le ha dado gran importancia a la formación de un nuevo tipo de burócrata soviético: los nuevos especialistas. Pero tampoco en esto debemos engañarnos. Son enormes las dificultades que se presentan para que, en un período de transición y por intermedio de preceptores heredados del pasado, un millar de trabajadores sean formados conforme a los nuevos cánones; espíritu de colaboración, sencillez y humanidad. Son enormes, pero no insuperables. No puede lograrse de inmediato, sino sólo gradualmente, por la aparición de una “edición” más y más mejorada de la juventud soviética.

Las medidas enumeradas necesitarán comparativamente largos años para su cumplimiento, pero en ningún sentido excluyen una lucha inmediata y sin demora contra la “burocracia”, contra el menosprecio oficial por el ser humano y sus necesidades, contra el verdadero nihilismo corruptor que enfrenta todo lo terrestre con una indiferencia estática, con una desesperanza cobarde que rehúsa conocer las causas de su propia dependencia, con un sabotaje consciente, y lucha también contra el instintivo odio de una aristocracia desposeída hacia la clase que la desposeyó. He aquí las principales causas de la rusticidad, que espera la aplicación de la palanca revolucionaria.

Debemos alcanzar una condición, que ponga fin al inexcusable servilismo individual de la clase trabajadora y ésta pierda sus inhibiciones frente a los despachos gubernamentales a los que necesariamente debe acudir. Debe prestarse principal atención a su prolongada desesperanza, a su prolongada ignorancia y oscuridad. Es un requisito esencial que sea no sólo liberada sino, también, ayudada para su transformación. Conforme a este propósito,

además de otras medidas, es fundamentalmente necesario que nuestra opinión pública soviética mantenga la cuestión constantemente en primer plano, estudiándola desde el ángulo más amplio posible, en especial el verdadero revolucionario soviético, comunista, hábiles elementos de la maquinaria estatal, entre los cuales felizmente hay tantos que colaboran para su mantenimiento y progreso.

La prensa puede cumplir un papel decisivo al respecto.

Desafortunadamente, nuestros periódicos, en general, proporcionan muy poco material informativo con respecto a la vida cotidiana. Si a veces se brinda tal información, lo más frecuente es que se lo haga a través de artículos estereotipados, tales como: “Existe una fábrica tal y tal. En la fábrica hay un comité y un director. El comité de la fábrica hace tal y tal cosa, el director dirige.” Mientras en ese mismo momento nuestra vida real está llena de color y es rica en episodios instructivos, particularmente a lo largo de la línea donde la maquinaria estatal entra en contacto con la masa del pueblo. No tenéis más que arremangaros...

Por supuesto, una tarea de iluminación e instrucción de este tipo debe cuidarse mucho de la intriga, debe despojarse de la hipocresía y de toda forma de demagogia.

Un “programa calendario” ejemplar tendrá por fin particularizar un centenar de servidores civiles; particularizar total e imparcialmente un centenar de servidores que han demostrado un profundo menosprecio de sus deberes para con las masas trabajadoras, y públicamente, quizá a través de un juicio, arrojarlos de la máquina del estado, de modo que nunca puedan volver a instalarse en ella. Será un buen comienzo. No debe esperarse que como resultado de ello ocurran milagros. Pero un pequeño cambio de lo viejo a lo nuevo constituye un útil paso adelante, de mucho más valor que el más grande de los discursos.

La lucha por un lenguaje culto¹⁶

(15 de mayo de 1923)

He leído últimamente en uno de nuestros periódicos que en una asamblea general de trabajadores en la fábrica de calzado *La Comuna de París*, se aprobó una resolución que ordena abstenerse de blasfemar, e impone multas a quien haga uso de expresiones injuriosas.

Este es un pequeño incidente en medio de la gran confusión de la hora actual, Pero un pequeño incidente de gran peso. Su importancia, con todo, depende de la respuesta que encuentre en la clase trabajadora la iniciativa de la fábrica de calzado.

El lenguaje insultante y las blasfemias constituyen un legado de la esclavitud, de la humillación y falta de respeto por la dignidad humana, tanto la propia como la de los demás. Esto es exactamente lo que ocurre en Rusia respecto de las blasfemias. Me gustaría que nuestros filólogos, lingüistas y especialistas en folklore me dijeran si conocen en cualquier otro idioma términos tan disolutos, vulgares y bajos como los que tenemos en ruso. Hasta donde yo sé, nada o casi nada parecido existe fuera de nuestro país. El lenguaje blasfemo en nuestras clases socialmente inferiores era el resultado de la desesperación, la amargura y, sobre todo, de la esclavitud sin esperanza ni evasión. El lenguaje blasfemo de nuestras clases altas, el lenguaje que salía de las gargantas de la aristocracia y de los funcionarios, era el resultado del régimen clasista, del orgullo de los propietarios de esclavos y del poder inmovible. Se supone que los proverbios contienen la sabiduría de las masas; los proverbios rusos, además, revelan su ignorancia y su tendencia a la superstición, así como su condición de esclavitud. “El abuso no golpea hasta el cuello”, dice un proverbio ruso, demostrando que no sólo se acepta la esclavitud como un hecho, sino que se está obligado a sufrir la humillación que implica. Dos corrientes de procacidad rusa (el lenguaje blasfemo de los amos, los funcionarios y los policías, grueso y rotundo; y el lenguaje blasfemo, hambriento, desesperado y atormentado de las masas) han teñido toda la vida rusa con matices despreciables. Tal fue el legado que, entre otros, recibió del pasado la revolución.

La revolución, sin embargo, es primordialmente el despertar de la personalidad humana en el seno de las masas, en esas masas que supuestamente no poseían ninguna personalidad. Pese a la crueldad ocasional y a la sanguinaria inexorabilidad de sus métodos, la revolución se caracteriza, inicialmente y, sobre todo, por un creciente respeto a la dignidad del individuo y por un interés cada vez mayor por los débiles. Una revolución no es digna de llamarse tal si, con todo el poder y todos los medios de que dispone, no es capaz de ayudar a la mujer (doble o triplemente esclavizada como lo fue en el pasado) a salir a flote y avanzar por el camino del progreso social e individual. Una revolución no es digna de llamarse tal si no prodiga el mayor cuidado posible a los niños, la futura generación para cuyo beneficio, precisamente, se llevó a cabo la revolución. Pero, ¿cómo puede crearse una nueva vida basada en la consideración mutua, en el respeto a sí mismo, en la verdadera igualdad de las mujeres (quienes deben ser estimadas en el mismo grado que los hombres trabajadores), en el cuidado eficiente de los niños, en medio de una atmósfera envenenada por el rugiente, fragoroso y resonante lenguaje blasfemo de los amos y los esclavos, ese lenguaje que no perdona a nadie y que no se detiene ante nada? La lucha contra el “lenguaje procaz” es un requisito esencial de la higiene mental, de la misma manera que la lucha contra la suciedad y las alimañas es un requisito de la higiene física.

Terminar radicalmente con el lenguaje injurioso no es cosa fácil si se tiene en cuenta que el desenfreno en el lenguaje tiene raíces psicológicas y es una consecuencia del escaso

¹⁶ Publicado en *Pravda*, 15 de mayo de 1923.

grado de cultura de los suburbios. Por cierto, damos la bienvenida a la iniciativa de la fábrica de calzado y sobre todo deseamos mucha perseverancia a los promotores de los nuevos movimientos. Los hábitos psicológicos, que se transmiten de generación en generación y saturan todo el clima de la vida, son sumamente tenaces. Por otra parte, ¿con cuánta frecuencia nos lanzamos en Rusia impetuosamente hacia adelante, agotamos nuestras fuerzas y después dejamos que las cosas sigan a la deriva como antaño?

Confiemos en que las mujeres trabajadoras (y, en primer lugar, las que pertenecen a las filas comunistas) apoyen la iniciativa de la fábrica *La Comuna de París*. Por regla general (que por supuesto admite sus excepciones) los hombres que comúnmente emplean un lenguaje desenfrenado, desprecian a las mujeres y les prestan poca atención. Esto no se aplica tan sólo a las masas incultas sino también a los elementos avanzados y aun a los llamados “responsables” del actual orden social. No puede negarse que las viejas formas prerrevolucionarias de lenguaje procaz siguen todavía en uso, seis años después de octubre, y que incluso están de moda en las “altas esferas”. Cuando se encuentran fuera de la ciudad, especialmente fuera de Moscú, nuestros mandatarios consideran en cierto sentido como un deber el uso de expresiones fuertes. Evidentemente, ven en ello un método de entrar en contacto más profundamente con el campesinado.

Tanto en el aspecto económico como en todos los demás aspectos, nuestra vida en Rusia ofrece los contrastes más notables. En un sector muy estratégico del país, cerca de Moscú, hay miles de pantanos y caminos intransitables y cerca de ellos surge de pronto una fábrica que por su equipo técnico podría muy bien sorprender a cualquier ingeniero europeo o americano. Contrastes similares abundan en nuestra vida nacional. Junto a algunos gobernantes rapaces del viejo estilo, que atravesaron el período de revolución y expropiación comprometidos en la estafa y en el enmascaramiento y legalización del peculado, y que conservan intactas entre tanto toda su vulgaridad y rapacidad suburbanas, junto a ellos, podemos observar el mejor estilo comunista proveniente de la clase trabajadora, quienes día a día consagran sus vidas a servir a los intereses del proletariado internacional, y están listos si se presenta la oportunidad para luchar por la causa revolucionaria en cualquier país, incluidos aquellos que no sabrían ubicar en el mapa. Además de tales contrastes sociales (una torpe bestialidad y el más alto idealismo revolucionario), a menudo presenciamos contrastes psicológicos de la misma tendencia. Un hombre es un comunista ortodoxo devoto a la causa, pero las mujeres son para él tan sólo “hembras” que en ningún sentido son tomadas en serio. O a veces ocurre que el muy respetado comunista cuando discute cuestiones nacionales comienza a exponer inusualmente ideas reaccionarias. Con respecto a esto debemos recordar que los distintos aspectos de la conciencia humana no se transforman y desarrollan simultáneamente por rumbos paralelos. Existe una cierta economía en el proceso. La psicología humana es por naturaleza muy conservadora, y el cambio debido a las demandas e impulsos de la vida afecta en primer lugar a los aspectos de la mente que le conciernen en forma directa. En Rusia, el desarrollo social y político de las últimas décadas tuvo lugar de un modo un tanto inusual, con sorprendentes saltos y sobresaltos y esto tiene que ver con nuestra desorganización y confusión presente, que no concierne sólo a lo político y económico. El mismo proceso irregular en el desarrollo mental de mucha gente dio por resultado una muy curiosa mezcla de avanzados puntos de vista políticos cuidadosamente elaborados con tendencias, hábitos y en algunos casos ideas que son un directo legado de las ancestrales leyes domésticas. Para obviar tales efectos, debemos poner en orden la faz intelectual, debemos examinar a través de métodos marxistas todo el complejo mental del hombre, y en esto ha de consistir el esquema general de educación y autoeducación del partido comenzando por sus dirigentes. Pero aquí también, el problema es bastante complicado y no puede ser resuelto tan sólo por la instrucción escolar y los libros; las raíces de la desorganización y confusión están en las condiciones en que se vive. La

psicología en última instancia está determinada por la vida. Pero dicha dependencia no es puramente automática y mecánica; se trata más bien de una activa y recíproca determinación. Por lo tanto, el problema debe ser encarado de diferentes modos; el de los trabajadores de la fábrica *La Comuna de París* es uno de tantos. Les deseamos a todos ellos el mayor de los éxitos.

P.S. La lucha contra la vulgaridad del lenguaje es también parte de la lucha por la pureza, claridad y belleza de la lengua rusa.

Los necios reaccionarios sostienen que la revolución, sin haber llegado a destruirla del todo, está en camino de estropear la lengua rusa. De hecho, existe actualmente una enorme cantidad de términos en uso que han surgido por casualidad, muchos de ellos expresiones groseras y del todo innecesarias, otros contrarios al espíritu de nuestra lengua. Y, sin embargo, estos tontos reaccionarios están tan equivocados acerca del futuro de la lengua rusa como acerca de todo el resto. En efecto, a pesar y más allá del desorden revolucionario, nuestro lenguaje se irá rejuveneciendo y fortaleciendo con una mayor flexibilidad y delicadeza. El lenguaje obviamente osificado, burocrático y liberal de nuestra prensa prerrevolucionaria se halla ya considerablemente enriquecido por nuevas formas descriptivas, por nuevas expresiones mucho más precisas y dinámicas. Pero a través de estos tumultuosos años nuestro idioma, por cierto, se ha ido obstruyendo cada vez más, y parte de nuestro progreso cultural se ha manifestado, entre otras cosas, en el hecho de haber desechado todos los términos y expresiones innecesarios, así como aquellos que no concuerdan con el espíritu de nuestra lengua, mientras por otra parte se han reservado las valiosas e incuestionables adquisiciones lingüísticas del período revolucionario.

El lenguaje es el instrumento del pensamiento. La corrección y precisión del lenguaje es condición indispensable de un pensamiento recto y preciso. El poder político ha pasado, y no por primera vez en nuestra historia, a manos de los trabajadores. La clase trabajadora dispone de un gran cúmulo de trabajo y experiencia vital y un idioma basado en dicha experiencia. Pero nuestro proletariado no ha recibido la suficiente instrucción preparatoria acerca de los rudimentos de lectura y escritura, para no hablar de su formación literaria. Y he aquí el motivo por el cual la ahora gobernante clase trabajadora, que en sí misma y por su naturaleza social es una poderosa guardiana de la integridad y grandeza de la lengua rusa del futuro, hoy no se levanta, sin embargo, con toda la energía necesaria para luchar contra la intrusión de expresiones y términos viciosos, inútiles y a menudo desagradables. Cuando la gente dice “un par de semanas”, “un par de meses” (en lugar de varias semanas, varios meses), resulta estúpido y feo. En lugar de enriquecer el lenguaje ello lo empobrece: la palabra “par” pierde en el proceso su significado real (el que tiene en la expresión “un par de botas”). Las expresiones y los términos erróneos han entrado en uso a raíz de la intrusión de palabras extranjeras mal pronunciadas. Los oradores proletarios, aun aquellos que debieran saber hablar mejor, dicen, por ejemplo, “incidente” en lugar de “incidente”, o dicen “instito” en lugar de “instinto”, o “legularmente” en lugar de “regularmente”. Tales pronunciaciones erróneas tampoco eran poco frecuentes en el pasado antes de la revolución. Pero ahora parecen adquirir cierto derecho de ciudadanía. Nadie corrige esas expresiones defectuosas por una especie de falso orgullo. Eso es un error. La lucha por una mayor educación y cultura proveerá a los elementos avanzados de la clase trabajadora todos los recursos de la lengua rusa en su mayor grado de riqueza, sutileza y refinamiento. Para preservar la grandeza del lenguaje, todos los términos y expresiones defectuosos deben ser desechados del habla cotidiana. El lenguaje también tiene necesidad de una higiene. Y no en menor grado, sino mucho más que las otras, la clase trabajadora necesita un lenguaje sano, ya que, por primera vez en la historia, comienza a pensar independientemente acerca de la naturaleza, acerca de la vida y sus fundamentos; y el instrumento indispensable de todo pensamiento correcto es la claridad y agudeza del lenguaje.

Contra la burocracia, progresista y no progresista¹⁷

(6 de agosto de 1923)

He de hablar otra vez y probablemente no sea la última sobre los problemas de la vida de la clase trabajadora. Mi objetivo al respecto es defender el creciente y, a mi juicio, más legítimo interés de las masas contra los ataques de las críticas más burocráticas que progresistas.

La burocracia progresista desaprueba todas las discusiones que sobre los problemas de la vida se lleven a cabo en la prensa, en clubes y en mítines. ¿Cuál es la utilidad, se preguntan, de perder tiempo en discusiones? Dejad que las autoridades comiencen a hacer funcionar los comedores comunales, las lavanderías, los albergues, etc. Y estos necios burócratas agregan a menudo (o más bien susurran o dan por supuesto, pues prefieren eso antes que hablar abiertamente): “Es pura palabrería, y nada más.” Sin duda el burócrata supone (me pregunto si tiene en manos algún brillante plan financiero) que cuando seamos ricos, y sin necesidad de más palabras, obsequiaremos al proletariado con condiciones de vida más civilizadas como si se tratase de un regalo de cumpleaños. No hay ninguna necesidad, afirman tales críticos, de realizar una propaganda dirigida a las masas, a favor de condiciones socialistas; el mismo proceso de trabajo crea “un sentido de sociabilidad”.

¿Qué tendríamos que responder a semejantes argumentos? Si el mencionado “sentido de sociabilidad”, creado por el mismo proceso de trabajo, constituyese un medio suficiente para resolver los problemas del socialismo, ¿qué necesidad habría de un partido comunista? Con todo, en realidad, el camino a recorrer desde ese “vago sentido de sociabilidad” hasta una firme voluntad de reconstrucción de la vida es sumamente largo. La tarea de nuestro partido se extiende a lo largo de ese camino. Los problemas acerca de los modos y condiciones de vida deben hacerse conscientes a las masas. Ningún gobierno, ni siquiera el más activo y emprendedor, podrá por ventura proceder a la transformación de la vida sin la iniciativa de las masas. El estado puede organizar las condiciones de vida dentro de las unidades más pequeñas de la comunidad: la familia. Pero a menos que tales unidades se combinen por su propia voluntad y elección en un cuerpo político, ¿podrán, acaso, obtenerse transformaciones serias y radicales en las condiciones económicas y en la vida familiar?

El problema en nuestro caso no se reduce solamente a la necesidad de nuevas instituciones, tales como guarderías, comedores públicos, casas que funcionen como comunidades. Sabemos muy bien que muchas madres han rehusado entregar sus hijos para que sean cuidados en las guarderías. No lo harían tampoco ahora, obstinadas como son por inercia y prejuicio, en su rechazo de toda innovación. Muchas casas que habían sido asignadas a familias que vivían en comunidades han quedado en condiciones lastimosas y se han convertido en inhabitables. Las personas que las habitaron no consideraron las viviendas comunitarias como un comienzo de las nuevas condiciones, las vieron por el contrario como si se tratase de cuarteles provistos por el estado. Como resultado de la falta de preparación, los métodos apresurados, la carencia de una disciplina interna y la escasa cultura, las comunidades muy a menudo han experimentado un fracaso total. Los problemas de las condiciones de vida requieren un examen crítico integral y para ello es necesario disponer de métodos cuidadosamente elaborados. La marcha progresiva debe poseer una base segura en *un acrecentado conocimiento de las condiciones de la vida doméstica* y

¹⁷ Publicado en *Pravda*, 6 de agosto de 1923.

mayores demandas de vida cultural por parte de hombres y mujeres de la clase trabajadora, especialmente de las mujeres.

Quiero apuntar a unos pocos casos, que ilustran la relación existente entre la iniciativa del estado y la de las masas en lo concerniente a los problemas de las condiciones de vida. En el momento actual, y gracias a la enérgica intervención del camarada Kerjenzev, un elemento de la vida muy importante (la puntualidad) se ha transformado en objeto de especial atención. Considerando dicho problema desde un punto de vista burocrático, se podría preguntar: “¿Para qué, finalmente, aturrullarse con ese tipo de discusiones? ¿Cuál es la utilidad de emprender una campaña de propaganda, fundar ligas con divisas para sus miembros, etc.? Dejad que las autoridades exijan puntualidad mediante un decreto, e impongan penas en caso de contravención.” Pero tal decreto existe ya hoy en día. Hace unos tres años atrás, apoyado firmemente por el camarada Lenin, conseguí un reglamento acerca de la puntual asistencia a los mítines, comités, etc., promulgado y debidamente ratificado por el partido y los soviets. Como es usual, también existían penas relacionadas con la infracción del decreto. El reglamento produjo algunos efectos, pero desafortunadamente no muchos. Trabajadores muy responsables siguen, todavía hoy en día, llegando con más de media hora de retraso a las reuniones de comité. Creen honestamente que ello se debe a que tienen demasiados compromisos, pero en realidad su impuntualidad es producto del descuido y de un cierto menosprecio del tiempo, del propio y del de los demás. Una persona que llega siempre tarde porque está “terriblemente ocupada”, rinde en su trabajo necesariamente mucho menos que otra que llega siempre a tiempo dondequiera que se le espere. Resulta bastante curioso que durante los debates de nuestra *Liga del tiempo* la gente pareciera simplemente haber olvidado que dicho decreto existía. Por mi parte nunca he visto que la prensa lo mencionase. Esto demuestra cuán difícil es reformar las malas costumbres tan sólo a través de la legislación. Por cierto el decreto arriba mencionado debe ser rescatado del olvido y ser usado como soporte de la *Liga el tiempo*. Pero, si no nos vemos ayudados por el esfuerzo de los elementos más avanzados de la masa laboral para el logro de la eficiencia y puntualidad indispensables, las medidas administrativas no tendrán efecto alguno. Los trabajadores “responsables” deben ser puestos a la luz del control público; así quizá tendrán cuidado de no robar tiempo a cientos y miles de trabajadores.

Tomemos ahora otro caso. Las autoridades han estado luchando durante varios años contra las malas impresiones, pruebas de imprenta, cosido y plegado de folios y libros. Algunas mejorías se han producido, pero no muchas. Y por cierto, estos defectos de nuestras impresiones y ediciones, no se deben a deficiencias técnicas. Los responsables son los lectores que no han alcanzado la instrucción necesaria para ser lo suficientemente exigentes. El *Periódico de los trabajadores*, para tomar un ejemplo entre muchos, sale a circulación (quién sabe por qué) doblado por el largo en lugar de por el ancho de la hoja. Antes de empezar a leerlo, el lector tiene que desarmarlo para volver a doblarlo en la forma correcta y colocar en su sitio la hoja invertida. Hacer todo eso, por ejemplo, en un tranvía, no es cosa fácil. Ningún editor burgués se atrevería a presentar a sus lectores un periódico semejante. El *Moscú de los trabajadores* se publica con sus ocho hojas pegadas. Los lectores deben cortarlas con lo primero que hallen a mano, generalmente con los dedos, rasgando la mayoría de las veces parte del texto. El diario queda estropeado y en condiciones poco aptas como para ser pasado a otro lector cuando el primero lo haya leído. ¿Por qué hay que soportar semejante descuido? Por supuesto la burocracia progresiva echará toda la culpa a la inercia de los editores. En verdad, tal inercia es nociva. Luchamos contra ella usando incluso armas tales como las resoluciones de las conferencias del partido. Pero aún peor es la pasividad de los lectores, su manera de desatender a su propio confort, su carencia de hábitos de cultura. De haber tan sólo golpeado con sus puños, una o dos veces (de una manera civilizada, quiero

decir), sobre la mesa del editor, éste no se habría atrevido a publicar su periódico con las hojas pegadas.

He aquí el motivo por el cual aun esas cuestiones triviales, como el cortado de las hojas de un diario o la encuadernación de los libros, deben ser minuciosamente investigadas y ampliamente discutidas en público. Este es un medio educativo de elevar el nivel cultural de las masas.

Y con más razón todavía se aplica todo lo dicho a la complicada red de las relaciones íntimas de la vida personal y familiar. Nadie, en realidad, imagina que el gobierno soviético va a edificar viviendas admirablemente equipadas, comunidades provistas de toda clase de confort, e invitar al proletariado a abandonar los sitios donde actualmente habita para comenzar a vivir en las nuevas condiciones. Suponiendo incluso que esa gigantesca empresa pueda realizarse (lo que, por supuesto, no está en discusión), ello en nada ayudaría. El pueblo no puede ser coaccionado a adoptar los nuevos hábitos de vida; éstos deben madurar gradualmente en él como lo hicieron sus viejas costumbres. O bien debe deliberada y conscientemente crearse una nueva forma de vida: tal como lo hará en el futuro. La reorganización de la vida debe y puede ser iniciada ya mismo, gracias a los medios provistos por los salarios pagados en las actuales condiciones de nuestro soviét. Cualesquiera sean estos salarios, el manejo de la casa de forma comunitaria es mucho más práctico que el de cada familia por separado. Una sola cocina en una amplia sala ensanchada a expensas de dos o tres habitaciones contiguas, es una disposición más provechosa que cinco, para no hablar de diez cocinas separadas. Pero si los cambios deben ser efectuados por iniciativa de las masas (con el apoyo de las autoridades) es obvio que un vago “sentido de sociabilidad” no podrá por sí mismo llevarlos a cabo. Nuestro deber es procurarnos una clara comprensión de las cosas tal como son y tal como deberían ser. Sabemos cuán enormemente se ha beneficiado el desarrollo de la clase trabajadora, gracias al reemplazo de los convenios personales por los colectivos, y qué trabajo minucioso deben realizar los sindicatos, cuán cuidadosamente, deben ser discutidas, para llegar a un acuerdo, todas las cuestiones y detalles técnicos en las reuniones de delegados y demás asambleas. El reemplazo de las viviendas separadas por aquellas donde varias familias llevan una vida de hogar en común, es mucho más complicado y de importancia fundamental. El viejo tipo de recluida vida familiar se ha desarrollado a espaldas del pueblo, mientras que una nueva vida fundada sobre bases comunitarias necesita para su aparición de un esfuerzo consciente por parte de todos los que participan en el cambio. El primer paso hacia un nuevo orden de vida debe consistir, por lo tanto, en hacer evidente la contradicción entre las viejas costumbres y las nuevas exigencias de la vida, contradicción que se hace cada vez más intolerable. Esta es la tarea que el partido revolucionario debe cumplir. La clase trabajadora debe ser consciente de las contradicciones que se dan en el seno de la vida familiar, debe hacer que el núcleo del problema devenga plenamente inteligible, y cuando esto se logre, aunque más no fuese a través de los elementos más avanzados de la clase, ninguna inercia de los burócratas soviéticos se levantará contra el claro designio del proletariado.

Para dar fin a esta polémica contra los puntos de vista burocráticos en lo concerniente a los problemas de las formas de vida, traeré a colación una anécdota ilustrativa del camarada Karchevsky, quien trató de abordar el problema de la reforma de la vida doméstica por métodos de cooperativas. “En el día de la cooperación internacional”, escribe Karchevsky (estoy citando una carta dirigida a mí), “he hablado con mis vecinos de piso, gente muy humilde de la clase trabajadora. Al comienzo nada parecía propicio. ‘Abajo las cooperativas’, dijeron. ‘¿Qué utilidad tienen? ¡Cargan los precios más que en los mercados, y hay que caminar leguas antes de llegar a uno de esos abastecimientos!’ Y así continuaron. Ensayé, pues, otro método. ‘Bueno’, dije, ‘supongan que nuestro sistema cooperativo está equivocado en un 90 %. Pero analicemos la idea y los fines de la cooperación y a fin de

considerar y lograr una mejor comprensión de nuestros hábitos de propiedad, prestemos atención en primer lugar a nuestros intereses y necesidades.’ Por supuesto, todos convinieron en la necesidad de un club, una guardería, una cocina común, una escuela, una lavandería, un patio de juegos para los niños, etc. Veamos cómo podemos conseguir todo eso. Entonces uno de ellos sumamente nervioso e irritado gritó: ‘Usted dice que vamos a tener una comunidad adecuadamente equipada, pero todavía no vemos nada de eso.’ Lo detuve: ‘¿Quién es *usted*? Aquí todos nos hemos puesto de acuerdo sobre la necesidad de contar con estas instituciones bien organizadas. ¿No acaba usted de lamentar que los chicos deban soportar la humedad de su apartamento demasiado bajo, y que su mujer se sienta atada como una esclava a la cocina? El cambio de estas condiciones es el deseo compartido por todos nosotros. Intentemos manejar mejor las cosas. ¿Cómo lo haremos? Hay ocho pisos en nuestro edificio. El patio interior es pequeño. Faltan habitaciones para muchas cosas necesarias y cualquier cambio que intentemos realizar resultará demasiado costoso.’ Comenzó a discutirse la cuestión. Yo hice una sugerencia: ‘¿Por qué no formar una comunidad más grande, el distrito, y reunir nuestras fuerzas para la consumación de nuestro proyecto?’ Inmediatamente las sugerencias comenzaron a fluir, y se discutieron toda suerte de posibilidades. Un hombre, con un punto de vista un tanto burgués sobre la propiedad, hizo un ofrecimiento muy característico: ‘La propiedad privada de las viviendas se ha abolido, dijo. Derribemos los cercos y construyamos un pozo ciego para todo el distrito.’ Y otro agregó: ‘Podemos instalar en el medio un patio de juegos para los niños.’ Luego llegó un tercero con una sugerencia: ‘Pidamos a las autoridades soviéticas que nos den una gran casa en el distrito, o, al menos, ingeniémonos de alguna manera para conseguir un local para un club y una escuela.’ Luego se hicieron más pedidos y sugerencias: ‘¿Y qué acerca de una cocina común y una guardería? Ustedes los hombres sólo piensan en sí mismos (eso vino de las mujeres), para nada piensan en nosotras.’

“Ahora cada vez que los encuentro, me preguntan, en especial las mujeres: ‘¿Qué hay de su plan? Comencemos la tarea. ¿Acaso eso no sería más conveniente?’ Proponen convocar a una reunión de distrito para discutir el asunto. Cada distrito cuenta con unos diez o veinte comunistas que viven en él, y tengo la esperanza que con el apoyo del partido y las instituciones de los soviets, tendremos la posibilidad de hacerlo algo...”

Este caso concuerda con la idea general que he expuesto y muestra cuán conveniente es que los problemas de la vida cotidiana sean desgranados por los molineros del pensamiento proletario colectivo. Los molineros son fuertes, y podrán dominar todo aquello que les sea dado para desgranar.

Y la anécdota nos deja otra lección.

“Ustedes sólo piensan en sí mismos” dijeron las mujeres al camarada Karchevsky, “y para nada piensan en nosotras”. Es bastante cierto, que en la esfera de la vida cotidiana el egoísmo de los hombres no tiene límites. Si en realidad, queremos transformar las condiciones de vida debemos aprender a mirarlas a través de los ojos femeninos. Esto corresponde, sin embargo, a otro problema; espero en otra oportunidad tener con ustedes una charla sobre el tema.

Cómo empezar¹⁸ (8 de agosto de 1923)

Los problemas de la vida de la clase trabajadora, en especial los problemas de la vida familiar, han empezado a interesar, digamos más bien a preocupar, a los corresponsales de los diarios de la clase trabajadora. En gran medida este interés ha surgido inadvertidamente.

El aventajado corresponsal de los diarios de la clase trabajadora halló grandes dificultades en sus tentativas de describir la vida. ¿Cómo abordar el problema? ¿Cómo empezar? ¿A dónde dirigir la atención? La dificultad no es de estilo literario (ése es un problema aparte) sino que surge del hecho de que el partido no ha considerado todavía específicamente los problemas relacionados con la vida cotidiana de las masas trabajadoras. Nunca hemos abordado concretamente estas cuestiones como, en muchas oportunidades, hemos discutido en cambio cuestiones de salarios, índices, duración de la jornada de trabajo; la persecución policial, la constitución del estado, la propiedad de la tierra, etc. Aún no hemos hecho nada semejante con respecto a la familia y a la vida privada del trabajador. Al mismo tiempo este aspecto no carece de importancia y merece nuestra atención, si no es por otro motivo por el hecho al menos de ocupar dos tercios de la vida, dieciséis de las veinticuatro horas del día. Ya advertimos en este terreno el peligro de una grosera, casi brutal tentativa de interferencia en la vida privada del individuo. En algunas ocasiones, por fortuna no muchas, los corresponsales de los trabajadores tratan las cuestiones de la vida familiar como las de la producción fabril, así, por ejemplo, cuando escriben sobre la vida de esta o aquella familia, cada miembro de la misma es llamado por su nombre. Este hábito es erróneo, peligroso e inexcusable. Un director desempeña una función pública. Lo mismo ocurre con un miembro del comité de trabajadores. Los que tienen este tipo de oficio están continuamente expuestos a la vista del público, y son objeto de libre crítica. Con respecto a la vida familiar, la situación es muy diferente.

Por supuesto, la familia también llena una función pública. Conserva la población y en parte educa a la nueva generación. Visto desde este ángulo, el estado de los trabajadores tiene todo el derecho de tomar las riendas del control y la regulación de la vida familiar en cuestiones relacionadas con la higiene y la educación. Pero el estado debe llevar a cabo con gran precaución sus incursiones en la vida familiar; debe hacerlo con gran tacto y moderación; su intervención debe tener como único fin acordar a la familia condiciones de vida más normales y dignas; debe garantizar las necesidades sanitarias y otros intereses de los trabajadores, creando de este modo las bases para generaciones futuras más sanas y felices.

Al igual que para la prensa, su incursión casual y arbitraria en la vida familiar, cuando la misma familia no manifiesta ningún interés, resulta absolutamente intolerable.

La inoportuna y grosera incursión por parte de la prensa en la vida privada de las personas conectadas por lazos familiares, que no tiene una adecuada explicación, sólo puede aumentar el grado de desconcierto general y provocar grandes daños. Por otra parte, como una información de ese tipo está prácticamente fuera de todo control, debido al carácter extremadamente privado de la vida familiar, el tratamiento periodístico de estos temas puede convertirse en manos inescrupulosas en un instrumento para ventilar asuntos privados, ridiculizar, extorsionar o realizar cualquier tipo de venganza personal.

¹⁸ Publicado en *Pravda*, 8 de agosto de 1923.

En algunos de los artículos recientemente publicados sobre cuestiones de la vida familiar, se me ha cruzado la idea, a menudo reiterada, de que no sólo las actividades públicas sino también la vida privada de sus miembros, son importantes para el partido. Este es un hecho indiscutible. Más que nada si se tiene en cuenta que las condiciones de la vida privada se reflejan en las actividades públicas del hombre. El problema consiste en saber cómo influir en la vida del individuo. Si las condiciones materiales, el grado de cultura, los arreglos internacionales obstaculizan e impiden la introducción de una transformación radical de la vida, entonces la revelación pública de las familias en cuestión, los padres, maridos y esposas, etc., no tendrá ningún efecto práctico, y amenazará con sumergir al partido en la hipocresía; enfermedad peligrosa y que tiende a propagarse. Como el tifus, la hipocresía manifiesta diferentes modalidades. Algunas veces la hipocresía brota de las causas más nobles y de una sincera, aunque equivocada, atención a los fines del partido, fines, sin embargo, que muy frecuentemente son utilizados como pantalla de otros de mayor peso: intereses de grupo, de departamento o personales. Despertar mediante exhortaciones el interés público por los problemas de la vida familiar, envenenará sin duda el movimiento con el nocivo veneno de la hipocresía. Una cuidadosa investigación de nuestra parte en el dominio de las costumbres de la vida familiar, ha de tener por fin ampliar los conocimientos del partido en este terreno. Psicológicamente debe mejorar al individuo, y favorecer una nueva orientación de las instituciones estatales, gremios y unidades cooperativas. Baso ninguna condición ha de incitar a la hipocresía. ¿Cómo bajo tales circunstancias poner a la luz las cuestiones de la vida familiar? ¿Cómo empezar?

Hay dos caminos fundamentales. El primero, por medio de artículos y anécdotas populares. Todo trabajador juicioso y maduro conserva en su memoria una suma de impresiones de la vida familiar. Estas son refrescadas por las observaciones realizadas a diario. Con este material como base podemos redactar y publicar artículos concernientes a la vida familiar como un todo, así como a sus transformaciones, o a algunos aspectos particulares de la misma, y presentar los ejemplos más contundentes sin mencionar por su nombre ni una sola familia o persona. Cuando sea preciso mencionar nombres de familias o lugares, deberán ser ficticios, de manera que ningún particular pueda ser asociado a los mismos. Conforme a este modelo, han aparecido recientemente en *Pravda* y en publicaciones provinciales, muchos artículos de gran valor e interés. El segundo método consiste en tomar a una familia real, ahora por su nombre, conforme a la figura que representa en la opinión pública. Las catástrofes que ocurren en una familia son las causas que llevan a ésta a la esfera de la opinión y juicio públicos, tales son, por ejemplo, los asesinatos, suicidios, casos legales como resultado de los celos, la crueldad, el despotismo de los padres, etc. Así como los estratos de una montaña son mejor percibidos en un desprendimiento, las catástrofes familiares ponen también en gran relieve las características comunes a miles de familias que han logrado escapar a ellas. Ya hemos mencionado, al pasar, que nuestra prensa no tiene derecho alguno a ignorar los acontecimientos que agitan precisamente a nuestra colmena humana. Cuando una esposa abandonada apela a la corte para compeler a su marido a contribuir al mantenimiento de los hijos; cuando una mujer busca protección pública a raíz de la crueldad y violencia de su marido; cuando el mal trato de los padres hacia los hijos pasa a ser asunto de consideración pública, o, viceversa, cuando los afligidos padres se quejan de la crueldad de sus hijos, la prensa no sólo tiene el derecho sino también el deber de ocuparse del asunto y arrojar luz sobre tales situaciones, en tanto la corte u otras instituciones públicas no les consagran la suficiente atención. Los hechos que han salido a la luz como resultado de un procedimiento judicial, no han sido aprovechados lo suficiente para abordar los problemas de la vida. Sin embargo, merecen un lugar especial. En un período de trastorno y reconstrucción de las relaciones personales de la vida cotidiana, el tribunal soviético debe convertirse en un importante factor en la organización de las

nuevas formas de vida, así como en la evolución de los nuevos conceptos de lo justo y lo injusto, de la verdad y el error. La prensa debe continuar la acción de la corte, esclarecer y completar su trabajo, y, en cierto sentido, conducirla. Ésta proporciona un gran campo para las actividades educativas. Nuestros mejores periodistas deben preparar y divulgar una especie de folleto con material informativo sobre los procedimientos judiciales. Por supuesto los métodos usuales patentados por los periodistas quedan descartados en este caso. Necesitamos imaginación y necesitamos conciencia. Un enfoque comunista, por ejemplo, un enfoque público, amplio y revolucionario de los problemas de la familia, en ningún sentido excluye la psicología y la consideración del individuo y su mundo interior.

Citaré aquí un pequeño ejemplo de las provincias que recientemente acaba de llegar a mi conocimiento. En Piatigorsk, una muchacha de diecisiete años se pegó un tiro porque su madre le negó su consentimiento para casarse con un comandante del ejército rojo. Al comentar el suceso, el periódico local, *Terek*, termina inesperadamente su nota reprochando al comandante del ejército rojo que estuviese dispuesto a unirse a la hija de una familia tan reaccionaria. Decidí escribir una carta al editor, expresándole mi indignación, y no en defensa del comandante, a quien yo no conocía, sino para exigirle una correcta exposición del caso. Sin embargo, no tuve necesidad de enviar la carta, ya que dos o tres días más tarde apareció en el mismo periódico otro artículo sobre el tema que trataba el caso con mayor precisión. Las nuevas relaciones de la vida cotidiana deben ser construidas con el material humano que tenemos a nuestra disposición; el comandante del ejército rojo no está excluido de ese material; los padres, como es natural, tienen derecho a interesarse por el destino de sus hijos e influir sobre el mismo con su experiencia y consejo, pero los jóvenes no tienen ninguna obligación de someterse a la voluntad paterna, particularmente en la elección de sus amigos o de su cónyuge; el despotismo de los padres no debe ser combatido mediante el suicidio, sino por la reunión de los jóvenes para una acción vigorosa, por la tolerancia mutua, etc. Todo esto es muy elemental pero absolutamente cierto. No cabe duda de que un artículo de este tipo acerca del acerbo suceso que sacudió a la pequeña ciudad, contribuyó a estimular en más alto grado el pensamiento y la sensibilidad del lector, especialmente del joven lector, que las irritadas expresiones acerca de los elementos pequeñoburgueses, etcétera.

Los camaradas que sostienen que “arrojar luz” sobre las cuestiones de la vida familiar carece de importancia como “todos” sabemos, y creen que desde mucho tiempo atrás tienen el problema resuelto, se engañan de forma espantosa. Simplemente olvidan que en el aspecto político tenemos una buena proporción de terreno cultivado. Si la vieja generación, que es cada vez más reducida, aprendió el comunismo en los acontecimientos que caracterizaron la lucha de clases, la de hoy en cambio está destinada a aprenderlo y desarrollarlo en los factores de construcción de la vida cotidiana. En principio las fórmulas de nuestro programa son correctas. Nos toca a nosotros ponerlas continuamente a prueba, renovarlas, llevarlas al plano de la experiencia práctica, y extenderlas a una esfera más amplia.

El establecimiento de las nuevas bases para la renovación de las costumbres llevará mucho tiempo y requerirá mayor concreción y especialización. Así como tenemos nuestros agitadores de las masas, nuestros agitadores de los industriales, nuestros propagandistas antirreligiosos, debemos formar a nuestros propagandistas y agitadores en cuestiones de costumbres. Como las mujeres son las más desposeídas debido a sus presentes limitaciones, y la costumbre gravita con más peso sobre sus hombres, podemos presumir que en este aspecto los mejores agitadores saldrán de sus filas. Necesitamos gente entusiasta, fanáticos, individuos de horizontes suficientemente amplios, que sabrán cómo habérselas con la tenacidad de la costumbre, que traerán consigo consideraciones originales de cada particularidad, de cada detalle y pequeñez concernientes a las trabas que impone la costumbre familiar y que suelen resultar imperceptibles a simple vista. A buen seguro esa

gente ha de llegar, ya que las necesidades y problemas del presente son de naturaleza incendiaria. Esto no significa que de inmediato logremos mover montañas No; no nos es posible escapar a las condiciones materiales. Sin embargo, todo ello puede alcanzarse dentro de las actuales condiciones, se logrará cuando rompamos la cárcel de silencio en que se hallan prisioneras nuestras costumbres actuales.

Es preciso acelerar la formación de los agitadores que actuarán en contra de la costumbre y facilitarles al mismo tiempo su tarea. Es urgente la fundación de una biblioteca donde se reunirá todo lo que se encuentre a mano vinculado a la vida cotidiana (los trabajos clásicos sobre la evolución de la familia y escritos populares sobre la historia de los usos y costumbres) y llevar a cabo una investigación en los diferentes aspectos de la vida diaria. También tendremos que traducir todo elemento valioso que sobre el tema haya aparecido en idiomas extranjeros durante los últimos años. Más tarde, podremos dedicar y desarrollar secciones al respecto en nuestros periódicos. ¿Quién sabe? Acaso en uno o dos años nos sea posible organizar un curso de lecturas sobre estas cuestiones.

Pero todo esto concierne sólo a la educación, propaganda, prensa y literatura. ¿Cuáles serían, pues, nuestras obligaciones en el terreno práctico? Algunos camaradas exigen la inmediata creación de una liga para la inauguración de las nuevas formas de vida. La idea me parece prematura. El suelo no está lo suficientemente preparado, las condiciones generales aún no son del todo propicias. Hablando en términos generales la creación de tal instrumento organizativo se hará indispensable de un momento a otro. No podemos darnos el lujo de esperar que todo nos venga de arriba como producto de una iniciativa del gobierno. La nueva estructura institucional debe imponerse simultáneamente en todos los ámbitos. El estado obrero es la estructura material, no la estructura misma. La importancia de tener un gobierno revolucionario en un período de transición es inconmensurable; hasta los sectores más avanzados del anarquismo revolucionario han empezado a comprenderlo, gracias a nuestra experiencia. Pero esto no significa que toda la tarea de reconstrucción deba estar a cargo del estado. El fetichismo estatal, aun cuando se trate de un estado proletario, no nos transforma en marxistas. Incluso en lo concerniente a los armamentos, dominio que compite más específicamente al estado, debimos recurrir (y con gran éxito) a la voluntaria iniciativa de los trabajadores y campesinos. La tarea preliminar en el desarrollo de la aviación fue también realizada sobre esas bases. No cabe duda de que la “Sociedad de Amigos de la Flota Aérea” tiene un gran futuro por delante. Los grupos y asociaciones voluntarias de carácter local o federal, en el dominio de la industria, la economía nacional y particularmente en lo referido a las costumbres, están destinados a desempeñar un rol de suma importancia. Ya hoy, se perfila una notoria tendencia hacia una libre cooperación de parte de los jefes rojos, periodistas, escritores, proletarios y campesinos, etc. Recientemente se ha creado una liga que tiene por fin un estudio exhaustivo de la Unión Soviética y el ulterior motivo de influir sobre lo que se ha dado en llamar el carácter nacional. Se ha pensado, por ejemplo, que tarde o temprano (más bien temprano que tarde) el Instituto de Cinematografía Estatal será apoyado por una “Sociedad de amigos del cine rojo” fundada últimamente y destinada a transformarse en una poderosa institución revolucionaria.

Asociaciones voluntarias de ese tipo sólo pueden ser bien recibidas. Marcan el despertar de las actividades públicas de diferentes sectores de la comunidad. Por supuesto, la estructura socialista es, sobre todo, una estructura acorde con un plan. No se trata de un plan *a priori* que puede verlo y abarcarlo todo, un plan preconcebido y con todos los detalles resueltos antes del comienzo de las operaciones; sino un plan que, si bien está pensado en sus elementos esenciales, es verificado y mejorado en su funcionamiento, y se va haciendo más vital y concreto a medida que la iniciativa general va evolucionando y creciendo en perspectivas. En toda la extensión del plan de estado se abre un vasto campo de actividades para asociaciones voluntarias y unidades cooperativas. Entre los muchos millones de

habitantes que constituyen nuestra población hay incontables intereses, fuerzas y energías, una centésima parte de los cuales no puede ser utilizada por el estado, pero que, en cuanto se pueda hallar la fórmula necesaria para organizar sus habilidades, podrán ser utilizados para realizar un trabajo excelente, hombro a hombro con el estado. Una genuina primacía de la creatividad en la acción organizadora, especialmente en nuestro “período cultural”, debe apuntar a descubrir adecuados caminos para la utilización de las energías constructivas de las personas, grupos particulares y unidades cooperativas, y debe fundarse en el notorio incremento de las actividades independientes de las masas. Muchas de estas asociaciones voluntarias se destruirán o se transformarán, pero en general su número crecerá a medida que nuestra labor se expanda y profundice. Entre ellas, la liga para la inauguración de las nuevas formas de vida, trabajando en colaboración con el estado, los soviets locales, los gremios y sobre todo con las unidades cooperativas ocupará por cierto el primer lugar. Sin embargo, en este momento, la creación de dicha organización central es todavía prematura. Resulta más efectivo constituir en las fábricas agrupaciones locales para el estudio de cuestiones vinculadas a la vida de la clase trabajadora, de manera que las actividades de estos grupos tengan un carácter totalmente voluntario.

Es preciso que prestemos mayor atención a los hechos de la vida cotidiana. Sería conveniente que, allí donde las condiciones materiales o espirituales ayuden a su éxito, se realicen ensayos experimentales. La extensión de los límites de un edificio de departamentos, de un grupo de viviendas, de un distrito, todo ello favorecerá el progreso práctico. Las asociaciones iniciales tendrán un carácter local. Deben darse a sí mismas tareas definidas, tales como el establecimiento para grupos de viviendas de guarderías, comedores públicos, lavanderías, etc. El mejoramiento de las condiciones materiales y una mayor experiencia permitirán un campo de actividades más amplio. Para resumir, diremos que lo que en este momento necesitamos es competencia, iniciativa y eficacia.

La primera tarea, la más profunda y urgente, es la de romper el silencio que rodea a los problemas de la vida cotidiana.

Anexo

12 preguntas y respuestas sobre el modo de vida cotidiana obrera

Ya hemos señalado en la introducción que el material principal para este libro fue proporcionado por una discusión con un grupo de agitadores y propagandistas de Moscú¹⁹. Fueron ellos los que respondieron por escrito a las preguntas que les planteé. Con el fin de apoyar algunas conclusiones de este folleto, considero útil informar aquí de los pasajes más significativos de los estenogramas de la reunión, así como de extractos de encuestas. Este material me interesa especialmente.

Pregunta nº1

- ¿Qué tipo de libros y folletos se necesitan en particular?
- ¿Qué libros faltan especialmente en las bibliotecas de las fábricas?
- ¿Los obreros leen literatura?
- ¿Qué autores son los más populares?
- ¿Existe una cantidad suficiente de literatura?

Respuestas

Lysenko.- Hay pocos libros en las bibliotecas de las fábricas, están mal encuadernados, sin tapas, el papel y la impresión son de mala calidad.

Kazakov.- Hay un gran interés por los libros en los que los problemas se plantean de la forma más sencilla y concisa e impresos en letra grande. Las bibliotecas están llenas de todo lo que quieras, pero desde luego no de libros adecuados para los obreros.

Ivanov.- Hay una gran demanda de obras de Rubakin, pero sólo hay un número muy reducido de ellas. En cuanto a la literatura antirreligiosa, las obras de Demian Biedni²⁰ son las más demandadas.

Osnas.- En cuanto a la literatura revolucionaria, la gente lee lo que está escrito de la forma más viva y cautivadora (Svertchkov, Chapovalov). Algunos leen *La revolución*

¹⁹ He aquí la lista: 1) Antonov: trabajador de los talleres de vagones de la línea de ferrocarril Octubre. 2) Borisov: secretario de célula en la fábrica "Dinamo". 3) Gordeev: jefe de la sección de agitación del comité de distrito de Orejov-Zuyev. 4) Gordon: jefe de la sección de organización del comité de distrito de Sokolniki. 5) Dorofeev: secretario del sóviet de Moscú. 6) Sajarov: secretario del comité del distrito de Rogozsky-Sirnonov. 7) Ivanov: miembro de la célula de la fábrica "Comuna de París". 8) Kazakov: secretario de célula en la fábrica "Comuna de París". 9) Kazansky: secretario de célula en la fábrica "Estrella Roja". 10) Koboziev: secretario de célula en la fábrica "Oziorsky", distrito de Kolomenskoie. 11) Koltsov: miembro del comité de Moscú. 12) Korobitsyn: trabajador de la fábrica "AMO". 13) Kulkov, secretario de célula en la fábrica "El suministrador rojo". 14) Lagutin: miembro del comité de dirección de la fábrica "La Estrella Roja". 15) Levitsky: presidente del comité de dirección de la fábrica "Geofísica". 16) Lidak: miembro de la comisión de control del comité de Moscú. 17) Lysenko: organizador de los grupos de trabajadores ferroviarios en el comité de distrito de Krasno-Presersky. 18) Marinin: secretario de célula en la fábrica "Ruskabel". 19) Markov: presidente de la sección del Sindicato de Trabajadores Textiles. 20) Ossipov: organizador del grupo en el distrito de Bosinansky. 21) Osnas: trabajador de la central eléctrica "Año 1886". 22) Stankievich: primer tipógrafo modelo. 23) Finovsky: agitador del comité de Moscú. Komsomol. 24) Tseitlin: directora de la sección femenina del comité de Moscú. 25) Alekseev: presidente del comité de los ferrocarriles de la línea de Kazán.

²⁰ Demian Biedni (1883-1945), uno de los primeros poetas proletarios que convirtió su obra en una obra de propaganda y agitación. Sus grandes poemas antirreligiosos – "La tierra prometida" (1920), "El nuevo testamento del evangelista D. Biedni" (1925). (Nota del traductor [al francés de ahora en adelante]).

proletaria: la seriedad del periódico repele al lector, así como la ausencia de un índice de contenidos, que dificulta la comprensión de los acontecimientos y hace incomprensibles las memorias.

Las obras literarias más demandadas por los obreros adultos son las de Upton Sinclair.

Utilizando la experiencia y la visión del mundo del obrero resultante de la revolución, es necesario publicar obras de divulgación de la teoría marxista y materialista.

Markov. - Para acostumbrar al obrero a la lectura es importante describir, sin que resulte aburrido, los sufrimientos y las penas de los compañeros que lucharon por la causa obrera en la época de la clandestinidad, que fueron enviados al exilio, que escaparon de él, es necesario contar cuáles fueron sus aventuras en el camino²¹, etc.

Antonov. - Necesitamos bibliotecas móviles para los talleres.

Kulkov. - Hay demanda de libros de economía política, folletos sobre la nueva regulación del uso de la tierra, libros que tratan de la vida cotidiana, de los problemas de higiene, de las cuestiones de adaptación al trabajo, de las relaciones entre padres e hijos, de cómo reducir los gastos diarios con un salario determinado, de la organización sindical y soviética. Todo esto debe explicarse brevemente, con claridad y con diagramas. Para los comunistas sin formación política, no existe una literatura completa sobre el estudio del partido, el materialismo histórico, el movimiento sindical, etc. No existe la bibliografía correspondiente a estos temas.

Existen muy pocas ediciones completas de las obras de D. Biedni.

Lagutin y *Kazansky*.- El porcentaje de obreros que lee es bajo. Entre los comunistas este porcentaje es aún menor (están constantemente ocupados con asambleas, etc.).

Hay una gran demanda de obras literarias de carácter épico, dedicadas a la revolución.

Los jóvenes no muestran ningún interés por Dostoievsky.

La literatura política parece difícil de leer.

En todas partes hay una demanda de literatura especializada sobre la tecnología, la economía y el modo de vida cotidiana de la clase obrera.

Existe una gran atracción por la literatura científica (astronomía, el nacimiento de la tierra, la aparición del hombre).

La literatura antirreligiosa es muy aceptada.

Gordeev.- Recuerdo cómo se extendía la literatura popular en el Ejército Rojo. Un día llegó un hombre del campo, que sabía que el Patriarca Tijon había maldecido a los bolcheviques; además, los poemas antirreligiosos de Demian Biedni eran entonces la forma más popular de la literatura. Sus obras se leían hasta que se deshacían. El buró político y el comité central del partido pueden decirle a D. Biedni que vuelva de su

²¹ ¡Eso es! Es necesario que la juventud, y no sólo ella, conozca las luchas revolucionarias del pasado, relatadas en las epopeyas, con ejemplos igualmente épicos. El historiador del partido hace un trabajo muy importante, pero los documentos y materiales que reúne están destinados a un número reducido de lectores. El futuro historiador, sobre la base de este material, escribirá un libro completo (probablemente no el único) sobre la historia de nuestro partido. Sin embargo, no podemos esperar a que se publique esta obra completa. Ahora necesitamos ensayos vívidos de este material: biografías, escritas como poemas épicos, y capítulos aislados de nuestra novela revolucionaria colectiva, la más apasionante de todas las novelas de la historia. Hay que animar a los artistas, novelistas y poetas revolucionarios a desarrollar este tema. El pequeño libro de John Reed *Diez días que estremecieron al mundo* es, sin duda, una parte muy valiosa de la biblioteca de las nuevas generaciones. Monografías, biografías, ensayos histórico-revolucionarios de este tipo, con contenido dramático, competirán fácilmente con la literatura revolucionaria o semirrevolucionaria, tan escasa, y tienen la ventaja sobre ésta de que es la propia vida la que ha escrito las tramas y los desenlaces. (León Trotsky).

licencia para escribir obras antirreligiosas. Hasta ahora, los campesinos han leído mucho sus obras. Existe, por supuesto, otra literatura: la dedicada a la creación del mundo y a la aparición de los mitos. Pero si estos mitos fueran presentados por D. Biedni en un bello poema, serían más accesibles para el obrero y el campesino. D. Biedni tiene el arte de transformarlo todo, y ya es hora de que regrese de su licencia, de lo contrario escribirá una nota al *Cocodrilo*²² para decir que ha sido jubilado por el RVSR²³.

Kulkov.- ¿Cuál es la situación del campesino? Hemos buscado en las bibliotecas y no hemos encontrado ningún libro sobre problemas agrícolas y, sin embargo, estos son los problemas que más le interesan. Puede que no haya tenido una vaca en el pasado, pero ahora la hambruna le ha obligado a comprar una vaca y un caballo, y necesita saber cómo cuidarlos mejor. No necesitamos tratados de 200 o 300 páginas; basta con explicar los problemas en dos o tres páginas, pero de forma comprensible. Lo mismo puede decirse de los obreros.

Osipov.- Los obreros se remiten mucho a los libros cuando hablan de problemas familiares. Estas discusiones se producen con mucha frecuencia y durante la discusión es necesario consultar un folleto. No conozco ninguno y, sin embargo, este tipo de panfletos, aunque sean breves y limitados, pero que podrían ser leídos por mucha gente, son extremadamente necesarios.

Lysenko.- Ahora hablemos de lo que ocurre en la calle. Pocas veces nos interesamos por los niños que juegan en la calle, ni por los espectáculos, beneficiosos o perniciosos, que la calle nos ofrece. Por ejemplo, los niños juegan al “Ejército Rojo”: aunque esté manchado de “militarismo”, es bueno; pero a veces es diferente, tienen otros juegos, menos beneficiosos, y nadie se lo dice. Hay que saber cómo tratar este problema para dirigirlos; hay que saber qué se les puede dar a leer, quizás libros de cultura física u otros temas más útiles. Creo que es importante prestar atención a las cuestiones triviales, porque a menudo nos dicen que tenemos que estar más cerca de la vida. Hay que interesarse por las pequeñas cosas de la vida cotidiana.

Markov.- He de confesar que he leído tantos libros tan parecidos que estoy cansado de esta pitanza, aunque sea buena. Se suele decir que “lo mucho aburre”. Aquí pasa lo mismo. Mira nuestra literatura; todo son artículos científicos que dan vueltas a la cabeza. Si miras los periódicos, es lo mismo. En la mesa, repasas el periódico y si lo dejas un momento, olvidas no sólo en qué párrafo o frase te has detenido, sino incluso qué artículo estabas leyendo. La diversidad es esencial. No hace mucho descubrí un pequeño libro, creo que de Svertchkov, *Cinco años de revolución*. No tengo tiempo para leer, tengo demasiado trabajo, me siento a la mesa y repaso rápidamente los principales artículos del periódico, pero no he podido separarme de este libro. Leo el periódico en el trabajo, durante el descanso, y el libro en casa. Me había propuesto leer sólo diez minutos antes de acostarme, y cuando cogí el librito me olvidé de que tenía que dormir.

Hablo a menudo en las reuniones generales de los obreros. Cuando hablo de la concentración, de la mejora de la industria, me dicen: ¿por qué no hay materias primas, qué se ha hecho con ellas? Nadie ha señalado algo tan obvio. Por supuesto, lo hemos intentado, pero yo mismo no entiendo por qué faltan materias primas. En el pasado, cuando no era la temporada, se culpaba a la guerra; pero entonces, ¿por qué sigue habiendo escasez en 1923? No hay guerra. ¿Cómo se cultiva el algodón, qué se necesita para ello? Nadie ha tratado de explicar este problema, tan importante para la provincia de Moscú, nadie ha tratado de explicar cómo se sembraba el algodón, por qué escaseaba y dónde debía sembrarse.

²² *Cocodrilo*, una revista satírica. (Nota del traductor)

²³ *RVSR: Revol'ucionnyi Voennyj Sov'et Respubliki*. Soviet Revolucionario del Ejército de la República (1918-1922). (Nota del traductor)

Pregunta número 2

¿Qué periódicos leen más los obreros?
 ¿Qué es lo que más leen los obreros?
 ¿Qué secciones deben desarrollarse?
 ¿Los despachos de la agencia ROSTA son accesibles para los lectores obreros?
 ¿No deberíamos cambiar radicalmente el carácter de nuestra información telegráfica en este ámbito? ¿Cómo evoluciona la prensa especializada? ¿La leen los obreros?

Respuestas

Marinin.- Los obreros se quejan de la mala calidad de la prensa (impresión).

Kazakov.- La prensa especializada es difícil de leer. A veces tenemos que distribuirla utilizando subterfugios, es decir, de forma artificial.

Markov.- No hay ninguna columna en los periódicos que explique los hechos y las palabras incomprensibles, y por eso el trabajador no se interesa por ellos.

Dorofeev.- Es necesario hablar más a menudo del nivel de la agricultura (cultivo de hortalizas, cultivo de campos, etc.) en Europa, por ejemplo en Alemania, aunque sólo sea para compararla con nuestra agricultura primitiva. Es importante describir el modo de vida cotidiana de los trabajadores en occidente, su cultura en general, sus condiciones de vivienda, la forma en que utilizan su tiempo de ocio, su espíritu revolucionario. No hay que escribir artículos tan generales como los que uno está acostumbrado a leer.

Koltsov.- Sería deseable reservar una página para la vida íntima (el modo de vida) del obrero medio, y es necesario publicar un pequeño periódico, incluso semanal, de carácter científico, con una sección de educación política.

Antonov.- Cuando se lee *La Sirena*, se empieza por las noticias. Hay pocos artículos científicos que los obreros puedan entender. Debemos mantener los comunicados al mínimo. El desarrollo de periódicos murales de interés local, en cuya redacción participan los propios obreros, mostrará muy rápidamente los lados positivos y negativos del trabajo periodístico.

Finovsky.- En los despachos de ROSTA, es importante sobre todo indicar claramente la fuente del despacho y destacar quién es el autor. Esto suele ser un misterio para los obreros. Es posible que no sepan quién les da la información: obreros como ellos u otros. Al final o al principio del despacho, debe hacerse una breve evaluación. Esto transformaría en parte el carácter de la información telegráfica.

Sajarov.- Los despachos de la agencia ROSTA²⁴ no siempre son comprensibles. Los escriben corresponsales aficionados a palabras cuyo significado no se entiende ni en el diccionario. Por eso es importante transformar los despachos, teniendo en cuenta que palabras como “provincia”, “plaza de armas”, “piscina”, no siempre son entendidas por los obreros, y que éstos no siempre tienen grandes conocimientos de geografía.

Kulkov.- En general, los obreros no entienden las noticias, porque no saben qué es una agencia de noticias extranjera. Es necesario dar una mínima explicación de lo que es ROSTA y otras agencias de noticias. La prensa especializada está mal distribuida, no es leída por los obreros y sólo la lee un número muy reducido de personas. Es absolutamente necesario transformar radicalmente la presentación de los distintos problemas. La información sobre las huelgas y sobre el movimiento revolucionario en el extranjero no satisface al obrero. A veces se describe el principio de los acontecimientos, sin decir cómo terminan, o se da una información extremadamente breve. Hablan de las ramas

²⁴ ROSTA: Agencia Telegráfica Rusa; antecesora de la agencia TASS. (Nota del traductor).

importantes de la industria, sin decir una sola palabra sobre la pequeña industria: la industria del cuero, la carpintería, la confección.

Lagutin y Kazansky.- Los periódicos más difundidos son *El Moscú Obrero*, *La Gaceta del Obrero* y el *Pravda de la Juventud*. Su éxito se debe a su bajo precio y a la sencillez de los artículos. El periódico mural, cuando existe, es el tipo de periódico más popular. Los despachos de ROSTA deben simplificarse, presentarse en un lenguaje sencillo y explicarse de forma comprensible y que no suponga un rompecabezas adicional.

Antonov.- ¿Por qué la prensa no dice una palabra sobre los problemas del modo de vida cotidiana? Creo que es porque la descripción de la vida familiar de los obreros implica que se penetra en la psicología del obrero de nuestro tiempo. Por supuesto, se trata de un problema complejo, difícil de abordar. Más adelante, la situación cambiará, pero en la actualidad es más fácil hablar de la actualidad que comprender la psicología del obrero. Por eso hay tan pocos artículos de este tipo en la prensa.

Kobozev.- El problema de las noticias procedentes del extranjero es que el obrero no recuerda los nombres de las ciudades y suele confundir el lugar de la información con el lugar del suceso.

Marinin.- La gente está interesada en lo que se hace en América, en Inglaterra, en lo que se crea allí, y sin embargo hay muy poco al respecto en nuestros periódicos. La gente también se interesa por el modo de vida de los obreros estadounidenses y franceses, y nuestros periódicos sólo mencionan las huelgas. En general, se habla poco del modo de vida cotidiana de los obreros.

Koltsov.- Es importante sobre todo hablar de cómo trabajar.

Borisov.- Por ejemplo, escribimos que el *Times* informa de tal o cual noticia. Eso no me dice para nada la tendencia de este periódico. O hay un artículo sobre el Congreso de Ámsterdam. ¿Creéis que los compañeros lo han leído? No. Pero hay que hacer todo lo posible para que los obreros sean hostiles a los mencheviques. O, también, se han escrito muchos artículos sobre Inglaterra, pero en ninguna parte se ha aclarado lo que Curzon esperaba de Rusia.

Lysenko.- Quiero decir algo sobre lo que los obreros leen y lo que les interesa en la prensa. Lo más importante para ellos es, por supuesto, aprender a trabajar correctamente. Yo era corresponsal de los obreros. Quería explicar mi psicología: tengo mujer, hijos, describí mi situación, pero después de distribuir una decena de artículos de este tipo, me di cuenta de que los tiraban. Así que traté el problema de la misma manera que los demás corresponsales; di una descripción general de la vida en nuestra fábrica y hablé de la influencia del partido comunista. Obviamente, esto limita enormemente los artículos de los corresponsales. Sería mejor que los redactores destacaran el carácter comunista, pero no distorsionaran lo que escriben los corresponsales.

(Taquiografía anónima).- Nadie lee la prensa especializada. Por un lado, repite lo que se lee en otros periódicos, por otro lado, no ofrece ninguna descripción de nuestro modo de vida cotidiana: tarifas, aumento o disminución de los salarios, trabajo en la fábrica, etc. *(Taquiografía anónima).*- Los obreros se interesan por las noticias. ¿Por qué se interesan por las noticias? Porque suceden en Moscú, en su entorno; se podrían desarrollar ciertos temas en relación con esto. Se ha escrito muy poco sobre Komarov, no se ha dicho qué clase de hombre era, sólo que era un hombre muy piadoso, y no se ha explicado en absoluto por qué se volvió tan violento de repente. Cuando un obrero hace esta pregunta, no se sabe qué responder, porque uno mismo no sabes nada, mientras que los periódicos podrían haber dado la explicación: se podría haber pedido a profesores que respondieran a estas preguntas. Los compañeros hablaron de la “organización del trabajo”. Hay una columna de este tipo en los periódicos. Los obreros la leen con interés,

pero a veces se ríen al leer algunas informaciones, porque es raro que lo que se escribe pueda aplicarse en la práctica. Pero a veces es posible. En nuestra fábrica, por ejemplo, un camarada había leído que se podía serrar con una mano en lugar de dos; al principio se rio, luego lo probó y se puso a trabajar. Así que a veces se pueden aprovechar estos artículos, y eso es de interés para los obreros.

Pregunta número 3

¿Cómo reaccionan los obreros ante los fenómenos de la NEP?

¿Se habla mucho de la nueva burguesía?

¿Expresan el temor a una posible restauración de la dominación burguesa?

Respuestas

Marinin.- Los obreros tienen una actitud extremadamente crítica hacia el fenómeno de los *nepmen* y la NEP. Las personas mayores (de cincuenta a setenta años), generalmente más conservadoras, son mucho más indiferentes, pero no todas lo son.

Kazakov.- Sólo se habla de la nueva burguesía cuando el obrero ve usurpados sus derechos, es decir, en las vacaciones, cuando los centros turísticos son asediados por coches llenos de señoras bien vestidas.

Koltsov.- Las parrandas de los administradores, de los gerentes, de los especialistas de las empresas son una de las causas de descontento, y a veces de irritación hacia las células del partido comunista; esto explica las dificultades de nuestra agitación en los lugares de producción, entre las masas.

Sajarov.- Los obreros parecen estar instintivamente ligados a las cooperativas, e instan a mejorar este tipo de organización. Si las cooperativas defraudan las esperanzas de los obreros y no están sólidamente organizadas, veremos a los obreros comprando a los *nepmen* y conformándose con su mercado. Por lo tanto, existe el peligro de que los obreros acepten la NEP.

Kulkov.- El peligro de un retorno de la burguesía aparece sobre todo cuando el obrero escucha a los viejos y nuevos burgueses reírse de las difíciles condiciones de la vida obrera. El obrero está muy interesado en el sistema cooperativo y su organización. Valdría la pena prestar atención a este problema. Los obreros odian a los *nepmen* que venden en el mercado y en los bazares, pero qué pasa si no encuentran productos de tan buena calidad en la cooperativa y si son menos bienvenidos allí. Son recibidos como prisioneros que vienen a buscar su ración.

Lagutin y Kazansky.- El odio y la irritación hacia la nueva burguesía son muy fuertes. El trabajador dice: Yo soy el dueño. Cuando voy por la calle, cuando cojo el tranvía, siento que soy el amo. Cuando miro la marea de pancartas en una manifestación, pienso: soy una fuerza, soy el amo. Todo lo que tengo que hacer es quererlo, y el *nepmen* no será más que polvo. Cuando sea necesario hacerlo, arrancaremos esta mala hierba (los nuevos burgueses) de nuestro jardín.

Finovsky.- Me parece que el problema de la NEP, tal y como la conciben los obreros, tiene dos aspectos: un aspecto puramente político y un aspecto cotidiano. Así es como yo mismo lo entiendo. Desde el punto de vista político, por lo que veo, y dada la agitación que llevamos a cabo en las fábricas, los obreros son más o menos indiferentes hacia la NEP. Saben que los *nepmen* no podrán reprimirlos. Pero en lo que respecta al aspecto cotidiano del problema, es muy correcto que los obreros estén preocupados por ello, y que el partido también lo esté. Los obreros son claramente conscientes de que en el partido han surgido hábitos propios de los *nepmen*.

Sajapov.- El desarrollo de la NEP ha hecho que los obreros presten más atención a las cooperativas. Parece que se aferran a ellas, que buscan una forma de reaccionar contra la NEP y depositan sus esperanzas en ellas. Si dejamos pasar esta oportunidad y no conseguimos organizar bien las cooperativas, es posible que la actitud de los obreros hacia los *nepmen* sea menos hostil, porque son ellos los que abastecen el mercado. Es absolutamente necesario que nos interese por las cooperativas.

Osnas.- El respeto por la riqueza como fuerza que existía antes de la revolución ha desaparecido en la actualidad. En cambio, hay una actitud un tanto irónica. Los obreros no saben lo que es un *nepmen* importante, y ante el *nepmen* medio tiene la siguiente reacción: roba a diestro y siniestro y ahora es rico. Creo que hay que publicar una crónica jurídica en grandes letras.

Borisov.- Las “delicias” de la NEP, el lujo, etc., despiertan y refuerzan en algunos obreros su odio a los “nuevos burgueses”; además, este sentimiento va unido a la conciencia de que esta “suciedad” estallará como una pompa de jabón cuando la clase obrera lo desee. El obrero es consciente de que ha dado “libertad” al *nepmen* y que, cuando las circunstancias lo permitan, transformará esta libertad en servidumbre. Muchos obreros, ante las delicias de las tiendas y mercados, se dicen: “No me gustaría tocarlas”, pero tras reflexionar deciden: “Disfrutemos del *nepmen* por el momento”. Hay que tener en cuenta que el obrero a veces se siente ofendido porque es él, el que ha tomado el poder, el que no tiene suficiente para comer, mientras que aquel al que le ha quitado el poder vive en plenitud. Por lo tanto, este tipo de obrero tiene los siguientes sentimientos:

1. Odio a los explotadores y parásitos (este sentimiento es la garantía de la actividad proletaria); 2. Conciencia de su fuerza; 3. Conciencia de la necesidad de la NEP y de su carácter temporal; 4. Conciencia de su dignidad como hombre y ciudadano libre.

Otro tipo de obrero teme que la ola de la NEP arrase la Unión Soviética y que “se haya expulsado a una burguesía para crear otra”.

Pregunta número 4

¿Muestran las masas un vivo interés por los movimientos revolucionarios de occidente?

¿No carecen las masas de los conocimientos geográficos básicos necesarios para entender la información del extranjero?

¿Existen en las fábricas mapas geográficos adecuados para nuestra labor de educación política, tanto en lo que se refiere a la política internacional como a los movimientos revolucionarios en otros países?

¿Están los lectores satisfechos con la información que reciben sobre las huelgas y el movimiento revolucionario en el extranjero?

¿Son necesarios estos mapas especializados?

Respuestas

Marinin.- Los obreros conceden menos importancia a la información periodística, sobre todo porque se han dado cuenta de que los revuelos suscitados por los periódicos dan muy pocos resultados.

Kazakov.- Lo más interesante sería disponer de mapas extremadamente sencillos y claros, por ejemplo un mapa de Rusia que mostrara la ubicación de las distintas actividades económicas.

Sajarov.- El conocimiento geográfico en lo que respecta a Rusia es ahora bastante satisfactorio, ya que son pocos los trabajadores que, en la época de la revolución, no salieron de Moscú para ir a diversos lugares: bien al frente, bien para obtener alimentos,

etc., de modo que aprendieron en el curso de la revolución a poder ir al frente. Así que han aprendido en la práctica el mapa de Rusia; pero en lo que respecta al resto del mundo, no ocurre lo mismo. Incluso hay muchos comunistas que no saben dónde están los demás países. Por eso, a veces, una buena conferencia sobre la situación internacional se entiende a medias. Hay mapas geográficos en algunas fábricas, pero son antiguos. Debería haber una especie de mapa que muestre a los obreros la situación geográfica de los países; sería una buena idea destacar algunos de los puntos durante las presentaciones. Al igual que en la época de la guerra, deben colocarse en lugares públicos mapas del mundo extremadamente sencillos.

Lagutin y Kazansky.- Las masas tienden constantemente a sobrevalorar la importancia de los acontecimientos; se oye: “¡Esto está empezando en serio!”, “¡Nos llaman para ayudar!”.

Pregunta número 5

¿Cuáles son las razones fundamentales que impiden al obrero sin partido afiliarse al partido comunista?

¿Cuáles son los principales argumentos esgrimidos por los obreros?

Basándonos en una serie de observaciones, ¿podemos hacer la siguiente deducción?: hemos conseguido que se afilien al partido obreros que, por gusto personal, se interesaban principalmente por la acción política; pero todavía hay muchos obreros que sólo se interesan por su trabajo, por la técnica, por el modo de vida familiar o por los problemas puramente científicos o filosóficos; en lo que respecta a estos obreros, no hemos encontrado todavía la manera de acercarnos a ellos, es decir, no sabemos todavía cómo vincular los intereses técnicos, económicos, familiares y científicos de estos obreros con el socialismo, con el comunismo. ¿Esta deducción es correcta o no?

Respuestas

Marinin.- El interés por la vida de las células del partido ha aumentado considerablemente. La actividad individual de algunos militantes está dando buenos resultados. Las dificultades en la formación de los militantes pueden resolverse encomendando a tal o cual obrero a uno o dos comunistas, primero para que estudien la teoría y luego para que la difundan.

Kobozev.- Los miembros del partido llaman “camaradas” a los obreros no pertenecientes al partido sólo en las asambleas; pero en su trabajo diario no tienen ningún contacto con ellos. A veces se nota un formalismo burocrático que crea una barrera invisible e impide que el obrero que no es del partido se afilie a él. Basándome en mi experiencia personal, relataré el siguiente ejemplo. Un día me encontré con un honrado obrero al que conocía bien y que siempre había apoyado el poder soviético, y le dije: “Vasia, ven a mi casa después del trabajo”. Sabía que le gustaba mucho la pesca y empecé a hablarle de ella. Cuando ya habíamos hablado lo suficiente, le dije: “¿Y por qué no te unes al partido? Eres joven, es hora de que te unas; basta de pereza, es hora de hacer algo”. “Pero si yo no estoy en contra, al contrario, hace tiempo que quiero unirme al partido, pero cada vez lo pospongo. Hace tiempo que no creo en dios. Está bien, mañana me presentaré”. La barrera invisible había desaparecido; eso es lo que no puede hacer esta o aquella célula que mira hacia adentro. Mi conclusión es que, si no hay relaciones fraternales con los sin partido, si las células están cerradas y muestran un formalismo

burocrático, ninguna idea revolucionaria, ni en la literatura económica ni en la científica, producirá resultados reales. Esta barrera invisible seguirá existiendo.

Koltsov.- Todavía no hemos encontrado la manera de llegar a los mejores obreros. Se trata de una importante reserva para el partido. Espero que pronto sepamos cómo abordarlos.

Antonov.- Si organizamos una formación puramente técnica para obreros altamente cualificados de diversas especialidades, podremos formar rápidamente a especialistas rojos. Esta es la forma más segura de llevar al resto de la masa trabajadora al comunismo.

Finovsky.- El trabajo de educación política en las células del partido debe consistir, en primer lugar, en agrupar a los obreros según sus inclinaciones por tal o cual aspecto de la vida: técnico, político, familiar, científico, etc. Me parece que pronto llegaremos a esto... El pensamiento obrero no puede aceptar las injusticias que vive actualmente... El obrero no puede buscar respuestas en libros que no ha escrito... Él mismo debe proporcionar el material para estos nuevos libros, es decir, debe examinar todos los dolorosos problemas de su modo de vida cotidiana, en el sentido más amplio de la palabra, en su entorno, y mejor aún, en la célula del partido (y ahí nos toca ir a él). Esta es, en mi opinión, la única manera de despertar al obrero de su letargo en la célula y de que se una conscientemente al partido.

Sajarov.- La principal razón que impide al obrero afiliarse al partido comunista es la disciplina. Los obreros están dispuestos a ayudar al partido de todo corazón, pero temen las obligaciones y exigencias que ello implica. Siempre se oye la misma respuesta: “Yo soy, en el fondo, comunista, y ciertamente hago más que algunos que tienen carné”. La segunda razón es que, si se puede decir así, los obreros se sienten intimidados; a menudo se oye decir: “Me gustaría unirme, pero me van a decir: después de que todo ha terminado, de que no hay ya frente, entonces decides unirme al partido”. En mi opinión, el partido debería considerar todos los problemas y ser capaz de resolver cualquier cuestión. Y no estoy de acuerdo con la idea de que no hayamos encontrado el camino correcto de aproximación, es decir, que no hayamos sabido vincular los intereses económicos, técnicos y familiares con el comunismo.

Kulkov.- Estos son los argumentos que esgrimen los obreros para explicar su no pertenencia al partido: por la tarde hacen trabajo en negro, los días festivos van al mercado a comprar y vender más caro lo que han hecho en casa por la tarde. Los obreros se han vuelto más exigentes consigo mismos: al volver del trabajo, se lavan y se cambian de ropa. La jornada laboral es de ocho horas, pero las condiciones de trabajo, el lugar de trabajo, las máquinas se han mantenido igual que en la época del capitalismo; no han cambiado, hay poca ventilación, poca luz, y en verano los obreros tienen muchas ganas de salir a respirar el aire fresco. Sería deseable que los obreros sin partido más conscientes y reflexivos se implicaran, aunque fuera en un pequeño trabajo económico, político y sindical. ¿Tenemos que hacer que cambien y que participen más a menudo en las distintas actividades?

Dorofeev.- Hoy en día la publicidad no partidista llena los bares y locales de copas, mientras que los comunistas no entran en ellos, o, cuando lo hacen, están en ascuas; sin embargo, es ahí donde deberían estar, sin, por supuesto, emborracharse. La comisión de control no tiene por qué estar desconcertada. Es ahí donde el comunista debe militar, pues es ahí donde va a convivir con los obreros y evitar que beban. Y si no vivimos con las masas, nos separaremos de ellas. ¿Cómo agitábamos en el pasado? En las tascas, cuando surgían discusiones acaloradas.

Zazakov.- Cuando los problemas están bien planteados, cuando cada célula de la fábrica se acerca a los obreros con espíritu proletario, éstos se acercan gradualmente al

partido comunista; y cuando han conocido toda la estructura del partido, se unen a él sin ninguna resistencia. Cuando no se realiza este trabajo, cuando el obrero no es informado por la célula o por la comisión cultural, se frena la afiliación al partido.

Finovsky.- Los argumentos son los siguientes: es la familia la que nos lo impide. Especialmente en los últimos años, esta era una razón que no se podía ocultar. El obrero dice lo siguiente: sé cómo viven tus compañeros comunistas y cómo viven los que no son del partido. No estoy en el partido. Por la noche vuelvo a casa, estoy libre y ayudo a mi mujer. Mi vecino, en cambio, está en el partido; su mujer trabaja de la mañana a la noche, y él corre Dios sabe a dónde, a veces a la célula, a veces a una asamblea. Y cuando su mujer le pide que la ayude, él responde: no puedo, tengo una reunión de célula. Nunca vacía el cubo de la basura. Discuten todo el tiempo, su mujer grita, mientras que en mi casa nunca sucede. Considero que soy más útil a la revolución. Todo va bien en mi familia, mi mujer no grita, la ayudo, y tengo tiempo para leer libros o periódicos políticos. Mientras que, si un comunista abre un periódico, su mujer le grita: “No irás a sembrar el desorden también aquí”.

Koltsov.- Lo principal es la discreción, porque, cuando un trabajador se incorpora al partido, suele ser bombardeado con preguntas. Imaginad a un proletario de la ciudad que no sabe absolutamente nada de la vida en el campo, y al que se le dice: “Tú, que eres comunista, dínos por qué a mi padre no le dieron su parte de madera para cortar, mientras que el jefe del comité ejecutivo del *volost*²⁵ tuvo suficiente para construirse una isba, y encima a su yerno le dieron madera, etc.” Contestará que eso no es legal, que es un abuso de poder, pero, al ser un novato, se encontrará en una situación embarazosa. También se le puede decir: “¡Qué comunista eres tú, no sabes más que nosotros! Por eso los obreros piensan que primero deben estudiar todo y sólo después unirse al partido, porque de lo contrario se reirán de ellos.

En segundo lugar, lo más importante es el amor al trabajo. Los obreros más cualificados son la mejor reserva del partido. Sólo se preocupan por su trabajo y tratan de mejorarlo constantemente. Son extremadamente concienzudos. Cuando hablas con ellos y les preguntas por qué no se unen al partido, te dicen que no tienen tiempo: están interesados en encontrar una forma de producir mejor acero o de verter mejor el hormigón, etc. Son creativos, desarrollan nuevas máquinas, etc. Son este tipo de obreros los que no sabemos cómo tratar, y sin embargo son los más honestos y educados. Siempre están pensando, buscando formas de mejorar su producción. Debemos ser capaces de encontrar la manera de llegar a este tipo de obreros cualificados que son, sin duda, los mejores. Sólo se preocupan por la producción, y entienden que la fuerza del partido depende de cómo profundicemos, reforcemos esa producción; y estos trabajadores son muy numerosos en todas las fábricas.

Osipov.- Cuando los obreros sin partido encuentran un trabajo donde pueden ver lo que es el partido comunista, se unen a él. Los obreros sin partido no se unen al partido, porque a veces tienen miedo del trabajo que tendrán que hacer allí, y porque ya están muy ocupados en casa. Este es el pretexto que sólo dan los que no tienen partido y no trabajan en ningún sitio. Pero cuando se han organizado grupos, se ha formado inmediatamente una célula de siete miembros; esto es lo que ha ocurrido en una fábrica. Considero que ante todo hay que ser activo. Los métodos pueden variar. Se puede conseguir que algunas personas se unan a través de su trabajo, otras a través de su trabajo en el taller. Algunos comités directivos objetarán que tienen mucho trabajo, pero no obligarán a los delegados a trabajar. Por supuesto que los miembros del partido no serán numerosos en tales empresas. Lo principal es despertar la actividad. Lo que diferencia a 1919 de 1923 es que

²⁵ Distrito rural.

en 1919 la tensión era extrema, y la gente estaba muy cansada; pero luego la gente descansó, y enseguida volvió a estar activa.

Antonov.- El obrero sin partido trabaja o no trabaja cuando quiere. Cuando le gusta un trabajo, trabaja, cuando no le gusta, lo deja y busca otro; pero en nuestro medio, la disciplina de partido le obliga a veces a continuar en un trabajo que no le satisface. Le gustaría trabajar en otro sitio, pero la disciplina del partido le obliga a quedarse allí. Esta es la principal razón por la que se niegan a unirse. Hubo un tiempo en que Denikin estaba cerca de Tula; entonces los camaradas se unieron en masa. Sabían que no había otra salida, que había que proteger el poder proletario, y se unieron al partido. Pero la pregunta es: ¿cuántos obreros pudieron realizar trabajos de larga duración? Algunos compañeros fueron militantes activos durante la primera y la segunda revolución, pero después muchos de ellos demostraron no estar capacitados para dirigir una lucha a largo plazo, porque esto requiere constancia. Hubo malentendidos, errores, y un gran número de camaradas no supieron afrontar las dificultades y se mostraron incapaces de actuar.

Levitsky.- Los no partidistas tienen miedo de tener obligaciones. Un obrero que estudia astronomía u otra ciencia, por ejemplo, suele decir: ahora leo mucho, pero cuando tenga que ir a las reuniones tendré menos tiempo y me será más difícil estudiar. La principal razón para no unirse al partido es que su familia se lo impide. En la fábrica, a veces militamos con compañeros sin partido y organizamos asambleas en casas comunes. A menudo nos reuníamos en las casas de los obreros no pertenecientes al partido, especialmente en invierno. Leíamos literatura, o el periódico, incluso leíamos *El Diario del Ateo*, y las mujeres también se interesaban. Pero cuando se trata de conseguir que se afilien al partido, la actitud de la familia hacia el militante y el propio obrero cambia. La mujer comienza a mirarte de reojo, ya no te deja entrar cuando no hay reunión en su casa. Un gran número de camaradas sin partido tomaron parte activa en la revolución y se consideraron bolcheviques; luego fueron al ejército, tras lo cual no se unieron al partido por diversas razones; se apartaron del movimiento revolucionario y se convirtieron en no partidistas. Hoy, cuando se les pregunta por qué no se afilian al partido, responden... por la familia. Y, de hecho, sus esposas empiezan a tener celos de su actividad. Nos dimos cuenta de que cuando no estaban en el partido y leían el periódico, sus esposas no les decían nada, pero en cuanto hablaban de unirse, ellas los veía leer con una mirada completamente diferente. Se teme que el comunista, como hombre disciplinado, esté muy ocupado y tenga menos tiempo libre.

Osnas.- Hay muchas familias en las que la mujer es apartidista y el marido comunista. Y no estamos acostumbrados a ver a la gente en las células mostrando sus dramas familiares. Incluso entre nosotros, no hemos conseguido establecer la conexión entre la célula y el hogar, y nos resulta muy difícil encontrar lo que puede vincular al partido con el modo de vida individual del obrero, y no abordar este último sólo desde el punto de vista de la mejora de sus condiciones materiales. Nos parece que esto sería muy bueno, pero soy bastante pesimista en cuanto a considerar todos los problemas de los obreros para atraerlos más rápidamente al partido.

Stankievich.- Muchos obreros sienten que no están a la altura de las exigencias de la disciplina comunista. Temen tener que llevar un nuevo estilo de vida, tener que cambiar su comportamiento. Se ven obligados a renunciar a bautizar a sus hijos y a abandonar ciertas prácticas religiosas. Dicen que ellos mismos estarían dispuestos a romper con todo esto, pero que no tienen suficiente fuerza de voluntad para oponerse abiertamente a su familia, y sin embargo sienten que serán unos comunistas muy pobres si siguen viviendo como hasta ahora. Y esto es lo que dificulta enormemente su adhesión al partido. Por otra parte, muchos trabajadores relacionados con el campo dicen que no tienen absolutamente nada de tiempo libre.

Tseitlin.- Nadie puede decir que las masas obreras sean hostiles al partido; les gusta el partido, pero tienen miedo de unirse a él por muchas razones, y principalmente porque no tienen educación.

Borisov.- ¿Cuáles son los puntos débiles del partido comunista? En primer lugar, no nos interesamos suficientemente por el modo de vida cotidiana de los obreros, no les ayudamos a adoptar gradualmente los puntos de vista comunistas; en segundo lugar, somos muy poco activos en el campo; en tercer lugar, no estamos al tanto de los problemas religiosos, que tratamos a la ligera o con desdén, “encogiéndonos de hombros”, etc. En cuarto lugar, nos dirigimos a todos los trabajadores de la misma manera, les obligamos a escuchar lo que no les interesa en ese momento, y no intentamos llevarlos a la política en función de sus propios intereses (comercio, literatura, ciencia, etc.).

Pregunta número 6

¿La revolución ha traído consigo transformaciones en la vida familiar del obrero, así como en su forma de considerar la familia?

¿Se discuten estos problemas? ¿Dónde y cómo?

¿Qué respuestas proponen los comunistas? ¿De dónde sacan las respuestas a estos problemas? ¿Por qué no se discuten estos temas en los periódicos?

Respuestas

Kazakov.- Aparentemente, hay un cambio en la vida familiar, es decir, un enfoque más sencillo de la vida familiar. Pero nada ha cambiado en lo fundamental, la familia no se ha liberado de sus preocupaciones cotidianas, y una persona sigue dominando a las demás. La gente quiere llevar una vida pública, pero cuando estos deseos no se ven satisfechos a causa de las dificultades familiares, esto da lugar a discusiones, crisis neurasténicas, y si alguien no puede soportar más este estado de cosas, abandona su familia o se tortura hasta la neurastenia.

Kobozev.- No cabe duda de que la revolución ha supuesto un gran cambio en la vida familiar y cotidiana del obrero. En particular, si tanto el marido como la mujer trabajan, esta última considera que es materialmente independiente y que tiene los mismos derechos que su marido; por otra parte, desaparecen los prejuicios que hacen del marido el jefe de familia, etc. La familia patriarcal se está rompiendo. La revolución ha suscitado en la familia obrera, así como en la familia campesina, un gran deseo de independencia tan pronto como se asegure la base material de la existencia. Me parece que es la ruina inevitable de la antigua estructura familiar.

Markov.- La revolución ha provocado transformaciones muy importantes en las condiciones de vida. La pobreza de la industria y de la república todavía mantiene un poco unida a la familia, de lo contrario estaría completamente dislocada. Pero esta descomposición anárquica y mal orientada puede dar lugar a una serie de fenómenos anormales (prostitución, embriaguez, delincuencia, fanfarronería inútil, etc.) que hay que combatir cuanto antes, pues de lo contrario será más difícil volver a encauzar a las personas que han abandonado a sus familias.

Korobitsyn.- La revolución ha provocado transformaciones en la vida familiar, ya que los maridos beben menos y pegan menos a sus esposas e hijos.

Koltsov.- Estos problemas no se discuten en ninguna parte, como si se tratara de evitarlos. Hasta ahora, nunca había pensado en ellos... Estos son problemas nuevos para

mí hoy en día. Los considero de suma importancia. Es importante estudiarlos. Parece que es precisamente por estas razones, sin duda indeterminadas, por las que no se informa de estos problemas en la prensa.

Finovsky.- Es un hecho que la revolución ha traído algo nuevo a la vida familiar del obrero. La ruina, la escasez, el hambre han caído sobre la familia y la han obligado a reagruparse, a ahorrar, a llegar a fin de mes; y es sobre todo la mujer la que ha sufrido estas dificultades. Considero que su situación se ha deteriorado hasta tal punto que las incesantes discusiones y disputas sobre este tema son probablemente la razón por la que la obrera no se decide a afiliarse al partido.

Las discusiones sobre este tema rara vez se provocan, porque afectan demasiado a todos... En mi opinión, se han evitado hasta ahora para no crear problemas... Todo el mundo entiende que la única salida es que el gobierno se haga cargo de la educación de todos los hijos de los obreros (sin separarlos de sus padres), que las mujeres se liberen de la cocina, etc. Los comunistas aluden regularmente a este maravilloso futuro, lo que les permite aplazar este espinoso debate.

Los obreros saben que en la familia de un comunista este problema es aún más doloroso que en su casa.

Si el marido está en el partido, significa que no hace el más mínimo esfuerzo por ayudar a su familia (no tiene tiempo, está totalmente ocupado con su trabajo, con intereses superiores), y su mujer tiene que trabajar como una bestia de carga para ver cómo se sigue criticando su conducta no comunista que destroza el prestigio de su marido.

Sajarov.- El problema de la igualdad entre mujeres y hombres es actual. En principio, todo el mundo está de acuerdo en que las mujeres son iguales, y luego añaden: pero está la familia, los hijos, el hogar, etc.

Kulkov.- Sin duda, la revolución ha traído consigo transformaciones en la forma de ver la familia, e incluso la liberación de la mujer. El hombre solía considerarse el jefe de la familia. La mujer se ocupa de los niños, de los platos, del lavado. Él encuentra tiempo para ir a las asambleas, a las conferencias, para leer los periódicos; y allí está explicando a su mujer lo que tiene que hacer, cómo criar a los niños, lavar la ropa, preparar la comida, abrir la ventana, cómo comportarse con la familia, con los niños, con los camaradas que vienen a verlos; luego le habla de religión, se niega a satisfacer sus exigencias pequeñoburguesas, y como sus medios no permiten mucho, empiezan a discutir. La esposa, por su parte, también expresa el deseo de ser más libre, de dejar a los niños en algún lugar, de estar en compañía de su marido más a menudo, lo que da lugar a escenas domésticas y a múltiples escándalos. De ahí el divorcio, las segundas nupcias. Los comunistas responden a estas preguntas que la familia, especialmente las disputas entre marido y mujer, son asuntos personales.

Lagutin y Kazansky.- Cuando la mujer es lo suficientemente fuerte, o cuando la situación lo permite, demuestra ser una activa y obstinada defensora de nuevas ideas y relaciones. Mientras que el hombre, como marido y padre, está en total desventaja. Conocemos casos en los que las mujeres comunistas tuvieron que abandonar el partido porque sus maridos les exigieron que volvieran a “trabajar en casa, en la cocina, cuidando de sus maridos”. Para la mayoría de los obreros, la esposa es la “pasmada”. Los padres suelen razonar según criterios antiguos: si no se pega a los niños, significa que se les deja libres. Así que golpean a los niños, considerándolo un método de educación probado.

Antonov.- El obrero tiene una visión diferente de la vida familiar y de la mujer. Las mujeres están más liberadas, y en este ámbito notamos algunas transformaciones importantes.

A menudo ocurre que no son los padres los que educan a los hijos, sino los hijos los que educan a sus padres.

¿Por qué no se habla de este problema en los periódicos? Creo que, si se describe la vida familiar de los obreros en un periódico, hay que penetrar en la psicología de los obreros de la época actual. Por supuesto, es un problema extremadamente complejo, difícil de abordar. Más adelante, esta situación cambiará, pero en la actualidad es más fácil para un periodista hablar de los problemas contemporáneos que penetrar en la psicología del obrero. Por eso hay tan pocos artículos de este tipo en la prensa.

Markov.- Tengo el presentimiento de que nos esperan terribles catástrofes, porque hemos malinterpretado el significado del concepto “amor libre”. Total, fue el amor libre el que aumentó considerablemente la tasa de natalidad entre los comunistas. Cuando los comunistas se movilizaron, el comité de la fábrica tuvo que hacerse cargo de casi dos mil niños.

Si la guerra nos ha dejado un gran número de inválidos, el amor libre nos amenaza con dificultades aún mayores. Y debemos confesar que en este ámbito no hemos hecho nada para que las masas obreras comprendan este problema. Reconozco sinceramente que, si nos hacen esta pregunta, no estamos en condiciones de responderla.

Lidak.- Tenemos un problema espinoso al que debemos prestar atención: el problema del proletariado femenino. Esto es especialmente importante para las mujeres que tienen familia: para ellas, la influencia religiosa predomina sobre todo lo demás. Creo que hay que militar en esta capa de la población; hay que sustituir la iglesia por otra cosa, pero no tenemos esa otra cosa. Si nos fijamos sólo en los clubes de barrio de Moscú, es raro que alguien entre en ellos; no ofrecen ninguna actividad que satisfaga tanto al marido como a la mujer y los hijos. A veces se celebran allí reuniones oficiales. Tal vez sea porque estamos demasiado cansados por lo que celebramos estas reuniones a toda prisa. Sin embargo, tenemos que encontrar la manera de desviar a la gente de la iglesia y crear centros culturales donde no sólo los domingos, sino también todas las noches, el marido pueda venir a relajarse con su mujer. Entonces ya no irán a la iglesia. Algunas personas ya se entretienen yendo al jardín público, cuando la entrada es asequible.

Dorofeev.- Algunos obreros tienen muy poca relación con sus familias y consideran que sus esposas tienen que hacerlo todo, mientras ellos se van a otra parte. Lo mismo ocurre los domingos. Y de aquí vienen las escenas domésticas. La mujer grita que el marido la deja incluso en vacaciones y que tiene que quedarse en casa con los niños. Aquí podemos ver un deseo por parte de las mujeres de liberarse. A menudo culpan a sus maridos de que otras mujeres lleven a sus hijos a la guardería o al jardín de infancia, de que tengan más libertad, mientras que ellas tienen que cuidar de los niños. Así que realmente hay un gran deseo de libertad entre las mujeres.

Tseiltlin.- En ninguna parte se menciona el problema de la familia y el matrimonio, de la relación entre el hombre y la mujer. Pero estos son los problemas que interesan a los obreros y las obreras. Cuando organizamos reuniones sobre este tema, los obreros lo saben y acuden en masa. Por otro lado, las masas tienen la impresión de que evitamos plantear estas cuestiones, y de hecho es lo que parece ocurrir. Sé que algunos dicen que el partido comunista no tiene ni puede tener un punto de vista definido sobre este tema. Conozco agitadores que responden a las preguntas sobre la base de las tesis de la camarada Kollontai²⁶, pero estas tesis no resuelven, por ejemplo, el problema de la responsabilidad del padre y la madre por los hijos, por lo que los niños tienden a quedarse solos. Este es actualmente uno de los problemas más importantes de Moscú. Estas dificultades no salen a la luz, y los obreros que plantean estas cuestiones no reciben respuesta.

²⁶ En nuestro sello hermano Alejandría Proletaria: *Tesis sobre la moral comunista en el ámbito de las relaciones conyugales*, ver también *Alejandra Kollontai: recopilación de materiales (escritos, resoluciones, discursos, artículos, obras, correspondencia)*.

Borisov.- En cuanto al modo de vida cotidiana de los obreros, debo decir que está muy poco estudiado, y ello por una razón muy sencilla: los problemas que planteamos aquí son muy difíciles de describir. Preferimos contentarnos con un artículo formal.

Osipov.- Hay que decir que el modo de vida cotidiana no ha tomado ninguna forma particular. Nada ha cambiado y todo sigue igual. Uno se pregunta aquí por qué estas cuestiones no se discuten en la prensa. Pero la mayoría de los comunistas más activos que escriben en los periódicos están demasiado ocupados y quizá ni siquiera conocen a sus familias. Se van cuando todo el mundo duerme y vuelven cuando todo el mundo está en la cama, y si no conoces a tu propia familia, es difícil conocer a la de los demás. Sólo en las discusiones en la fábrica o en el comité de fábrica se puede aprender algo, por ejemplo, cuando alguien viene a quejarse, cuando una mujer viene a decir que su marido le ha pegado, etc. Y repito, no hablamos de ello en la prensa porque los comunistas no conocemos a nuestra familia ni a la de los demás.

De hecho, no se hace hincapié en el problema de la familia y los niños. Yo mismo he olvidado todo lo que he visto, y sólo cuando me hacen preguntas me vienen vagos recuerdos y empiezo a relacionar las cosas.

Gordeev.- Si observas la vida de los comunistas, verás que, de hecho, la esposa se queda en casa, mientras su marido, comunista, va a las asambleas. Las esposas de los comunistas están muy poco integradas en la actividad social. La situación es más o menos la misma entre los obreros. Cuando se planteó el problema del modo de vida cotidiana de los obreros, fueron las obreras las más interesadas. Se habla mucho de guarderías, restaurantes comunitarios, etc. Pero hay que decir que, teniendo en cuenta todas las condiciones objetivas y subjetivas, no hemos hecho mucho para transformar el modo de vida cotidiana. Entre los obreros comunistas se suele considerar que, cuando el marido va a una reunión, la mujer debe quedarse en casa. A veces esto lleva al divorcio. El marido no deja que su mujer vaya a la reunión, pero ella realmente quiere ir; de ahí el divorcio. Conozco dos casos de este tipo. En una reunión de obreros se dijo que en nuestro sector de Orejov-Zuyev había habido dos casos en los que el marido había prohibido categóricamente a su mujer ir a una reunión, lo que había llevado al divorcio.

Dorofeev.- La revolución ha provocado una dislocación de la familia. Muchos obreros llevan una vida disipada y malinterpretan la libertad de separarse de sus esposas. Otros dicen que la revolución ha asestado un nuevo golpe a la familia. Incluso entre los obreros responsables, muchos han abandonado a sus esposas, dejándolas a veces con cinco hijos. Esto ocurre muy a menudo. No lo ocultan. La gente también deja a las esposas comunistas, incluso entre la gente ocupando los lugares más altos. El problema no se plantea en la asamblea, pero se habla de él en los círculos del partido y parece que va a pasar algo.

Ahora bien, ¿por qué no hay artículos o series en la prensa, por qué no se hace hincapié en los problemas de la vida familiar? Porque (un camarada lo dijo muy bien) son principalmente experiodistas los que trabajan en nuestros periódicos y no conocen la psicología de los obreros.

En este ámbito, son sobre todo las secciones femeninas las que deben actuar, porque son las mujeres las que más sufren estos trastornos, sobre todo cuando se encuentran con niños auestas. No hay guarderías ni jardines de infancia. Por supuesto, la mujer comunista también tiene que lavar la ropa, porque es más económico; además, no entregará la ropa a la lavandería, porque a menudo se estropea con productos artificiales. Mientras estemos en un periodo de transición, mientras no tengamos guarderías o jardines de infancia, mientras las mujeres comunistas tengan que lavar la ropa, fregar el suelo, porque les es imposible evitar estas obligaciones domésticas, mientras los maridos vayan a las asambleas y lean el periódico, las mujeres no cambiarán.

Pero cuando todo esté bien organizado, las mujeres ya no tendrán que lavar la ropa y podrán ir a las reuniones.

Organizamos una conferencia en nuestra junta de vecinos sobre el tema: “Familia y matrimonio”. Llamamos a un orador y le preguntamos cómo presentaría el tema. Respondió que presentaría *El origen de la familia y el matrimonio*²⁷ de Engels. “Y no diré nada más”, añadió. Por supuesto, no digo que esto esté mal, pero habría sido necesario sacar conclusiones de este artículo de Engels que fueran aplicables a nuestro tiempo, y no sabemos cómo hacerlo. Sin embargo, se trata de un problema muy actual.

En cuanto al matrimonio, digo que los comunistas se niegan rotundamente a casarse con las jóvenes que son miembros del Komsomol, porque, dicen, correrán de reunión en reunión y nunca tendrán tiempo para preparar la comida o lavar la ropa. Los comunistas dicen que prefieren casarse con mujeres sin partido que se queden en casa, cuiden de los niños y mantengan el hogar. Esta es una opinión muy extendida. Los comunistas dicen que, si toman una esposa comunista, sus hijos morirán y nada funcionará en la familia.

Korobitsyn.- En el pasado, el marido consideraba a su mujer como una esclava. Esa es la marca de la historia. Pero hoy la mira de forma diferente. Antes, cuando el marido bebía, a veces golpeaba a su mujer una, dos o tres veces por semana; ahora el vodka está prohibido. Pero si quiere saber con qué se ha sustituido, yo diría que con nada. Hoy en día, el marido trata de conseguir brandy casero, pero golpea a su mujer con menos frecuencia y la considera una ciudadana; además, ella también se considera como tal y no permite que la golpeen.

Sobre el tema del matrimonio: es fácil cambiar de esposa, y esto también se hace entre los comunistas. Es inaceptable que algunas personas lleven una vida totalmente disoluta. Y digo que este problema debe ser abordado seriamente, mencionado y discutido más a menudo en la prensa.

Al fin y al cabo, tenemos que entender qué actitud adoptar hacia el matrimonio, hacia las mujeres, y nunca he leído nada parecido en los periódicos. En cualquier caso, debemos interesarnos por estos problemas, abordarlos más de cerca y hacer avanzar el modo de vida cotidiana del pueblo ruso, aunque sea un solo grado.

Antonov.- Señalemos una transformación más en el modo de vida del obrero: bebe menos, es mucho más sobrio, y como es más sobrio, es mucho más lúcido.

Borisov.- Sin duda, la revolución trajo consigo transformaciones en la vida familiar del obrero. Algunos compañeros han hablado de “la dislocación de la familia”. Destaquemos aquí los hechos más característicos. En primer lugar, en una familia en la que el marido se ha vuelto ateo, la esposa envía a los niños a escondidas a la iglesia o ante el pope; el niño le cuenta inocentemente a su padre lo que ha hecho y... se produce una gran escena doméstica. “¡Idiota, realmente has encontrado a quién llevar al niño, lo vas a estropear por completo!” En segundo lugar, en algunas familias, la mujer se siente mucho más independiente, exige a su marido: “¿por qué no compraste el periódico?”, “no grites cuando hablas con los niños”, “si sigues, te dejo y me voy a ganar la vida”. En tercer lugar, a veces hay discusiones acaloradas sobre la religión, en las que participa toda la familia: todos se insultan, las relaciones se tensan, etc. En cuarto lugar, muchas familias quieren llevar una vida digna (disfrutar del aire fresco, la limpieza, un entorno agradable, etc.). En quinto lugar, el obrero ha empezado a leer en casa (me refiero a los obreros menos formados). En sexto lugar, esto se traduce en una conciencia extremadamente aguda de su falta de cultura, de su ignorancia. En séptimo lugar, los hijos de los obreros que tienen la oportunidad de ir a la escuela (al liceo, etc.) aportan un aire nuevo a la vida

²⁷ Sic: “L’origine de la famille et du mariage”; *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, de F. Engels en nuestras [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels \(OEME-EIS\)](#).

de sus padres (están orgullosos de ellos, se interesan por su trabajo). En octavo lugar, se han producido grandes cambios en las familias en las que los niños van a guarderías o jardines de infancia; esto es algo completamente nuevo en el estilo de vida cotidiana de la clase obrera. En noveno lugar, los niños son la principal fuente de preocupación en la familia obrera (hay que vestirlos, calzarlos, etc.). En décimo lugar, se pueden encontrar komsomols incluso en las familias más tradicionales; aquí, la juventud entra en conflicto con los viejos prejuicios. En undécimo lugar, hay que señalar que algunos obreros crían vacas, cabras, cerdos, tienen un huerto, etc., lo que los vincula más a su hogar y los aburguesa. Francamente, poseer una vaca transforma el modo de vida del proletario y desarrolla en él un mezquino sentido de la propiedad.

Estos problemas sólo se mencionan en dos lugares concretos: entre los obreros y en sus familias.

No hay que escribir artículos moralizantes y edificantes, del tipo “Cómo una mujer llevó a su hijo de nueve años a confesarse ante el pope a escondidas de su marido”, para luego decir que esta mujer es estúpida e insultar al pope, etc., sino que hay que escribir en un lenguaje seguro, en el lenguaje de la vida cotidiana, y hacer observaciones insignificantes para que esta mujer (y hay millones de ellas) no se avergüence, sino que reconozca la estupidez de sus actos. Es difícil (pero no imposible) hablar de la “vaca del obrero”, y hacer que los obreros se preocupen no sólo de sí mismos, sino también de los demás. Esto es más fácil de decir que de escribir.

Pregunta número 7

La vida solía organizarse en torno a tres momentos esenciales: el nacimiento, el matrimonio y la muerte.

¿Cómo se han sustituido estos hábitos entre los obreros que han roto con la iglesia?

¿Existen nuevas formas de ceremonias para celebrar un nacimiento, un matrimonio o dar el último adiós a un difunto?

Respuestas

Marinin.- El ritual se ha renovado sólo para los funerales, que son organizados por los sindicatos y han adquirido un carácter solemne.

Ivanov.- El obrero nos dijo: “Vosotros, los comunistas, cuando enterráis a uno de vuestros compañeros, podéis tocar una marcha fúnebre, hacer un discurso en el que evocáis los méritos del difunto ante la sociedad y el estado; pero nosotros, en tales circunstancias, ¿qué podemos hacer? No nos sentimos cómodos enterrando a alguien sin una ceremonia, así que recurrimos al pope”. Para el nacimiento y el matrimonio, pronto se encontrarán nuevos ritos, pero para el entierro, si el obrero suprime la ceremonia fúnebre, no hay nada a cambio.

Doroffev.- Ningún ceremonial nuevo ha sustituido a los antiguos ritos religiosos, lo que a menudo da lugar a dolorosas escenas domésticas cuando la mujer de un obrero quiere bautizar a su hijo o enterrarlo religiosamente, y su marido se lo prohíbe y se pelea con ella.

Sajarov.- Estos momentos están marcados por una celebración familiar: el obrero invita a sus amigos, les ofrece bebidas y les presenta el “acta de registro”. Hay obreros que quieren organizar funerales similares a los de sus compañeros, con música, banderas, etc. Pero estos son casos aislados por el momento.

Kulikov.- No hay ningún cambio real en las marchas fúnebres y los entierros. Entre los comunistas, se llevan banderas, se cantan canciones, a veces hay una orquesta.

Antonov.- Si, por ejemplo, un comunista celebra un nacimiento, y los camaradas y los no miembros del partido se reúnen en su casa, ¿cómo marcará esta fecha? En los viejos tiempos, solíamos hacer una fiesta. Esto ya no es necesario. Pero podemos hacer una colecta para crear una guardería infantil. Tomemos como ejemplo los funerales. Hay que plantear el problema de otra manera. Podemos hacer una colecta para construir un crematorio donde se incineren los muertos.

Marinin.- Me parece que, en primer lugar, hay que acostumbrar a las masas a enterrar con música. Personalmente, estaría a favor de organizar también bautismos solemnes; quizá no haya que hacerlo siempre, pero si organizamos bautismos de este tipo de vez en cuando, sin duda obligará a los obreros a preguntarse si los bautismos son realmente necesarios. Por supuesto, estos bautizos deben organizarse con la ayuda del comité de la fábrica y la comisión cultural.

Sajarov.- Un obrero tenía un hijo. Y esto es lo que hizo: reunió a los representantes de la fábrica; no sé si hubo un discurso, pero se votó para dar un nombre al niño, luego se redactó y se firmó el certificado de nacimiento, y luego se pasó a lo siguiente: té, etc.

Dorafeev.- Recuerdo que cuando tenía catorce años y trabajaba por primera vez en una fábrica de Moscú, el capataz me pegó. Y recuerdo que salí al patio, levanté los ojos al cielo y le pedí a dios que castigara al capataz. Entonces tuve una terrible necesidad de escuchar canciones de la iglesia. No era religioso, pero buscaba algún tipo de satisfacción. Tenía una vida dura, estaba mal pagado, y encontraba consuelo escuchando canciones de la iglesia. Ahora me he convertido en ateo, porque he leído libros, he escuchado conferencias y me he dado cuenta de que son nimiedades. Por eso, hasta que no eduquemos al proletariado, hasta que no le hagamos tomar clara conciencia de las cosas, no podremos hacer nada.

Koltsov.- ¿Por qué no deberíamos celebrar el día del nacimiento, como celebramos hoy el día del bautismo? Bebamos un poco de vino o cerveza si nos parece necesario, pero celebremos el cumpleaños y no el día del santo.

El día del nacimiento y el día de la muerte deben estar marcados de alguna manera. Es más fácil prescindir de la ceremonia de la boda. Los propios obreros sin partido se contentan con un matrimonio civil, tras el cual organizan una comida: pero las cosas son más complicadas en lo que respecta al bautismo y la muerte. Tenemos que encontrar un sustituto para ellos. Son sobre todo las mujeres las que se lamentan cuando alguien muere sin ser bautizado o sin que se celebre una misa.

Nadie empuja a la gente a organizar funerales solemnes con orquesta, etc., pero es una costumbre que se va imponiendo poco a poco; vemos a obreros sin partido que acuden a nosotros y nos dicen: “Ha muerto mi mujer, me gustaría tener una orquesta”. Pero a veces no podemos ofrecer una orquesta porque es cara y no tenemos dinero. Si fuéramos un poco más ricos, habríamos organizado este tipo de ceremonia hace mucho tiempo.

Osnas.- Hace unos tres meses asistí a un nuevo tipo de ceremonia. Fue para celebrar la entrada del hijo de un obrero como aprendiz en un taller. El obrero me invitó a su casa por la noche. Me presenté; todo estaba bien organizado: había cerveza y oporto. Hoy en día, la cerveza y el oporto sustituyen al brandy casero. Es un progreso, en cierto modo. Así que celebraron la entrada de su hijo como aprendiz. En una familia de clase obrera, es un acontecimiento tan importante como el nacimiento, el matrimonio o la muerte. Y pensé que sería bueno que esta forma de confirmación de la juventud se hiciera oficial. Para un chico joven, este es un momento muy importante en su vida, porque se encuentra en una situación difícil: ha terminado la escuela, tiene diecisiete años, y no

sabemos dónde colocarlo. Y aquí tenemos la oportunidad de participar en una especie de ceremonia familiar, por así decirlo. Por supuesto, esto es sólo el principio, pero nos estamos perdiendo. Nosotros, como partido, tenemos que prestar atención a esto. Así, junto al nacimiento, la muerte y el matrimonio, este momento de aprendizaje se celebra fácilmente, sobre todo ahora, cuando la entrada del hijo o la hija de un obrero en una escuela o un taller representa un momento importante de la vida.

Lysenko. - En 1917, entré un día en el Monasterio de la Pasión y en la Catedral del Cristo. Allí, todo brilla, todo es magnífico. ¿Y qué tenemos que ofrecer en su lugar? ¿Dónde ir el día de Pascua? Los trabajadores van a la iglesia sólo porque Rozov canta mejor que Shalyapin, que puede ser un perro y negarse a cantar, o porque el coro es magnífico. Y no hacemos nada al respecto. Yo mismo tengo una hija, una niña de doce años; un día salió con una amiga. Cuando volvió, le pregunté: “¿Adónde fuiste?” Ella respondió: “A la iglesia”. “¿Por qué fuiste a la iglesia? No eres creyente”. “No soy creyente, pero ahí te sientes bien”. “¿Podrías haber ido a otro sitio!” “¿Dónde más? En todos los sitios se necesita una entrada”. Y una entrada cuesta dinero, y no tenemos dinero. Estamos agitando, pero eso no es suficiente; tenemos que organizar algo artístico. Y no hemos hecho nada en ese ámbito.

Markov. - En mi opinión, lo mejor sería construir un crematorio donde se puedan incinerar los cadáveres. Y deberíamos empezar por quemar a los grandes hombres. Cuando alguien muere, debe ser incinerado, de lo contrario, lo que ocurre en el monasterio de Danilovsky, cerca del cual vivo, es que allí hay un pozo profundo, y no es fácil encontrar un lugar para quemar. Hay una fosa profunda de tres archinas²⁸ en la que hay incluso ataúdes. Pero si empezamos a incinerar a los muertos y explicamos por qué es útil, sería una muy buena medida. Por ejemplo, el camarada Vorovsky²⁹ fue enterrado; debería haber sido incinerado, y luego se debería haber realizado una campaña para explicar que era un gran hombre y que eso no impedía que fuera incinerado.

Lidak. - Una cosa más: si vemos pasar un cortejo fúnebre, vemos que sólo participan los familiares del fallecido. No hay un grupo fijo; algunos acompañan la procesión durante un tiempo, luego se van y otros se unen. Por lo tanto, el grupo varía constantemente; nunca hay muchas personas (a veces treinta, a veces siete u ocho, o incluso quince), por lo que no se les presta atención. Las transformaciones son necesarias aquí, para que las cosas se hagan como es debido.

Kazakov. - Exteriormente, no cabe duda de que se han producido grandes cambios en la vida familiar desde el inicio de la revolución de 1917. Yo viví esa época; vengo de una familia de viejos creyentes apegados a las tradiciones. En 1917, me vi envuelto en el torbellino de la revolución en la que participé. Al principio, mi familia me consideraba un ermitaño que había huido de su familia, un sinvergüenza, etc. Me encontré en el ejército. Acabé en el ejército. Cuando volví del ejército, regresé al pueblo. Me senté a la mesa y no recé. A mi padre le dijeron: “¿Cómo es que el hijo de un viejo creyente se sienta a la mesa sin hacer la señal de la cruz? El diablo entrará en su boca.” Entonces empecé a manifestar mi conciencia comunista y a armar un escándalo en mi familia. Quería hacer lo mismo en el pueblo para eliminar los viejos prejuicios. Milité de esta manera durante varios años. La lucha se volvió más violenta. Era imposible romper la psicología del campesino y hacer que mi familia aceptara el nuevo modo de vida. Tuve que ir a la ciudad para no agravar la relación y no reñir. En la ciudad, tuve que lidiar con un tipo de familia diferente, una psicología distinta. La familia de clase obrera es más cómoda. Los cambios en la vida familiar son más claros allí. Pero todavía se puede ver,

²⁸ Una archina: 0,71 m. (Nota del traductor).

²⁹ Vorovsky V. V. (1871-1923), publicista y crítico literario antes de la revolución; eminente diplomático después de octubre. (Nota del traductor)

a pesar de esta ruptura, el dominio de un miembro de la familia sobre los demás. Por ejemplo, el marido es comunista y la mujer no es miembro del partido. La esposa cuida de los niños pequeños a diario. El marido es políticamente activo, piensa, critica, se enriquece, etc. Se convierte en el elemento dominante de la familia; su hermano y su hermana se sienten atraídos por él y se establece una especie de competencia. Ya hemos mencionado este fenómeno. Esta competencia adopta formas particulares: la gente discute, se insulta, se enferma, se pone histérica, etc. En mi opinión, la revolución en el modo de vida cotidiana debe llevarse a cabo por etapas, no debe imponerse de forma particular. Tomemos como ejemplo la educación de los niños. Por un lado, el marido es socialmente activo; llega a casa y quiere imponer su punto de vista. Su mujer sigue teniendo una psicología retrógrada. Ella quiere hacer a su manera, y los niños están desgarrados por ambos lados, lo que les perjudica. En este sentido, debemos preguntarnos, por supuesto, si podemos, en un futuro muy próximo, dar a los niños una educación colectiva, etc. Evidentemente, sería deseable que esto se hiciera lo antes posible, pues de lo contrario la situación se complicará.

Osipov.- Puedo decir que lo más destacable de las bodas es que cuando te casas solicitas al Fondo de Ayuda Mutua 800-900 rublos. Cuando preguntas: “¿Para qué lo vas a usar?”, te dicen: “¡Ese día también hay que comer!” También hay un problema con los nacimientos. Sé que a veces se organizan bautizos comunistas. El primer problema es qué nombre ponerle al niño. He aquí un ejemplo: un día se propuso el nombre de Ilich. Entonces el padre volvió y preguntó si se podía añadir a Lenin. Se le dijo que era posible. “Muy bien”, dijo, “llamaremos a nuestro hijo: Ilyich Lenin”. Cuando nace un niño, el problema es elegir un nombre. Uno va a la célula del partido comunista o del Komsomol. Conozco a algunas chicas que se llaman “Octobrina”.

El nacimiento está relacionado sobre todo con la elección de un nombre, mientras que el matrimonio es nada. Sólo importa una cosa: solicitar el Fondo de Ayuda Mutua. Ahora hablemos de la muerte. Me resulta difícil hablar de la muerte de un niño. No veo qué se puede hacer en este caso. En cuanto a los adultos, el entierro se hace a veces con música, a veces, en la fábrica, se deja de trabajar media hora antes. En las células grandes, los entierros se hacen siempre con música, pero en la mayoría de los casos, todo se hace sin que nadie sepa nada.

Gordeev.- Esta semana ha muerto un miembro del Komsomol. Era ateo y muy buen chico. En la actualidad los komsomols viven en campamentos, y este joven tuvo un ataque. Su padre colocó cruces alrededor de su ataúd y quiso enterrarlo en la iglesia. Hubo un alboroto en la célula, algunos komsomols fueron a ver al padre, y éste les dijo: “El sacerdote, con sus ropas sacerdotales, va a venir a incensarlo; ¿y qué me proponéis en su lugar?” Los komsomols respondieron: “Habrá música”. “Bueno, si hay música, significa que será un funeral civil. Estoy de acuerdo”.

Hablemos ahora del bautismo y del matrimonio. Muy a menudo los jóvenes, sean o no del partido, no se casan por la iglesia. Sin embargo, el resto de los festejos (bailes, bebidas) son indispensables... Algunos se inscriben, otros no, pero, en cualquier caso, hay una fiesta. En cuanto a los bautismos, hay quienes no bautizan a su hijo, pero sí organizan una pequeña fiesta. Si el padre está ausente, la esposa intenta bautizar al niño en secreto, cuando el marido está fuera o se ha ido de misión; entonces, por supuesto, se produce un escándalo, y el marido es llevado a la célula, porque es algo que tiene que explicar. Esto es lo que ocurre más a menudo en Moscú, como en otros lugares... Se trata de un problema extremadamente complejo que debe ser analizado con más detenimiento. Pongamos un ejemplo: un miembro del partido que trabaja en la fábrica tiene un hijo. Su mujer quiere bautizar al niño, pero el marido se niega rotundamente. Esto da lugar a peleas e insultos, cuando debería haber sido un motivo de celebración. Lo mismo ocurre cuando hay que

enterrar a un niño; la mujer llora porque su marido no le permite enterrarlo. Maldice a su marido, al partido y a todo lo demás para siempre. Si un comunista le dice a su mujer: “¡Deshazte de los iconos!”, ella no los tira; los esconde en un cajón y los mira con cariño, con la esperanza de que pronto pueda volver a ponerlos en su sitio.

Gordon.- Una obrera tuvo una niña el 1 de mayo y la llamó Maia. El nombre “Octobrina” ya se ha hecho popular. Incluso se ha propuesto el nombre de “Cocodrilo”. Hace poco tiempo tuvimos una discusión en la que llegamos a la conclusión de que no necesitamos tener nombres de santos para nuestros hijos. Cada nombre tiene un significado especial. Hagamos una revolución también en este ámbito y pongamos a nuestros hijos nombres que nos convengan. Fíjate en los nombres que se pusieron a los niños durante la revolución. Muchas niñas se llamaron Rosa por Rosa Luxemburg, y muchos niños se llamaron Vladimir por Vladimir Ilich. Pero también hay una tendencia a inventar cualquier nombre. Y esta tendencia tiene mucho éxito y, de momento, sólo escandaliza a los comunistas. Debemos dejar de poner a nuestros hijos nombres que no tienen ningún significado o que tienen un significado peyorativo.

Borisov.- Un komsomol me contó que un día se casaron unos jóvenes comunistas que, después de inscribirse, celebraron una reunión bastante grande, en la que se dieron conferencias sobre el matrimonio, la familia, etc. Después hubo un concierto. Fue una reunión solemne, por así decirlo. Le hice la siguiente pregunta: “Y si dentro de uno o dos años esta pareja se divorciara, ¿qué reunión habría que celebrar?”. No me contestó.

Pregunta número 8

¿Existe un interés entre los obreros por los problemas menores de estilo de vida cotidiana, lo que indicaría un deseo de elevar su nivel cultural: mayor cortesía, mayor limpieza, respeto de las normas elementales de higiene, etc.?

Respuestas

Lysenko.- Sí, los obreros altamente cualificados tienen un sentido de la exactitud, la precisión, la economía, etc. En esto debemos basar nuestra agitación. Por supuesto, sigue habiendo cierta descortesía, pero eso es sólo para hacer broma. Se habla mucho de la limpieza, de la forma en que nos comportamos y de la forma en que se comporta el proletariado en occidente.

Antonov.- ¿Intentan los obreros ser más educados, menos descuidados, más puntuales en sentido amplio? En absoluto, salvo en algunos casos aislados. Aprendí a trabajar bajo la dirección de un inglés, el Sr. Coygod, vi trabajar a fundidores franceses, italianos, alemanes, finlandeses y letones. De todas estas naciones, personalmente prefiero la inglesa. Son un pueblo de increíble autocontrol: los ingleses son fríos, cuidadosos, imparciales; conocen el valor de las cosas. Los obreros rusos, si tuviéramos, aunque sea un 10% del sentido de la precisión y la economía inglesa, podríamos poner el mundo patas arriba en un instante. Ser exactos y cuidadosos es lo que necesitamos. En este ámbito, los hábitos tardarán mucho en cambiar.

Finovsky.- En cuanto nuestra economía mejoró, la limpieza y el orden aparecieron, cierto que en proporciones mínimas, en las fábricas y plantas.

Kuikov.- Existe un inmenso deseo cultural, sobre todo entre los obreros cualificados, sin olvidar a los obreros.

Lagutin y Kazansky.- Hay una necesidad extraordinaria de cultura.

Sajarov.- Cuando vivía en un barrio obrero y participaba en la célula del barrio, a veces salía a pasear con los compañeros y cantaba con mi acordeón. O bien, cuando un grupo de obreros hacía de “mendigo”, me unía a ellos; pero ahora sería criticado por los comunistas, y por los propios obreros. A menudo pienso qué pasaría si hiciera de nuevo de “mendigo”. Y ya no voy por ahí con mi acordeón.

Sin duda, hay que revisar nuestra ética, pero sin querer reorganizarlo todo. Esto es lo que me ocurrió de nuevo: un día entré en un bar y me senté junto a la ventana. ¿Y qué opináis? Estaba en ascuas, pensando: “¿Y si alguien me ve a través de la ventana?” Y sin embargo no estaba haciendo nada malo...

Dorofeev.- Me gustaría decir algo sobre la cultura, la limpieza, la cortesía, etc. Yo, un pobre tonto, solía presumir de mi ignorancia, y todo Moscú lo sabe. Cuando fui al extranjero y comparé al obrero alemán con el ruso, noté una enorme diferencia en todos los campos, aunque los obreros alemanes son actualmente extremadamente pobres y reciben papel moneda y no oro. A pesar de ello, los obreros alemanes siguen siendo educados, tanto fuera como en casa. ¿Los obreros rusos quieren ser educados y cultos? Sí, eso es obvio. Todo el mundo quiere expresarse mejor, aunque a veces acaba llenando sus frases con palabras extrañas, inútiles e incomprensibles. Todo el mundo quiere ser más culto. Y añadiría que el obrero medio es a veces más limpio y decente que algunos de nuestros militantes. He hablado con campesinos. Suelen decir: “¿Qué clase de régimen es éste, a dónde quieres llevarnos, tú que no sabes ni peinarte ni vestirte bien?” Estas son las críticas que recibimos. Es cierto que los obreros y los campesinos empiezan a vestirse mejor, etc.

Kulkov.- Un obrero del decimonoveno grado puede, por supuesto, ser atendido, y no necesita construir castillos en España; pero también sabemos que si un obrero está en el sexto o séptimo grado, y sólo tiene tres camisas y una cuarta para las vacaciones, todavía se las arregla para estar más o menos limpio: después del trabajo se lava las manos, el cuello, se cambia de ropa, y ni siquiera se puede adivinar que es un obrero. Este invierno, la asistencia al club fue muy alta. Tal vez sea en parte porque es cálido y acogedor y todo está en orden. Las clases de alfabetización tienen una asistencia de casi el 100%. Los obreros muestran un gran deseo de desarrollar sus conocimientos teóricos. En la actualidad, las conferencias se siguen con interés. Aunque sólo tenemos un médico como conferenciante, la sala se llena siempre. Antes, los obreros no necesitaban sábanas y fundas de almohada limpias para dormir. Ahora casi todo el mundo tiene lo que necesita; los obreros están acostumbrados a la limpieza y a menudo se les ve abriendo la ventana, fregando el suelo, etc. También observan las normas de higiene. Este año, cuando fue necesario vacunar contra la viruela, la campaña fue bien.

Marinin.- También en este ámbito, los obreros están haciendo algunos progresos. El crédito que les concede la cooperativa les permite vestirse, sobre todo a los de los rangos inferiores (del séptimo al noveno); todos tienen algo que ponerse, llevan abrigos de media estación, etc. Esto también forma parte de la cultura. La lucha contra el alcoholismo se desarrolla gradualmente. A veces, en ciertas empresas, si un obrero llega borracho al trabajo, se le despide; los komsomols suelen aplicar estas medidas expeditivas. El objetivo principal es hacer una campaña contra la producción de brandy casero. A estos obreros no se les permitió volver al trabajo hasta que nos dijeron dónde habían obtenido el alcohol. Los obreros se interesan por el problema y acuden en nuestra ayuda. Incluso ha habido casos en los que hemos boicoteado a los sin partido. En nuestra fábrica, había un obrero que bebía; estaba en cuarentena hasta tal punto que dio su palabra de honor delante de toda la célula de dejar de beber durante un año.

En mi opinión, sigue existiendo un mal contra el que hay que luchar; pero también en este caso quizá debemos empezar por los comunistas. Me refiero a la descortesía. Los

que no pertenecen al partido piensan que los comunistas están muy arriba y que deben ser gente culta. No hace mucho, por ejemplo, un anciano se acercó a un futuro miembro del partido para recibir una pensión en especie, y le pidió que se apuntara. El otro le contestó, pero como el anciano era obstinado, comenzó a insultarlo. El anciano se quejó de que debía ser educado, por lo que se le pidió que se disculpara. Se disculpó, pero primero con un tono de enfado. Se le dijo entonces. “Esto no está bien, discúlpate adecuadamente”. En cierto modo, se vio obligado a humillarse. Y eso le impresionó tanto que no lo hará por segunda vez.

Antonov.- Tanto si eres comunista como si sólo eres un obrero, tienes que ir bien arreglado. Hay que vestirse con pulcritud y buen gusto, pero no de forma llamativa. Este es el problema. Hay dos aspectos: por un lado, no hay que ser descuidado, pero tampoco hay que llevar ropa chillona. La gente es muy sensible a esto. Al final, siempre se reduce a lo mismo: “El hábito hace al monje...”.

Gordeev.- Entré en el taller en 1905, con catorce años, y lo primero que tuve que hacer fue comprar un cuarto de litro de vodka para celebrar mi llegada. Ese día escuché las peores palabrotas, por no hablar de que en mi familia el padre y la madre solían tirarse las mismas palabras a la cabeza. Así es como empezamos a trabajar. Obviamente fue un mal comienzo. Cuando estabas callado, te decían: eres un marica. Y luego, por fanfarronería, empiezas a decir groserías, y a acostumbrarte precisamente a lo que el camarada Trotsky denuncia en uno de sus artículos. Así fue en el pasado. Durante los primeros años de la revolución (1917, 1918, 1919), se consideraba que los comandantes más valiosos del Ejército Rojo eran aquellos que, en primer lugar, eran valientes y, en segundo lugar, hablaban con la peor rudeza. No puedo nombrarlos, porque tendría que nombrar a la mayoría. Cuando a veces los compañeros se reunían, sólo intentaban hablar lo mejor posible. Nuestro único refugio estaba en las secciones, en las brigadas, con nuestros instructores políticos. En cuanto a los comisarios de regimiento, no era necesario mencionarlos, imitaban a los comandantes. En los últimos tiempos se ha producido un cambio en este ámbito, tanto entre la juventud obrera como entre los trabajadores en general.

Tampoco hace falta hablar de la limpieza y el nivel cultural de los primeros años de la revolución. Fueron años oscuros. Lo poco que aún tenían los obreros, principalmente de la región de Moscú, lo llevaron a las provincias de Samarsk o Saratov; y allí no se podía hablar de limpieza. La mejora de la situación económica conlleva cambios evidentes. Aunque todavía no tenemos mucha experiencia con la clase obrera, notamos una notable mejora en su vestimenta y en sus actividades culturales.

Gordon.- Hablemos de educación y cultura. La requisita de pisos fue un fenómeno importante. En cuanto los obreros se trasladaron a casas comunales con ducha y gas, intentaron cuidar de ellas. Me gustaría centrarme en un problema que nos preocupa últimamente. Se trata de la juventud, incluso de la más avanzada, del komosomol. Escuchad su jerga, hablan una especie de galimatías; se les oye decir: “Qué hablador, qué camelista”, y luego agitan la mano derecha o la izquierda, según sus costumbres. Lo mismo ocurre con la ropa. Por supuesto, son pobres y tienen hambre; pero el komsomol se viste de una manera particular. Si os encontráis con uno en la calle, lo reconocéis inmediatamente. Todo lo que tenéis que hacer es acercaros a él y decirle. “Camarada, ¿no será usted un komsomol? ¿no tendrá un cigarrillo?”

Koltsov.- Recuerdo que hasta hace unos diez años, cuando una campesina o un campesino entraban a vender patatas, se quitaban inmediatamente el sombrero y buscaban un icono para persignarse. Ahora, esto ya no se hace. Eso es profilaxis. Nadie explicó nada a nadie, sino que nosotros mismos llegamos al resultado. Nos hemos vuelto más cultos. Hoy en día no se va por ahí tocando el acordeón, da vergüenza. La generación más

joven, los komsomols, ya no van por ahí tocando el acordeón; tienen otras actividades más culturales, como el fútbol u otros juegos. Las cosas sólo duran un tiempo. El camarada Dorofeev recordaba las peleas que solían tener lugar en las orillas del Moscova. Antes luchábamos hasta el punto de derramar sangre; eso ya no existe. Se entendió que esto estaba mal. Tal vez estos juegos se sigan practicando en algún lugar, pero en Moscú desaparecieron hace tiempo.

Pregunta número 9

*¿Los sindicatos desempeñan un papel importante en el estilo de vida cotidiana?
¿Cómo se manifiesta exactamente este papel?*

Respuestas

Markov.- Los sindicatos no pueden hacer mucho en las condiciones actuales, pero de todos modos, si se hace algo, es gracias a ellos y a través de ellos. En primer lugar, la liquidación del analfabetismo mejora un poco la situación. Las estancias en casas de reposo, sanatorios y centros de salud acostumbra a los obreros a una mayor limpieza.

Borisov.- Considero que el papel educativo de los sindicatos (sólo de los comités de fábrica) es fenomenal. El comité de la fábrica es un padre colectivo. La gente acude a él por los motivos más diversos; vienen a pedir consejo; incluso preguntan “¿debemos divorciarnos o no?” La opinión del comité de fábrica se tiene en cuenta, y desempeña un papel muy importante en la familia, en el modo de vida cotidiana del obrero. Ha penetrado en la vida cotidiana del obrero mucho más que el partido. ¿Con quién puedes compartir tu dolor, a dónde puedes ir, a quién puedes contarle lo que quizás te avergüence, lo que es un secreto de familia? Así que acude al comité de fábrica con la esperanza de que se le ayude. Y el consejo del comité de fábrica no se limita a la suerte de un obrero individual pues éste lo dará a conocer a los demás. De esto se desprende que, para acercarse al modo de vida cotidiana de los obreros, el partido debe utilizar los comités de fábrica. De lo que también se desprende que un mal comité de fábrica puede tener una influencia extremadamente perjudicial.

Pregunta número 10

*¿Qué importancia tienen los prejuicios religiosos, nacionales o de otro tipo en el entorno de la clase obrera?
¿Cómo se manifiestan estos prejuicios?*

Respuestas

Markov.- Los obreros siguen teniendo muchos iconos; rara vez compran nuevos, pero no están especialmente dispuestos a deshacerse de los viejos.

Kulkov.- Los prejuicios religiosos y nacionales son insignificantes, por no decir inexistentes. Lo único que queda de la religión son las tradiciones: hay que bautizar a los hijos para que no se rían de ellos los vecinos. Lo mismo ocurre con el matrimonio y el entierro. En pascua, solemos preparar un *kulitch* y un pastel de pascua, porque es bueno. A veces nos pasamos la tarde esperando la hora de ir a la iglesia. Las autoridades soviéticas no son hostiles a esto: se abastecen las tiendas, se dan anticipos, se ponen en

orden los talleres, en fin, todo se hace según la tradición. Sin embargo, sería conveniente realizar algunos cambios en este ámbito.

Lysenko.- Los prejuicios nacionales entre los empleados de los ferrocarriles siguen muy vivos. Dicen, por ejemplo, que aparte de los rusos, nadie sabe trabajar y que, en las fábricas, en las organizaciones económicas, en los fideicomisos, en los trenes de larga distancia, sólo se ven “no rusos”, etc.

Marinin.- Todavía persiste un cierto nacionalismo, principalmente antisemita, y nuestro distrito se distinguió en su día especialmente en este ámbito. Los miembros del partido tampoco están exentos de ello.

Dorofeev.- Algunos obreros atrasados, e incluso algunos obreros medios, albergan un odio secreto hacia los judíos; los judíos, dicen, ocupan puestos de responsabilidad, pueden hacer cualquier cosa. Incluso se escucha que en la fábrica un judío siempre se le arregla para no trabajar físicamente, sino para ser secretario de la célula del partido, delegado, etc.

Antonov.- Sigue habiendo cierto antisemitismo, pero es menos virulento que en el pasado. Los obreros retrógrados suelen criticar a todas las demás nacionalidades en su conjunto, sin distinguir entre clases.

Sajarov.- Los prejuicios religiosos van desapareciendo año tras año. Ahora hay muy pocos obreros que sean realmente creyentes; hay sobre todo una creencia mecánica: “Como nuestros padres tuvieron fe, nosotros también debemos tenerla”. La propaganda antirreligiosa ha desempeñado un papel muy importante, y en poco tiempo los obreros habrán olvidado la religión. Los prejuicios nacionales siguen existiendo. El antisemitismo sigue vivo.

Lagutin y Kazansky.- Un día, algunos creyentes pensaron que podían iluminar a sus dioses con electricidad: encendieron lámparas delante de los iconos. Pero se rieron de ellos en el periódico, y esta “mecanización” de la religión se quedó en eso.

Por otra parte, los obreros nunca se distinguieron por un sentimiento religioso particular. Hoy en día no van a la iglesia, leen *El periódico de los ateos*, pero piden al cura que bautice a su hijo (“nunca se sabe”); no se confiesan, pero cuando alguien se muere, mandan llamar al pope.

Los prejuicios nacionales son más profundos y persistentes. Esto es especialmente cierto en el caso del antisemitismo, que sigue muy vivo, incluso en el entorno comunista; por otra parte, es un sentimiento “abstracto”, por así decirlo, porque hay relaciones cotidianas normales y humanas con los obreros, empleados y dirigentes del partido judíos. En cualquier caso, se ha producido un claro descenso del nacionalismo, y la revolución, que ha obligado a la gente a desplazarse y entrar en contacto con otras naciones, ha desempeñado un papel muy beneficioso en este sentido. Sin embargo, estamos lejos de haber alcanzado una situación perfecta, y pasará mucho tiempo antes de que los prejuicios desaparezcan por completo.

Kazakov.- Los prejuicios religiosos se debilitan día a día. Los prejuicios nacionales tardan más en desaparecer.

Kobozev.- El 70% de los obreros y campesinos practicantes no se basan en datos puramente religiosos, sino que practican “tal cual”, por el buen orden, por inercia, para no ser criticados.

Ivanov.- Entre los obreros, los prejuicios religiosos suelen desaparecer más fácilmente que los nacionales.

Korobitsyn.- En cuanto a la religión, se puede decir que el ruso nunca fue un hombre religioso, que era una especie de hábito para él. Se dijo: “hay que rezar”. Y aunque el sacerdote era considerado un intermediario entre los hombres y dios, recibía todo tipo de apodos. Esto demuestra que el ruso no es religioso. Hoy en día, cuando la

gente sin partido va a la iglesia, va sólo porque no sabe qué otra cosa hacer. Si antes el ruso no era religioso, ahora lo es aún menos. Pero no le hemos dado nada, hemos destrozado los prejuicios religiosos, pero no hemos ofrecido nada a cambio. El ruso niega a dios, pero al mismo tiempo va a la iglesia. ¿Por qué lo hacen? Porque hemos destruido lo que antes existía y no hemos construido nada sobre los escombros. A los comunistas nos corresponde crear algo nuevo, no tenemos la posibilidad de hacerlo en este momento, se necesitan décadas, durante las cuales tendrán que aparecer nuevas formas. Pero no hemos conseguido nada, y la masa anda a tientas, elaborando ella misma estas nuevas formas.

Lagutin.- Hasta 1914 era terriblemente religioso. Iba a la iglesia, rezaba, amaba a los papas, lloraba ante cada icono y pensaba que nadie podía ser más santo que yo. En 1914 estalló la guerra. Un día tuve que ir a la estación para acompañar a los soldados. Estaba allí, llorando, cuando un hombre se acercó y me preguntó: “¿Por qué lloras?” “Cómo no voy a llorar, tengo un hijo y se lo están llevando.” Entonces le oí decir: “Por supuesto que se lo llevan, el zar lo ordena, así que se lo llevan”. “Pero”, le dije, “dios nos ayudará. Rezaremos”. Y dijo: “¿Crees que dios está sólo con nosotros? También está con los alemanes, con todos. Tú lloras por tu hijo, y él va a matar a otro hijo, que también tiene madre”. “Pues qué”, dije, “el zar lo ordena; y yo voy a rezar para que mi hijo siga vivo”. Así que recé, encendí velas, y dos semanas después mi hijo fue asesinado. Y cuando me enviaron una carta diciéndome que había muerto, maldije a San Nicolás, y desde ese momento renegué de Dios. A menudo doy este ejemplo a los obreros. “Habéis rezado”, les digo, “yo también he rezado, y dios no nos ha dado nada. Y ahora muchas obreras son conscientes de que no es dios quien les va a dar nada, sino que son ellas mismas las que deben ayudarse.

Koltsov.- Me gustaría citar un ejemplo. Un carpintero tuvo una vez la idea de hacernos una tarta de pascua. La *pasja* es algo delicioso y todos la comemos. En la *pasja* real, se dibujan todo tipo de signos religiosos, y él dibujó una estrella roja en un lado y escribió “URSS” en el otro. Este tipo de *pasja* fue tan popular en la fábrica que le pidieron que hiciera más. Se dirigió al director de la fábrica y le preguntó si podía hacerlas. El director le prohibió hacerlo. Pero incluso así, hizo unas cincuenta.

Kazakov.- Los prejuicios religiosos fueron sin duda muy importantes hasta 1917. Pero en los últimos cinco años se ha producido una enorme transformación, y estoy seguro de que estos prejuicios habrán desaparecido dentro de veinte años. Si nos ocupamos de la generación más joven, si les proporcionamos actividades en nuestros clubes y organizaciones culturales, y si les formamos de la manera que queremos, serán más educados, y en ese caso los prejuicios religiosos desaparecerán rápidamente.

Extracto de una nota de un camarada (anónimo).- En una fábrica, un líder juvenil habló una vez en contra de la religión. Se le reprochó que tuviera iconos en su casa. Cuando regresó a casa, el líder se disgustó y rompió todos los iconos. Su mujer, furiosa, se lanzó sobre los retratos de Marx y Lenin, y los rompió. Para hacer una tregua, se decidió que la mujer renunciara a los iconos y el marido a los retratos de Lenin y Marx.

Extracto de una nota de Osnas.- Cuando fallece un obrero en nuestra fábrica de electricidad se acostumbra a hacer una colecta, que suele arrojar grandes sumas. Hace unos días, murió un montador. Se organizó una colecta, pero cuando se supo que la madre del fallecido quería un “funeral religioso”, la gente empezó a dar menos, si es que daba algo, porque, decían, “no hay razón para hacer regalos a los papas”.

Lidak.- El obrero puede llevar una cruz, pero no es creyente. Y cuando preguntamos: “¿En qué consiste la religión?”, todos los obreros respondieron: “Cuando vienes a buscar trabajo, no te preguntan si eres creyente, sino si sabes manejar el hacha o la sierra. Por eso creo que en este momento tenemos que centrarnos no en los cuadros de

base, que comparten nuestras ideas, sino en las mujeres, que están llamadas a educar a las generaciones más jóvenes, porque aún no están liberadas, y no podemos educar a los niños en las escuelas públicas. Hay que enseñar a las mujeres nuevos conceptos, de los que surgirá una nueva forma de ver la construcción comunista. Esta es la experiencia que repito cada día en la fábrica.

Gordeev.- La madre de un director enfermó, y en ese momento se trajo un icono de la santa virgen. Este icono permaneció en todos los hogares, incluso entre los comunistas. El resto de la historia es interesante: la madre del director estaba a punto de morir y quería tener este icono. El director aceptó, pero después de la oración ató una cinta roja al icono. Al día siguiente, su madre murió y tuvo que ser enterrada. Cuando le pregunté cómo la habían enterrado, me dijo que había organizado un servicio civil, mientras que sus hermanas habían organizado un servicio religioso. Invitó a los comunistas, invitó a la sección especial³⁰; cuando terminó la ceremonia, se cantó *La Internacional*³¹. En el cementerio, el pope rezó el oficio de difuntos, arrojó un puñado de tierra sobre el féretro y, a continuación, habló la sección especial. Todo esto para una madre, una mujer de sesenta años. Esta fábrica es un poco especial, y debido al gran número de empresas más grandes con las que tenemos que tratar, la hemos descuidado. Ahora todo el mundo está descontento.

Marinin.- Cuando se habla de la cuestión nacional en abstracto, los obreros son todos internacionalistas; pero cuando en una empresa hay uno o dos letones, estonios o judíos, por ejemplo, es otra cosa. Sucedió que el buró de nuestra célula estaba compuesto por casi todas las nacionalidades. Entonces los obreros dijeron: “Es de esta nacionalidad y es de aquella”. En cuanto al antisemitismo, el distrito de Rogojsko-Simonovsky solía destacar, y hay que decir que, como no organizamos ninguna conferencia o debate sobre este tema, el antisemitismo sigue existiendo ahora, incluso entre los miembros del partido. Es cierto que se puede llamar al orden a los miembros del partido, pero el problema debería plantearse más a menudo, y así darle un carácter más cultural, porque a veces las masas siguen teniendo ganas de pogromos. Por supuesto, es un número pequeño de personas, pero estas personas existen.

Antonov.- El obrero ruso siempre ha tenido la costumbre de considerar que si los habitantes de un país vecino no hablan ruso, son alemanes³², sea cual sea su nacionalidad. Hoy en día, los obreros son más exigentes en este sentido. Distinguen las nacionalidades según la clase. El obrero solía tener muy mala predisposición hacia los judíos, pero también en este aspecto ha habido algún progreso. Ya no mete a todos en el mismo saco. Por supuesto, todavía tiene que ilustrarse sobre este problema, pero ha hecho grandes progresos.

Pregunta número 11

¿Qué hace el obrero los domingos y los días festivos en general?

Respuestas

Kulkov.- En los días festivos, la familia del obrero se organiza de la siguiente manera: si puede permitírselo, su mujer hace pasteles, él cuida de los niños o va al mercado, sin olvidarse de comprar el periódico. Después, sale a pasear por el parque,

³⁰ En ruso CON: “cast’osobogo naznaun’ja”. (Nota de traductor).

³¹ En esta misma página de nuestras EIS: *La Internacional*.

³² En ruso, el alemán se llama “nemec”, es decir, “el que no habla la misma lengua”. (Nota del traductor).

visita a los amigos y se lleva a los niños. El obrero soltero, en cambio, va al mercado, discute los precios, intenta comprar más barato, deambula, y cuando se ha hartado, se va a un café. Un número muy reducido de personas mayores va a veces a la iglesia. Si se organiza una excursión o una feria, y si todo está bien preparado, el obrero participa con gusto. La mayoría de los jóvenes van al club, algunos van al campo, otros a la feria.

Finovsky.- Para organizar las actividades de los días festivos tenemos que colaborar con organizaciones culturales (que ofrecen paseos en verano, veladas en invierno, conferencias); luego están el cine, el teatro, etc. Se trata de un tema muy importante, y es mucho lo que podríamos hacer en este ámbito para que las fiestas sean mil veces más alegres que antes. Pero hasta ahora no se ha hecho nada. Necesitamos que el estado nos ayude. Es hora de pensar en crear casas de reposo, centros infantiles, guarderías para las familias de los miembros del partido, para quienes la familia es literalmente una carga, no sólo durante la semana, sino también, y más aún, en las vacaciones.

Sajarov.- En la actualidad, los obreros tienden a pasar los domingos “todos juntos” en el campo. Esto explica el éxito de algunas salidas al campo, donde se han reunido entre mil y mil quinientas personas. Si comparamos la forma en que la gente pasa las vacaciones ahora con la forma en que lo hacían antes de la revolución, podemos ver una notable mejora. Se bebe y se juega mucho menos que antes. Las peleas y riñas son ahora excepcionales, mientras que en el pasado eran habituales.

Gordfev.- Una vez que los obreros se casan, se encierran en sus familias, y es imposible reunirlos para discutir algo que no sea en asambleas formales, porque en general nunca están libres. Pero ahora, por iniciativa del Sr. K., hemos organizado excursiones. Los obreros son muy partidarios de ello; por ejemplo, el domingo pasado llevamos de paseo a casi siete mil obreros de las fábricas de Nikolsky, preparamos un buffet, invitamos a dos orquestas, pusimos columpios y otros juegos, y todo salió bien. Desgraciadamente, no pudimos dar a esta salida un carácter educativo, que hubiera permitido a los obreros, mientras se relajaban, adquirir algunos conocimientos adicionales. Este tipo de salidas acercan a los obreros y rompen las barreras familiares, que siguen siendo muy resistentes. Las obreras hacen rondas cantando canciones revolucionarias, mientras los hombres organizan asambleas, juegos, etc. Esto es algo muy importante, y si pudiéramos complementar estos juegos con algunos conocimientos de ciencias naturales, fácilmente asimilables en la naturaleza, podríamos dar a estas salidas un carácter educativo.

Gordon.- A menudo he estado en fiestas de obreros durante el invierno. Cuando la gente tiene que separarse, de repente tiene ganas de bailar, y tiene mucha razón. Pero suele ocurrir algo interesante: la gente se siente avergonzada. En una de nuestras excursiones, había una banda. La gente se me acercaba y me preguntaba: “¿Puedo bailar?” Dije “sí, por supuesto”. Cuando bailan danzas rusas o cosacas, la gente se siente bien, pero cuando empiezan a bailar bailes de salón, la mazurca o el *one-step*, se avergüenzan. Y hay que decir que están especialmente mal predispuestos a los bailes de salón.

Dorofeev.- Entre en un bistró o en una brasserie (que es su obligación, por cierto). Si se fijan bien, verá que están llenos de obreros. Ahí es donde el obrero es libre, ahí es donde puede montar un escándalo. Pasa su tiempo libre casi como antes.

Kulkov.- ¿Qué suelen hacer los obreros los domingos y festivos? En la actualidad, como nuestros clubes aún no están bien organizados, los obreros pasan las vacaciones de la siguiente manera: si, por ejemplo, los sindicatos o el comité de distrito organizan una excursión, se les pide treinta rublos por persona, se les da una entrada, un vaso de té, un bollo, hay música, etc., y los obreros participan de buen grado. Pero si no hay nada de eso, normalmente, cuando los obreros tienen la posibilidad, cuando su familia es pequeña,

su mujer prepara pasteles, mientras ellos van al mercado, compran el *Moscú de los obreros* (cuando trabajan, lo reciben en la fábrica, pero en los días festivos, el periódico no se lleva a su casa). Así que compran el periódico y lo llevan a casa. Toman el té con sus esposas e hijos, y luego salen a pasear por los bulevares o al parque; a veces van a casa de amigos.

Pero hay, sobre todo hoy en día, otro tipo de obreros, obreros que ganan muy poco, que trabajan ilegalmente por la noche, como zapateros o sastres, etc. Y los domingos van a vender todo esto al mercado, para comprar algo a cambio. Muchos obreros lo hacen. Esa es una forma de pasar el domingo. Pero aquí hay otra, más antigua: vas a la iglesia (esto es un número muy pequeño de personas), y luego vas a casa de tus amigos, o te vas a casa a dormir. Los jóvenes, en su conjunto, van a jugar al fútbol, se reúnen donde pueden, en los parques infantiles, en los clubes, salen a pasear, etc.

Antonov.- ¿Qué hacen los obreros en vacaciones? Se podría decir que las pasan como antes. Pero hay una gran diferencia, ya que antes el obrero se pasaba el tiempo peleando, porque se emborrachaba, mientras que ahora la embriaguez es extremadamente rara. Hoy en día, el obrero se emborracha quizá una vez al mes. Antes, el mismo obrero que ganaba un poco más se emborrachaba todas las noches. Hay que admitir que la embriaguez se está convirtiendo poco a poco en una leyenda.

Gordon.- Los obreros están entusiasmados con el cine. A mí también me gusta. Cuando se vive en un barrio, se puede ver al público. Últimamente se han proyectado muchas películas a favor de la política colonial, como *La Atlántida*, *La caballería mexicana*. Son tan emocionantes que, si veo una de ellas, voy a ver toda la serie. Hace un gran daño al público. Y vosotros, compañeros, seguro que también vais. En general, se considera que está mal. Pero tal opinión no se sostiene; el cine es una gran conquista, es una escuela. Pero el contenido de las películas debe ser diferente, no deben cantar las alabanzas de la política colonial, etc. Tenemos que tener cuidado con eso. Hemos abierto un cine en el club del barrio, organizamos debates allí, hemos presentado *Cinco años de revolución*.

Pregunta número 12

¿No hay demasiadas fiestas oficiales?

¿No vemos demasiadas banderas?

¿No sería mejor sustituir las banderas por algo más práctico, más útil, por ejemplo, por la creación de un fondo municipal para la ciudad de Moscú, que permita construir una casa de reposo o un edificio para los héroes del trabajo, etc.?

Respuestas

Lysenko.- La masa no está muy involucrada en la elaboración de pancartas. Sería muy acertado crear un fondo para el Palacio del Trabajo, en el que se vieran carteles con los nombres de los obreros que donaron. Habría una gran emulación.

Sajarov.- En cuanto a las celebraciones oficiales, nos hemos pasado. Está de moda, y todo el mundo siente la necesidad de celebrar jubileos, aunque no haya ninguna razón para ello. Por ejemplo, celebramos el sexto año del nacimiento del Komsomol, el primer año de la existencia del banco estatal. Hay que saber medirse y hacer menos aspavientos. En cuanto a las banderas, parece que ahora han dejado de fabricarlas para todo.

Koltsov.- En cuanto a la fabricación de pancartas, los trabajadores no se ven materialmente perjudicados, ya que en la mayoría de los casos los materiales son suministrados por las fábricas, por las comisiones culturales o por los comités de fábrica; pero se gastan sumas bastante importantes en ellas.

Karchevsky.- Me gustaría detenerme en un solo punto, un pequeño detalle de nuestra forma de vida cotidiana, y compartir con ustedes algunas reflexiones. La idea que les explicaré más adelante se me ocurrió cuando leímos en nuestra célula un informe sobre el trabajo de nuestro club: el club de empleados de la UMSC³³. El periodista lo alabó. Señaló que era un club ejemplar. Entonces señalé la falsedad de tal punto de vista, alegando como motivo que sólo acudían al club jóvenes ociosos, principalmente chicas, que no se podía negar la utilidad del trabajo del club, pero que en general no ofrecía nada a los obreros o trabajadores más ocupados. Por el contrario, el club irritó a parte de los trabajadores y empleados. El club está situado cerca de la empresa. Los oficinistas, que trabajan un total de seis horas, tienen todas las posibilidades de ir allí, a almorzar por un módico precio, a leer gratis, a trabajar en los talleres o a jugar. Pero el trabajador del transporte, el de la fábrica, el de la tienda y el del almacén, que trabajan ocho horas al día y pasan de nueve a diez horas en la empresa, no pueden disfrutar del club. Conozco a muchos obreros que no pueden vivir sin ir al club a leer, a discutir de política. ¿Qué deben hacer? Tomemos como ejemplo un obrero que vive en el extremo de Presnia y cuyo lugar de trabajo está en Sokolniki³⁴. Sale a las 8-9 de la mañana y vuelve a las 8-9 de la tarde. Su mujer y sus hijos se quedan en casa. ¿Qué hacer? Cena rápidamente y va al club de Sokolniki. Y el club cierra a las 10. Esto es lo que ocurre con la mayoría de los obreros y peones soviéticos (excepto en el caso de que las casas comunitarias estén situadas cerca de la empresa).

Su salida después del trabajo provoca un cúmulo de conflictos familiares que envenenan el tiempo de ocio. En el mejor de los casos, el razonamiento de su mujer es: “Lo comprendo, tú trabajas para tu familia, tienes derecho a utilizar tu tiempo libre como quieras; pero yo tampoco debo llevar una vida maldita. Durante todo el día, me ocupo de la cocina, de las comidas, de la colada, de los niños. Hay trabajos que están por encima de mis fuerzas (partir madera, etc.). También quiero descansar, divertirme y leer.” Tiene toda la razón. Y en la mayoría de los casos, esto termina en una disputa doméstica, un divorcio, o la pareja se hunde en una vida puramente vegetativa, y pierde todo deseo de cultivarse. Sobre todo, quise demostrar que el club no suponía ningún cambio en nuestro maldito modo de vida doméstico, y planteé la idea de que había que pensar en crear clubes de barrio, para que el obrero y el empleado tuvieran un club cerca de su casa, un club donde pudieran descansar, leer, entretenerse, un club que estuviera a pocos minutos a pie de su casa, donde pudieran llevar también a sus esposas y a sus hijos. En definitiva, hay que acercar el club al obrero.

Zitronblatt.- Usted escribió que la antigua familia ha sido destruida. En este ámbito, se observa el siguiente fenómeno entre los jóvenes. Los lazos espirituales con la familia se han cortado. Padres e hijos viven su vida sin entenderse, e incluso diría que sin intentar entenderse. Los padres a veces intentan mantener a sus hijos cerca de ellos, para volver a ser sus directores espirituales, pero estos intentos fracasan. Nos parece extraño cuando leemos que en el pasado los padres “colocaban” a sus hijos en la escuela, en el servicio militar o incluso en la universidad. Ahora no es lo mismo. Los niños se encargan de todo esto por sí mismos. Además, los padres se han acostumbrado tanto a esta independencia que ellos mismos se sorprenden cuando su hijo o hija les pide que los envíe

³³ UMSC: Unión Moscovita de Sociedades de Consumo, en ruso: MSPO, “Moskovskij Sojuz Potrebitel'skikh Obggestv”. (Nota del traductor).

³⁴ Presnia: calle principal del sur de Moscú; Sokolniki: distrito del norte de Moscú. (Nota de Traductor).

a una escuela superior o a otro lugar. La revolución nos ha acostumbrado a la independencia, a veces incluso a demasiada independencia (por ejemplo, la venta de cigarrillos a menores, etc.). Esta independencia (más concretamente, independencia de los padres) es aún mayor en el ámbito ideológico. El padre no tiene ni idea de quién es su hijo. Por ejemplo, no puede estar seguro de que su hijo sea honesto, ya que ni siquiera lo conoce. El mundo del padre y el del hijo son ajenos y no tienen prácticamente nada en común (con la excepción, claro está, de que el padre esté en el partido y el hijo en el Komsomol). El niño se libera del control paterno a una edad temprana y su personalidad se desarrolla bajo la influencia de otros factores. Los padres ya no tienen el control espiritual sobre sus hijos, y en la actualidad está naciendo una nueva generación con nuevas ideas, una generación más atrevida, más culta, más libre, libre de todos los prejuicios y de la rutina. Para no hablar en el vacío, pondré un ejemplo y explicaré por qué me interesa tanto la familia. El verano pasado, un amigo mío perdió a su madre, a la que nunca había dejado y que era su único objeto de afecto. Para mi asombro (y el suyo), no se vio afectado. Investigamos por qué y descubrimos que él y su madre eran extraños entre sí, ya que no se entendían, y que en general, como ya he dicho, no tenían prácticamente nada en común. Esto me interesó, así que observé y entrevisté a mis compañeros (yo mismo no tengo familia), y llegué a las conclusiones que acabo de exponer.

¿Dónde está la salida? (Sobre el modo de vida cotidiana de los comunistas)

Con el permiso del camarada Sedyj, volvemos a publicar este artículo de Pravda, que toca problemas importantísimos del modo de vida comunista. (Nota del autor).

Hoy se habla mucho de la forma de vida de los miembros del partido. No hay humo sin fuego. En el seno del partido se están produciendo cambios imperceptibles que pueden acabar por despojar al partido de esa cohesión, de esa unidad, de ese espíritu de disciplina gracias al cual ha ganado y gracias al cual sin duda volverá a ganar. En la base de estos cambios, encontramos:

- 1.- Una reacción fisiológica a la fatiga y al agotamiento.
- 2.- En comparación con el pasado, con el período anterior a la NEP, contactos más frecuentes (en la vida cotidiana) entre los miembros del partido y los elementos pequeñoburgueses, productos puros de la NEP,
- 3.- Una desigualdad material dentro del partido (una holgura relativamente grande para algunos y una dificultad económica relativa o total para el resto).

Imaginemos a un comunista “medio” (un obrero o un miembro de la intelectualidad), un obrero obstinado que lo ha visto todo. Antes de la NEP, trabajaba en las siguientes condiciones: iba de pueblo en pueblo, estaba totalmente aislado de su familia, recibía media libra de pan al día, comía en la SCR³⁵ o en una casa de trabajadores. La situación era tensa: tenía que trabajar en el frente, se organizaban campañas de choque, había levantamientos, etc. En estas condiciones, los lazos con su esposa e hijos, si es que alguna vez los tuvo, se debilitaron. Como miembro del partido, vivía más por los intereses del partido que por los suyos propios. El partido se lo tragó literalmente. En las condiciones de la NEP y de una vida “pacífica”, se debe constatar en el comunista medio un predominio de los intereses personales y familiares sobre los intereses del partido. Esta reacción fisiológica de personas que durante mucho tiempo no han conocido los “placeres” de la vida, que durante tres o cuatro años han pasado frío, que no han podido comer a gusto en platos limpios, ha desempeñado un enorme papel en el desplazamiento de intereses. Es natural que, en el periodo de transición de la NEP, el foco de atención se desplace a la organización de la vida personal.

El peligro que no preveíamos en 1921 y 1922 era que esta situación del comunista, que era el resultado de una reacción fisiológica en el caso de muchos miembros del partido, se reforzase y que, por inercia, porque no había una militancia real, la familia, las comodidades domésticas que había redescubierto o que quería experimentar, lo monopolizasen completamente. Los contactos con el partido disminuyeron, mientras que, en esta conquista del bienestar, tanto dentro como fuera de la familia, aumentaron las relaciones con los pequeños burgueses. No seríamos marxistas si no reconociéramos la influencia de este entorno pequeñoburgués o burgués en el que el comunista vive de doce a dieciséis horas al día. Los problemas de la vivienda, de la alimentación, del vestido, de la salud de las mujeres y de los niños... todo ello poco a poco va tomando prioridad sobre los problemas de la vida política del partido. Además, estas cuestiones a veces colocan al comunista en una situación contradictoria entre el partido y su familia. En un momento

³⁵ SCR: “Sociedad de Consumidores Unidos”; en ruso: “EPO”. “Edin’en’je potrebit’elskikh obssestv”. (Nota del traductor).

dado, nota con asombro que, al resolver los problemas cotidianos, al elegir un trabajo, al utilizar su tiempo libre, no son los intereses del partido los que le guían, sino intereses de un orden completamente diferente. Esta degradación puede aumentar aún más si el comunista adquiere el hábito de anteponer sus propios intereses, los de su familia, a los de la comunidad. La calidad prima sobre la cantidad. Cae fácilmente bajo la influencia de especialistas y *nepmen*. La sed de adquirir numerosos bienes materiales, la necesidad de sensaciones “fuertes” se apodera del individuo. Esto lleva a varios juicios, el asunto Orejovo-Zuyevsky, el asunto Arkangelskoye, etc. Este es, a grandes rasgos, el mecanismo de la desmoralización parcial o total de un gran número de comunistas medios.

Para completar el cuadro, hay que añadir que los miembros más o menos acomodados del partido tampoco son inmunes a esta degradación. Ciento cincuenta rublos, un automóvil, una casa de campo pueden, a la larga y bajo la influencia de un entorno pequeñoburgués “de buena ley”, transformar a los miembros del partido de dos maneras diferentes:

1.- Se convierten en burócratas que ocupan su lugar (intente ahora enviar a esta capa de trabajadores a la fábrica, a un distrito, a una circunscripción, donde el partido es necesario, y verá que sólo el 30 o 40 por cien de ellos está motivado por los intereses del partido.

2.- Se convierten en hombres de la NEP gracias a la acumulación de una cierta cantidad de bienes que harán crecer, olvidando entonces sus vínculos con el partido, o, si estos vínculos existen, utilizarán su situación en el partido con un fin egoísta. Cientos de demandas presentadas por los tribunales populares o el Tribunal Supremo pueden servir de ejemplo en este sentido (por ejemplo, el actual juicio del presidente del tribunal de Stavropol).

Por otra parte, algunos miembros del partido (principalmente administradores) que trabajan en un entorno ultraburgués, además de la degradación moral que les amenaza, no están asegurados contra una degeneración ideológica “a favor” del capitalismo.

Hay una gran masa de jóvenes sanos en el partido que se encontraron al calor de la revolución en 1918-1920, que, durante el período de agitación revolucionaria, rompieron con sus familias, que lucharon en el frente con entusiasmo, etc. Agotados físicamente, los “jóvenes viejos” (a los veinticinco años, suelen tener el pelo blanco), se apresuran en dirigirse a la enseñanza superior o ponerse a trabajar. Entre ellos es menor la desmoralización. Pero es necesario analizar las causas que pueden llevar y llevan a un fenómeno imperceptible de degeneración y degradación entre estos elementos, los mejores del partido. Entre ellos, el principal problema es el sexual. Estos camaradas están aún más desfavorecidos en comparación con el resto de los estudiantes no comunistas o con los estudiantes actualmente reclutados en el Komsomol, porque entran en una escuela superior a la edad de veinticinco años. No pueden resolver todos los problemas confiando en su naturaleza, como hacen los komsomols de dieciocho años. La dificultad de compaginar un trabajo universitario con una vida familiar en condiciones materiales difíciles los lleva a un callejón sin salida. Para resolver su problema sexual, utilizan “medios” que pueden ser fuente de degradación moral y física. Todo el mundo los conoce: 1) relaciones con prostitutas; 2) aborto, etc. 3) continencia, represión del deseo sexual, lucha contra el “yo” fisiológico; 4) procreación. Pocas personas toman la última opción. Dadas las condiciones materiales extremadamente difíciles, no es menos dolorosa que las demás y a menudo obliga a abandonar todo estudio universitario.

No hay salida, y el estudiante comunista se debate como un pobre diablo, luchando contra sí mismo, reprimiendo sus deseos, renunciando a su trabajo universitario para ganar un “trozo” de pan para su familia. O bien se mutila, hace un pacto con la conciencia

comunista (tiene relaciones con prostitutas). Imagine usted una situación similar que dure cuatro o cinco años. Muchos se rompen los dientes contra el “granito de la ciencia”.

Nos parece que la única salida es una reorganización radical de la vida del comunista sobre una base colectivista. Este problema se ha planteado más de una vez en *Pravda*, (véase el artículo de Preobrazhensky, etc.). Y estamos obligados a volver a ella. Los comunistas podrían hacer un mejor uso de sus salarios, podrían obtener mayores beneficios de ellos, si los utilizaran colectivamente. Al poner sus salarios en un fondo común, los comunistas de los distintos distritos y barrios podrán por fin hacer realidad la consigna olvidada: “¡Al diablo con la sopera y los pañales!” Se están realizando experiencias de este tipo aquí y allá, pero aún no han llegado a las capas más amplias del partido. Y es precisamente la masa de estudiantes medios la que está peor provista. Estas comunidades son los embriones de la comunidad comunista. La masa de los no militantes del partido pronto se unirá a ellos, y así se abrirá el horizonte de un modo de vida comunista. Así, las causas de la degeneración desaparecerán:

1.- La desigualdad entre los miembros del partido, cuyas consecuencias se han analizado anteriormente (degeneración de unos por exceso de bienestar, degeneración de otros por penuria relativa o total), desaparecerá.

2.- Los contactos entre los comunistas y la masa serán más estrechos, y el comunista se liberará de la preocupación de cocinar, lavar, etc.

3.- En estas comunidades se podrá pasar al contraataque y hacer propaganda en la familia del comunista, con su mujer, etc., porque la mentalidad reaccionaria de una mujer sin partido encuentra sus raíces en la cocina y en el lavado.

4.- El problema sexual se resolverá en gran medida. Haciendo gastos colectivos, será posible crear guarderías, jardines de infancia. En cualquier caso, la procreación será un medio más utilizado para resolver el problema sexual.

No se puede decir que sea un problema nuevo. Pero precisamente por eso hay graves problemas psicológicos. Todo el mundo ha conservado los hábitos de las sociedades de consumo anteriores a la NEP. Cuando se habla de comunidades comunistas, muchos recuerdan la ilustre “shrapnel”³⁶. Además, se alega que “el hábito te es dado desde Lo Alto”. Pero es de esperar que las mujeres sin partido sean la principal fuente de resistencia a la organización comunitaria. Sin embargo, tarde o temprano, y a pesar de todos los obstáculos, la vida nos obligará a dar un paso en esta dirección.

Pero mientras tanto, son los jóvenes los más sensibles y los que más sufren la situación actual, son ellos los que avanzan por el camino de la experimentación. Basta de hablar, hagamos algo. Empecemos por organizar comunidades de estilo de vida voluntario.

³⁶ Obús relleno de metralla, anglicismo. EIS.

Apéndice de nuestras EIS

Revolución y cultura (1 de noviembre de 1923)

Toda clase dirigentes crea su cultura y su arte. La historia ha conocido las culturas de las sociedades esclavistas de Oriente y de la Antigüedad Clásica, la cultura feudal de la Edad Media europea y la cultura burguesa que domina actualmente en el mundo. De aquí se puede deducir aparentemente que el proletariado tendrá también que crear su cultura y su arte.

Pero la cuestión no es tan simple. Las sociedades esclavistas duraron largos siglos. La feudalidad también. La cultura burguesa, incluso datándola desde sus primeras manifestaciones impetuosas, es decir desde el Renacimiento, ya cuenta con cinco siglos a sus espaldas y sólo en la segunda mitad del siglo XIX alcanzó su apogeo. La formación de una cultura nueva alrededor de una clase dominante exige, pues, tiempo y sólo se acaba en una época precedente al declive político de esta clase.

¿Tendrá el proletariado que crear una cultura proletaria? Al contrario que los esclavistas, feudales y burgueses, el proletariado se representa su dictadura como una corta época transitoria. Cuando queremos reaccionar contra puntos de vista muy optimistas sobre la transición al socialismo, recordamos que la era de la revolución social dura años y decenas de años. ¡Pero no siglos ni milenios! ¿Podrá el proletariado crear su cultura en el lapso de tiempo que le está concedido? Desde este punto de vista son mucho más legítimas las dudas teniendo en cuenta que los años de revolución social estarán llenos de crueles luchas de clases en las que la destrucción ocupará más espacio que la edificación. En cualquier caso, las principales energías del proletariado tenderán a la conquista, conservación y utilización inmediata y vital del poder y a la continuación de la lucha. Y el proletariado no manifestará plenamente, y con el máximo de intensidad, su naturaleza de clase más que en esa época revolucionaria en la que las posibilidades de acción cultural sistemática están tan restringidas. Por el contrario, cuanto más asegurado esté el nuevo régimen contra las perturbaciones políticas y militares, mejores serán las condiciones de desarrollo para la cultura y más rápidamente se disolverá el proletariado en la sociedad socialista, perdiendo su carácter de clase, dejando de ser proletariado.

Dicho de otra forma: durante la dictadura no es cuestión de crear una nueva cultura, es decir emprender una obra de la más gran amplitud histórica. Y la cultura enteramente nueva que surgirá cuando cesará la necesidad de imponer al proletariado la armadura de hierro de la dictadura no será una cultura de clase. De esto se deduce una conclusión general: ni hay ni habrá cultura proletaria; no hay lugar para el desaliento pues el proletariado sólo ha tomado el poder para acabar definitivamente con la cultura de clases y abrir las vías a una cultura humana. Esto parece olvidarse a menudo.

Las vagas teorías sobre la cultura proletaria, concebidas por analogía y antítesis con la cultura burguesa, resultan de comparaciones entre el proletariado y la burguesía a las que les es ajeno todo espíritu crítico. El simplista método liberal de las analogías históricas no tiene nada en común con el marxismo. No existe analogía material entre los ciclos históricos de la burguesía y de la clase obrera.

El desarrollo de la cultura burguesa comenzó algunos siglos antes que la burguesía tomase el poder político mediante una serie de revoluciones. Siendo sólo un tercer estado desprovisto de derechos, la burguesía ejercía un gran papel, sin cesar en crecimiento, en el dominio de la cultura. Como mejor puede darse uno cuenta es gracias a la arquitectura. Las

catedrales góticas no fueron construidas de una sola vez, bajo el imperio de la inspiración religiosa. La catedral de Colonia resume en su arquitectura y su escultura toda la experiencia de la humanidad, desde la pintura primitiva de las cavernas; amalgama los elementos de esta experiencia en un estilo nuevo que expresa la cultura de su época, es decir en última instancia su estructura social y su técnica. La antigua preburguesía de los gremios y oficios creó el gótico. Después, habiéndose desarrollado y fortalecido, es decir enriquecido, la burguesía superó, en algunas ocasiones conscientemente, el gótico y creó su propio estilo arquitectónico que no fue el de las iglesias sino el de las mansiones particulares y palacios. Se apoyó en las conquistas del gótico, inspirado en la antigüedad (sobre todo en la arquitectura romana) y utilizó el morisco, adaptándolo a las necesidades de la nueva ciudad y creó el estilo renacentista (en Italia hacia 1425). Los especialistas pueden contabilizar y contabilizan qué elementos debe el estilo renacentista a la antigüedad y al gótico, qué influencias son las más fuertes en ellos. El estilo renacentista no surgió, aquí radica lo esencial, más que cuando la nueva clase social, ya provista de una cultura, se sintió lo bastante fuerte como para substraerse del yugo del gótico y considerarlo, igual que a los estilos precedentes, como una materia a tratar libremente, según las nuevas necesidades artísticas. Esto se aplica igualmente a las otras artes, con esta diferencia: que, más ligeras, menos dependientes de la materia y de los fines utilitarios, las artes “libres” manifiestan la dialéctica de la sucesión y de la utilización de los estilos en obras que no tienen la firmeza convincente de las que se han tallado en la piedra.

Entre el Renacimiento y la Reforma, que tuvieron como tarea procurar a la burguesía, en la sociedad feudal, una condición ideológica y política mejor, entre el Renacimiento y la Reforma, por una parte, y la revolución burguesa (francesa) por otra, transcurren tres o cuatro siglos durante los cuales la potencia militar e ideológica de la burguesía aumenta continuamente. La época de la Revolución Francesa y de las guerras que le siguieron rebaja momentáneamente el nivel de la cultura material. Pero el régimen capitalista se afirma enseguida como “natural” y “perpetuo”.

Así, la acumulación de elementos de la cultura burguesa y su cristalización en estilos, se distinguen por los caracteres propios de la burguesía, clase poseedora, explotadora. Se ha desarrollado materialmente en la sociedad feudal, penetrando a ésta de múltiples maneras, enriqueciéndose en ella; conquistó a los intelectuales dotándose así de las bases culturales (escuelas, universidades, diarios, revistas) mucho tiempo antes de tomar el poder a la cabeza del Tercer Estado. Es suficiente con recordar que la burguesía alemana, con su incomparable cultura técnica, filosófica, científica y artística, hasta 1918 dejó el poder a una casta burocrática y no se vio en la necesidad de tomarlo más que cuando el fundamento material de la cultura alemana se hundió.

Se puede objetar que a la cultura esclavista le costó milenios crearse, pero que sólo hicieron falta siglos para crear la cultura burguesa. ¿Por qué no serían suficientes para la cultura proletaria algunas décadas?

Las bases técnicas de la vida no son en absoluto las mismas hoy en día que en otros tiempos. El ritmo de las evoluciones también es más rápido. El argumento, muy fuerte en apariencia, no atañe al fondo de la cuestión. Es cierto que llegará un momento, en el desarrollo de la nueva sociedad, en el que la economía, la cultura, el arte, tendrán la mayor libertad de movimiento, de progreso. Pero no podemos librarnos al respecto más que a conjeturas fantasiosas. En una sociedad que se haya desembarazado de la acaparadora preocupación por el pan cotidiano, en la que restaurantes colectivos suministren a todos una sana alimentación, bien preparada, adaptada a la variedad de los gustos; en la que las lavanderías comunales laven bien la buena ropa de todo el mundo; en la que los niños (todos los niños) bien alimentados, con buena presencia y contentos, absorban los elementos de la ciencia y del arte como el aire y la luz del sol; en la que la electricidad y la radioactividad,

en lugar de ser utilizadas como hoy en día, de forma primitiva, constituyan inagotables fuentes de energía centralizada y racionalmente gobernada; en la que no hayan “bocas inútiles”; en la que el egoísmo liberado del hombre (potencia formidable) sólo tienda al conocimiento, a la transformación y mejora del universo, en esa sociedad, el dinamismo de la cultura no será comparable a nada de lo que hemos conocido en el pasado. Pero sólo llegaremos a ello tras una larga y penosa transición que todavía está casi toda ella entera ante nosotros. Y hablamos justamente de la época de transición.

¿Pero no es dinámico el tiempo presente? En el más alto grado. Solamente que su dinamismo se concentra en política. La guerra y la revolución son dinámicas, pero, en enormes proporciones, en detrimento de la técnica y de la cultura. La guerra ha suscitado numerosas invenciones técnicas pero la pobreza que causa en sus consecuencias impide su aplicación, susceptible en otros tiempos de revolucionar las costumbres. Es el caso de las aplicaciones de las energías radioactivas, de la aviación y numerosos descubrimientos químicos. La revolución allana las vías de la sociedad nueva, pero lo hace con los métodos de la antigua sociedad: luchas de clases, violencia, exterminio, destrucción. Si no se produce la revolución proletaria, la humanidad se ahogará en sus contradicciones. La revolución la salva y salva la cultura, pero a costa de la operación quirúrgica más cruel. Todas las fuerzas activas se concentran en la política, en la lucha revolucionaria; el resto retrocede a segundo plano y todo lo que impide la acción es pisoteado implacablemente. Este proceso atraviesa naturalmente fases de flujo y de reflujo. El comunismo de guerra es reemplazado por la Nep y la Nep a su vez evoluciona. Pero la dictadura del proletariado no es, en el fondo, la organización de la producción y la edificación de la sociedad nueva; es un orden de combate revolucionario para la nueva sociedad. Es preciso no olvidarlo.

Creemos que el historiador del futuro fijará el punto culminante de la cultura de la vieja sociedad en el 2 de agosto de 1914, cuando la potencia cultural burguesa, afectada por una súbita locura, lanzó el mundo a las llamas y la sangre de la guerra imperialista. La nueva historia de la humanidad partirá sin duda del 7 de noviembre de 1917 y las etapas principales del desarrollo de la humanidad podrán clasificarse así: Prehistoria, Antigüedad (en la que el desarrollo se produce gracias a la esclavitud); Edad Media (servidumbre); Capitalismo y explotación del asalariado y, por fin, el Socialismo con su pasaje, que hay que confiar sea indoloro, a la Comuna sin autoridad. En cualquier caso, los 20, 30 o 50 años que durará la revolución proletaria mundial marcarán en la historia una época de transición (entre dos sociedades) extremadamente penosa y no la época de la cultura proletaria.

1 noviembre de 1923

Grandes acontecimientos y pequeñas tareas³⁷

(16 de octubre de 1923)

Tanto los grandes acontecimientos que se desarrollan en Alemania como los más grandes que puedan surgir de la revolución alemana afectan a los intereses de la Unión Soviética de la manera más directa e inmediata. ¿Qué pasa con nuestras actuales tareas cotidianas; no pasan a un segundo plano? ¿No desaparecen del todo? No, no desaparecen

³⁷ La invasión francesa del Ruhr en 1923, debido a que Alemania no había pagado a tiempo las reparaciones de guerra, combinada con una grave crisis económica, produjo una situación revolucionaria, con el Partido Comunista Alemán en la dirección. En el momento en que Trotsky escribió este artículo, se desconocía el resultado de la situación. Pero como los bolcheviques habían depositado sus esperanzas en una revolución victoriosa en Alemania, que facilitaría las tareas de construcción socialista en la Unión Soviética y abriría perspectivas para la revolución en el resto del mundo industrialmente avanzado, los acontecimientos en Alemania fueron el centro de atención durante este tiempo.

ni se van a desaparecer. Al contrario, en la nueva perspectiva adquieren un nuevo significado, enormemente aumentado.

Los partidos, al igual que las personas, sólo se manifiestan en tiempos de grandes pruebas. Y si el oficial de Tolstoi tenía razón al pensar que el hombre valiente es el que actúa como debe ser, esto es aún más cierto en el caso de un partido: el partido verdaderamente revolucionario es el que, con los métodos adecuados, puede extraer de cada situación el máximo beneficio para la revolución mundial.

Sin duda, estamos llegando a uno de esos puntos de inflexión históricos que determinan la evolución futura durante varios años y, con toda probabilidad, incluso durante décadas. El centro del problema europeo y mundial es Alemania. Nuestro interés en los destinos de Alemania tiene el carácter más profundo y directo. Si los expoliadores del imperialismo francés, el más reaccionario, rapaz y ruin de cuantos ha conocido la historia, consiguen durante mucho tiempo quebrar la voluntad de vida e independencia del pueblo alemán, la Unión Soviética quedaría inconmensurablemente debilitada. La cuestión del destino de Alemania se decide ahora, en primer lugar, por la lucha interna de sus clases, y es superfluo decir que todos los que están conscientemente con nosotros se esfuerzan en comprender el curso interno del desarrollo del pueblo alemán, en predecir las próximas etapas de la lucha del proletariado alemán. Todos los demás intereses políticos pasan naturalmente a un segundo plano en nuestra vanguardia.

Sin embargo, el asunto no se limita a la vanguardia. La inmensa mayoría de la población de nuestro país no ha aprendido, ni podía aprender, a pensar en los fenómenos a escala mundial. Pero incluso si nos limitamos sólo a la vanguardia, ni siquiera aquí hay suficiente interés político y simpatía por la lucha de los trabajadores alemanes y el destino del pueblo alemán. No somos observadores sino participantes en el proceso histórico. Y aquí debemos preguntarnos: ¿No hay contradicción entre el trabajo cotidiano de hoy en las condiciones de la Nep, entre nuestra construcción económica y cultural, por un lado, y la conmoción de los acontecimientos que se avecinan, por otro lado? Sin una respuesta a esta pregunta, habrá una ambigüedad ineludible en la mente de todo obrero pensante, y no hay nada peor que la ambigüedad, que puede paralizar la voluntad.

Intentemos llegar al meollo del asunto mediante un simple ejemplo. Cuando le pregunté a un joven estudiante cómo iban sus estudios, me respondió medio en broma, medio en serio: “¿Qué estudios? Se avecina una revolución en Alemania.” No sólo los jóvenes estudiantes, sino incluso muchos obreros maduros parecen sentirse de algún modo desorientados. Nuestro trabajo cotidiano, que el camarada Lenin, en su artículo sobre la cooperación, a falta de una palabra mejor llamaba “culturizar”, parece perder su sentido y su peso ante la proximidad de los grandes acontecimientos.

Así, por ejemplo, en un periódico provincial del partido leí un larguísimo artículo en el que se demostraba que es imposible que nos ocupemos de cuestiones de la vida cotidiana, puesto que la revolución alemana ya está llamando a las puertas de la historia. Como alternativa a esto, se nos anima a tomar ejemplo “mirando a vuestros mayores, a nosotros, por ejemplo, o a vuestro difunto tío”, que mostraron una dureza espartana, capacidad de ser desinteresados, etc. Muchos de nosotros hemos tenido que hablar más de una vez de la necesidad de que las nuevas generaciones adopten los mejores elementos del pasado revolucionario. Pero transformar la idea de la receptividad en una prédica didáctica sobre los espartanos que vivían sólo del pensamiento, sin preocuparse por la “vida cotidiana” y otros asuntos del día a día, es distorsionar la historia, convertir una tradición revolucionaria viva en un canon abstracto y enviar a los jóvenes a fuentes ajenas para buscar respuestas.

Las viejas generaciones prerrevolucionarias de la intelectualidad, y luego también los obreros avanzados, se formaron interesándose por todo, incluso por la vida personal

y familiar. El futuro revolucionario comenzaba a menudo por pensar en la superación personal, y pasaba muchas noches sin dormir en ardientes discusiones sobre las relaciones matrimoniales de los héroes de Chernishevski, etc. etc. El joven de hoy en día se está formando incluso más en un medio de grandes transiciones en todas las relaciones sociales y domésticas, aparte de las condiciones de la lucha de clases desarrollada. No puede convertirse en un verdadero tipo revolucionario si no ha reflexionado sobre las condiciones de su propia vida privada y de sus relaciones familiares y domésticas desde todos los ángulos, en su conexión inquebrantable con las relaciones sociales, es decir, con las condiciones y perspectivas de la época de la revolución social. A menos que piense y trabaje las cosas de esta manera, con el objetivo de la acción práctica y la autotransformación, se convertirá, en el mejor de los casos, en un marxista de libro de texto, o más probablemente ni siquiera en eso, ya que los golpes de la vida harían que el joven buscara respuestas a las cuestiones inmediatas de la vida en teorías no marxistas.

Contraoponer la perspectiva cercana de la revolución alemana a nuestras tareas prácticas actuales es ser un charlatán y no un revolucionario. Decir que ahora, cuando se aproxima una transición brusca en el destino de Europa, no se quiere estudiar álgebra, puede tomarse sólo como una broma o, en el caso extremo, como la expresión de un estado de ánimo rápidamente pasajero de un joven camarada desbaratado por las primeras noticias de los acontecimientos que se aproximan. Pero el partido, y más aún la clase obrera, no puede, por supuesto, contraoponer su trabajo práctico cotidiano a las nuevas y grandiosas tareas que deben surgir ante nosotros en un futuro relativamente cercano.

Esa capa de obreros (y de jóvenes obreros en particular) que ya ha aprendido a comprender los acontecimientos a escala mundial, da inmediatamente una respuesta política a los acontecimientos alemanes. Pero repetimos: esta capa es delgada. Nuestro trabajo cultural consiste ahora en atraer a la gente a las ideas del comunismo no sólo por medio de la propaganda y la agitación generales, sino también por medio del trabajo práctico en el campo económico y doméstico, relacionado con la vida de las masas trabajadoras. Es inútil tratar de hablar de la revolución de alemana a una mujer trabajadora que no ha aprendido a pensar críticamente sobre su propia vida y la de sus allegados. Pero si la hemos tocado o podemos tocarla con nuestro trabajo cultural y doméstico, entonces construiremos para ella un puente espiritual de lo individual a lo social, y la revolución alemana se convertirá para ella en algo cercano y afín.

Esto es aún más cierto para los jóvenes. Aquí está la verdadera aplicación de las palabras del Evangelio: "El que es fiel en las cosas pequeñas, también es fiel en las grandes." Cualquiera que sea el desarrollo de los grandes acontecimientos, cualquiera que sea la forma que tengan al principio, exigirán de nosotros esta vez un grado de preparación incomparablemente mayor, una cualificación más especial en todos los campos que todas las tareas que hemos tenido que realizar hasta ahora. Por lo tanto, sería una ingenuidad infantil imaginar que los acontecimientos venideros exigen un salto atrás en nuestro trabajo actual: los estudios, la economía, la actividad cultural especial, etc. etc. Lo único que exigen las nuevas circunstancias es que en todos los campos trabajemos al menos el doble de duro y el doble de bien que antes.

Los grandes acontecimientos son una prueba no sólo para los partidos y las personas, sino también para el sistema social en su conjunto. En este sentido, las conclusiones prácticas de la predicción de los grandes acontecimientos se convierten en una gran prueba para el régimen, para su partido dirigente y, en particular, para su juventud consciente. La pregunta que plantea la historia es la siguiente: ¿hasta qué punto seremos capaces de transformar la predicción de los grandes acontecimientos de mañana en un intenso trabajo preparatorio de hoy? El noventa por ciento de este trabajo preparatorio no implica nada específico, nada fuera de lo común. Se trata de continuar el

mismo trabajo, la misma construcción, la misma organización, el mismo aprendizaje, sólo que el ritmo debe ser diferente. Ahora hay que trabajar con la concentración que se puede ver, por ejemplo, en un estudiante de la universidad obrera que se ha retrasado, pero que se ha recuperado a tiempo, unas semanas antes de los exámenes. Este trabajo concentrado (sobre todo, para este período) en su mayor precisión y claridad, en su mayor conciencia de responsabilidad, debe expresar nuestra conexión interna con los acontecimientos cuyo centro está ahora en Europa central.

Escribimos en un artículo sobre la cultura proletaria, "...por importante y por vital que sea nuestra tarea cultural, está totalmente subordinada a la suerte de la revolución europea y mundial. Seguimos siendo meros soldados en acción. Tenemos de momento un día de descanso, que hay que aprovechar para lavarnos la camisa, cortarnos el pelo y ante todo limpiar y engrasar el fusil. Toda nuestra actividad económica y cultural actual no es más que una reorganización de nuestro equipo entre dos batallas y dos campañas. Los combates decisivos están aún ante nosotros y hay otros en el horizonte."³⁸ ¿Qué es más importante: la batalla o la limpieza y el engrase del fusil, o la búsqueda de un caballo de tiro, o explicar a una campesina para qué está el Ejército Rojo, o aprender la geografía y la historia de Alemania, o la fabricación de mantas para caballos, etc. etc.? Es ridículo y francamente absurdo plantear la cuestión de esta manera. Precisamente porque puede haber grandes pruebas por delante, tenemos que construir arados campesinos lo mejor y más baratos posibles, tejer mantas para caballos, estudiar diligentemente la geografía y la historia de Alemania y de todos los demás países, llamar la atención de los obreros y obreras más atrasados sobre las condiciones de su vida cotidiana, y abrir así a sus mentes el camino hacia la amplia vía revolucionaria. Cada nuevo comedor comunal es un excelente argumento material a favor de la revolución internacional.

He encontrado esta concepción correcta de la conexión entre las cosas grandes y las pequeñas en la *Canción de los diez rublos* del joven poeta comunista Aleksandr Zjarov³⁹. A los que se inclinan por contraponer las grandes convulsiones a las cuestiones de la vida cotidiana y a las preocupaciones por el dinero, el joven poeta les replica:

¡Eh, tú, oye!
 ¡A la lucha contra la huida y la desbandada
 y no con balas de palabras afiladas!
 ¡No dejes de lado el cambio, hermano!
 ¡Da todo lo que tienes!
 Y... ¡nada de vacas sagradas!

Bueno, y si el chillón gemido
 de un proyectil enemigo empieza a sobrevolar,
 sabré ser paciente y entrar
 ¡al combate tan bien conocido!

Los grandes acontecimientos están formando una nueva generación. A menudo hablamos de la preparación de los sucesores. En el aprendizaje y el trabajo cotidianos, nuestros sucesores se preparan lenta e imperceptiblemente. En los grandes acontecimientos se levantarán y se revelarán de inmediato. La acumulación teórica

³⁸ *Revolución y cultura. Otros escritos sobre arte, literatura, cultura, filosofía y ciencia*, capítulo 6; de inminente edición en nuestras [Obras Escogidas de León Trotsky \(OELT-EIS\)](#).

³⁹ Aleksandr Zjarov (1904-) se convirtió más tarde en miembro del "grupo octubre" de jóvenes escritores que llamaban a combatir las "actitudes burguesas" en poesía y prosa.

combinada con la experiencia da el temple y la confianza necesarios en sí mismos. Los niños se convierten en jóvenes y los jóvenes en hombres.

Unas palabras sobre cómo educar a los seres humanos⁴⁰ (24 de junio de 1924)

Cuando recibí la invitación a la reunión para celebrar el primer año de enseñanza del Instituto Karl Liebknecht, me encontré en una situación difícil. El trabajo en nuestra república soviética se está volviendo extraordinariamente especializado, se está formando un número cada vez mayor de campos separados, y es cada vez más difícil mantenerse al día con una décima o una centésima, y mucho menos, con todo este trabajo, con algún grado de atención y conciencia. Cuando se tiene que hablar de un establecimiento como su instituto, que está vinculado a una fábrica y a una escuela taller, un establecimiento de excepcional importancia, entonces se encuentra uno naturalmente en dificultades. Por lo tanto, les pido de antemano que no esperen un informe sobre la importancia y el papel de su instituto. Me limitaré sólo a algunas consideraciones de principio, o más exactamente a consideraciones relativas a las cuestiones de principio que surgen cuando se empieza a pensar en las tareas de su instituto, y en general en las tareas de toda educación que se esfuerce en establecer un vínculo inquebrantable entre el trabajo físico y el intelectual.

En la clase preparatoria del socialismo, aprendimos hace mucho tiempo que la principal maldición de la sociedad capitalista consistía en la división entre el trabajo mental y el intelectual. Esta división comenzó antes del capitalismo, con los primeros pasos del desarrollo de la sociedad de clases y de la cultura; desde entonces, la tarea de dirección se ha vinculado cada vez más con el trabajo intelectual y se opera a través de diversas categorías de trabajo intelectual. Al servicio de la producción, el trabajo intelectual se separa de la producción material. Este proceso continúa a lo largo de todo el desarrollo de la cultura. El capitalismo hace entrar al trabajo intelectual y al físico en la mayor contradicción, elevando la división a un grado de tensión extraordinario. El capitalismo transforma el trabajo físico en trabajo repelente y automático, y eleva el trabajo intelectual, en el nivel más alto de generalización, a la abstracción idealista y a la escolástica mística.

Aquí parece haber una contradicción. Ustedes saben que la escolástica surgió de la iglesia de la Edad Media. Luego, todavía en las profundidades de la vieja sociedad feudal, la ciencia natural comenzó a desarrollarse y a fertilizar la producción. Así, el desarrollo de la sociedad burguesa está estrechamente ligado al desarrollo de la ciencia natural y, por consiguiente, con la lucha contra la escolástica eclesiástica. Pero, al mismo tiempo, cuanto más crecía la burguesía, más temía la aplicación de los métodos de la ciencia a la historia, la sociología y la psicología. En estos campos, el pensamiento burgués se desvió cada vez más hacia el campo del idealismo, la abstracción y una nueva escolástica; y luego, para cubrir sus huellas, comenzó a introducir elementos del idealismo y la escolástica también en las ciencias naturales.

La ciencia es una parte de la praxis histórica del hombre; en su desarrollo se esfuerza en captar el mundo desde todos los ángulos, para ofrecer una orientación global al hombre creador. La división de la teoría y la práctica no puede dejar de golpear el trabajo intelectual con un extremo de la cadena rota, y el trabajo físico con el otro extremo. Lo sabemos desde las primeras páginas de los primeros libros sobre el socialismo. Allí aprendimos también que el capitalismo, al llevar esta contradicción al más alto grado de

⁴⁰ Intervención con ocasión del aniversario del Instituto Karl Liebknecht.

tensión, prepara *ipso facto* el camino para la reconciliación del trabajo intelectual y físico y para su unión sobre la base del colectivismo.

Nuestro país socialista se esfuerza en conciliar el trabajo físico y el intelectual, que es lo único que puede conducir al desarrollo armonioso del hombre. Tal es nuestro programa. El programa sólo da indicaciones generales para ello: señala con el dedo, diciendo “¡Ahí está el sentido general de tu camino!”. Pero el programa no dice cómo alcanzar esta unión en la práctica. No puede decir esto, ya que nadie podría, ni siquiera ahora, predecir en qué condiciones, de acuerdo con qué líneas, se construirá el socialismo en todos los países y en cada uno de ellos, cuál será el estado de la economía, o con qué métodos se educará concretamente a la generación joven, en el sentido de combinar el trabajo físico y el intelectual. En este campo, como en muchos otros, iremos y vamos ya por el camino de la experiencia, la investigación y los experimentos, conociendo sólo la dirección general del camino hacia la meta: una combinación lo más correcta posible del trabajo físico e intelectual.

Esta fábrica y escuela taller es interesante porque es uno de los intentos prácticos de solución parcial de este colosal problema social y educativo. No quiero decir con esto que el problema esté ya resuelto o que la solución esté muy próxima. Por el contrario, estoy convencido de que para llegar a la meta aún nos queda un camino mucho más largo que la pequeña distancia que ya hemos recorrido. Si pudiéramos decir que a través de la fábrica y la escuela taller nos acercamos realmente a la combinación de trabajo intelectual y físico, eso significaría que ya hemos recorrido quizás tres cuartas partes o incluso más del camino hacia el establecimiento del socialismo. Pero todavía queda un largo, largo camino, por recorrer. Una condición previa para combinar el trabajo físico y el intelectual es la destrucción del dominio de clase. En líneas generales lo hemos hecho; el poder está en manos de los obreros. Pero sólo una vez que la clase obrera ha tomado el poder en sus manos hemos comprendido por primera vez lo pobres y atrasados que seguimos siendo, o, como dijo una vez el crítico ruso Pisarev, lo “pobres y estúpidos” que somos. Por la palabra estupidez debemos entender aquí simplemente el atraso cultural, ya que por naturaleza no somos estúpidos en absoluto, y cuando hayamos tenido tiempo de aprender nos valdremos por nosotros mismos.

La clase obrera tuvo que tomar el poder en sus manos para que no hubiera obstáculos políticos a la construcción de la nueva sociedad. Pero, una vez conquistado el poder, se encontró con otro obstáculo: la pobreza y la incultura. Aquí está la diferencia entre nuestra posición y la del proletariado de los países capitalistas avanzados. En su camino hay un obstáculo directo: el estado burgués, que sólo permite un área definida de actividad proletaria, el área que la clase dominante considera permisible. La primera tarea en occidente es derrocar el dominio de clase, el estado burgués. Allí es más difícil resolver este problema que aquí, porque el estado burgués es más fuerte allí que aquí. Pero cuando haya derrocado el dominio de clase, el proletariado occidental se encontrará en una posición más favorable que la nuestra con respecto a la creación cultural.

Si ahora nos hemos adelantado unos años, esto no significa en absoluto que vayamos a llegar al reino del socialismo antes que el proletariado inglés o alemán. No, eso no se ha demostrado. En el camino hacia el reino del socialismo hay algunas trincheras o barricadas. Nosotros tomamos la primera barricada (la política) antes, pero es totalmente posible que los europeos nos alcancen en la segunda o tercera barricada. La economía, la producción, es la barricada más difícil, y sólo cuando la tomemos, cuando levantemos las fuerzas productivas del socialismo, desaparecerá la maldita distinción entre “obrero” e “intelectual”, que resulta del hecho de separar el trabajo mental del trabajo físico. No es en absoluto imposible (al contrario, es muy probable) que el proletariado alemán, si toma el poder en sus manos en los próximos tres años (estoy

hablando aproximadamente), con dos o tres saltos no sólo nos alcanzará, sino que incluso nos superará, porque la base material “heredada” para la creación cultural es considerablemente más rica allí que aquí. Hoy la clase obrera de Alemania marcha por carreteras asfaltadas, pero tiene las manos y los pies atados a la esclavitud de clase. Nosotros caminamos por surcos, por barrancos, pero nuestras manos y pies son libres. Y eso, camaradas, tipifica la diferencia entre nosotros y el proletariado europeo. Bajo el yugo del capital, ahora es impotente incluso para empezar a resolver el problema del trabajo físico e intelectual. No tiene el poder.

El poder del estado es la capacidad material y la forma de decir a la clase sometida: ahí tenéis el derecho de llegar hasta esta línea, pero no más allá; como nosotros, la clase dominante en nuestro país, decimos a los hombres de la NEP. Somos nuestra propia autoridad, pero en cuanto miramos debajo de nuestros pies, hay charcos, agujeros, zanjas de todo tipo, y cojeamos y tropezamos; nos movemos lentamente. Pero el proletariado europeo, liberado de los grilletes de sus manos y pies, nos alcanzará; y, por supuesto, nos alegraremos de ello, porque nos ayudarán también a llegar al final del asunto.

Digo esto para señalar que sólo con nuestras propias medidas pedagógicas no completaremos la solución total de los problemas básicos de la educación socialista y la fusión del trabajo físico con el intelectual; pero si hacemos una serie de experimentos en este camino y alcanzamos éxitos parciales, eso ya será una enorme ventaja tanto para nosotros como para el proletariado europeo, que podrá desarrollar estos éxitos parciales en una escala más amplia. Por lo tanto, debemos trabajar en este camino con más energía, más perseverancia y más obstinación.

En el campo de la pedagogía, es decir, en el campo de la educación consciente del hombre, se ha estado aprendiendo quizás más a ciegas que en otros campos. La vida social del hombre tenía, como se sabe, un carácter elemental: la razón humana no se puso inmediatamente a trabajar, a pensar en la vida social. La producción campesina, la familia campesina, la vida eclesiástica, el “patriarcal” (las formas de estado monárquico se fueron estableciendo a espaldas de la gente de forma imperceptible, a lo largo de cientos y miles de años). Sólo a un cierto nivel, y especialmente con la aparición de las ciencias naturales, la gente empezó a organizar la producción conscientemente, no según la tradición, sino según un diseño planificado (por supuesto, no a escala social, sino privada). Entonces empezaron a criticar la estructura de clases y el poder real, a exigir igualdad y democracia. La democracia significaba la aplicación de la razón de la joven y aún fresca burguesía a la causa de la construcción del estado. Así, el pensamiento crítico se trasladó de las cuestiones de las ciencias naturales y la tecnología al estado. Pero las relaciones sociales en sentido amplio continuaron bajo el dominio de la burguesía para ser establecidas de forma espontánea. El proletariado surgió espontáneamente contra la espontaneidad capitalista. Entonces surgió la crítica consciente. Sobre ella se construyó la teoría del socialismo ¿Qué es la construcción socialista? Es la construcción económica según la razón, ya no sólo dentro de los límites de la empresa o del trust, como bajo el dominio de la burguesía, sino dentro de los límites de la sociedad, y luego de toda la humanidad. En el socialismo tenemos la aplicación del pensamiento científico a la construcción de la sociedad humana. Así como antes la burguesía construía las fábricas “según la razón” y construía su estado según la razón (burguesa), la clase obrera dice: “Construiré toda la vida social de arriba abajo según la razón”.

Pero el hombre mismo es también algo elemental. Sólo gradualmente se aplica a sí mismo la crítica de la razón. El efecto de la educación en el hombre pasó, como dijimos, desapercibido. Sólo bajo una sociedad socialista se establecerán las condiciones para un acercamiento científico al hombre. Y el hombre necesita tal aproximación. Porque, ¿qué es el hombre? En absoluto un ser acabado y armonioso; no, su ser es todavía muy

incoherente. En él no sólo está el vestigio del apéndice, que no le sirve para nada (sólo le viene de él la apendicitis), sino que, además, si tomáis su psique, encontraréis allí tantos “vestigios” innecesarios como queráis, de los que provienen toda clase de enfermedades, toda clase de apendicitis espirituales.

El hombre, como tipo de animal, se desarrolló en condiciones naturales, no según un plan, sino espontáneamente, y acumuló en sí mismo muchas contradicciones. Una de estas graves contradicciones, no sólo sociales sino fisiológicas, se refleja en el proceso sexual, que tiene un efecto perturbador en los jóvenes.

El problema de cómo educar y regular, de cómo mejorar y “terminar” la naturaleza física y espiritual del hombre, es un problema colosal, cuyo trabajo serio sólo es concebible bajo condiciones de socialismo. Podremos conducir un ferrocarril a través de todo el Sahara, construir la Torre Eiffel, y hablar con Nueva York por radio, pero ¿no podremos realmente mejorar al hombre? Sí; ¡podremos hacerlo!

Crear una nueva “edición mejorada” del hombre, esa es la tarea adicional del comunismo. Pero para ello es necesario, como punto de partida, conocer al hombre desde todos los ángulos, conocer su anatomía, su fisiología y esa parte de su fisiología que se llama psicología.

Los vulgares filisteos dicen que el socialismo es una estructura de estancamiento total. Tontería, de las más burdas tonterías. Sólo con el socialismo comienza el verdadero progreso. El hombre se mirará por primera vez a sí mismo como a una materia prima, o en el mejor de los casos, como a un producto a medio terminar, y dirá: “Por fin he llegado a ti, mi querido *homo sapiens*; ¡ahora puedo ponerme a trabajar en ti, amigo!”. Perfeccionar el organismo del hombre, utilizando las más variadas combinaciones de métodos, para regular la circulación de la sangre, perfeccionar el sistema nervioso y, al mismo tiempo, templarlo y fortalecerlo, hacerlo más flexible y resistente, ¡qué tarea tan gigantesca y fascinante!

Pero esto, por supuesto, es la música del futuro. Lo que tenemos que hacer es poner las primeras piedras en los cimientos de la sociedad socialista. Y la primera piedra es aumentar la productividad del trabajo. Sólo sobre esta base puede desarrollarse el socialismo. Porque cada nueva estructura social conquista porque aumenta la productividad del trabajo humano. Sólo podremos hablar de una victoria real, completa e invencible, del socialismo cuando la unidad de fuerza humana nos dé más productos que bajo el dominio de la propiedad privada. Uno de los medios más importantes para ello es la educación de los obreros cultivados y cualificados. Tal educación se está llevando a cabo aquí, en esta fábrica y escuela taller. ¿En qué medida estas escuelas resolverán el problema de la preparación del “cambio” en la producción? No voy a entrar en esa cuestión. Eso necesita la prueba seria de la experiencia. Pero grabemos en nuestra memoria el hecho de que el destino de nuestra economía, y por tanto de nuestro estado, depende de la solución de este problema.

La educación de los obreros cualificados es una cara de la cuestión; la educación de los ciudadanos es la otra. La república socialista no necesita robots de trabajo físico, sino constructores conscientes. El hombre educado de la tierra de los obreros y campesinos, cualquiera que sea su profesión, con una especialización estrecha o amplia, debe estar armado también en otro campo. Este es el campo social. Nada lo protege a uno del efecto humillante de la especialización tan bien como el método marxista, como el leninismo, es decir, el método de comprender las condiciones de la sociedad en la que se vive, y el método de actuar sobre esas condiciones. Y cuando tratamos de comprender las relaciones entre los estados, volvemos a necesitar el mismo método del marxismo-leninismo. Sin la comprensión de las conexiones entre lo privado y lo social, no puede haber un hombre educado.

La peculiaridad básica del pensamiento pequeñoburgués es que está especializado en su propia y estrecha esfera, encerrado en su propio armario. Hay intelectuales burgueses cultos que, aunque escriban libros eruditos de mil páginas, siguen analizando las cuestiones por separado, cada una por sí misma, sin conexiones, y así siguen siendo pequeños burgueses limitados. Hay que ser capaz de tomar cada cuestión en su desarrollo y en sus conexiones con otras cuestiones; entonces las conclusiones contarán con tantas más garantías de ser correctas. Estas garantías sólo las ofrece la escuela marxista. Y, por lo tanto, cualquiera que sea la especialización, pasar por la escuela del leninismo es esencial para todo obrero educado, y especialmente para todo futuro profesor.

La escuela del leninismo es una escuela de acción revolucionaria. “Soy ciudadano de la primera república obrera y campesina del mundo”: esa conciencia es la precondition de todo lo demás. Y para nosotros esa conciencia es una exigencia de autoconservación. Seríamos utópicos, miserables soñadores, o desdichados soñadores, si nos pusiéramos a pensar que tenemos asegurado para toda la eternidad un desarrollo pacífico para el socialismo. En absoluto. En el sentido internacional las cosas se han vuelto más fáciles para nosotros, eso es incuestionable. Pero ¿creen ustedes, camaradas, que cuanto más se desarrolle el movimiento comunista en Europa, más asegurados estaremos contra los peligros de la guerra? Quien piense eso se equivoca. Aquí es necesario un enfoque dialéctico. Mientras el partido comunista siga siendo más o menos peligroso, pero aún no temible, la burguesía, recelosa de darle alimento, buscará treguas con nosotros; pero cuando el partido comunista de un determinado país se convierta en una fuerza amenazante, cuando el agua empiece a llegarle al cuello a la burguesía, entonces el peligro volverá a crecer también para nosotros.

Vladimir Ilich no advirtió en vano de que todavía tendremos que pasar por una nueva explosión del furioso odio del capital mundial hacia nosotros. Por supuesto, si fuéramos un estado aislado, o el único en el mundo, después de conquistar el poder habríamos construido el socialismo por una vía pacífica. Pero sólo somos una parte del mundo, y el mundo que nos rodea es aún más fuerte que nosotros. La burguesía no renunciará a su posición sin luchas crueles, considerablemente más crueles que las que ya hemos sufrido. Los ataques de la burguesía volverán a tomar un carácter feroz cuando los partidos comunistas empiecen a crecer por encima de la burguesía. Por lo tanto, sería una imperdonable irreflexión suponer que pasaremos al socialismo sin guerras ni convulsiones. No, no nos dejarán hacerlo. Tendremos que luchar. Y para eso necesitamos dureza, educación en el espíritu del valor revolucionario. El nombre que está escrito en las paredes de su Instituto (Karl Liebknecht) no debe haber sido escrito en vano.

Tuve la suerte de conocer a Liebknecht durante unos veinte años. Es una de las mejores figuras humanas que perduran en mi memoria. Liebknecht fue un verdadero caballero del deber revolucionario. No conoció otra ley en la vida que la de la lucha por el socialismo. Lo mejor de la juventud alemana ha vinculado durante mucho tiempo sus mejores esperanzas, pensamientos y sentimientos con la figura de Karl Liebknecht, el intrépido caballero de la revolución proletaria. La educación en el deber revolucionario es la educación en el espíritu de Karl Liebknecht. Debemos recordar: todavía tenemos que atravesar enormes dificultades. Y para ello es necesario que cada uno de ustedes, cuando salga de los muros de este instituto, tenga el derecho de decirse a sí mismo: ¡el Instituto Karl Liebknecht me ha convertido no sólo en un profesor, sino en un luchador revolucionario! (*Aplausos*)

El leninismo y los clubes obreros⁴¹

(17 de julio de 1924)

Camaradas, pronto tendré la oportunidad de intervenir en el II Congreso Sindical de Trabajadores de la Cultura. Esperemos que el hecho mismo de que se celebren estos congresos sea una señal de un cierto cambio, que presagie un período de trabajo cultural más amplio e intenso en todos los campos.

El trabajo educativo antes y después de la conquista del poder

Para nosotros, las cuestiones del trabajo cultural están inseparablemente relacionadas con la política, con la construcción socialista. Esto es tan básico como el ABC. Cuando hablamos del trabajo cultural, y en particular del trabajo en los clubes obreros (que está destinado a ocupar un lugar especial dentro del sistema general de nuestro trabajo cultural), lo que tenemos en mente en primer lugar es el trabajo de propaganda y la realización práctica de las proposiciones básicas del marxismo, o para traducirlo al lenguaje de nuestra época, del leninismo.

Justo el otro día me encontré con una frase de Marx, que me avergüenza decir que había olvidado, una frase que nos lleva justo al corazón de la cuestión. Siendo aún muy joven, Marx escribió al conocido escritor radical alemán Arnold Ruge: “No salimos al mundo con un nuevo conjunto de principios doctrinarios, diciendo: Aquí está la verdad; ¡ponte de rodillas ante ella! Desarrollamos nuevos fundamentos para el mundo a partir de los propios fundamentos del mundo”⁴².

Una formulación magnífica, y que es puro Marx. No traemos la verdad al pueblo desde fuera, como si la verdad fuera algo inflexiblemente fijado y dado para siempre, y no decimos al pueblo: “Aquí está la verdad; arrodíllate ante ella”. No; tomamos el mundo tal como es, y de manera práctica, activa, extraemos de los cimientos de este mundo vivo los medios para construir uno nuevo.

Esta es la esencia del método marxista y leninista. Y los trabajadores de la cultura de la república soviética tienen que reflexionar mucho sobre esta idea y comprenderla completamente, porque en nuestro país el marxismo, por medio del leninismo, ha llegado al poder por primera vez. Y este hecho, que abre enormes posibilidades para el trabajo cultural y educativo, conlleva también algunos graves peligros, algo que nunca debe perderse de vista. Como ya he dicho en otro lugar, nuestro país es el leninismo organizado en forma de estado. Organizado en forma de estado, es decir, con poder estatal. El estado es un órgano de coerción, y para los marxistas en posiciones de poder puede existir la tentación de simplificar el trabajo cultural y educativo entre las masas utilizando el enfoque de “¡Aquí está la verdad, arrodíllate ante ella!”

El estado, por supuesto, es algo duro, y el estado obrero tiene el derecho, y el deber, de utilizar la coerción contra los enemigos de la clase obrera; tiene el derecho y el deber de llevar a cabo una aplicación despiadada de la fuerza. Pero en la cuestión de la

⁴¹ Discurso pronunciado por Trotsky el 17 de julio de 1924 en una conferencia a los trabajadores de los clubes obreros. Publicado en *Pravda*, 23 de julio de 1924. Los clubes obreros eran instituciones educativas y recreativas que aparecieron por primera vez en 1905, pero fueron suprimidos por el régimen zarista. En 1917 revivieron y se formaron en muchas fábricas y centros de trabajo. Su principal función durante la guerra civil fue explicar la política del gobierno a los obreros de base. Financiados por los sindicatos, los clubes obreros eran formalmente independientes, con consejos de administración elegidos en asambleas generales. Solían tener al menos una biblioteca, un comedor y una sala de conferencias. Algunos, que contaban con instalaciones más elaboradas, se llamaban “Palacios de la Cultura”.

⁴² Se refiere a la carta de [Carlos Marx a Arnold Ruge de septiembre de 1848](#), que puede verse completa en la versión editada en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#), páginas 2 y 3 del formato pdf.

educación de la propia clase obrera, el método de “¡Aquí está la verdad, arrodíllate ante ella!”, como método de trabajo cultural, contradice la esencia misma del marxismo. Las técnicas y métodos de propaganda y educación son variadas: en un momento el partido trabaja en la clandestinidad; en otro, ostenta el poder del estado. Pero el leninismo como método de pensamiento y método de educación de los trabajadores sigue siendo el mismo, tanto en el período en el que el partido lucha por el poder, como después de haber alcanzado ese objetivo.

Tenemos que reflexionar mucho sobre esta idea. Su significado completo se nos presenta con especial claridad si comparamos el modelo de desarrollo de un joven obrero bajo el antiguo régimen burgués en Rusia, o en cualquier país capitalista, con el tipo de desarrollo que tenemos ahora aquí, dadas las circunstancias y condiciones de la república soviética. Antes, el obrero se desarrollaba desde la fábrica hacia fuera; en el taller donde trabajaba encontraba, como parte de su experiencia vital, las condiciones que le ayudarían a orientarse no sólo en la fábrica sino en la sociedad en su conjunto. Frente a él estaba el capitalista que lo explotaba: el antagonismo de clase como principio básico para orientarse en la sociedad le miraba constantemente a la cara. Y hubo momentos en los que se convocaron huelgas, en los que el obrero tuvo tratos con la policía. En la cuestión de la vivienda, tenía que tratar con el propietario y, finalmente, como consumidor trataba con el comerciante explotador. Así, en el limitado ámbito de su vida cotidiana, y partiendo en primer lugar de su lugar de trabajo, se encontraba con el enemigo de clase en todas sus hipóstasis, en todas sus manifestaciones, y eso era suficiente para una orientación elemental bajo aquellas condiciones sociales. ¿Es lo mismo para nosotros hoy en día? No.

Tomemos, por ejemplo, un obrero joven, es decir, uno que no ha pasado por la escuela de la fábrica capitalista de antaño, uno cuya vida y trabajo activos comenzaron después de octubre. En un sentido social sus condiciones de trabajo son inconmensurablemente mejores; pero en aspectos materiales no siempre es así, ni mucho menos. Además, en la fábrica no se enfrenta a un enemigo que parezca ser la causa de su todavía difícil situación material. Para que este joven obrero comprenda su lugar en la fábrica, debe comprender su lugar en la sociedad. Debe reflexionar sobre el hecho de que, como parte de la clase obrera, es uno de los gobernantes de este país, que la fábrica pertenece a su clase y que él es una parte de su propiedad colectiva.

Si vive en una casa que pertenece, digamos, al Sóviet de Moscú, o a algún otro sóviet, tampoco aquí tiene ante sí a un propietario que lo explota. Simplemente se tiene a sí mismo. Para aprender la actitud correcta hacia su propio apartamento, hacia las escaleras de su edificio, hacia las reglas del edificio, etc., debe pensar en sí mismo como parte de la propiedad colectiva.

Así, todo ha dado la vuelta sobre su propio eje. El obrero en la Rusia burguesa, como en cualquier país capitalista, para empezar, tenía su experiencia básica en la fábrica, y cuando escuchara por primera vez las verdades del marxismo, éstas vendrían a apoyarse directamente en su limitada pero bastante firme experiencia de clase, de indignación, odio y lucha contra los explotadores. Pero ahora no tenemos esto. El explotador se presenta ahora sólo a gran escala, en la forma del gigante capitalista mundial, que utiliza las guerras, los bloqueos y las exigencias de la extorsión basada en la vieja deuda externa para impedir nuestro desarrollo. En las plantas y fábricas la situación es bastante nueva ahora, y para ponerse en sintonía correctamente, uno debe entender su lugar en las relaciones sociales en general. Para orientarse correctamente en la cuestión de los salarios (si hay que aumentarlos o no bajo las condiciones actuales) o en la cuestión de la productividad del trabajo, para orientarse en todas estas cuestiones, el obrero debe llegar a conocerse a sí mismo en su posición social, es decir, pensar en todas las consecuencias del hecho de que es la clase dominante.

En resumen, el punto de partida para el desarrollo de un obrero en un país burgués es la fábrica, el taller, el lugar de trabajo, y a partir de ahí, a través de varios pasos intermedios, llega a una orientación hacia la sociedad; mientras que, para nosotros, el obrero tiene que llegar a comprender su posición en la sociedad para no extraviarse en el nivel de la fábrica. Esta es una diferencia tremenda que implica una diferencia en el enfoque cultural y educativo, diferencia que se deriva de la disimilitud en las condiciones de desarrollo individual y de clase. Las generalizaciones que eran suficientes para los obreros en la sociedad capitalista, podían, al menos al principio, ser bastante limitadas. Para encontrar su lugar hoy en día, el trabajador necesita ideas generalizadas mucho más amplias y complejas. En compensación, sin embargo, su experiencia es hoy también mucho más compleja y variada. Pero esta experiencia es fragmentaria; requiere ser reunida, reflexionada, discutida, articulada y formulada. La experiencia vital del obrero, su experiencia en la fábrica, su experiencia en casa, su experiencia como miembro de una cooperativa, o como soldado del Ejército Rojo, todo ello debe reunirse en un todo único.

Cuando esta experiencia abigarrada se reúne de forma crítica en la cabeza del trabajador, éste comienza de inmediato a encontrar la orientación correcta en la sociedad y, en consecuencia, en la fábrica, en la casa comunal, en la cooperativa, y así sucesivamente. Y aquí el club obrero sirve como uno de los puntos de unión más importantes, donde todos estos hilos de la experiencia abigarrada y fragmentaria se entrecruzan, se unen en un todo único.

El lugar del club en el trabajo educativo

En nuestro país, el partido comunista se encarga de la educación. El partido dispone de un complejo conjunto de palancas y controles para ello. Trabaja a través del gobierno, que dirige, y a través de los sindicatos, cuya dirección también está en manos del partido, y a través de los clubes obreros, cuya importancia está destinada a aumentar cada vez más. El club obrero es un órgano digestivo de excepcional importancia para la asimilación colectiva de las experiencias fragmentarias por parte de la clase obrera, precisamente porque el club obrero sólo forma parte del sistema educativo y no del sistema de administración.

El partido es un órgano colectivo orientado a la acción (y en nuestro país es también un grupo colectivo dirigente) y traza una línea entre él y los elementos no formados o no educados. No en el sentido de que se impida el acceso a esos elementos, sino en el sentido que no permite que los elementos sin formación influyan en las decisiones del partido con sus votos.

El partido establece normas estrictas para la admisión en sus filas, comprueba cuidadosamente a los solicitantes, etc. Todo esto es innegablemente necesario. El partido está a cargo del gobierno. No puede esperar a que los elementos atrasados se desarrollen hasta el punto de entender los acontecimientos actuales, porque los acontecimientos de hoy serán mañana los de ayer. El partido no puede esperar. Tiene que responder activamente a los acontecimientos del día. Presenta consignas y formulaciones que, para los miembros del partido y para los obreros que siguen de cerca la dirección del partido, están llenas de todas las experiencias vitales del pasado. Pero para las masas más atrasadas estas formulaciones parecen descender de lo alto, cogiéndolas a menudo completamente por sorpresa. Para comprenderlas como propias, las masas tienen que acercarse a ellas paso a paso, a través de su propia experiencia. Y aquí hay un puente entre la experiencia fragmentada, parcial, inadecuada y aún no pensada del obrero (y no del obrero en general, sino del obrero o grupo de obreros en particular), digo un puente entre esta experiencia y las formulaciones políticas, instrucciones y directivas del partido; ¡uno de los puentes más

importantes entre ambos es o debería ser el club obrero! Este es su significado básico. Todo lo demás se deriva de esto.

A Pedro el Grande se le atribuye la autoría de una frase que creo (aunque no lo he comprobado) que tomó prestada de escritores militares anteriores. Dijo: “El manual de armas tiene los procedimientos escritos, pero no los detalles de tiempo u ocasión”. Es decir, cuando un soldado inexperto toma el manual en sus manos, las reglas generales sobre qué hacer en diversas situaciones de combate le sonarán como órdenes abstractas que cuelgan en el aire sobre su cabeza, como una verdad revelada ante la que debe arrodillarse. Para entender algo, hay que ponerlo en práctica y probarlo con la propia experiencia. En el manual no hay “detalles de tiempo u ocasión”, como dijo Pedro el Grande, es decir, no hay términos concretos ni especificaciones o condiciones para aplicar las reglas generales. La tarea básica en la formación e instrucción militar es desarrollar la capacidad de la persona para combinar las órdenes reglamentarias con los tiempos y ocasiones concretas. El camino social y educativo del club obrero va en la dirección opuesta, desde los “detalles de tiempo y ocasión”, es decir, desde las circunstancias concretas y específicas que experimenta el obrero individual, el grupo de obreros, toda la planta o todo el distrito, hasta el reglamento del libro, es decir, las lecciones y normas generales de conducta y funcionamiento que incumben a la clase en su conjunto.

El club obrero no tiene, por supuesto, su propia política, ni extrae sus propias generalizaciones. Las obtiene del partido, cuyas funciones creativas alimenta con su propia experiencia. El club ayuda a los obreros que atrae a su órbita a reflexionar sobre sus experiencias y a asimilarlas de forma crítica. En el tercer congreso de la juventud, Lenin dijo: “... el comunismo se convertiría en una palabra vacía, sólo en un rótulo, y un comunista sólo en un fanfarrón, si no comprendiese y asimilase todos los conocimientos adquiridos.”⁴³ Pero cómo ¿digerirlo todo? Sobre la base de la experiencia personal y la del grupo que le rodea, del que forma parte, y la del club en su conjunto. El club obrero es un puente desde la vida cotidiana del obrero u obrera hasta la vida ciudadana, es decir, hasta la participación consciente en la labor constructiva del estado, del partido o de la profesión a la que se pertenece. Pero el club no deja de lado a la persona obrera que ya se ha incorporado a la labor del colectivo a través de un sindicato, una organización soviética o el partido. Ayuda a esas personas, ya despiertas, a elevar aún más sus requisitos cívicos y revolucionarios. Si el club obrero puede llamarse escuela, es una escuela de conciencia cívica, una escuela para elevar los requisitos de uno como ciudadano.

Pero no sólo las cualidades cívicas. El avance cultural es impensable sin una elevación del nivel de formación de nuestros obreros en materia de habilidades técnicas, sin la inculcación del impulso de adquirir calificaciones como altamente capacitado, sin el desarrollo del orgullo profesional. Precisamente porque el comunismo no es un principio abstracto (“¡Arrodíllate, eso es todo!”), sino un método para construir un nuevo mundo procediendo de manera práctica sobre la base del mundo existente, precisamente por eso no se puede hablar seriamente de socialismo si, al mismo tiempo y por todos los medios, no se hace un esfuerzo para lograr la condición previa fundamental para el socialismo, es decir, aumentar la productividad del trabajo en nuestro país.

No hay que cerrar los ojos a lo que existe; los comentarios de los obreros comunistas extranjeros sobre la producción en nuestro país no son siempre reconfortantes, ni mucho menos: seguimos trabajando de forma poco hábil, floja, lenta, etc. Conservando la jornada de ocho horas como base sólida para el desarrollo cultural del proletariado, debemos alcanzar un nivel mucho más alto de productividad laboral. Inculcar el deseo de convertirse en un obrero productivo altamente cualificado es una de las tareas del club

⁴³ V. I. Lenin, *Obras Completas, Tomo XXXIII*, Akal Editor-Ediciones de Cultura Popular, Madrid, 1978, página 428.

obrero, tarea en la que trabaja en estrecha relación con el sindicato. Por lo tanto, el curso que hemos tomado hacia el desarrollo de buenos ciudadanos revolucionarios altamente calificados está inextricablemente ligado a nuestro curso hacia el desarrollo de buenos obreros productivos altamente calificados.

Ustedes saben que en Europa occidental (y en parte también era cierto para nosotros aquí) un cierto sector de los obreros altamente cualificados (y en algunos países es un sector bastante considerable) tiene la tendencia a considerarse una aristocracia; se apartan del resto de su clase y sirven de base de apoyo a los socialdemócratas, a los mencheviques e incluso a elementos más derechistas, como en Estados Unidos. Si suponemos que algo así es posible en nuestro país, significaría una negligencia desastrosa en la esfera de la educación de la clase obrera, ya que, para nosotros, que un obrero esté altamente cualificado significa que debe estarlo en todos los sentidos, es decir, no sólo productivamente, sino también políticamente; y ese tipo de cualificación debería ser la primera prioridad en la labor de elevar el nivel de cualificación de la clase obrera en su conjunto. Por esta razón, la cuestión de desarrollar una inclinación entre los elementos avanzados de la clase obrera hacia el aumento de su propio valor productivo, hacia la comprensión de la economía en su conjunto, así como el dominio de las habilidades de producción en sus propios puestos de trabajo, es una de las tareas más importantes que enfrenta el club obrero.

Y esta tarea, obviamente, no puede llevarse a cabo por medio de la moralización. En general, este método no lleva a ninguna parte. El problema puede ser resuelto, o más exactamente, puede llegar a ser solucionable, por medio de atraer a los obreros altamente calificados a las discusiones en los clubes, obreros que al mismo tiempo son comunistas altamente cualificados, y despertando en ellos sentimientos de honor profesional y orgullo productivo, que estarán directamente vinculados con la cuestión del éxito de toda nuestra economía socialista.

He dicho (y esto es elemental para todos nosotros) que el leninismo no es una colección de verdades, que requiere una obediencia ritual, sino un método de pensamiento, que requiere una aplicación continua en la práctica. Pero eso no significa, por supuesto, que el leninismo se aprenda de forma puramente empírica, sin teoría ni libros. Necesitamos libros y el club obrero necesita libros para estudiar el leninismo. Una resolución del decimotercer congreso de nuestro partido habla de esto: “Se debe asignar un lugar prominente en el trabajo general de los clubes a la propagación del leninismo. Uno de los instrumentos de nuestra propagación debe ser la biblioteca del club, para la cual es necesaria una selección adecuada de libros”.

Permítanme decir sin pelos en la lengua que la selección debe entenderse aquí en el sentido de seleccionar, ya que ha aparecido un número incontable de libros sobre el tema del leninismo, y no todos tienen el mismo valor. No es fácil escribir sobre el leninismo. Muchos de los folletos redactados apresuradamente se desechan como si fueran cáscaras vacías, mientras que los más valiosos aún deben ser reelaborados en el futuro. La selección rigurosa de estos libros para el uso del club obrero es una cuestión muy crucial, que sólo debería resolverse mediante el esfuerzo colectivo de los trabajadores del club y de la biblioteca.

Por cierto, me gustaría hacer una advertencia en este punto contra un error que se encuentra bastante extendido ahora, es decir, una actitud incorrecta hacia lo que se llama la calidad popular de un libro. Naturalmente, hay que escribir con la mayor sencillez posible, pero no en detrimento de lo esencial del tema, ni con una simplificación artificial del mismo, ni pasando por alto aspectos importantes del mismo. La exposición debe corresponderse con el tema. Puesto que deseamos elevar la cualificación teórica y de otro tipo de los obreros avanzados mediante el trabajo del club obrero, debemos llevarlos a la

esfera de los intereses ideológicos altamente complejos. Aquí es necesario estudiar. Hay libros que llegan a uno tan fácilmente como el agua para beber, pero también fluyen como el agua, sin alojarse en la conciencia. Estudiar el leninismo es un gran trabajo y, por lo tanto, no se puede abordar de manera superficial o ligera; en el campo del leninismo, más bien hay que abrirse camino empuñando pico y pala. Por supuesto, no todos los libros son útiles para todos. Debe haber una correlación entre la experiencia personal del lector, su nivel general de desarrollo y sus capacidades, por un lado, y el nivel de cobertura del leninismo que ofrece el libro, por otro lado. Pero no se puede adoptar la actitud de que el leninismo puede ser presentado en una forma que puede ser comprendida sin ninguna dificultad por cualquiera. Lo que puede ser captado sin ninguna dificultad es generalmente inútil, independientemente del tema. Naturalmente, un estilo popular es una de las exigencias más importantes que debemos plantear a todos los que escriben para la clase obrera, pero sería ingenuo suponer que la forma de presentación puede superar todas las dificultades inherentes al fondo de una cuestión.

¿Qué constituye un tipo de divulgación saludable? Una en la que la exposición se corresponde con el tema. *El Capital* no puede ser escrito en un estilo más popular que el que utilizó Marx, si se quiere tratar el tema en toda su profundidad. La obra filosófica de Lenin sobre el empiriocriticismo tampoco puede desarrollarse en un estilo más popular que el de Lenin. ¿Cuál es la solución? Llegar a estos libros a través de una serie de pasos intermedios; ésta es la única manera de llegar a comprenderlos; no hay ni puede haber otra manera. Engels luchó en sus últimos años contra un prejuicio que tiene cierta relación con esto, el prejuicio bastante extendido sobre los extranjerismos.

Naturalmente, amontonar una palabra extranjera encima de otra, especialmente las que se usan raramente, es un manierismo completamente innecesario. Peor aún son las palabras incomprensibles de fabricación propia, como ciertas palabras soviéticas de tres y cuatro elementos que abarrotan inútilmente el texto de nuestros periódicos y que no se encuentran en ningún diccionario extranjero. Las abreviaturas son aceptables cuando se conocen y se entienden. También hay abreviaturas y palabras compuestas que son apropiadas para una cancillería o una oficina gubernamental, pero que, en los periódicos o libros de uso general, simplemente estorban. Y a la inversa, hay palabras extranjeras, términos científicos, que son necesarios para los obreros. Debe haber un diccionario en el club, y el director del club debe ser un trabajador cualificado; él mismo debe estar avanzando, estar estudiando, y estar haciendo avanzar a los demás con él. Pero no se puede crear una literatura sólo para obreros que esté separada por una muralla china del resto de la literatura, la que utiliza una determinada terminología que incluye palabras extranjeras. Hay que ampliar el vocabulario del trabajador, porque el vocabulario es el kit de herramientas del pensamiento. La ampliación del vocabulario activo del obrero es también una de las tareas del club.

Asistencia al club

Llegamos ahora a la cuestión de la frecuencia en la asistencia al club obrero. La tarea principal del club obrero, como ya he dicho, es servir de puente desde la experiencia personal fragmentaria de la vida (ya sea en la producción, en la familia o en cualquier otro lugar) hasta las ideas generalizadas del leninismo, es decir, hasta las consignas y directivas del partido comunista. Esto es posible sólo si esta experiencia fragmentaria de la vida se reúne en un todo único en el club, y esto a su vez puede lograrse sólo si, en general, hay una reunión en el club, es decir, si la gente viene a él. [*Risas*]

Esta es una condición previa absolutamente indispensable, y como ustedes saben, no siempre se realiza en la vida. Recibí algunos documentos y materiales muy valiosos de los camaradas que trabajan en el ámbito de los clubes obreros (en Glavpolitprosvet),

en particular algunas estadísticas sobre el trabajo de los clubes. Estas son muy incompletas, como todas nuestras estadísticas soviéticas en estos momentos, pero incluso así ofrecen algunas indicaciones interesantes. En la Unión Soviética tenemos unos 2.500 clubes obreros. De ellos, 561 clubes han enviado informes sobre los índices de asistencia. No creo que nos equivoquemos si expresamos la sospecha de que no son los clubes que van peor los que envían los informes, sino los que no tienen, digamos, demasiada vergüenza para mencionar la asistencia.

El resumen estadístico indica que si se divide el número total de visitas entre 561 (el número de clubes que han enviado el informe) la media obtenida es de trece visitas por día. Sí, en total, ¡se obtienen trece personas por día! Si ahora suponemos que el resto de los clubes obreros no lo han hecho peor (y eso sería una suposición demasiado generosa, ya que, repito, los clubes que enviaron informes eran probablemente los que tenían los mejores registros de asistencia) y si proyectamos nuestra cifra media a todos los 2.500 clubes aproximadamente, obtenemos un total de unas 33.300 personas al día, o un millón de visitas al mes, o 12 millones al año. No vamos a multiplicar más en unidades de tiempo mayores.

Este número de visitas (12 millones) es a primera vista bastante gratificante, pero lo que nos interesa realmente es el número de personas que realmente entran en el ámbito de los clubes obreros. Por supuesto, si suponemos que tenemos 12 millones de personas, eso significaría que cada una de ellas visita el club sólo una vez al año. Y quien visita un club una vez cada doce meses, en realidad no lo visita en absoluto. Supongamos que por término medio hay una visita por persona cada mes (¡no es muy frecuente!) entonces nos encontramos con que en todos los clubes juntos participan un millón de personas, en total.

En la vida real, las cosas son bastante diferentes. Probablemente hay entre trescientos y cuatrocientos mil que van a los clubes obreros con frecuencia, dos o tres veces a la semana; luego hay doscientos o trescientos mil que van de media una vez a la semana; y luego un cierto número que se pasa por el club una vez al mes; e incluso después de eso, habría un número bastante grande que se pasa por el club de vez en cuando, por casualidad, con alguien conocido, etc. Pero, por término medio, seguiría habiendo un millón de personas, calculando una visita por persona al mes.

Por supuesto, se trata de una cifra muy baja, terriblemente baja. Hay que tener siempre presente esta cifra, no como un reproche a los que trabajan en los clubes obreros, ni mucho menos, sino como una indicación del alcance todavía extremadamente limitado de nuestra labor cultural. Es el mismo tipo de estadística que las que describen el nivel de alfabetización en nuestro país, o el número de niños que no pueden ser educados por la falta de escuelas, y otras cifras lamentables.

Estas cifras nos indican que aún queda mucho, mucho más por hacer de lo que se ha hecho hasta ahora. La cuestión de ampliar el alcance del club obrero, de aumentar su atractivo para las masas, está ligada de la manera más íntima a la totalidad de nuestra labor cultural.

Pero creo que hay una condición que debe ser considerada especialmente como un factor de excepcional importancia. Sin un planteamiento correcto de esta cuestión no encontraremos el camino, ni siquiera hacia los demás aspectos del problema de la expansión de la influencia de los clubes obreros. Se trata del carácter voluntario club.

Ni el más mínimo indicio de obligatoriedad

El decimotercer congreso del partido dijo sobre este punto: “El club obrero debe organizarse sobre la base de la afiliación voluntaria, lo que garantiza la máxima participación activa e interesada de sus miembros.” Por supuesto, no hay coacción en este ámbito, al menos ninguna coacción obvia o abierta; pero pueden surgir formas de

coacción involuntarias, indirectas, ocultas. Y bajo las circunstancias a las que nos enfrentamos, este problema es la clave de todos los demás.

Camaradas, la clase obrera tiene ante sí el estado, el partido, los sindicatos, las cooperativas, así como los clubes y demás. Por su propia naturaleza, el estado es un órgano de coacción, y en la época de la revolución (especialmente en los momentos difíciles de esta época) es un órgano de coacción muy estricto. Todavía no hemos olvidado que pasamos por el comunismo de guerra. Y si se trata de salvar a la república de los enemigos exteriores en condiciones onerosas, no prometemos no volver a recurrir al comunismo de guerra.

El estado es un aparato de coacción. No puede ser de otra manera. A diferencia del estado, el partido es una organización voluntaria de correligionarios. Pero nuestro partido tiene la dirección del estado; su destino está estrechamente ligado al destino de este estado. Por lo tanto, en el papel y la actividad de nuestro partido también intervienen inevitablemente ciertos elementos de coerción.

Las organizaciones sindicales abarcan una masa más amplia que el partido. No imponen condiciones previas para la afiliación más allá de la general de lealtad de clase. Pero los sindicatos también participan directamente, y desde una posición de liderazgo, en la regulación de las condiciones materiales de los obreros. A través de los comités de fábrica, los sindicatos desempeñan en la práctica un papel muy importante en la vida de la fábrica. Un elemento, sin duda no de mando absoluto, pero sí un cierto elemento de poder, es válido también para los sindicatos. Por supuesto, el hecho de que este elemento de poder se perciba con ligereza o con dureza depende de la habilidad, tacto y corrección de la línea del comité de la fábrica y del sindicato en su conjunto; pero aun así el elemento existe y es inevitable.

La situación del club obrero es muy diferente. Aquí es donde los elementos de poder, de dar órdenes y de transmisión de instrucciones, no pueden ni deben estar presentes bajo ninguna condición. Aquí volvemos a lo que empecé: el leninismo no es un principio impuesto desde fuera, como si dijera "Aquí está la verdad; arrodíllate ante ella". No, eso no es leninismo. Todos los obreros (y en este caso todos los miembros del club) deben tener la oportunidad de proceder a partir de su propia experiencia y abrirse camino hacia el leninismo.

El club obrero no es una organización para transmitir instrucciones, y mucho menos es una organización para afirmar la autoridad, en absoluto. Cualquier indicio de ello dentro del club o a través de él, lo destruiría. La escuela es obligatoria, pero el club es libre. Dentro del club obrero debe reinar el principio de voluntariedad total e incondicional. Si el obrero observa una actitud de mando en el director del club o en su junta administrativa, aunque sea en el más mínimo grado, ese es un error crucial y peligroso que debe corregirse.

¡Ni una pizca de coacción! ¡Ni una pizca de coerción! ¡Nada de dar órdenes! Ni siquiera una pizca de orden.

Hay que decir sin tapujos que, si los obreros que han llegado al club desde la fábrica perciben la más mínima presión administrativa, se irán a las primeras de cambio a la taberna, ¡y tendrán razón! Cualquier obrero mínimamente consciente sabe lo necesaria que es la disciplina de hierro en un país revolucionario rodeado de enemigos por todas partes. Está dispuesto a hacer sacrificios a lo largo de los frentes militares y a lo largo de las líneas de producción cuando los esfuerzos colectivos son necesarios para defender el país. Pero cuando acude al club obrero (para intercambiar experiencias) debe poder sentir que está entre iguales, que las cosas se le explican de forma amistosa y que se tendrá en cuenta su falta de conocimientos de forma atenta, pero sencilla y sin

pretensiones, que nadie le dará órdenes, que nadie se burlará de él, que no habrá ni un atisbo de presión externa, que podrá sentirse como en casa y respirar libremente.

Hoy en día, en nuestro país existen, o se están creando, muchas asociaciones organizadas de forma voluntaria: la organización Abajo el Analfabetismo, una sociedad de ayuda a los niños sin hogar, una de ayuda a las víctimas de la revolución mundial, Vozdujoflot [una sociedad de voluntarios para promover la creación de una fuerza aérea], Dobrojim [una sociedad de voluntarios para promover la industria química y la química militar]; también se habla de una sociedad para promover el cine, una sociedad para las nuevas condiciones de la vida cotidiana, etc., etc.

No siempre se cumple el principio de utilizar sólo voluntarios. Muy a menudo se reduce la cosa a una selección más bien formal, o a una asignación virtual de un grupo de obreros a un nuevo puesto de trabajo. Esto es desaconsejable y no debería permitirse. Si realmente queremos que tengan una función educativa estas asociaciones deberían liberarse sin reservas de cualquier cualidad obligatoria, directa o indirecta, no porque dicha obligatoriedad sea onerosa, sino más bien porque podría pasar desapercibida.

Tomemos el ejemplo de Dobrojim. Elijo esta organización intencionadamente porque es una de las más recientes y más especializadas. He discutido este tema con varios directores de clubes en una pequeña conferencia y me he encontrado con un acuerdo total por su parte. Al hablar de Dobrojim no nos apartamos del tema del trabajo de los clubes, como pronto verán ustedes. Uno está relacionado con el otro de la manera más estrecha posible. Estamos creando Dobrojim como una asociación para la promoción de la industria química y la química militar. ¿Cómo debe crearse? Si tomamos el camino de asignar cuotas a las fábricas, de detallar “voluntarios” para este trabajo, no saldrá nada. Naturalmente, es posible elegir a varias personas en una asamblea general, a propuesta del comité de fábrica o de la célula del partido, y llamarlas el núcleo de Dobrojim. Entonces todo parece bien en las estadísticas, pero en la realidad ¿qué harán? Yo no lo sé, ustedes no lo saben, y ni ellos mismos a veces lo saben. [*Risas*]

La cuestión es buscar en la fábrica personas que realmente se interesen por estos temas y llevarlas al trabajo. Cada planta y cada taller tiene seguramente una enorme variedad de tipos de personalidad individual. ¿Qué tipo es el que más captamos? Principalmente el obrero revolucionario o el administrador. Eso nos lo exige la época en que vivimos, el carácter de nuestros tiempos, las tareas que tienen ante sí el partido, los sindicatos y el gobierno.

Pero entre las masas trabajadoras hay muchos elementos que son muy valiosos a su manera, pero que son políticamente menos activos que los demás. Hay obreros que están absorbidos por la producción como tal, que están atrapados en su propia especialidad, que quieren avanzar en su línea de trabajo, para elevar su propio nivel de cualificación, y que leen y estudian sobre sus respectivas áreas de trabajo. Hay obreros que tienen un gran interés por las materias científicas y técnicas, incluida la química. Esos son los que hay que encontrar y atraer al trabajo.

Supongamos que estamos en una fábrica donde hay cinco mil obreros. Encontremos, para empezar, tres obreros que se interesen por la química por sí mismos. Eso es incomparablemente mejor que si una asamblea general, a propuesta del comité de la fábrica, propone que varios obreros populares se conviertan en expertos en química, obreros que ya están inundados de actividades. Este camino no lleva a ninguna parte; las personas así nombradas se olvidan al cabo de un mes o medio año; y las plazas quedan sin cubrir.

Pero si un obrero tiene un vivo interés por la química (y los hay en todas las fábricas), las cosas se asientan sólidamente. ¿Cómo se pueden encontrar esos obreros? A través del club y la biblioteca: sólo allí se expresan sus intereses individuales en el tipo

de libros que seleccionan, en su conversación, en el tipo de conferencias que van a escuchar.

A medida que las tareas de los asuntos públicos se vuelven más complicadas, y cada vez más diferenciadas, es necesaria una cuidadosa selección individual de los trabajadores, tanto para los trabajos grandes como para los pequeños. Sólo así puede la fábrica seleccionar de su propio seno fracciones activas para las diversas organizaciones públicas voluntarias. Este tipo de selección individual de los obreros y el desarrollo posterior de sus cualificaciones según el tipo de intereses que tienen, según su artillería intelectual, sólo puede garantizarse (bajo la supervisión del partido y de los sindicatos) con clubes que funcionen adecuadamente y de forma amplia. Todas estas asociaciones deben, a su vez, asociarse a través de los clubes, intercambiar experiencias a través de los clubes y elevar así sus calificaciones cívicas y también otras.

El club y la taberna

He indicado, camaradas, que, si el obrero percibe un elemento de coacción en el club, aunque sea de forma indirecta, irá en su lugar a la taberna. Pero también ocurre a veces que la taberna viene al club. [*Risas*]

Sé que ésta es sólo una parte de una cuestión amplia y difícil, y no pretendo plantear en este momento la cuestión del alcoholismo y la lucha contra él en todas sus ramificaciones, aunque creo que pronto tendremos que tratar esta cuestión de forma exhaustiva, pues está muy ligada al destino de nuestro trabajo económico y cultural.

Pero me referiré a la parte del problema relacionada con los clubes, y en primer lugar relataré un pequeño incidente que realmente me impactó y que, me parece, debemos dar a conocer para llegar así a la verdad de la situación con mayor exactitud. Este incidente tuvo que ver con un club llamado Palacio del Trabajo Lenin y con la cuestión de un mostrador de comida. Esto es lo que me dijo el camarada Shagaev al respecto (lo he escrito palabra por palabra): ¡La concesión del mostrador de comida ha sido otorgada a un particular! ¿Por qué? Porque la organización cooperativa y Narpit⁴⁴ *se negaron a montar un mostrador si no vendía cerveza*.

El club supo defender sus propios intereses y contrató a un particular para que montara el mostrador; esta persona cobra los precios de la MSPO [MSPO, la principal cooperativa de consumo], hace un descuento del 20% a los socios del club y paga al club un alquiler de setenta rublos de oro al mes. Este es un pequeño incidente, pero tiene una enorme importancia.

Un club de obreros quiere montar un mostrador de comida. ¿A quién recurre? A la cooperativa y a Narpit, es decir, a organizaciones de carácter público. ¿Y qué dice la cooperativa? No lo haremos sin cerveza; no es rentable. ¿Qué dice Narpit? No lo aceptaremos si no hay cerveza: perderemos dinero. ¿Qué hace el club? Cede su negocio a un particular, que vende a los miembros del club a precios un 20 por ciento más bajos que los controlados por el gobierno, paga un alquiler de 70 rublos oro al mes y, debemos suponer, sigue obteniendo beneficios.

Camaradas, que la cooperativa y Narpit, o sus agencias involucradas en este caso, decidan de forma tan impermisible seguir el camino de la menor resistencia, empujando al club en la dirección de convertirse en una taberna, esto es una gran vergüenza y escandaloso. Si el club puede atraer a la gente simplemente ofreciendo cerveza, entonces no hay necesidad de preocuparse por nada más. Sólo hay que atrapar al obrero con el anzuelo de la cerveza (no sé si se puede hablar propiamente de “anzuelo de la cerveza”,

⁴⁴ Narpit era la abreviatura de *Narodnoe pitanie* (Comida para el pueblo), una organización especial para promover los comedores públicos, especialmente de las fábricas, con el apoyo de los sindicatos, el gobierno y las y las sociedades cooperativas.

ya que la cerveza es un líquido; aun así, la cerveza funciona tan bien como cualquier anzuelo), atraparlo y arrastrarlo. Entonces, ¿para qué está el club? Esto deja al club totalmente al margen. ¿Cuál es el trabajo de la organización cooperativa? Aprender a manejar un mostrador de comida a precios bajos, para obtener un poco de ganancia y apoyar al club. Pero no, nos dicen, ¿para qué esforzarse y complicarse la vida (¡eso sería actuar como un mezquino comerciante privado!)? De todos modos, ¿para qué existe la cerveza? Vende cerveza y tu negocio está garantizado sin muchos problemas. Este es el camino de la menor resistencia, que es igualmente inadmisibles para el club obrero y para la organización cooperativa, porque pone todo el negocio en una situación comprometida y es totalmente destructivo.

Este ejemplo es tanto más llamativo cuanto que el comerciante privado demostró que se puede prescindir totalmente de la cerveza. Por cierto, no sé qué proporción de la cifra de 12 millones de visitas a los clubes al año, que hemos calculado, debe atribuirse a las visitas para comprar cerveza. En cualquier caso, está claro que un mostrador de comida con cerveza puede mejorar las estadísticas de asistencia. [*Risas*]

Hay quien dice: bueno, después de todo, esto no es tan terrible. Hay una regla para manejar estas situaciones: no permitir que cada persona beba más de dos botellas de cerveza en el mostrador de comida. Una regla sabia (¿quién puede negarlo?) y, sin embargo, no sé cómo puede asegurarse que se cumpla. Lo más probable es que haya que controlar a cada miembro del club con un manómetro para medir la presión del vapor de la cerveza. [*Risas*] Pero un manómetro es un juguete bastante caro y difícilmente está al alcance de nuestros clubes. Además, sospecho que hacer cumplir la regla de las dos botellas causaría a los directores del club demasiados problemas, de los que ya tienen bastantes.

Por supuesto, es posible atraer a las masas al club ofreciendo cerveza, pero alejarlas de la taberna con la ayuda de la cerveza equivale a expulsar al diablo con la ayuda del viejo Nick. [*Risas*] Esto no traerá muchos beneficios culturales y, además, simplemente disfraza el hecho de que el club obrero es incapaz de atraer a las masas por sí mismo, y eso es lo peor de todo. No es por consideraciones morales abstractas por lo que debemos luchar contra el hecho de basar nuestros clubes en la cerveza, sino precisamente porque debemos inspirar al club, en primer lugar, para que atraiga a las masas por sus propias cualidades individuales y no por medio de la sustancia que Tolstoi tenía en mente cuando dijo: “De ahí se pueden obtener todas y cada una de las cualidades.”

Campañas conmemorativas y problemas de la vida cotidiana

La gente puede sentirse atraída por el club obrero si hay vida en él, y la vida significa digerir las experiencias cotidianas en sus formas más grandes e importantes. Desde este punto de vista, no se puede sino saludar con satisfacción la resolución del último congreso del partido, resolución que eliminó, o al menos modificó, uno de los elementos burocráticos del trabajo del club obrero: las innumerables campañas conmemorativas de fechas del calendario.

Esto es lo que decía la resolución del congreso sobre este punto: “Al recortar el número de campañas, reduciéndolas sólo a las más importantes, es necesario arrojar luz de forma constante e incansable sobre los acontecimientos políticos internacionales y nacionales más importantes como parte del trabajo en curso.”

El camarada Sujanov, jefe de uno de los clubes más grandes de Moscú, me ha mostrado la lista de fechas que se supone que se conmemoran con campañas, y uno no puede evitar decir: aquí los muertos eclipsan a los vivos, y el pasado lastra la capacidad de respuesta del presente.

Esto puede verse de forma especialmente vívida en un caso, que citaré para mostrar la necesidad de hacer algunos cambios en el calendario de conmemoraciones de los clubes. Un papel importante en la vida de los clubes obreros lo ocupa, como saben, la Comuna de París. Por supuesto, la Comuna de París fue un acontecimiento de gran importancia histórica⁴⁵. Pero todo es relativo: la Comuna de París figuraba mucho más en la historia antes de octubre que después. Además, desde octubre ha habido acontecimientos de excepcional importancia que hemos ignorado. En Italia tuvieron su propia Comuna italiana en septiembre de 1920, que terminó con la derrota y la victoria del fascismo.⁴⁶ En marzo de 1921 tuvo lugar un heroico levantamiento en Alemania⁴⁷. Finalmente, el año pasado se produjo en Alemania el poderoso movimiento revolucionario del proletariado, que terminó en la más cruel de las derrotas, una derrota sin batalla.⁴⁸

Nosotros, los de la vieja generación, nos preparamos hasta cierto punto para octubre sobre la base de la historia de la Comuna. Naturalmente, todo revolucionario que tenga alguna formación, y todo joven obrero que esté estudiando, debe tener alguna noción de la Comuna de París. Pero es incomparablemente más importante para un comunista de hoy, y para un joven obrero que se está educando como comunista, conocer y entender las razones de la derrota del levantamiento revolucionario del proletariado italiano en septiembre de 1920, de la derrota del levantamiento revolucionario del proletariado alemán en marzo de 1921 y, finalmente, de la derrota del colosal movimiento revolucionario sin precedentes del proletariado alemán durante 1923. Y si se trata de elegir entre la Comuna de París y el movimiento revolucionario del proletariado alemán del año pasado, hay que votar con las dos manos por el año pasado. ¿Por qué? Porque esto proporciona una orientación viva en los acontecimientos del día. Incluso en el caso de los jóvenes obreros, si tienen ante sus ojos los indicadores de la revolución de octubre, del levantamiento italiano, del levantamiento de marzo en Alemania y del movimiento revolucionario del año pasado en Alemania, tendrán una perspectiva del movimiento mundial actual, sentirán el ritmo de los acontecimientos, mirarán con más firmeza,

⁴⁵ [Comunas de París y Lyon](#), en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#).

⁴⁶ Desde el final de la Primera Guerra Mundial, el movimiento revolucionario en Italia creció, y en septiembre de 1920 los obreros tomaron las fábricas e industrias. Los socialdemócratas se asustaron y retrocedieron. El proletariado se quedó sin liderazgo. En noviembre, con la primera gran manifestación fascista, los líderes socialdemócratas esperaban recuperar la confianza de la burguesía contra los fascistas, y no llamaron a los obreros a resistir a las bandas de Mussolini. Pero la burguesía se pasó a los fascistas. En el último momento, los socialdemócratas convocaron una huelga general, pero los trabajadores, desmoralizados y confusos, no respondieron y los fascistas pudieron consolidar su poder. Esta evolución se explica en la sección "Las lecciones de la experiencia italiana", dentro del capítulo "¿Y ahora? Problemas vitales del proletariado alemán", en [La lucha contra el fascismo \(y anexos\)](#), 2ª edición, [Obras Escogidas de León Trotsky \(OELT-EIS\)](#), página 104 y siguientes del formato pdf.

⁴⁷ En marzo de 1921, el Partido Comunista Alemán hizo un llamamiento a la insurrección armada para tomar el poder, en relación con las luchas en los distritos mineros del centro de Alemania contra la reacción socialdemócrata. La acción fue aplastada al cabo de dos semanas. El III Congreso de la Comintern repudió la acción y la teoría de la "galvanización" de los trabajadores presentada por los ultraizquierdistas. [Ver en "Tesis sobre la táctica", en [Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones](#), dentro de nuestra serie [Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales](#).

⁴⁸ A finales de 1923 se produjo una situación revolucionaria en Alemania debido a una grave crisis económica y a la invasión francesa del Ruhr. Una mayoría de la clase obrera alemana se volcó en el apoyo al partido comunista. Pero la dirección del PC vaciló, perdió una oportunidad excepcionalmente favorable para llevar a cabo una lucha por el poder, y permitió a los capitalistas alemanes recuperar su equilibrio antes de que terminara el año. La responsabilidad del Kremlin por esta oportunidad perdida fue uno de los factores que condujeron a la formación de la Oposición de Izquierda rusa a finales de 1923.

confianza e inteligencia el desarrollo ulterior de la revolución y comprenderán las condiciones en las que ésta puede resultar victoriosa o derrotada.

Pero no basta con acercarse al calendario de las conmemoraciones del club a la actualidad. Es necesario estar a la altura de los acontecimientos y las necesidades del presente. Aquí llegamos a cuestiones de la vida cotidiana. Según tengo entendido, vamos a tener un informe del camarada Pletnev sobre este tema.⁴⁹ Por lo tanto, me limitaré a decir algunas palabras sin entrar en profundidad, para poder polemizar con él un poco más adelante, en el plano de la teoría y de los principios.

Camaradas, en el ámbito de los problemas cotidianos tenemos dos puntos de vista extremos, que, imagino, serán superados con el tiempo. Estos son, por un lado, la *indiferencia hacia los problemas de la vida cotidiana*, que se esconde detrás de varios argumentos, y que a veces incluso se muestra abiertamente, y las *fantasías sobre la vida cotidiana*, por otro lado. A veces estos dos extremos se llevan bastante bien. La indiferencia ante los problemas de la vida cotidiana, como he dicho, a veces trata de justificarse teóricamente en líneas como ésta: ¿Por qué deberíamos preocuparnos por los problemas de la vida cotidiana? Al fin y al cabo, las costumbres y los hábitos cotidianos son superestructurales, pero la base consiste en la producción económica. Cuando la economía cambie, todo lo demás cambiará automáticamente... Esto suena terriblemente marxista. Pero en realidad es terriblemente ignorante. [*Risas*]

Todas las superestructuras surgen sobre la base económica, y si se razona así, no tiene sentido estudiar la política, ya que la política también surge sobre la base de la producción. Pero la cuestión es que sin la política no se cambiará la base, porque es la política el instrumento para cambiar la base económica. Lo mismo ocurre con la vida cotidiana: las costumbres y los hábitos se configuran sobre la base de una determinada forma de producción, pero tienen la característica de ir por detrás de los cambios en la economía, y es necesario impulsarlos con un látigo revolucionario. Y si la revolución está en el poder, puede hacerlo por medio de la presión organizada, por el poder del ejemplo, a través de la propaganda, etc. Por supuesto, no podemos saltar por encima de nuestra base económica y crear una especie de falansterios ideales en nuestro actual estado de pobreza, pero construir las condiciones económicas previas para tales comunas es algo que debe hacerse. Esa es precisamente la tarea. El extremo opuesto, fantasear sobre los problemas cotidianos, equivale a querer correr más allá de lo económicamente posible o a caer en abstracciones en general, a apartar el pensamiento de las posibilidades económicas reales y a sustituir el trabajo social colectivo hacia la transformación de la vida cotidiana por la moralización individual, es decir, por inyectar por separado a los individuos principios precisos sobre cómo ser un ser humano mejor, un método que suele resultar poco útil.

Conozco tres intentos de establecer una Sociedad de Amigos de la Nueva Forma de Vida... En mi opinión, el propio nombre es desafortunado; puede dar una dirección equivocada al pensamiento de la gente. Sería mucho más modesto decir Sociedad para la Mejora de los Hábitos de Vida Proletarios. Entonces el nombre no cedería tanto en la dirección de crear “cultura proletaria”.

Como digo, conozco tres intentos: uno, llevado a cabo en Moscú, nació absolutamente muerto. Se emitió una proclama, pero no obtuvo respuesta, y eso fue correcto y adecuado, pues ¿qué había que responder? [*Risas*] En segundo lugar, recibí una carta de Járkov sobre una Sociedad de Amigos de la Nueva Forma de Vida,

⁴⁹ Valerian F. Pletnev (1886-1942) fue miembro del Partido Bolchevique desde 1904. Desde diciembre de 1920 hasta 1932 fue presidente del Comité Central de Proletkult. En febrero de 1921 fue también del Glavpolitprosvet. Sus artículos de 1922 en *Pravda* fueron atacados tanto por Krúpskaya como por Lunacharsky.

aparentemente de algunos jóvenes camaradas que están inspirados por las mejores intenciones, pero que son algo culpables, me temo, de fantasías idealistas. El otro día recibí una carta similar de Kazán, también de jóvenes camaradas.

En Járkov la tarea que se planteó fue la de implantar la ética comunista, la estética, etc. Todo esto parecía estar planteado de forma demasiado general, de manera demasiado amplia e idealista. Cuando empecé a leer el programa, resultó que lo que querían decir con la ética comunista era la lucha contra la embriaguez, la dejadez, el lenguaje soez, etc. Son objetivos muy loables, pero el cartel de “ética comunista” abarca demasiado, porque incluso un burgués culto podría encajar en un epígrafe como ese, uno al que no le gusta la suciedad, y que casi nunca se emborracha o maldice en voz alta, al menos no en público. [Risas]

Ahora, en Kazán los jóvenes camaradas se han propuesto la tarea de la “organización científica de la vida”. Así, sus iniciales organizativas fueron NOZh [Nauchnaya Organizatsia Zhiznzi, es decir, la palabra cuchillo. Me temo, camaradas, que no es muy buena idea que este tipo de NOZh caiga en manos experimentadas. [Risas y aplausos] Con esto no quiero condenar la iniciativa de los camaradas de Járkov y Kazán, en absoluto. Pero uno desearía que estas iniciativas se orientaran por un cauce más realista y práctico.

Incluso en el momento en que tuve ocasión de escribir por primera vez sobre este tema, en mi libro sobre los problemas de la vida cotidiana⁵⁰, expresé serias dudas: dije, por un lado, que sería una idea muy tentadora organizar una sociedad que se ocupara de la vida cotidiana, pero, por otro lado, dije que existía el peligro de que, sin tener el terreno sólidamente preparado bajo los pies, tal sociedad se desviara en la dirección de la fantasía visionaria. Y parece que eso es lo que está ocurriendo.

¿Con qué medios se puede revolucionar realmente la sociedad? Actuando directamente sobre sus elementos constitutivos. A través de Narpit, que crea comedores públicos. A través de las cooperativas de viviendas, que deben transformar los fundamentos domésticos de la vida cotidiana. A través de la organización de guarderías. A través de los clubes. A través de las bibliotecas. A través de organizaciones de voluntarios que asuman tareas culturales, por ejemplo, una sociedad de amigos del cine, si realmente queremos establecer algo que saque al cine del punto muerto. En otras palabras, no basta con organizarse en torno a la idea abstracta de “la nueva vida”, sino que son necesarias toda una serie de organizaciones que se propongan tareas prácticas concretas en el ámbito de la vida cotidiana. Sólo así podremos revolucionar la vida.

Estas organizaciones prácticas y de propósito único no pueden acomodarse a las fantasías visionarias. En este trabajo, el parloteo no ayuda. Si eres Narpit, debes proporcionar alimentos, establecer instalaciones públicas para comer, y después de las palabras comprobaremos cuánta gente acude a tus comedores y cuán satisfecha está con lo que proporcionas. Si eres Narpit, y el Palacio de Lenin te pide que establezcas un mostrador de comida para ellos, no vayas a darles un ultimátum sobre la cuestión de la cerveza, o tendrás que tratar con nosotros. Lo mismo ocurre con las cooperativas.

Ya tenemos las principales herramientas para incidir en la vida cotidiana y transformarla. Estas herramientas son todavía débiles, hay que reforzarlas, desarrollarlas, ponerlas bajo control público y crear, junto a ellas, nuevos órganos especiales para incidir en otros aspectos de la vida cotidiana. Para aglutinar la experiencia aún fragmentaria de las organizaciones indicadas, hay que organizar, junto a todo esto y sobre esta base existente, una sociedad para la mejora de la vida, y quizás incluso una para “la nueva vida”, pero no en la esfera vacía de la abstracción, sino sobre la base de las cooperativas,

⁵⁰ *Problemas de la vida cotidiana (con anexos)*, es decir, esta misma obra.

Narpit, casas comunales, etc. Y tal organización estaría compuesta por dirigentes, delegados y miembros de estas organizaciones e instituciones existentes.

En el trabajo de asimilación de la experiencia de las diversas organizaciones de la “vida cotidiana”, el club obrero debe ocupar un lugar muy importante. El club reunirá entre sus cuatro paredes a personas que trabajan por separado en uno u otro campo de la vida cotidiana, ya sea a nivel de fábrica, de distrito o de ciudad; los reunirá para debatir e intercambiar opiniones sobre los problemas a los que se enfrentan. Aquí se formará la opinión pública, proporcionando un medio para el control y comprobación de todas las instituciones y empresas implicadas en la vida social cotidiana.

Esta es, en mi opinión, la única manera realista de plantear la cuestión de la reorganización de la vida cotidiana. En esta línea superaremos tanto la indiferencia como la fantasía.

La propaganda antirreligiosa

Detengámonos una vez más en la cuestión de la propaganda antirreligiosa como una de las tareas más importantes en el ámbito de la vida cotidiana. También aquí cito la resolución del decimotercer congreso. Es breve: “Debe prestarse considerable atención a la propaganda que promueve las ciencias naturales (propaganda antirreligiosa)”. No recuerdo si este tipo de formulación se ha utilizado antes, poniendo la propaganda antirreligiosa entre paréntesis después de “propaganda que promueva las ciencias naturales”⁵¹. Incluso si lo fue, ahora se ha confirmado con autoridad. Esto constituye una exigencia de un enfoque nuevo y diferente para un viejo problema.

Bajo la benéfica influencia del impulso generado por su congreso, por el hecho mismo de su convocatoria, me he visto obligado a revisar una gran cantidad de material publicado que normalmente no habría tenido tiempo de revisar, en particular la revista satírica *Bezbozhnik* (Los sin Dios), donde hay una gran cantidad de caricaturas, a veces bastante efectivas, de algunos de nuestros mejores caricaturistas, una revista que sin duda tiene su papel positivo que desempeñar dentro de ciertos círculos, principalmente urbanos, pero que, sin embargo, apenas sigue el camino correcto en la lucha contra las supersticiones religiosas. Número tras número se encuentra en sus páginas un duelo permanente e incansable con Jehová, Cristo y Alá, un combate cuerpo a cuerpo entre el talentoso artista Moro⁵² y Dios. Por supuesto, todos nosotros estamos completamente del lado de Moro. Pero si esto fuera lo único que hiciéramos, o si éste fuera nuestro trabajo principal, me temo que el duelo acabaría en empate...

En todo caso, es perfectamente evidente e indiscutible en la actualidad que no podemos situar nuestra propaganda antirreligiosa en el nivel de una lucha directa contra Dios. Eso no nos bastaría. Suplantamos el misticismo por el materialismo, ampliando en primer lugar la experiencia colectiva de las masas, aumentando su influencia activa en la sociedad, ampliando el horizonte de sus conocimientos positivos, y con esta base, asestamos también golpes a los prejuicios religiosos, cuando es necesario.

El problema de la religión tiene una importancia colosal y está estrechamente ligado al trabajo cultural y a la construcción socialista. En su juventud, Marx dijo: “La crítica de la religión es la base de cualquier otra crítica”⁵³. ¿En qué sentido? En el sentido

⁵¹ Ver en esta misma serie de nuestras EIS: “[Sentido y métodos de la propaganda antirreligiosa](#)”.

⁵² Moro era el seudónimo de Dimitri S. Orlov (1883-1946), un caricaturista y dibujante destacado. Después de la Revolución de Octubre trabajó para la editorial estatal. En 1920 hizo carteles para el Ejército Rojo y la Administración Política Superior, y en 1921 para combatir la hambruna. Después de 1922, fue caricaturista habitual de *Pravda*.

⁵³ Ver en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional: Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel](#), de Carlos Marx; y en nuestra otra serie [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels \(OEME-EIS\)](#) en *La*

de que la religión es una especie de conocimiento ficticio del universo. Esta ficción tiene dos fuentes: la debilidad del hombre ante la naturaleza y la incoherencia de las relaciones sociales. Temiendo a la naturaleza o ignorándola, pudiendo analizar las relaciones sociales o ignorándolas, el hombre en sociedad se esforzó por satisfacer sus necesidades creando imágenes fantásticas, dotándolas de una realidad imaginaria, y arrodillándose ante sus propias creaciones. La base de esta creación radica en la necesidad práctica del hombre de orientarse, que a su vez surge de las condiciones de la lucha por la existencia.

La religión es un intento de adaptación al medio circundante para afrontar con éxito la lucha por la existencia. En esta adaptación hay reglas prácticas y apropiadas. Pero todo esto está ligado a mitos, fantasías, supersticiones, conocimientos irreales.

Al igual que todo el desarrollo de la cultura es la acumulación de conocimientos y habilidades, la crítica de la religión es el fundamento de todas las demás críticas. Para allanar el camino al conocimiento correcto y real es necesario eliminar el conocimiento ficticio. Sin embargo, esto es cierto sólo cuando se considera la cuestión en su conjunto. Históricamente, no sólo en casos individuales, sino también en el desarrollo de clases enteras, el conocimiento real está ligado, en diferentes formas y proporciones, a los prejuicios religiosos. La lucha contra una religión determinada o contra la religión en general, y contra todas las formas de mitología y superstición, suele tener éxito sólo cuando la ideología religiosa entra en conflicto con las necesidades de una clase determinada en un nuevo entorno social. En otras palabras, cuando la acumulación de conocimiento y la necesidad de conocimiento no encajan en el marco de las verdades irreales de la religión, entonces un golpe con un cuchillo crítico a veces es suficiente, y la cáscara de la religión cae.

El éxito de la presión antirreligiosa que hemos ejercido durante los últimos años se explica por el hecho de que las capas avanzadas de la clase obrera que pasaron por la escuela de la revolución, es decir, que adquirieron una actitud activista hacia el gobierno y las instituciones sociales, se han sacudido fácilmente la cáscara de los prejuicios religiosos, que estaba completamente agujereada por los acontecimientos anteriores. Pero la situación cambia considerablemente cuando la propaganda antirreligiosa extiende su influencia a las capas menos activas de la población, no sólo de los pueblos, sino también de las ciudades. El conocimiento real que han adquirido es tan limitado y fragmentario que puede coexistir con los prejuicios religiosos. La crítica desnuda de estos prejuicios, al no encontrar apoyo en la experiencia personal y colectiva, no produce ningún resultado. Es necesario, pues, hacer el planteamiento desde otro ángulo y ampliar la esfera de la experiencia social y del conocimiento realista.

Los medios para lograr este fin son diferentes. Los comedores públicos y las guarderías pueden conferir un estímulo revolucionario a la conciencia del ama de casa, y pueden acelerar enormemente el proceso de su ruptura con la religión. Los métodos químicos de fumigación para destruir las langostas pueden desempeñar el mismo papel con respecto al campesino. El mismo hecho de que el obrero y la obrera participen en la vida de los clubes, que los saca de la pequeña y estrecha jaula del piso familiar con su icono y su lámpara en la imagen, abre uno de los caminos para liberarse de los prejuicios religiosos. Y así sucesivamente. Los clubes obreros pueden y deben calibrar con precisión el poder tenaz de los prejuicios religiosos, y encontrar formas indirectas de sortearlos ampliando la experiencia y el conocimiento. Y así, también en la lucha antirreligiosa, pueden alternarse periodos de ataque frontal con periodos de bloqueo, socavación y maniobras de cerco. En general, acabamos de entrar en un período de este tipo; pero eso

subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring. Anti-Dühring, de Federico Engels, en particular en su capítulo "V. Estado, familia, educación" en la página 217 muy específicamente.

no significa que no vayamos a reanudar un ataque directo en el futuro. Sólo es necesario prepararse para ello.

¿Nuestro ataque a la religión ha sido legítimo o ilegítimo? Legítimo. ¿Ha tenido resultados? Los ha tenido. ¿A quiénes ha atraído? A aquellos que por experiencia previa han estado preparados para liberarse completamente de los prejuicios religiosos. ¿Y más? Todavía quedan aquellos a los que ni siquiera la gran experiencia revolucionaria de octubre ha logrado liberar de la religión. Y aquí los métodos formales de la crítica antirreligiosa, la sátira, la caricatura y otros similares, pueden lograr muy poco. Y si se presiona demasiado, se puede obtener incluso el resultado contrario. Hay que perforar la roca (¡es cierto, el Señor sabe que es una roca bastante dura!), colocar los cartuchos de dinamita, volver a pasar los cables para las mechas, y... después de un tiempo habrá una nueva explosión y una nueva caída, es decir, se desprenderá otra capa del pueblo de la gran masa... La resolución del congreso del partido nos dice que en este campo debemos pasar actualmente de la explosión y el ataque a un trabajo más prolongado de socavamiento, en primer lugar, mediante el fomento de las ciencias naturales.

Para mostrar cómo un ataque frontal no preparado puede dar a veces un resultado totalmente inesperado citaré un ejemplo muy interesante, que es bastante reciente, y que conozco por los camaradas sólo de palabra, ya que, desgraciadamente, no ha salido todavía a la luz en la prensa. Proviene de la experiencia del Partido Comunista Noruega. Como probablemente recuerden, en 1923 este partido se dividió en una mayoría oportunista bajo la dirección de Tranmael,⁵⁴ y una minoría revolucionaria fiel a la Internacional Comunista. Le pregunté a un camarada que vivía en Noruega cómo Tranmael consiguió ganarse a la mayoría, por supuesto que sólo temporalmente. Me señaló como una de las causas el carácter religioso de los pescadores noruegos. La pesca comercial, como saben ustedes, tiene un nivel de tecnología muy bajo, y depende totalmente de la naturaleza. Esta es la base de los prejuicios y las supersticiones; y para los pescadores noruegos, la religión, como dijo ingeniosamente el camarada que me relató este episodio, es algo así como un traje de protección. En Escandinavia también había miembros de la intelectualidad, académicos, que coqueteaban con la religión. Fueron, con toda justicia, golpeados por el despiadado látigo del marxismo. Los oportunistas noruegos se han aprovechado hábilmente de esto para hacer que los pescadores se opongan a la Internacional Comunista. El pescador, un revolucionario, que simpatiza profundamente con la república soviética, que favorece de todo corazón a la Internacional Comunista, se dijo: “Todo se reduce a esto. O debo estar a favor de la Internacional Comunista, y quedarme sin Dios y sin pescado [*risas*] o, con el corazón encogido, debo romper con ella.” Y rompió... Esto ilustra la forma en que la religión puede a veces cortar con buen filo incluso en la política proletaria.

Por supuesto, esto se aplica en mayor grado a nuestro propio campesinado, cuya naturaleza religiosa tradicional está estrechamente unida a las condiciones de nuestra agricultura atrasada. Sólo podremos vencer los arraigados prejuicios religiosos del campesinado llevando la electricidad y la química a la agricultura campesina. Esto, por supuesto, no significa que no debamos aprovechar cada mejora técnica por separado y cada momento social favorable en general para la propaganda antirreligiosa, para lograr una ruptura parcial con la conciencia religiosa. No, todo esto es tan obligatorio como antes, pero debemos tener una perspectiva general correcta. Con el simple cierre de las iglesias, como se ha hecho en algunos lugares, y con otros excesos administrativos, no

⁵⁴ Martin Tranmael (1879-1967) fue el líder del Partido Laborista Noruego y director de su principal periódico. Tras resistirse a las demandas del Comité Ejecutivo de la [Comintern](#), de expulsar a los disidentes, rompió completamente con la Internacional y más tarde ayudó a afiliarse al Partido Laborista Noruego a la [Internacional Socialista](#).

sólo no se podrá alcanzar ningún éxito decisivo, sino que, por el contrario, se preparará el camino para un retorno más fuerte de la religión.

Si es cierto que la crítica religiosa es la base de toda otra crítica, no es menos cierto que en nuestra época la electrificación de la agricultura es la base de la liquidación de las supersticiones del campesino. Quisiera citar unas notables palabras de Engels, hasta hace poco tiempo desconocidas, sobre la importancia potencial de la electrificación para la agricultura.

Recientemente, el camarada Riazánov ha sacado a la luz, por primera vez, la correspondencia de Engels con Bernstein y Kautsky (cartas que son extraordinariamente interesantes)⁵⁵. El viejo Engels resulta doblemente fascinante, ya que cada vez salen a la luz nuevos materiales suyos que revelan su carácter con mayor claridad, tanto desde el punto de vista ideológico como personal. A continuación, lo citaré en un párrafo en el que se refiere directamente a la cuestión de la electrificación y a la superación del abismo entre la ciudad y el campo.

La carta fue escrita por Engels a Bernstein en el año 1883. Recuerda en esa carta que en el año 1882 el ingeniero francés Deprez encontró un método de transmisión de energía eléctrica a través de un cable. Y si no me equivoco, en una exposición en Múnich (en todo caso, una en Alemania) demostró la transmisión de energía eléctrica de uno o dos caballos de fuerza a una distancia de unos cincuenta kilómetros. Esto causó una tremenda impresión en Engels, que era extremadamente sensible a cualquier invención en el campo de las ciencias naturales, la tecnología, etc. Escribió a Bernstein: “El novísimo invento de Deprez [...] libera a la industria de cualquier limitación local, hace posible el uso de la energía hidráulica más lejana. Y aunque al principio sólo sea utilizada por las ciudades, a la larga debe convertirse en la palanca más poderosa para la *abolición del antagonismo entre la ciudad y el campo*”.

Vladimir Ilich no conocía estas líneas. Esta correspondencia ha aparecido recientemente. Había estado en Alemania, en poder de Bernstein escondida en su sombrero, hasta que el camarada Riazánov consiguió hacerse con ella. No sé si ustedes, camaradas, se dan cuenta de con qué estricta atención, y, sin embargo, con qué gran afecto, Lenin solía estudiar detenidamente las obras de sus maestros y mayores, Marx y Engels, encontrando siempre nuevas pruebas de su perspicacia y penetración, de la universalidad de su pensamiento, de su capacidad de ver mucho más allá de su tiempo. No tengo ninguna duda de que esta cita (en la que Engels, al día siguiente de la demostración de un método, básicamente en laboratorio, para transmitir energía eléctrica a larga distancia, es capaz de mirar por encima de la industria y ver la aldea y pensar y decir que este nuevo invento es el más poderoso para abolir el antagonismo entre la ciudad

⁵⁵ Friedrich Engels (1820-1895) fue el más estrecho colaborador de Marx y cofundador con él del socialismo científico moderno. Sus cartas fueron publicadas por el Instituto Marx y Engels en el *Archivo Marx y Engels*, Vol. 1 (1924) [*Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)* y *Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional*]. Las cartas fueron editadas por David B. Riazánov (1870-193?) [*Riazánov, David. Textos y materiales diversos*], un historiador y filósofo, que se unió a los bolcheviques en 1917, organizó el Instituto Marx y Engels y posteriormente se retiró de la actividad política. Pero su actitud erudita y escrupulosa hacia la historia del partido lo hizo ofensivo para Stalin, que ordenó que se le implicara con los acusados en el juicio de 1931 de un llamado “Centro menchevique” acusado de conspirar para restaurar el capitalismo en la Unión Soviética. Fue destituido como director del Instituto Marx y Engels y exiliado. Eduard Bernstein (1850-1932) fue el primer teórico del “revisionismo” en la socialdemocracia alemana. En su *Socialismo evolucionista* sostuvo que el socialismo se produciría a través de la democratización gradual del capitalismo, y que el movimiento obrero tenía que abandonar la lucha de clases a favor de la colaboración de clase con la burguesía “progresista”. Karl Kautsky (1854-1938) fue considerado como el más destacado teórico marxista hasta la Primera Guerra Mundial, cuando abandonó el internacionalismo y se opuso a la revolución rusa [*Obras escogidas de Karl Kautsky*].

y el campo) no tengo ninguna duda de que Lenin habría hecho de esta cita un lugar común del pensamiento de nuestro partido. Cuando se lee esta cita, es casi como si el viejo Engels estuviera conversando desde el fondo del mar (fue incinerado y sus cenizas lanzadas al mar, por su deseo) con Lenin en la Plaza Roja...

¡Camaradas! El proceso de eliminación de la religión es dialéctico. Hay períodos de diferentes tempos en el proceso, determinados por las condiciones generales de la cultura. Todos nuestros clubes obreros deben ser puntos de observación. Deben ayudar siempre al partido a orientarse en esta tarea, a encontrar el momento adecuado o a marcar el ritmo adecuado.

La abolición completa de la religión sólo se logrará cuando exista un sistema socialista plenamente desarrollado, es decir, una tecnología que libere al hombre de toda dependencia degradante de la naturaleza. Sólo podrá alcanzarse en el marco de unas relaciones sociales libres de misterios, totalmente lúcidas y que no opriman a las personas. La religión traduce el caos de la naturaleza y el caos de las relaciones sociales en el lenguaje de las imágenes fantásticas. Sólo la abolición del caos terrenal puede acabar para siempre con su reflejo religioso. Una dirección consciente, razonable y planificada de la vida social, en todos sus aspectos, abolirá para siempre cualquier misticismo y diablura.

El trabajo cultural y la “cultura proletaria”

¡Camaradas! Lo principal que llevaba anotado para decir sobre los clubes obreros ya está dicho. Más allá de esto, sólo deseo situar este trabajo en una cierta perspectiva, y esa perspectiva, me parece, puede presentarse mejor si adoptamos un enfoque crítico de la cuestión de los clubes como “fraguas de la cultura de clase proletaria”.

Recojo la fórmula del camarada Pletnev. Si quiero polemizar con él, no es porque no valore su trabajo cultural, al que, por el contrario, atribuyo, como todos ustedes, una gran importancia, sino porque creo que hay un elemento en su planteamiento teórico de esta cuestión que presenta ciertos riesgos. En su folleto sobre el trabajo en los clubes (la edición de 1923) Pletnev dice: “El club mismo, como tal, debe convertirse, para todos sus miembros, en una fragua en la que se forja la cultura de clase proletaria. Es necesario subrayar con la mayor fuerza posible que la creación de la cultura proletaria es un proceso de lucha de clases, una fase consecutiva de lucha (¡lucha! repito) del proletariado contra la dominación burguesa.” En un artículo de este año, se repite la misma fórmula, pero con una interesante modificación: “El club es el centro de formación de la conciencia pública proletaria, donde el proletariado forja los elementos de la cultura de clase proletaria”. Antes se decía “cultura de clase proletaria”, pero aquí se dice “elementos de la cultura de clase proletaria”, es decir, se afirma con algo más de cautela.

Camaradas, me veo impelido a señalar que esta es una forma incorrecta de plantear el problema, y no lo hago por doctrinarismo o picardía, sino por razones de principio, y por lo mismo, por razones de carácter práctico. En el artículo que he citado, el camarada Pletnev discute con un sindicalista (no he leído el artículo de este último) y hace una caracterización general del trabajo del club obrero, lo que en mi opinión está muy bien hecho, pero concluye con una formulación teórica que se sitúa a medio camino de liquidar la tesis básica del artículo.

¿Cómo va a forjar el club una nueva cultura de clase proletaria? ¿Qué significa eso? El camarada Lenin escribió sobre la cultura proletaria en uno de sus últimos artículos, “Página de un diario”. Esas líneas han sido citadas muchas veces, y con frecuencia para ocultar pensamientos directamente opuestos en carácter a la cita; una técnica que se encuentra con bastante frecuencia. He aquí lo que dijo Lenin: “Mientras hablamos sobre la cultura proletaria y la relación en que se halla con la cultura burguesa, los hechos y cifras revelan que incluso en lo que se refiera a la cultura burguesa nuestra

situación es muy mal [...] Esto debe servir de seria advertencia, de reproche contra quienes se remontan alas alturas de la ‘cultura proletaria’; demuestra qué enorme trabajo urgente y penoso nos queda aún por realizar para alcanzar el nivel de un país civilizado común de Europa occidental.”⁵⁶

Aquí, a la manera de Lenin, el énfasis está en “civilizado común”, es decir, *burgués*. Ese es, pues, el nivel que debemos alcanzar en primer lugar. En su artículo “Sobre el cooperativismo”, Lenin dice: “Ahora el acento cambia y se desplaza hacia el trabajo pacífico, organizativo, ‘cultural’. Diría que el acento se desplaza hacia el trabajo educativo, si no fuera por nuestras relaciones internacionales, si no fuera porque tenemos que luchar en escala mundial por nuestra posición. Pero si dejamos esto a un lado y nos limitamos a las relaciones económicas internas, en realidad el acento de nuestro trabajo se desplaza hacia la educación.”⁵⁷ Pero el camarada Pletnev utiliza constantemente el término “portadores de cultura” (es decir, culturización) con un matiz de desprecio y lo contraponen a la “forja de la cultura proletaria”.

¿Qué debe entenderse por el término “cultura proletaria”? ¿De qué manera puede el club convertirse en la forja de la cultura proletaria? ¿En qué sentido? Porque el club obrero, aunque sea una parte muy importante e incluso vital de nuestro tejido social, sigue siendo sólo una parte, una que ciertamente no puede producir por sí misma nada que difiera cualitativamente de lo que produce la sociedad en su conjunto. Entonces, ¿de qué manera puede el club obrero convertirse en la forja de la cultura de clase proletaria? Y de nuevo, la pregunta que hay que responder, antes que nada: ¿Qué debe entenderse por el término “cultura proletaria”?

Estamos utilizando todos los medios, incluidos los clubes, para construir una economía socialista, una sociedad socialista y, en consecuencia, una cultura socialista sin clases. Pero antes de lograrlo, queda un prolongado período de transición, que también tendrá una cultura propia, que será una cultura muy mal formada y muy contradictoria durante un tiempo. Me gustaría pensar que es precisamente este período de transición el que usted desea designar como “cultura proletaria”. Por supuesto, la terminología puede utilizarse de diferentes maneras y no debemos discutir sobre la redacción. Pero es necesario establecer los significados de los términos para llegar a la esencia del tema sin confusiones.

A modo de comparación, tomaré otro término paralelo. Estamos avanzando hacia una economía socialista a través de una era de transición. ¿Cómo debería llamarse la economía de esta época de transición? La llamamos NEP. ¿Es un término científico? No, en lo más mínimo. Es una denominación convencional a falta de otra más apropiada. Vladimir Ilich se refería con frecuencia a nuestro régimen de transición como capitalismo de estado, pero al hacerlo siempre añadía la frase “entre comillas”, o lo llamaba “capitalismo de estado de un tipo muy, muy particular o peculiar”. Mucha gente no entiende esta calificación y dice capitalismo de estado sin más, e incluso llama a nuestros consorcios y sindicatos estatales “órganos del capitalismo de estado”, lo que, por supuesto, es sumamente incorrecto, como explicó Vladimir Ilich en su artículo “Sobre el cooperativismo”.

Así, Lenin propuso un término muy condicional (¡entre comillas!), “capitalismo de estado”, para el sistema de transición al socialismo. Si se quiere, podemos llamar a este período económico de transición el período de “forja de la economía proletaria”.

No me gusta este término, ya que no expresa la esencia del asunto (toda la substancia está en el estado de transición), pero si me instan y ofrecen usar comillas, o

⁵⁶ V. I. Lenin, *Obras Completas, Tomo XXXVI*, Ediciones de Cultura Popular-Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 491-492.

⁵⁷ *Ibidem*, página 502.

mejor, dobles comillas, estoy casi dispuesto a decir: “O K, ¿qué puede hacerse? Si eso hace que el camarada Pletnev se sienta mejor.” [*Pletnev desde su asiento: “¡Nunca!” Risas*)]

Cuanto más mejor. Pero aquí hay realmente un completo paralelismo: la cultura proletaria, si se quiere tomar en serio este término, debe sustentarse en una base, en forma de economía proletaria; tanto más cuanto que la cultura tiende a ir un poco por detrás de la base económica. Pero si usted se niega (¡y eso estaría plenamente justificado!) a designar nuestra economía de transición como “economía de clase proletaria”, entonces, por la misma razón, ha cavado bastante bien el terreno bajo la abstracción de la cultura proletaria.

¿En qué se caracteriza nuestra economía? En su folleto sobre el impuesto en especie, Lenin explicó que nuestra economía de transición contiene restos de la sociedad patriarcal, innumerables elementos de la pequeña producción de mercancías, que hay elementos capitalistas privados, elementos capitalistas estatales y, finalmente, elementos de la economía socialista. Todo esto constituye la economía del período de transición, que puede llamarse “capitalismo de estado” (¡entre comillas!) o (como algunos han propuesto) una “economía socialista de mercado”.

Es posible establecer una terminología, pero hay que comprender a fondo los conceptos implicados. ¿Y en qué consiste la cultura del período de transición? En vestigios, todavía muy poderosos, de la cultura del período aristocrático, y no todo aquí es inútil. No vamos a desechar a Pushkin y a Tolstoi. Los necesitamos. También hay elementos de la cultura burguesa, en primer lugar, de los conocimientos técnicos burgueses, que necesitamos aún más. Seguimos viviendo sobre la base de los conocimientos técnicos burgueses y, en gran medida, sobre la base de los especialistas burgueses. Por el momento, aún no hemos construido nuestras propias fábricas y trabajamos en las que obtuvimos de manos burguesas. La cultura del período de transición consiste, además, en una abrumadora carencia de cultura pequeñoburguesa, es decir, principalmente campesina.

Nuestra cultura consiste también en los esfuerzos de nuestro partido y de nuestro gobierno en elevar el nivel cultural del proletariado, y tras él, el del campesinado, aunque sólo sea al nivel de un “país civilizado común”. También consiste en nuestra construcción socialista y, finalmente, en nuestro ideal de comunismo, que guía toda nuestra labor constructiva.

Ahí tienen el tipo de elementos complicados y contradictorios que se encuentran en la cultura (y la carencia de cultura) del período de transición. ¿Cómo puede entonces el club obrero crear una cultura de clase proletaria? Para mí es absolutamente incomprensible. El club, al conectar y fusionar la experiencia inconexa de los obreros, les ayuda a traducir su experiencia al lenguaje de la política, la literatura y el arte, y al hacerlo eleva el nivel cultural de ciertas capas del proletariado y les facilita la construcción socialista, eso es indiscutible. Pero, ¿de qué manera puede el club, como tal, forjar una cultura de clase del proletariado? En realidad, esto implica hacer grandes concesiones al punto de vista de laboratorio en lo que respecta a la cultura. Por supuesto, se pueden escoger docenas de jóvenes obreros capaces y, mediante métodos de laboratorio, enseñarles composición en verso, pintura y teatro. ¿Es esto útil? Muchísimo. Pero es necesario que conciben con realismo su lugar y su papel en el desarrollo económico y cultural general del país. Y plantearles la perspectiva de crear una cultura de clase proletaria por medio de los clubes obreros es iniciarlos en un camino que puede llevarlos a dar la espalda a las masas, es decir, a alejarse del verdadero proceso de creación de una cultura socialista, y a intentar contraponer a este proceso el trabajo “puro” de los pequeños círculos, como ya se ha intentado antes. Tales recaídas son posibles. Pero es obvio que la

creación de una especie de cultura proletaria mediante los métodos de laboratorio de Bogdanov no tiene nada en común con el leninismo⁵⁸.

Es cierto que incluso Lenin utilizó a veces la expresión “cultura proletaria”, pero cabe destacar que sólo la utilizó en 1919 y 1920, y más tarde, que yo recuerde, dejó de utilizarla precisamente porque temía prestar apoyo, aunque fuera indirectamente, es decir, utilizando un término poco preciso, a un punto de vista incorrecto. ¿Pero en qué sentido se refería Lenin a la cultura proletaria? En su discurso ante el tercer congreso de la juventud en 1920, dijo: “La cultura proletaria tiene que ser el *desarrollo lógico del acervo* de conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo de la sociedad capitalista, la sociedad terrateniente y la sociedad burocrática.”⁵⁹ Obsérvese que dijo “desarrollo lógico”, y ni una pizca del término “combate”, ni de “forjar” la cultura en los clubes. Desarrollo planificado y regular en la economía, en las escuelas, en el gobierno, en todo nuestro trabajo, en toda nuestra construcción hacia el socialismo. Por lo tanto, Lenin utilizó el término “cultura proletaria” sólo con el propósito de luchar contra la interpretación idealista, de laboratorio y esquemática de Bogdanov. Lo que más necesitamos es la alfabetización simple, la alfabetización política, la alfabetización en la rutina diaria, la alfabetización en la higiene, la alfabetización en la literatura, la alfabetización en el campo del entretenimiento... De la alfabetización en todos estos campos se formará una alfabetización cultural general.

Dirán, eso sí, que esto parece un concepto no clasista. ¡No es nada de eso! Aquí el proletariado es la clase dominante, y es precisamente de lo que trata esta discusión: es precisamente el proletariado el que debe extraer lo más importante, urgente y elemental de los almacenes culturales acumulados por las otras clases. En este punto, el proletariado necesita apropiarse de los elementos primarios de la cultura: la alfabetización universal y las cuatro leyes de la aritmética. De hecho, si todo el país estuviera alfabetizado y conociera las cuatro leyes de la aritmética, prácticamente estaríamos viviendo en el socialismo, pues el socialismo, como hemos oído, no es otra cosa que una sociedad de productores cooperativos cultos, es decir, ante todo, alfabetizados.

El proletariado en el poder es el dueño del estado. Eso es de lo que se trata, de elevar el nivel cultural de este proletariado. Aquí se ha dado el criterio básico de clase, no sólo subjetivo sino también objetivo. Pero no podemos coger el club y decirle: “¡Crea una cultura de clase proletaria!”, porque entonces daría la espalda al proletariado y se cerraría en banda. No, le decimos al club: “Eleva el nivel cultural y cívico de los obreros analfabetos, apenas alfabetizados y semialfabetizados y sienta así las bases de la cultura socialista.” (*Aplausos*)

Esa es la forma correcta de plantear la cuestión. Y por eso Lenin no temía la palabra “culturización”. Era natural que utilizáramos esta palabra con desprecio antes de conquistar el poder, pues los “culturizadores” no comprendían las principales condiciones previas para el trabajo cultural en la amplia escala histórica: la necesidad del derrocamiento de la burguesía y la conquista del poder por el proletariado. Pero una vez conquistado el poder, la culturización se convierte en la parte más importante del trabajo de construcción del socialismo. No podemos adoptar ahora una actitud de desprecio hacia esta palabra. Hoy la palabra culturización, para nosotros, para los revolucionarios, para

⁵⁸ Aleksandr A. Bogdanov (1873-1928) se convirtió en bolchevique en 1903. En 1908 dirigió una tendencia “boicoteadora”, que sostenía que el partido debía trabajar estrictamente a través de organizaciones ilegales durante ese período de reacción. Fue expulsado del Partido Bolchevique en 1909. Tras la Revolución de Octubre, se convirtió en organizador y dirigente de Proletkult. Después de 1921 se dedicó al trabajo científico y médico.

⁵⁹ V. I. Lenin, *Obras Completas, Tomo XXXIII*, Ediciones de Cultura Popular-Akal Editor, Madrid, 1978, página 428. Cursivas de Trotsky.

los comunistas de la república soviética, ha perdido por completo ese matiz que tenía antes.

Sobre la base de la nacionalización de la industria, bajo la dictadura del proletariado, en un país protegido por el monopolio del comercio exterior y defendido por el Ejército Rojo, la tarea principal en la construcción del socialismo equivale a la de llenar la nueva forma de contenido cultural, paso a paso. La labor de culturización es para nosotros una tarea revolucionaria fundamental.

Pero no hace falta decir que no podemos encerrarnos en los límites de un estado soviético protegido por el Ejército Rojo. La cuestión de la revolución mundial se mantiene ante nosotros en toda su magnitud. Hay naciones y estados (y son la mayoría) en los que la cuestión principal no es la de la culturización, sino la de la conquista del poder. Y por eso en el artículo que he citado Lenin dice que nueve décimas partes de nuestro trabajo se reducen a la culturización, si nos abstraemos de las cuestiones de política internacional y de la revolución.

Pero podemos abstraernos de esta cuestión sólo a efectos de argumentación, para aclarar la cuestión. No podemos hacerlo políticamente. Por eso, nuestro trabajo cultural y de culturización en los clubes obreros y a través de los clubes debe estar vinculado, en la mayor medida posible, a nuestro trabajo revolucionario internacional. Debe haber correas de transmisión que conduzcan desde todas las pequeñas poleas de las preocupaciones personales y mezquinas hasta el gigantesco volante de la revolución mundial. Precisamente por eso he señalado cuestiones como los acontecimientos de Italia y Alemania. Son hitos del desarrollo revolucionario que es necesario estudiar para que cada obrero se oriente correctamente en la situación internacional.

Todo (desde los problemas más insignificantes de la fábrica y el taller hasta los problemas más fundamentales de la revolución mundial) debe pasar por el club obrero. Pero para ello es necesario fortalecer el club, mejorarlo, elevar el nivel de calificación de sus directivos y mejorar la situación material del club y de quienes lo integran, y hacerlo por todos los medios posibles.

Lenin escribió que debemos elevar al maestro a una altura como nunca antes se había alcanzado en el mundo. Esta idea se aplica también de manera total y completa a los empleados de los clubes obreros. Tal vez sería conveniente que hiciéramos un experimento en un futuro próximo, poniendo a obreros de primera clase a cargo de algunos clubes, un experimento para ver lo que se puede lograr, dados nuestros recursos, con el material humano que tenemos y con la aplicación de la iniciativa y una perspectiva amplia. Si el club no es una herrería donde se forja la cultura proletaria, es uno de los eslabones más valiosos de nuestro sistema total para influir en las masas trabajadoras y crear una nueva cultura socialista. En la medida en que podamos atraer a capas cada vez más amplias de las masas a la participación en los asuntos públicos, el objetivo del club obrero debe ser llevarlas al leninismo, no como una verdad imponente bajada de lo alto y que exige “arrodíllate ante mí”, sino como una generalización de su propia experiencia, una experiencia que estaba desconectada y fragmentada, que ha sido reunida por el club, generalizada políticamente por el partido, defendida y fortalecida por la autoridad del estado.

Y si podemos utilizar los clubes obreros para enseñar a cada obrero y obrera a deducir los fundamentos del nuevo mundo a partir de los del mundo actual, entonces no sólo los haremos capaces de comprender este mundo, sino también de transformarlo, convirtiéndolo en un mundo más amplio, un mundo más espacioso, un mundo más feliz para vivir. [*Tormenta de aplausos*]

El papel cultural del corresponsal obrero (23 de julio de 1924)

El corresponsal obrero como pequeña palanca en la elevación del nivel cultural

¡Camaradas! La cuestión de las tareas del corresponsal obrero está íntimamente relacionada con la cuestión de la elevación del nivel cultural de la clase obrera. Todos nuestros problemas actuales, grandes y pequeños, dependen esta tarea fundamental. Los comunistas, los miembros del Partido Comunista Ruso, fueron y siguen siendo revolucionarios internacionales. Pero cuando se aplican a las tareas de la república soviética, son ante todo “culturizadores” Antes de la revolución, la palabra “culturización” tenía una connotación peyorativa, casi insultante. “Ese es lo que llaman un culturizador”, implicaba que la persona tenía poco peso. ¿Teníamos razón al pensar así? Sí, la teníamos, porque bajo el zarismo y en las condiciones de un estado burgués, el trabajo cultural primordial tenía que ser unir al proletariado para la conquista del poder, ya que sólo la conquista del poder abre la posibilidad de un trabajo cultural auténtico y de gran alcance.

En el movimiento socialdemócrata alemán, los mencheviques tienen un teórico llamado Hilferding. El otro día, en el órgano teórico del Partido Socialdemócrata Alemán, escribió un artículo cuyo sentido era el siguiente: nosotros, los socialdemócratas alemanes, renunciamos a la actividad revolucionaria en la república alemana; en adelante, dedicaremos nuestras energías al progreso cultural de la clase obrera alemana.” A primera vista, parece que haya dicho casi lo mismo que nosotros: es decir, que el trabajo principal es el trabajo cultural.

¿Dónde radica la diferencia? La diferencia radica en que en Alemania el proletariado no ha tomado el poder estatal. En consecuencia, el trabajo cultural del proletariado alemán está limitado por la existencia de la propiedad privada de los medios de producción y del poder burgués. Y la burguesía, al tener el poder estatal, controla las editoriales, los libros, las escuelas, las bibliotecas, etc., y asigna a la clase obrera sólo lo que ella, la burguesía, considera necesario y en condiciones ventajosas para ella.

Se puede decir, por supuesto, que nosotros tampoco estamos bien en este sentido. Pero, ¿por qué somos pobres en escuelas, libros y periódicos? Porque somos pobres y culturalmente atrasados en general y tenemos muy poco de todo. Pero no tenemos barreras y obstáculos de clase por parte del estado; es decir, no tenemos un poder estatal que tenga interés en cercenar los medios de desarrollo cultural para el proletariado, ya que en nuestro país el poder es de los obreros.

En uno de sus últimos artículos, al que he aludido en otro lugar, Vladimir Ilich explicaba: con la conquista del poder, el planteamiento mismo del socialismo cambia bruscamente. Mientras dure la supremacía burguesa, la lucha por el socialismo significa unir al proletariado para la toma revolucionaria del poder. Esto significa que lo primero que hay que hacer es abrir por la fuerza las puertas del reino del futuro. Pero una vez tomado el poder, es necesario elevar el nivel cultural de las masas trabajadoras, pues es imposible construir el socialismo sobre la base de una cultura subdesarrollada. Por supuesto, para el proletariado alemán, los problemas del trabajo cultural tras la conquista del poder serán incomparablemente más fáciles que para nosotros. Pero tenemos que trabajar en las condiciones en que nos ha colocado toda nuestra historia pasada, y nuestra historia es de opresión brutal, de atraso, de pobreza y de falta de cultura. No se puede saltar fuera de la propia piel. Hay que superar la herencia del pasado. La mayor ventaja, la mayor conquista que la revolución ha ofrecido hasta ahora (y la revolución no es un fin en sí misma, como sabemos, sino sólo un medio) ha sido despertar una poderosa sed de

cultura entre las masas trabajadoras. Un sentimiento de vergüenza por nuestro bajo nivel cultural y una aspiración a mejorar: eso es lo principal que ha provocado la revolución, y a una escala nunca vista, escala que abarca a millones y decenas de millones.

Esta sed de cultura es, por supuesto, especialmente fuerte entre los jóvenes. No hay duda de que la tasa de analfabetismo entre los jóvenes está disminuyendo. Lo vemos entre los nuevos reclutas militares. Pero hay una etapa entre el analfabetismo y la alfabetización en la que una persona es semianalfabeta o insuficientemente alfabetizada. Muchos permanecen demasiado tiempo en esta etapa. Hay muchas personas parcialmente alfabetizadas en el ejército, así como entre los jóvenes de la clase obrera, y particularmente entre los jóvenes campesinos. Es necesario que nuestros periódicos se apoderen de esos semialfabetizados, los atraigan, los induzcan a leer diariamente, les enseñen a leer, aumenten su grado de alfabetización y, a través de la alfabetización, amplíen sus horizontes. Lo que nos lleva a la cuestión que estamos debatiendo hoy.

La clase obrera ha despertado a la necesidad de la cultura. Y los corresponsales obreros son una de las expresiones de este despertar de la clase. Esta es la distinción fundamental entre la organización de los corresponsales obreros y todos los demás grupos de escritores. Los corresponsales obreros son los instrumentos más cercanos y directos con que cuenta la clase obrera recién despertada en su base. Esta relación es la que determina el significado de su trabajo, su papel y el alcance de sus intereses, y es la escala por la que se miden. El corresponsal obrero es receptivo a todo lo que vive y respira la clase obrera. Los corresponsales obreros utilizan sus plumas como palancas. Es una pequeña palanca, pero hay muchos corresponsales obreros, y eso significa que hay muchas pequeñas palancas para elevar la cultura de las masas trabajadoras.

La idea y su exposición

Por supuesto, para tener éxito en el papel de palanca cultural, el corresponsal obrero debe saber escribir. Esto no es fácil, en absoluto. Saber escribir, por supuesto, no significa sólo ser capaz de entender la gramática simple. Significa sobre todo tener la capacidad de encontrar su propia idea, de preguntarse: ¿Qué quiero decir? Aprended, camaradas, a preguntaros esto con más firmeza y seriedad. Esto es algo difícil de hacer. Es mucho más fácil coger la pluma, la tinta, el papel, mojar la pluma en la tinta y garabatear esto o aquello, sin más razón que la de que a veces el lector lee simplemente por falta de algo mejor que hacer. Hay unos cuantos así. Este escrito no es ni exposición ni correspondencia obrera. Es cierto (y es inútil tratar de ocultarlo) que muchos artículos periodísticos de nuestra prensa están escritos según esta receta. Así, la afección del “lenguaje oficial” de los periódicos está bastante extendida. Cuando un periodista no tiene un sentido de las necesidades del lector y, por lo tanto, sólo tiene una vaga idea de qué debe informar, surgen los inevitables lugares comunes: clichés y jergonza. No pretendo ofender con todo esto. La capacidad de especificar la idea principal, de encontrar lo que es necesario para un lector determinado, y lo que necesita en una situación determinada, es el requisito que todo escritor debe imponerse a sí mismo, incluso un corresponsal obrero principiante. No puedo insistir demasiado en este punto. Lo primero es examinarse a sí mismo rigurosamente: ¿De qué quiero hablar? ¿Para quién? ¿Y por qué? Esta es una condición previa para todo lo demás. La cuestión de cómo escribir es también de enorme importancia, pero tiene que venir en segundo lugar.

Últimamente, me he encontrado con muchas discusiones, destinadas a los oídos de los corresponsales obreros, sobre el estilo y la sintaxis... Por supuesto, este es un aspecto muy importante del trabajo. Pero en las discusiones sobre este tema se encuentran muchas tonterías. Por ejemplo, algunos creen pronunciar grandes palabras de sabiduría cuando recomiendan: “escribir con sencillez, al estilo proletario”.

No es tan sencillo escribir con sencillez. Esa recomendación viene esencialmente del pasado, de la época en que la intelectualidad revolucionaria se acercaba a las masas, y se le decía: “Escribid y hablad de forma más sencilla, más clara, más concreta...” Por supuesto, este consejo puede repetirse con resultados incluso hoy en día en muchos casos. Pero decir a los corresponsales obreros: “Escribid con sencillez; no persigáis el estilo”, sería errar por completo. La “sencillez” por sí sola es totalmente inadecuada. Se necesita habilidad; se necesita destreza. Hay que cultivar la manera de exponer, el estilo. Esto es un trabajo; es una tarea; significa estudiar. ¿Cómo hay que abordarlo? En este sentido, también se encuentran algunas instrucciones bastante curiosas. Incluso encontré un consejo que se refería a mí mismo. Cierta camarada dijo a los corresponsales obreros, con fines de instrucción, que para desarrollar mi estilo solía tomar una pluma especial, conseguir cierto tipo de papel especial y... “escribir como un loco”, como dijo; [falta una línea en la fuente].

Me quedé totalmente sorprendido al leer estas líneas. ¿De dónde vienen estas cosas? Permítanme asegurarles, camaradas corresponsales obreros, a ustedes, los escritores más jóvenes, que el estilo no lo desarrolla la pluma o el papel, sino la conciencia, el cerebro. Pregúntense en primer lugar qué quieren decir. Ese es el primer requisito en cuestiones de forma, exposición y estilo, como en todas las demás. Todas las personas son elocuentes a su manera en cuestiones que conocen y les interesan. Por supuesto, la forma de escribir de una persona será más vívida, la de otra más sosa. Diferentes escritores tienen diferentes temperamentos. Pero incluso las personas semianalfabetas escriben de forma persuasiva y con sentido cuando tienen una idea clara de lo que quieren decir en un momento determinado y cuando no escriben simplemente por escribir, sino que intentan conseguir algo, por ejemplo si el reportaje no es simplemente un medio para satisfacer la vanidad de alguien; “aquí está”, dice alguien, “yo, Ivanov, he firmado un artículo”, no es eso, sino el cumplimiento de alguna responsabilidad social; “debo refutar ciertas mentiras o exponer alguna mala situación”, o, por otro lado, “debo hablar a la gente de algo que lo merezca”... Es un gran error pensar que el estilo se puede lograr sólo con medios formales, sin el resorte principal, sin el objetivo social, que impulsa la gente a la acción. Los revolucionarios, en el ámbito de la escritura, como en otros, damos prioridad a la voluntad de actuar: de cambiar algo, de realizar algo, de lograr algo. Y el esfuerzo por desarrollar un estilo de escritura también debe estar subordinado a este fin.

¿De qué se compone un informe? De dos elementos, ambos igualmente necesarios. Uno de ellos es el *hecho*, el otro es el *punto de vista*. Sin hechos, no hay verdadero reportaje. Hay que tenerlo muy presente. La base de una noticia debe ser algo vivo y concreto, además de oportuno: algo que acaba de ocurrir, que tuvo lugar un día o dos antes o no mucho antes. Pero los hechos interesantes sólo pueden anotarse y destacarse si el corresponsal de prensa tiene un punto de vista. Además, para presentar los hechos al lector se puede y se debe tener un determinado punto de vista. Sólo así el reportaje tendrá el impacto educativo adecuado. Tal combinación de hechos vívidos con el punto de vista correcto constituye la esencia del arte de escribir para el corresponsal obrero y para el periodista en general.

Es ridículo, por supuesto, discutir qué es más importante, si los hechos o la opinión. Ambos son necesarios. No hay que ahogar los hechos con la opinión. En primer lugar, relaten los hechos tal y como aparecen, correctamente y de forma interesante. No le peguen al lector en la cabeza con la moraleja de su historia; no le arrastren por el cuello hasta tu conclusión. Dejen que el lector examine los hechos tal y como son. Preséntenlos de forma que la conclusión fluya de forma natural. Sugieran la conclusión a sus lectores de tal manera que no se den cuenta de su instigación. Esto, sin duda, es un arte superior,

en el que debe esforzarse todo corresponsal obrero que quiera convertirse en un colaborador serio de la prensa. Sólo es posible avanzar en esta línea paso a paso, corrigiendo y reformulando asiduamente la escritura, sin estar nunca satisfecho con lo que se ha conseguido, aprendiendo de los demás, verificándose a ustedes mismos a través de sus lectores, ampliando sus conocimientos, sus horizontes y su vocabulario.

En una buena exposición debe haber, en primer lugar, una lógica interna. Es necesario exponer los hechos de forma coherente, es decir, al desarrollar una idea, dar a los lectores la oportunidad de recorrer en su propia mente todos los pasos que los llevarán a la conclusión adecuada. No es raro encontrarse con periodistas u oradores que no desarrollan sus temas de forma coherente, sino que despistan a sus lectores y oyentes con pensamientos o hechos aislados e inconexos que de alguna manera están relacionados con el tema. Esa forma de escribir tan descuidada tiene un efecto destructivo en una idea, igual que la dejadez física en el cuerpo. Cuando se escucha a un orador así, aunque sea joven, se dice uno a sí mismo: “¡Este no llegará lejos!” ya que sólo se puede llegar más lejos trabajando concienzuda y reflexivamente los problemas. Y esto se manifiesta en la exposición. Por muy sencillo que sea el problema, si está bien planteado, la exposición será coherente y fresca. Pero si todo se reduce a clichés, frases y “palabrería”, poned una “X” y escribid “fracasado”.

Cuando escriban, imagínense con la mayor claridad posible cómo sonaría su artículo si lo leyeran en voz alta en su propio taller de la fábrica, o en el de al lado, o en alguna otra planta cercana. Imagínense a una docena de obreros, o a los ciudadanos en general, escuchando su artículo. Piensen con calma y a conciencia en cómo este artículo va a llegar a ellos y a entrar en su conciencia. O, desde otro punto de vista, imaginen que las personas sobre las que están escribiendo una denuncia, por incumplimiento del deber o por algún tipo de irregularidad, están leyendo su artículo, y pregúntense si pueden decir que se ha extralimitado, que ha exagerado, que has tergiversado, que se ha equivocado en algo, que no ha investigado el asunto con el cuidado que debía. Pregúntense si realmente pueden ser culpable de tales acusaciones y si no sería mejor dejar de lado el artículo y volver a verificar los hechos con el cuidado que deberían. La conciencia de un corresponsal es la cualidad más importante; sin ella, todas las demás cualidades son inútiles. Si sus informes resultan ser erróneos, exagerados o simplemente falsos, una, dos o una tercera vez, eso no sólo socavará la confianza en usted, corresponsal obrero Petrov, sino que puede socavar la confianza en la palabra impresa en general entre los lectores atrasados. Tenga en cuenta su propia reputación como reportero del periódico, corresponsal obrero, y más allá de eso, su responsabilidad como guardián del honor y los logros de la prensa soviética.

Por supuesto, todo esto va mucho más allá del problema de la composición y el estilo. Pero, de todos modos, la conexión es muy directa. Un astuto escritor francés dijo hace tiempo: “El estilo es el hombre”, es decir, no es algo externo o superficial, sino algo interno, que expresa la naturaleza del desarrollo, la voluntad y la conciencia de la persona... Para cultivar su estilo, deben cultivarse como seres humanos que piensan y actúan. Y en este proceso, es imposible permanecer quietos.

Estilo popular y accesible

La composición, por supuesto, debe ser siempre lo más accesible posible. Pero, de nuevo, esta es una cuestión muy, muy complicada. La accesibilidad no sólo depende del estilo de la composición, sino sobre todo del fondo del tema que se trata. Como aproximación a este tema, permítanme darles a conocer una carta abierta dirigida a mí que fue enviada a *Rabochaya Gazeta*, pero que me fue remitida por el editor. He aquí el pasaje principal de la carta:

“Pido a los editores de *Rabochaya Gazeta* que publiquen esta carta abierta a L. Trotsky en el periódico. Como corresponsal obrero de nuestro periódico obrero proletario, no puedo guardar silencio sobre lo que me afecta como corresponsal y como defensor de la mejora cultural. Lo que me preocupa es que a menudo encuentro artículos de L. Trotsky en el periódico *Pravda* (al que también estoy suscrito) sobre la vida cotidiana de los trabajadores, la cultura proletaria, el arte, la política del partido en materia de arte, etc. Actualmente los artículos son muy, muy importantes, y el tema es interesante, pero no para todo el mundo. Con esto me refiero a todos los trabajadores, es decir, no es que los artículos no sean interesantes para los trabajadores; al contrario, son muy interesantes. Pero, desgraciadamente, no son del todo comprensibles; y son incomprensibles sólo porque están demasiado llenos de términos y palabras científicas. Por ejemplo, en el número 209, el artículo “La posición del partido ante el arte” incluye “criterios”, “metafísica”, “dialéctica”, “abstracción”, “antagonismo”, “individuo”, etc. Todos ellos exigen una cierta preparación y educación superior por parte del lector. Para el lector medio, y sobre todo para el obrero, son incomprensibles y, por tanto, apenas pueden interesarle. Por eso, por mi parte, solicito al camarada Trotsky que escriba más a menudo este tipo de artículos, pero que se abstenga de usar los mencionados términos y palabras extranjeras y los sustituya por palabras rusas accesibles y populares, para que estos artículos puedan aportar plenamente ese alimento espiritual que tanto anhelan nuestros atrasados lectores de la clase obrera.” Z. Kryachko, 25 de septiembre [1923].

La carta, como ven, es bastante antigua. La respondo aquí, con un poco de retraso. Pero el tiempo no es importante en este asunto, porque la cuestión del uso del lenguaje popular no tiene un significado temporal o efímero. No intentaré demostrar que los artículos de los que habla el camarada Kryachko eran accesibles, o que no había en ellos demasiadas palabras o expresiones extranjeras que podrían haberse redactado de forma más comprensible. Es posible, incluso probable, que tales pecados y descuidos estén presentes en estos artículos. Sin embargo, éste no es el quid de la cuestión del uso del lenguaje popular.

He dicho que el estilo depende en gran medida de lo que una persona sepa y de lo que quiera decir. Lo fundamental es el pensamiento y la voluntad de acción; sólo como elemento auxiliar se desarrolla y se hace visible el estilo. Lo mismo ocurre con el lenguaje popular. No es un fin en sí mismo, sino un medio para un fin. La forma de presentación debe corresponderse con el tema, con el grado de complejidad o de simplicidad inherente al mismo. Por supuesto, es posible incluir demasiadas palabras extranjeras y confundir la idea más elemental. Pero a menudo la dificultad no reside en las palabras ni en la composición en general, sino en el propio tema. Tomemos, por ejemplo, *El Capital* de Marx. ¿Podría haberlo escrito en lenguaje popular eliminando palabras extranjeras? No. ¿Por qué? Porque el tema es muy complicado. Si sustituimos todos los extranjerismos por el producto autóctono, *El Capital* no será ciertamente más comprensible. ¿Por qué? Porque el tema es complicado. Pero, ¿cómo se puede abordar *El Capital*? Intenten leer varios libros más sencillos. Acumulen conocimientos y luego aborden *El Capital*. La principal dificultad es la complejidad del tema.

Pero es incluso más que eso. Si las palabras extranjeras de *El Capital* se sustituyeran por palabras puramente rusas, la composición no sólo no resultaría más clara, sino que, por el contrario, se haría más compleja. Los términos científicos (palabras, denominaciones) denotan conceptos particulares y precisos. Si estos términos establecidos se sustituyen por algunas palabras rusas más o menos apropiadas, la precisión de los términos desaparece y la composición se vuelve más difusa. Es mucho mejor explicar los términos necesarios y luego repetirlos una o dos veces y así introducirlos en la conciencia del lector u oyente. Si el tema fluye directamente de la

experiencia del trabajador, la composición puede y debe presentarse siempre de forma que incluso una persona analfabeta la entienda perfectamente. Pero si el tema no brota directamente de la experiencia individual del trabajador, si el tema se basa en una experiencia incomparablemente más amplia, como, por ejemplo, los problemas matemáticos o científicos y filosóficos generales, es totalmente imposible hacerlos totalmente comprensibles sólo por la forma de exposición. Para ello es necesaria una preparación, una biblioteca cuidadosamente seleccionada que sea una “escalera” hacia arriba, cada libro, un peldaño.

El primer paso para los obreros-lectores atrasados debe ser, naturalmente, los informes de su corresponsal obrero local. ¿Cómo leen un periódico los obreros avanzados, política y teóricamente educados? Comienzan con los despachos más importantes de los servicios de noticias. Sus ojos buscan para descubrir si ha habido o no una agudización de la lucha revolucionaria en algún lugar del mundo, un choque parlamentario, un cambio de gobierno, una amenaza de nueva guerra, etc. De este modo, comienzan, desde el principio, con el gran círculo de acontecimientos y de acontecimientos y demandas.

¿Y cómo se acercan los trabajadores de a pie al periódico? Buscan las noticias o informes que conciernen a su tienda, a su fábrica, o a una fábrica vecina, o a un club cercano, y finalmente, a su propia región o ciudad en su conjunto. Los trabajadores ordinarios empiezan por el círculo más pequeño; cuanto más pequeño es el círculo, más se interesan, porque los hechos que se relatan tocan sus propias vidas de forma mucho más directa.

Todos nuestros problemas y contradicciones culturales-educativas y político-educativas se sitúan entre estos dos círculos. Un círculo es enorme y abarca todo nuestro planeta, toda su vida y sus luchas; el otro círculo es bastante pequeño y sólo abarca lo que está bajo nuestros pies. En el primer círculo de intereses viven los elementos más avanzados, los luchadores experimentados, ilustrados y cultos. Los intereses de los obreros atrasados y de la inmensa mayoría del campesinado están confinados en el segundo, es decir, en el círculo pequeño. Entre el círculo pequeño y el grande hay toda una serie de círculos concéntricos intermedios, que pueden considerarse como escalones. El problema del periódico es ampliar los intereses del lector, conduciéndolo desde el círculo pequeño, paso a paso, poco a poco, hasta el círculo grande. Los corresponsales obreros ocupan un lugar muy importante en esta labor de educación del lector y de ampliación de sus horizontes. Están cerca de sus lectores, los observan día a día, siguen el crecimiento de sus intereses y ayudan a este crecimiento, amplían el círculo de sus informes de noticias y recurren constantemente a la vida y al aprendizaje de los libros para estar siempre por delante de su lector.

El corresponsal obrero, parte constitutiva del sistema soviético

Debemos tener siempre presente la idea de que los trabajadores que no leen periódicos no forman parte de su clase ni de su época... Sea lo que sea lo que se haga, hay que despertar a los trabajadores. Si no son capaces de leer, hay que inducirles a escuchar mientras otros leen. Y para ello hay que captar sus intereses, tocar sus preocupaciones más vitales. ¿Cómo? Con lo que más inmediatamente les concierne. Deben oír que alguien piensa y escribe sobre ellos. ¿Quién puede hacerlo? El corresponsal obrero. Despertar las mentes adormecidas de sus compañeros más atrasados es la primera y principal tarea de todos los corresponsales obreros que se toman en serio su trabajo. El agua de un estanque no se estanca ni se estropea si fluyen en él manantiales frescos. Lo mismo ocurre con un periódico, especialmente en los casos en que existe un monopolio revolucionario de la palabra impresa. Recuerden: siempre existe el peligro del burocratismo periodístico. La redacción tiene sus propios departamentos separados, su

propia burocracia, su propio enfoque y sus costumbres e instrucciones especiales impuestas desde arriba. Pero la vida siempre está cambiando, se desarrollan nuevas capas entre las masas, surgen nuevas cuestiones e intereses. Si el periódico ve las cosas desde un ángulo y el lector desde otro, eso es la muerte para el periódico. El corresponsal obrero no debe permitir que esto ocurra. Los corresponsales obreros no sólo escriben para sus periódicos sobre la vida de las masas. Observan cómo el periódico es recibido por las masas, no sólo sus propias noticias, sino todas las secciones del periódico y todos los artículos.

Escriban en el periódico sobre el propio periódico. Observen qué tipo de libros y folletos nuevos tienen respuesta en el medio obrero, y escriban sobre los libros en el periódico. El periódico no sustituye al libro. Sólo un libro puede cubrir un tema desde todos los ángulos y proporcionar una iluminación científica más profunda. Un corresponsal obrero que sólo escribe y no lee no avanzará; y quien no avanza, retrocede. Los corresponsales obreros deben elevar su propio nivel intelectual respecto a sus lectores mediante la lectura y el estudio. Sus lecturas deben estar orientadas a las cuestiones que la vida ha colocado en el centro de su atención como corresponsales obreros.

El objetivo principal de la organización soviética del estado es atraer a las amplias masas populares al gobierno y enseñarles a gobernar. En ningún caso debemos perder de vista este objetivo. Pero la experiencia de los últimos años nos ha demostrado que la resolución práctica de este problema es mucho más difícil de lo que imaginábamos al principio de la revolución. Somos demasiado atrasados, ignorantes, analfabetos y habitualmente desidiosos; mientras que los problemas prácticos de la construcción económica, por otra parte, son demasiado agudos y apremiantes. Este es el manantial del que brota la tendencia al burocratismo, es decir, la resolución de los problemas a través de las oficinas estatales, sin contar con los trabajadores y a sus espaldas. Aquí, el periódico entra como un poderoso correctivo al trabajo del aparato estatal. El periódico cuenta cómo este trabajo afecta y es percibido en las bases, cómo las bases responden a este trabajo. Ser sensible a esta respuesta y comunicarla en el periódico es la tarea indispensable de los corresponsales obreros. De este modo, pueden reclutar a los lectores del periódico para que se informen sobre el funcionamiento del estado y prepararlos gradualmente para participar ellos mismos en el gobierno.

Los corresponsales obreros no son simples reporteros de periódicos. En absoluto. Son un nuevo e importante componente del sistema soviético. Complementan la actividad de los organismos de gobierno, contrarrestando la burocratización dentro de ellos.

Problemas de la vida cotidiana

El proceso por el que la vida cotidiana de las masas trabajadoras se está desintegrando y formando de nuevo es uno de los asuntos más importantes a los que se enfrenta el corresponsal obrero (ya he hablado y escrito sobre esto más de una vez). Pero los problemas de esta naturaleza son mucho más complicados que los que surgen en los talleres y las fábricas. Aquí, el enfoque correcto es especialmente importante. De lo contrario, es demasiado fácil enredarse.

Los problemas de la vida cotidiana se reducen básicamente a los de la construcción económica y cultural, por un lado, y a las influencias culturales-educativas, por otro lado. Aquí es muy importante aprender a evaluar el propio trabajo de forma correcta y realista, sin dejarse llevar por la emoción. Este trabajo se compone de dos elementos de diferente importancia histórica. Por un lado, se introduce gradualmente el elemento del colectivismo en la vida familiar cotidiana. En este ámbito, a pesar de la modestia de nuestros logros, la dirección de nuestro trabajo nos distingue de manera fundamental de todo lo que se ha hecho a este respecto en los países capitalistas. Pero,

por otra parte, dirigimos nuestra labor en esta dirección para que las masas trabajadoras de nuestro país adquieran los hábitos culturales que ya son comunes a todos los pueblos civilizados: la alfabetización, la lectura de periódicos, la pulcritud, la cortesía, etc. De este modo, al mismo tiempo que el curso fundamental de nuestro trabajo cultural es hacia el socialismo y el comunismo, debemos trabajar simultáneamente para hacer avanzar enormes sectores de nuestro frente cultural, aunque sólo sea hasta el nivel de cultura alcanzado en los estados burgueses avanzados. Este doble carácter, totalmente determinado por las circunstancias de nuestro pasado histórico, debe ser comprendido correctamente para no cometer errores en cuanto al sentido y la sustancia de nuestro trabajo.

Así, por ejemplo, varias sociedades locales para un nuevo modo de vida se han propuesto elaborar una “ética comunista”. Se entiende que esto incluye la eliminación de la grosería, la lucha contra el alcoholismo, el soborno y otros males.

Está absolutamente claro que al plantear la cuestión de esta manera caemos en una cierta ilusión óptica. Parecería que la grosería, el lenguaje soez, el alcoholismo y el soborno fueran característicos de todo el mundo capitalista, y que nosotros emprendiéramos por primera vez la tarea de crear una “ética comunista” limpiando nuestro país de los pecados y vicios antes mencionados. De hecho, en lo que se refiere a la grosería, el lenguaje soez, el soborno, etc., somos los receptores de un terrible legado de la Rusia zarista, que en cuestiones de cultura estuvo a la zaga de los estados europeos durante muchas décadas y, en algunos aspectos, durante siglos. Una buena parte de nuestras tareas culturales y, en consecuencia, de la labor del corresponsal obrero culturizador, consiste en liquidar esta barbarie preburguesa. Subrayo esto porque es muy importante que entendamos correctamente lo que estamos haciendo.

Recordaréis que Marx decía que no se puede juzgar ni a los partidos ni a los individuos por lo que piensan de sí mismos. ¿Por qué? Porque todos los partidos del pasado, en particular los partidos democrático-pequeños burgueses, han albergado ilusiones, ocultándose a sí mismos las lagunas y contradicciones de su propio programa y de su propio trabajo. Los partidos democrático-burgueses no pueden vivir sin ilusiones. Es precisamente en virtud de esto por lo que los mencheviques y los eseristas, por ejemplo, se consideran “socialistas”. Estas ilusiones ocultan el hecho de que, en realidad, están ejecutando funciones en interés de la burguesía. Pero para nosotros, los comunistas, las ilusiones son innecesarias. Somos el único partido que no necesita ilusiones, autoengaños ni falsos colores para llevar a cabo su gran obra histórica. Bautizar la lucha contra la grosería, el alcoholismo y el soborno con algún nombre superceremonioso como “lucha por una ética comunista” o “por la cultura proletaria”, no significa que se acerque el advenimiento del comunismo. Simplemente significa adornar nuestro tosco trabajo preliminar con etiquetas falsas, lo cual es inapropiado e indecoroso para nosotros como marxistas.

No pretendo restar importancia a nuestra lucha cotidiana por elevar el nivel cultural de las masas. Al contrario, todo depende del éxito de esta lucha. En su día dijimos que el piojo del tifus podía devorar al socialismo. La lucha contra el soborno, como contra el piojo, no constituye en sí misma la inculcación de la ética comunista. Pero está claro que es imposible instaurar el comunismo sobre la base de la grosería física y moral.

Tanto en la ciudad como en el pueblo se opina que “un miembro de la Liga de la Juventud Comunista no puede beber”. Este es un logro que debe ser reforzado y desarrollado. Con frecuencia se encontrarán con un charlatán que con una mirada de profundidad comenzará a explicar que la lucha contra el alcoholismo es tolstoyanismo. Es difícil imaginar algo más estúpido o banal.

Para las masas trabajadoras la lucha contra el alcoholismo es una lucha por la supervivencia física, espiritual y, sobre todo, revolucionaria. Apenas hemos empezado a levantarnos. Apenas tenemos lo suficiente para arreglarnos. Sólo podemos aumentar nuestros salarios muy, muy lentamente. Y de hecho los salarios son la base de la vida cotidiana y la base del progreso cultural. El alcohol, al introducirse en la vida cotidiana del trabajador, le arrebató una gran parte de los ingresos salariales y, de este modo, socava el avance de la cultura. Es necesario comprender claramente toda la magnitud de los peligros del alcohol bajo nuestras condiciones, en las que los órganos económicos del país apenas han comenzado a recuperarse después de una peligrosa enfermedad y en todas partes todavía cargan con rastros de enfermedad crónica. El corresponsal obrero debe ser capaz de relacionar íntimamente la lucha contra el alcoholismo con todas las condiciones de vida de un determinado grupo de trabajadores, con todas sus circunstancias fabriles, culturales y domésticas. Y cualquier corresponsal obrero que tome a la ligera el alcoholismo, cuando es el enemigo más malicioso de la revolución y del avance cultural de las masas, no es un verdadero corresponsal obrero.

En relación con los problemas de la vida cotidiana, me preguntan cuál es mi actitud hacia el Movimiento Octubre y si forma parte de la nueva forma de vida. Por supuesto, no es necesario exagerar la importancia del Movimiento Octubre, y no es más aceptable burocratizarlo. Sin duda, representa un paso adelante, una señal de progreso. Hoy mismo he recibido una carta del distrito de Elizavetgrad, uno de los distritos en los que Majnó era más fuerte y que sufrió algunas de las peores pruebas a manos de las bandas de forajidos. Allí, en un pueblo (olvido cuál), unas diez familias ya han organizado un “hogar comunal octubrista”, incluyendo incluso a personas mayores en él. Esto en sí mismo, repito, no cambia la vida cotidiana, pero es una mejora crítica, que revela la aspiración a cosas nuevas. Así es como debemos verlo.

En nuestro país persiste a menudo la creencia religiosa, no tanto en la cabeza de la gente, en su conciencia y convicciones, como en su forma de vida, sus costumbres y circunstancias. Por eso no siempre se puede tener éxito sólo con argumentos científicos. Pero para compensar, se pueden dar golpes muy duros a los prejuicios religiosos mostrando cómo se manifiestan en la vida. Hay que observar con una mirada clara y crítica los bautizos, las bodas o los funerales que se celebran en la iglesia y describirlos con sencillez, o con una risa, si se tiene esa habilidad. Los reportajes sobre la vida religiosa pueden y deben desempeñar un papel mucho más importante en la lucha contra el papel de la iglesia en la vida cotidiana que las intrincadas y rebuscadas caricaturas de algunos de nuestros artistas gráficos.

La cuestión del sexo

Se habla mucho del problema del sexo en la vida cotidiana. El interés por este problema es especialmente fuerte entre nuestros jóvenes, por razones comprensibles. En todo tipo de reuniones se presentan preguntas escritas sobre este tema. El problema se plantea no teóricamente, es decir, no en el sentido de la elucidación marxista del desarrollo de las formas de la familia y de las relaciones sociales y sexuales, sino prácticamente: cómo vivir ahora, cómo son las cosas hoy en día.

Este es un problema difícil. Bajo nuestras condiciones es difícil ofrecer una solución categórica a un problema que, en la práctica, se plantea de forma tan aguda, de forma tan marcada, ya que el problema sexual abarca todo el nudo de problemas de nuestra sociedad y de las relaciones domésticas; y todavía está muy, muy enredado. No puedo desenredarlo aquí, ni siquiera teóricamente. Esto llevaría mucho tiempo y este problema no está en la agenda de hoy. Pero indicaré los rasgos principales, porque el

corresponsal obrero no puede ser en absoluto indiferente a las relaciones, los conflictos y las dificultades que surgen del complejo básico de las relaciones sociosexuales.

Ni que decir tiene que examinamos el problema sexual abiertamente, sin misticismo, sin mentiras ni hipocresías convencionales y, por supuesto, sin cinismo. La generación joven debe ser informada oportunamente tanto de la fisiología como de la higiene social del sexo. Debe haber una alfabetización tanto sexual como política. Esto es lo mínimo que debemos proporcionar. Pero, por supuesto, esto aún está lejos de resolver las contradicciones relacionadas con los aspectos sexuales de la vida bajo las condiciones de transición de nuestro país.

El problema de la vivienda tiene una enorme influencia en este ámbito, como lo tiene en general en todos los ámbitos relativos a la vida privada. La creación de condiciones de vivienda dignas de seres humanos civilizados es un requisito necesario para un gran progreso en términos de cultura y humanidad, así como de relaciones sexuales. Lo mismo ocurre con los comedores sociales, con las instalaciones para la alimentación y la crianza de los niños, y con la situación de los niños en general. Es evidente que todo el trabajo de reorganización de la vida cotidiana según las pautas socialistas, creará condiciones más propicias para la resolución de las actuales contradicciones sexuales.

El proceso del despertar y del desarrollo de la personalidad es y seguirá siendo paralelo a esto. Ser culto es ante todo una cuestión de disciplina interna. Cuando decimos que en el camino hacia el socialismo total y el comunismo el estado como aparato de coacción desaparecerá gradualmente, estamos diciendo también que la fuente de la disciplina necesaria para la nueva sociedad será totalmente interna y no externa. Dependerá del grado de cultura de cada ciudadano. Al igual que las personas en un coro cantan armoniosamente no porque estén obligadas a hacerlo, sino porque les resulta agradable, en el comunismo la armonía de las relaciones responderá a las necesidades personales de cada individuo. En el caso de las relaciones sexuales, esto significa, por un lado, liberarse de las ataduras y limitaciones externas y, por otro, someterse a la disciplina interna de la propia personalidad: de su vida espiritual más rica y de sus necesidades más elevadas.

Por supuesto, esta perspectiva sigue siendo bastante remota. Pero, de todos modos, nos muestra el camino que debemos seguir para encontrar la salida a las actuales contradicciones agudas y dolorosas en el ámbito de las relaciones sexuales. *El trabajo público destinado a reorganizar la vida cotidiana y los esfuerzos individuales encaminados a elevar el nivel de la personalidad en todos los aspectos*: ésta es la prescripción básica que puede darse en respuesta a las siempre numerosas consultas presentadas en materia de sexo. Además, este es el punto de vista con el que el corresponsal obrero debe abordar estos problemas.

La representación de la moral y las costumbres y la nueva literatura

Así, a través del corresponsal obrero, la vida cotidiana de los trabajadores debe contarse y reflexionar sobre sí misma. Hemos tenido muchas discusiones sobre cuáles deben ser los objetivos de la nueva literatura proletaria. Algunos círculos literarios han tratado de convencernos de que la literatura revolucionaria no debe “reflejar” sino “transformar” y, por tanto, que la representación de la moral y las costumbres no tiene cabida en las obras de arte revolucionarias.

Este enfoque es un ejemplo muy evidente de un “trastorno infantil” de la izquierda. No hay ni una pizca de marxismo en él. ¿Cómo se puede transformar algo sin reflejarlo primero? ¿Cómo se puede influir en la vida cotidiana sin conocerla en detalle? Algunas personas (algunos de los comunistas-futuristas) llegan a decir que la literatura

revolucionaria debe darnos un “estándar” (modelos y normas, por así decirlo) de lo que debería ser. Pero esto es claramente un punto de vista sin vida, idealista, profesoral y escolástico. Divide artificialmente el mundo en dos partes: lo que es y lo que debería ser. Dicen, dejemos que los conservadores retraten lo que es, y nosotros (¡oh, qué revolucionarios son!) mostraremos lo que debería ser.

Cuando uno lee este tipo de filosofías, se dice a sí mismo: es como si ni Marx ni Lenin hubieran existido para esta gente. No, no filosofen, señoras y señores: necesitamos desesperadamente un reflejo de la vida de los trabajadores y de su existencia cotidiana que vaya desde los simples informes de los corresponsales obreros hasta las generalizaciones artísticas. No cabe duda de que el desarrollo de una red de corresponsales obreros que amplíen sus horizontes y la gama de sus intereses, y que desarrollen sus técnicas literarias, todo ello, combinado, creará la base de la nueva y más completa literatura de nuestra época de transición.

Con esto, permítanme volver a la discusión de la literatura proletaria para llegar al meollo de la cuestión. Algunos camaradas me acusan de estar supuestamente “en contra” de la literatura proletaria. En el mejor de los casos o, mejor dicho, en el peor, esto puede entenderse como que también me opongo en cierta medida a los corresponsales obreros, ya que son la única voz literaria local y de primera mano del proletariado. A través del corresponsal obrero, el proletariado mira a su alrededor, se mira a sí mismo y relata lo que ve. Si el corresponsal obrero no cumple esta función, entonces no es un corresponsal obrero y debe ser rebajado de categoría.

¿En qué sentido, camaradas, he hablado “contra” la literatura proletaria? No he hablado contra la literatura proletaria, sino contra el hecho de que círculos de escritores desvinculados cuelguen carteles en sus puertas diciendo: “En esta pequeña oficina se está desarrollando la literatura proletaria. No hace falta ir más allá”. ¡No! Crear una cultura proletaria no será tan fácil. Es una tarea mucho más intrincada y complicada que eso. El proletariado está realizando un excelente trabajo en cuanto a la enseñanza y el aprendizaje de la escritura, la enseñanza y el aprendizaje de la composición dramática, la música y el arte. Pero cuando los círculos literarios se crean descuidadamente a partir de una docena de jóvenes escritores conectados con el proletariado sólo por su estado de ánimo, y cuando dicen: “La literatura proletaria es lo que representamos; todo lo demás puede irse al diablo...” Entonces, entonces tenemos que objetar: ¡Ustedes se apresuran demasiado! Confunden sus deseos con la realidad. No nos oponemos porque estemos “en contra” de la literatura proletaria. ¡Qué tontería! Nos oponemos porque es imposible crear una literatura proletaria (si se entiende que no representa a un círculo literario, sino a la clase [proletaria]) por medios tan simples y fáciles. Tienen ante ustedes, en primer lugar, la tarea de elevar el nivel cultural de las masas atrasadas que, desgraciadamente, todavía no entienden ni siquiera de literatura.

Camaradas, hablamos de “literatura burguesa”. ¿Por qué la llamamos burguesa? ¿De dónde ha salido eso? ¿Cómo se compuso? La clase burguesa es rica; por lo tanto, está educada. Tiene tiempo libre, ya que explota al proletariado. Dedicar su tiempo libre a todo tipo de placeres, incluyendo la literatura, el arte, etc. ¿Cómo se forman los escritores burgueses? A menudo son hijos de la pequeña, mediana o gran burguesía, que estudian en escuelas burguesas, viven en familias burguesas, frecuentan los salones burgueses, donde se reúnen con diputados, ingenieros, comerciantes y músicos burgueses, deleitándose con la pequeña charla de la propia burguesía. Así, siempre tienen “su propio” ambiente social, en el que viven y respiran. El escritor, el artista deben tener una acumulación de impresiones cotidianas. ¿Dónde las acumulan? En el ambiente burgués. ¿Por qué? Porque nadan en este ambiente como un pez en el agua. Este es *su* ambiente rico y culto. Y las cosas que absorben, las cosas que inhalan y con las que se intoxican de

esta esfera burguesa, estas cosas las reproducen en sus poemas, narraciones y novelas. Este es, simple y brevemente, el proceso de creación de la literatura burguesa. No surge de golpe. Se creó a lo largo de un período de siglos.

La burguesía ha gobernado durante cientos de años. Incluso antes de tomar el poder, era una clase rica y culta para su época. Y toda la fraternidad artística, incluidos los reporteros de los periódicos (¿se podrían llamar *burzhkor* quizás?)⁶⁰, estos mismos corresponsales burgueses, se alimentaban de todo lo que se veía y oía en las familias burguesas, salones, tiendas, etc. Entonces, ¿cuál fue la condición principal para el desarrollo de la literatura burguesa? La condición principal fue que los escritores burgueses y, en general, el trabajador artístico y la propia burguesía, vivían en un mismo entorno cotidiano y se caracterizaban, a grandes rasgos, por un nivel cultural idéntico. La literatura, la ciencia y el arte son particularmente ricos en aquellos países donde la burguesía era rica y poderosa, donde se había desarrollado y gobernado durante mucho tiempo, subyugando ideológicamente a un gran círculo de personas, donde tenía grandes tradiciones científicas y literarias. En nuestro caso, en el proceso de creación de nuestra literatura clásica, aristocrática, tardía y burguesa, nuestros escritores sólo convivieron con la clase que era capaz de alimentar, apoyar e inspirar a sus escritores.

Si nos preguntáramos, camaradas, si en la actualidad, hoy, nuestro proletariado podría crear tales condiciones para sus propios artistas, escritores y poetas (sí o no), yo respondería: desgraciadamente, todavía no es posible. ¿Por qué? Porque el proletariado sigue siendo el proletariado. Para enviar a los escritores o artistas proletarios principiantes a la escuela para que estudien, para que se desarrollen, bajo las condiciones actuales debemos arrancarlos de la producción, de la fábrica, e incluso en parte de la vida cotidiana de la clase obrera en general. Hasta ese momento, mientras el proletariado siga siendo un proletariado, incluso la intelectualidad que surja del seno de la clase obrera estará inevitablemente, en mayor o menor grado, al margen de ella.

Aunque Marx y Lenin no eran obreros, gracias al genio de su intelecto fueron capaces de comprender el curso del desarrollo de la clase obrera y de expresarlo en términos científicos. Pero para que los poetas y novelistas sientan el estado de ánimo de las amplias masas obreras y lo expresen en la literatura y la poesía, deben estar constante e inseparablemente vinculados con las masas obreras en la vida cotidiana, en las experiencias diarias. Y este no es el caso ahora, y realmente no puede ser el caso hasta que hayamos creado las condiciones previas para una nueva cultura genuinamente de masas. Y estas condiciones son: en primer lugar, la alfabetización; en segundo lugar, la verdadera alfabetización, y no el semianalfabetismo; y, en tercer lugar, una población universalmente bien informada. Y esto supone una seguridad material general, es decir, unas condiciones de vida tales que la gente disponga de una gran cantidad de tiempo libre, no sólo para relajarse, sino para autoeducarse y autoformarse. En otras palabras, esto supone un avance material y espiritual hasta un nivel tal que la clase trabajadora en su gran mayoría, y no sólo sus elementos principales, llegue a dominar toda la cultura humana.

¿El camino hacia esto es grande o pequeño, largo o corto? Es tan largo o corto como todo nuestro camino hacia el socialismo completo y desarrollado, ya que la única manera de elevar a todo el proletariado, y tras él a las masas campesinas, a un nivel cultural en el que ya no habría una enorme brecha cultural entre lectores y escritores,

⁶⁰ *Burzhkor*, Trotsky hace un juego de palabras. En todo el texto en ruso, la abreviatura *rabkor*, de la primera época soviética, se utiliza para “corresponsal obrero”. Es una contracción de las palabras rusas *rabochiy* (trabajador) y *korrespondent* (corresponsal). Con la palabra *burzhkor* (corresponsal burgués), Trotsky está creando un paralelismo imaginario con el mundo burgués, utilizando una contracción de las palabras rusas *burzhuanzhnyi* y *korrespondent*. Nota del traductor al inglés.

artistas y espectadores, es fortaleciendo y desarrollando el socialismo. ¿Y qué tipo de cultura será ésta? ¿Cultura proletaria? No, será cultura socialista porque el proletariado, a diferencia de la burguesía, no puede ni quiere seguir siendo la clase dominante para siempre. Al contrario, el proletariado tomó el poder para dejar de serlo lo antes posible. En el socialismo no hay proletariado, sino una vasta y culta cooperativa de productores y, en consecuencia, un arte producido cooperativamente, o socialista.

Por supuesto, entre los jóvenes grupos literarios que surgen ahora de las filas del proletariado o que se acercan al proletariado, hay poetas, novelistas, etc., con talento o al menos prometedores. Pero su trabajo representa hasta ahora una gota de agua que no permite satisfacer al proletariado sólo con este arte. Debemos hacer todo lo posible para ayudar a estos primeros brotes de creatividad artística proletaria, pero al mismo tiempo es imposible permitir violaciones de perspectiva tan escandalosas como cuando un pequeño grupo literario joven se declara el vehículo de la “literatura proletaria”. Semejante autoevaluación se basa en una falsa comprensión de todo el curso del desarrollo histórico-cultural del proletariado, que todavía tiene una necesidad muy, muy grande de escolarizarse en el arte burgués, de adquirir para sí lo mejor de lo creado por ese arte, de elevar su propio nivel artístico y asegurar así las condiciones para un auténtico arte socialista de masas. En este proceso cada grupo literario-proletario separado puede tener su pequeño lugar, pero ninguno puede tener el monopolio.

Por supuesto, el proletariado se acerca al arte burgués a su manera proletaria, al igual que a las mansiones de la nobleza. En efecto, el proletariado no deriva su punto de vista de clase del arte; al contrario, lleva su punto de vista al arte. Y aquí también el corresponsal obrero debe prestar su ayuda. Debe convertirse en el intermediario entre las amplias masas, por un lado, y la literatura y el arte en general, por otro lado. ¿Qué leen los trabajadores? ¿Qué leen las mujeres trabajadoras? ¿Qué tipo de obras artísticas les gustan? ¿Cómo las leen? ¿Aplicarán las conclusiones a sus propias vidas? El corresponsal obrero debe espiar, escuchar y relatar todo esto.

Los periódicos murales que cuelgan en esta sala, y en cuya creación los corresponsales obreros han desempeñado un papel tan activo, representan por supuesto un logro muy valioso en el proceso de nuestra lucha por elevar el nivel cultural de las masas.

Su enorme importancia radica en su origen local. Y tomamos nota, elogiamos y premiamos (sobre todo con una colección de obras de Lenin) a los escritores y artistas de la fábrica que mejor compusieron y decoraron sus periódicos murales. Al mismo tiempo, camaradas, estos periódicos murales, impresos a mano, nos recuerdan nuestra pobreza y nuestro atraso cultural y lo mucho que tenemos que aprender para ponernos al nivel cultural de las naciones burguesas avanzadas, conservando y fortaleciendo, por supuesto, nuestros fundamentos socialistas. Nuestra prensa, incluidos nuestros periódicos murales, expresa ideas inconmensurablemente superiores a las “ideas” que desarrolla la prensa burguesa. Pero si se toma, digamos, un periódico inglés desde el punto de vista de la variedad del material, la habilidad y el atractivo de la presentación, la ilustración y la técnica, habrá que decir: ¡Cuánta ventaja nos llevan! Tienen, además de los grandes periódicos, numerosos periódicos pequeños y especiales dedicados a los intereses o necesidades particulares de un comercio, una corporación o un barrio, y que reflejan todos los aspectos de su vida. Mientras tanto, nosotros tenemos que crear a mano periódicos murales, que sólo sacamos una vez al mes y a veces no tan a menudo. O comparen nuestra prensa con la norteamericana. En toda la Unión Soviética tenemos ahora menos de quinientos periódicos con una tirada general de dos millones y medio. En Norteamérica hay unos 20.000 periódicos con una tirada de más de 250 millones, es decir, aproximadamente cien veces más que nosotros. Y la población de Estados Unidos es

menor que la nuestra en 20 millones. Debemos tener siempre presentes estas cifras. Es imposible olvidar nuestro propio atraso. Por cierto, ahí es donde el atraso cultural adquiere su siniestra fuerza: adormece la conciencia; pero lo que necesitamos es una conciencia siempre vigilante. Sólo entonces venceremos a todos nuestros enemigos, incluido el más poderoso, nuestra propia incultura.

Sobre la crítica y la denuncia

Para terminar, me gustaría hablar una vez más sobre la crítica y denuncia de todos nuestros casos de mal funcionamiento. Esto es fácil y difícil al mismo tiempo. Es fácil porque las disfunciones son muchas. No hay que buscarlas; basta con mirar a nuestro alrededor. Es difícil porque las razones del mal funcionamiento son muy complejas y no siempre es fácil descubrirlas inmediatamente.

Siempre estamos en proceso de “solucionar las cosas”. La propia expresión “se solucionará” es, como sabemos, bastante corriente entre nosotros. A Vladimir Illich le disgustaban mucho estas palabras y las repetía siempre con ironía: “Se solucionará... lo que significa que no se ha solucionado, y nadie sabe cuándo se solucionará”. Con frecuencia la expresión “se solucionará” oculta la incompetencia, el egoísmo y la irreflexión, pero también puede reflejar condiciones objetivas difíciles y todo tipo de carencias y deficiencias. Separar las razones objetivas del mal funcionamiento de las subjetivas, la desgracia de la culpa, es muy difícil. Así, no es fácil hacer una evaluación general de la situación en una fábrica, una escuela o un departamento militar: ¿Están mejorando las cosas? ¿Ha habido grandes éxitos? ¿Hay que alabar o culpar al líder? Es posible tomar una fábrica cualquiera y, al inspeccionarla, ofrecer dos imágenes contradictorias: en un caso, uno podría enumerar todos los hechos e incidentes relacionados con el mal funcionamiento, la desorganización, la utilización irracional de la mano de obra o de los materiales, etc., y, aun así, quedarse con un gran número de estos hechos. Pero es posible abordar esto de otra manera: reunir todas las mejoras, cualquier tipo de logros en los últimos dos o tres años, y tales mejoras son también numerosas. Si se reúnen de este modo los logros, cerrando los ojos a todos los defectos, se obtiene una imagen muy reconfortante.

Por eso, en nuestras complejas y difíciles condiciones de transición, los inspectores y, en consecuencia, también los corresponsales obreros, caen tan fácilmente víctimas de sus propias debilidades subjetivas, de su propia arbitrariedad crítica y, aún más, de la voluntad. Y cuando los que han sido inspeccionados o reprendidos en la prensa ven que las conclusiones de una inspección se basan sólo en impresiones superficiales o en prejuicios personales, es evidente que ese examen o investigación no les estimula nada; al contrario, mata su espíritu y, por tanto, desbarata todo el propósito.

Los corresponsales obreros deben evitar este peligro como a la peste. Por supuesto, a menudo cometerán errores de juicio y evaluación. En todos los quehaceres hay una posibilidad de error, y en el trabajo periodístico más que en ningún otro. Pero la parcialidad, la arbitrariedad y la irresponsabilidad son cosas que un corresponsal obrero no puede ni debe permitir. Al mismo tiempo que luchan contra la arbitrariedad, los corresponsales obreros no deben convertirse en fuentes de arbitrariedad en sus simpatías, evaluaciones y conclusiones. El sentido de la responsabilidad para llevar a cabo nuestro trabajo debe jugar un papel principal en todas sus actividades. El corresponsal obrero es un órgano de la conciencia social, que vigila, expone, exige, persiste. No puede ser de otra manera. El corresponsal obrero escribe sobre los casos de mal funcionamiento y espera que se eliminen. Pero no siempre se eliminan inmediatamente.

Esto, pues, abre el único ámbito de actividad genuino para los corresponsales obreros. Es muy fácil, después de un fracaso, echarse las manos a la cabeza. Pero los

corresponsales obreros que son luchadores actúan de otra manera. Saben que es mucho más fácil encontrar el mal funcionamiento que eliminarlo. También saben que un periódico se hace notar, no de golpe, sino a base de repetir, de mantener la presión, día tras día. Los corresponsales obreros aprovechan todas las nuevas oportunidades y encuentran nuevas formas, utilizando nuevas circunstancias o detalles, para exponer estos casos de mal funcionamiento. Además, siguen estudiando el problema por sí mismos, abordándolo primero desde un ángulo y luego desde otro, para comprender más claramente sus raíces y atacar con mayor precisión su causa principal.

Un corresponsal obrero necesita autocontrol; un corresponsal obrero necesita el temperamento de un luchador. Incluso en el ámbito político más amplio no lo hemos ganado todo de inmediato. Hemos pasado por décadas de lucha clandestina, seguidas de 1905, luego la derrota, y de nuevo la clandestinidad; luego vino 1917, la revolución de febrero, la guerra civil... Nuestro partido demostró la mayor tenacidad en la lucha revolucionaria y a través de ella, y venció. Los corresponsales obreros deben estar totalmente imbuidos del espíritu del partido comunista: el espíritu de lucha, la tenacidad y el compromiso revolucionario. El corresponsal obrero debe ser comunista, debe vivir no sólo de acuerdo con la letra, sino también con el espíritu de las enseñanzas de Lenin, lo que significa crítica y autocritica constante. No crean todo lo que oigan; no vivan de rumores; confirmen las cifras, confirmen los hechos; estudien, critiquen, esfuércense; luchen contra la arbitrariedad y el sentimiento de que no hay defensa contra la injusticia; persistan, presionen con sus puntos de vista, amplíen su campo de comprensión ideológica; avancen y empujen a los demás hacia adelante; ¡sólo entonces serán auténticos y verdaderos corresponsales obreros! (*Aplausos atronadores*)

Termidor en el hogar

(1936)

La revolución de octubre cumplió honradamente su palabra en lo que respecta a la mujer. El nuevo régimen no se contentó con darle los mismos derechos jurídicos y políticos que al hombre, sino que hizo (lo que es mucho más) todo lo que podía, y en todo caso, infinitamente más que cualquier otro régimen para ofrecerle realmente acceso a todos los dominios culturales y económicos. Pero ni el “todopoderoso” parlamento británico, ni la más poderosa revolución pueden hacer de la mujer un ser idéntico al hombre, o hablando más claramente, repartir por igual entre ella y su compañero las cargas del embarazo, del parto, de la lactancia y de la educación de los hijos. La revolución trató heroicamente de destruir el antiguo “hogar familiar” corrompido, institución arcaica, rutinaria, asfixiante, que condena a la mujer de la clase trabajadora a los trabajos forzados desde la infancia hasta su muerte. La familia, considerada como una pequeña empresa cerrada, debía ser sustituida, según la intención de los revolucionarios, por un sistema acabado de servicios sociales: maternidades, casas cuna, jardines de infancia, restaurantes, lavanderías, dispensarios, hospitales, sanatorios, organizaciones deportivas, cines, teatros, etc. La absorción completa de las funciones económicas de la familia por la sociedad socialista, al unir a toda una generación por la solidaridad y la asistencia mutua, debía proporcionar a la mujer, y en consecuencia, a la pareja, una verdadera emancipación del yugo secular. Mientras que esta obra no se haya cumplido, cuarenta millones de familias soviéticas continuarán siendo, en su gran mayoría, víctimas de las costumbres medievales de la servidumbre y de la histeria de la mujer, de las humillaciones cotidianas del niño, de las supersticiones de una y otro. A este respecto, no podemos permitirnos ninguna ilusión. Justamente por eso, las modificaciones sucesivas

del estatuto de la familia en la URSS caracterizan perfectamente la verdadera naturaleza de la sociedad soviética y la evolución de sus capas dirigentes.

No fue posible tomar por asalto la antigua familia, y no por falta de buena voluntad; tampoco porque la familia estuviera firmemente asentada en los corazones. Por el contrario, después de un corto periodo de desconfianza hacia el estado y sus casas cuna, sus jardines de infancia y sus diversos establecimientos, las obreras, y tras ellas, las campesinas más avanzadas, apreciaron las inmensas ventajas de la educación colectiva y de la socialización de la economía familiar. Por desgracia, la sociedad fue demasiado pobre y demasiado poco civilizada. Los recursos reales del estado no correspondían a los planes y a las intenciones del partido comunista. La familia no puede ser abolida: hay que reemplazarla. La emancipación verdadera de la mujer es imposible en el terreno de la “miseria socializada”. La experiencia reveló bien pronto esta dura verdad, formulada hacía cerca de 80 años por Marx.

Durante los años de hambre, los obreros se alimentaron tanto como pudieron (con sus familias en ciertos casos) en los refectorios de las fábricas o en establecimientos análogos, y este hecho fue interpretado oficialmente como el advenimiento de las costumbres socialistas. No hay necesidad de detenernos aquí en las particularidades de los diversos periodos (comunismo de guerra, Nep, el primer plan quinquenal) a este respecto. El hecho es que desde la supresión del racionamiento del pan, en 1935, los obreros mejor pagados comenzaron a volver a la mesa familiar. Sería erróneo ver en esta retirada una condena del sistema socialista que no se había puesto a prueba. Sin embargo, los obreros y sus mujeres juzgaban implacablemente “la alimentación social” organizada por la burocracia. La misma conclusión se impone en lo que respecta a las lavanderías socializadas en las que se roba y se estropea la ropa más de lo que se lava. ¡Regreso al hogar! Pero la cocina y el lavado a domicilio, actualmente alabados con cierta confusión por los oradores y los periodistas soviéticos, significan el retorno de las mujeres a las cacerolas y a los lavaderos, es decir, a la vieja esclavitud. Es muy dudoso que la resolución de la Internacional Comunista sobre “la victoria completa y sin retroceso del socialismo en la URSS” sea, después de esto, muy convincente para las amas de casa de los arrabales.

La familia rural, ligada no solamente a la economía doméstica, sino además a la agricultura, es infinitamente más conservadora que la familia urbana. Por regla general, sólo las comunas agrícolas poco numerosas establecieron, en un principio, la alimentación colectiva y las casas cuna. Se afirmaba que la colectivización debía producir una transformación radical en la familia: ¿no se estaba en vías de expropiar, junto con sus vacas, los pollos del campesino? En todo caso, no faltaron comunicados sobre la marcha triunfal de la alimentación social en los campos. Pero cuando comenzó el retroceso, la realidad disipó enseguida las brumas del bluf. Generalmente el koljós no proporciona al campesino más que el trigo que necesita y el forraje de sus bestias. La carne, los productos lácteos y las legumbres provienen casi enteramente de la propiedad individual de los miembros de los koljoses. Desde el momento en que los alimentos más importantes son fruto del trabajo familiar, no puede hablarse de alimentación colectiva. Así es que las parcelas pequeñas, al dar una nueva base al hogar, abruman a la mujer bajo un doble fardo.

El número de plazas existentes en las casas cuna en 1932 era de 600.000, y había cerca de cuatro millones de plazas temporales para la época del trabajo en el campo. En 1935 había cerca de 5.600.000 lechos en las casas cuna, pero las plazas permanentes eran, como antes, mucho menos numerosas. Por lo demás, las casas cuna existentes, aun las de Moscú, Leningrado y los grandes centros, están muy lejos de satisfacer las exigencias más modestas. “Las casas cuna en las que los niños se sienten peor que en su hogar, no son más que malos asilos”, dice un gran periódico soviético. Después de esto, es natural

que los obreros bien pagados se abstengan de enviar allí a sus hijos. Para la masa de trabajadores, estos “malos asilos” son aún poco numerosos. Recientemente, el ejecutivo ha decidido que los niños abandonados y los huérfanos serían confiados a particulares; el estado burocrático reconoce así, por boca de su órgano más autorizado, su incapacidad para desempeñar una de las funciones sociales más importantes. El número de niños recibidos en los jardines ha pasado en cinco años, de 1930 a 1935, de 370.000 a 1.181.000. La cifra de 1930 asombra por su insignificancia. Pero la de 1935 es ínfima en relación a las necesidades de las familias soviéticas. Un estudio más profundo haría ver que la mayor, y en todo caso, la mejor parte de los jardines de infancia está reservada a las familias de los funcionarios, técnicos, estajanovistas, etc.

No hace mucho tiempo el ejecutivo ha tenido que admitir, igualmente, que “la decisión de poner un término a la situación de los niños abandonados e insuficientemente vigilados se ha aplicado débilmente”. ¿Qué oculta ese suave lenguaje? Sólo sabemos ocasionalmente por las observaciones publicadas en los periódicos con minúsculos caracteres, que más de un millar de niños viven en Moscú, aun en su mismo hogar, “en condiciones extremadamente penosas”; que en los orfanatos de la capital existen 1.500 adolescentes que no saben qué hacer y que están destinados al arroyo; que en dos meses del otoño (1935) en Moscú y Leningrado, “7.500 padres han sido objeto de persecuciones por haber dejado a sus hijos sin vigilancia”. ¿Qué utilidad tienen estas persecuciones? ¿Cuántos millares de padres las han evitado? ¿Cuántos niños, colocados en el hogar en las condiciones más penosas” no han sido registrados por la estadística? ¿En qué difieren las condiciones “más” penosas de las simplemente penosas? Estas preguntas quedan sin respuesta. La infancia abandonada, visible o disimulada, constituye una plaga que alcanza enormes proporciones a consecuencia de la gran crisis social, durante la cual la desintegración de la familia es mucho más rápida que la formación de las nuevas instituciones que la pueden reemplazar.

Las mismas observaciones ocasionales de los periódicos, junto con la crónica judicial, informan al lector que la prostitución, última degradación de la mujer en provecho del hombre capaz de pagar, existe en la URSS. El otoño último, *Izvestia* publicó repentinamente que “cerca de mil mujeres que se entregaban en las calles de Moscú al comercio secreto de su carne, acaban de ser detenidas”. Entre ellas: ciento setenta y siete obreras, noventa y dos empleadas, cinco estudiantes, etc. ¿Qué las arrojó a la calle? La insuficiencia de salario, la pobreza, la necesidad de “procurarse un suplemento para comprar zapatos, un traje”. En vano hemos tratado de conocer, aunque fuese aproximadamente, las proporciones de este mal social. La púdica burocracia soviética impone el silencio a la estadística. Pero ese silencio obligado basta para comprobar que la “clase” de prostitutas soviéticas es numerosa. No puede tratarse aquí de una supervivencia del pasado, puesto que las prostitutas se reclutan entre las mujeres jóvenes. Nadie pensará en reprocharle personalmente al régimen soviético esta plaga tan vieja como la civilización. Pero es imperdonable hablar del triunfo del socialismo mientras subsista la prostitución. Los periódicos afirman, en la medida en que les está permitido tocar este delicado punto, que la prostitución decrece; es posible que esto sea cierto en comparación con los años de hambre y, de desorganización (1931-33). Pero el regreso a las relaciones basadas en el dinero provoca inevitablemente un nuevo aumento de la prostitución y de la infancia abandonada. Donde hay privilegios también hay parias.

El gran número de niños abandonados es, indiscutiblemente, la prueba más trágica y más infalible de la penosa situación de la madre. Aun la optimista *Pravda* se ve obligada a publicar amargas confesiones a este respecto: “El nacimiento de un hijo es para muchas mujeres una seria amenaza”. Justamente por eso, el poder revolucionario ha dado a la mujer el derecho al aborto, uno de sus derechos cívicos, políticos y culturales esenciales

mientras duren la miseria y la opresión familiar, digan lo que digan los eunucos y las solteronas de uno y otro sexo. Pero este triste derecho es transformado por la desigualdad social en un privilegio. Los fragmentarios informes que proporciona la prensa soviética sobre la práctica de los abortos son asombrosos: “Ciento noventa y cinco mujeres mutiladas por las comadronas; treinta y tres obreras, veintiocho empleadas, sesenta y cinco campesinas de koljoses, cincuenta y ocho amas de casa, se hallan en un hospital de una aldea del Ural”. Esta región sólo difiere de las otras en que los datos que le conciernen han sido publicados. ¿Cuántas mujeres al año son mutiladas en toda la URSS por los abortos mal hechos?

Después de haber demostrado su incapacidad para proporcionar los socorros médicos necesarios y las instalaciones higiénicas para las mujeres obligadas a recurrir al aborto, el estado cambia bruscamente y se lanza a la vía de las prohibiciones. Y, como en otros casos, la burocracia hace de la necesidad virtud. Uno de los miembros de la Corte Suprema Soviética, Soltz, especializado en problemas del matrimonio, justifica la próxima prohibición del aborto diciendo que, como la sociedad socialista carece de desocupación, etc., etc., la mujer no puede tener el derecho de rechazar “las alegrías de la maternidad”. Filosofía de cura que dispone, además, del puño del gendarme. Acabamos de leer en el órgano central del partido que el nacimiento de un hijo es, para muchas mujeres (y sería justo decir que para la mayor parte), “una amenaza”. Acabamos de oír que una alta autoridad atestigua que “la liquidación de la infancia abandonada y descuidada se realiza débilmente”, lo que significa, ciertamente, un aumento de la infancia abandonada; y ahora, un alto magistrado nos anuncia que en el país donde “es dulce vivir” los abortos deben ser castigados con la prisión, exactamente como en los países capitalistas en los que es triste vivir. Se adivina de antemano que en la URSS, como en occidente, serán sobre todo las obreras, las campesinas, las criadas que no pueden ocultar su pecado, las que caerán en manos de los carceleros. En cuanto a “nuestras mujeres”, que piden perfumes de buena calidad y otros artículos de este género, continuarán haciendo lo que les plazca, bajo la mirada de una justicia benévola. “Tenemos necesidad de hombres”, añade Soltz cerrando los ojos ante los niños abandonados. Si la burocracia no hubiera puesto en sus labios el sello del silencio, millones de trabajadoras podrían responderle: “haced vosotros mismos a vuestros hijos”. Evidentemente estos señores han olvidado que el socialismo debería eliminar las causas que empujan a la mujer al aborto, en vez de hacer intervenir indignamente al policía en la vida íntima de la mujer para imponerle “las alegrías de la maternidad”.

El proyecto de ley sobre el aborto fue sometido a una discusión pública. El filtro de la prensa soviética tuvo que dejar pasar, a pesar de todo, numerosas quejas y protestas ahogadas. La discusión cesó tan bruscamente como había comenzado. El 27 de junio de 1936, el gobierno hizo de un proyecto infame, una ley tres veces infame. Hasta algunos de los apologistas oficiales de la burocracia se incomodaron. Louis Fisher escribió que la nueva ley era, en suma, una deplorable equivocación. En realidad, esta ley, dirigida contra la mujer pero que establece para las damas un régimen de excepción, es uno de los frutos legítimos de la reacción termidoriana⁶¹.

La rehabilitación solemne de la familia que se llevó a cabo (coincidencia providencial) al mismo tiempo que la del rublo, ha sido una consecuencia de la insuficiencia material y cultural del estado. En lugar de decir: aún somos demasiado indigentes y demasiado incultos para establecer relaciones socialistas entre los hombres, nuestros hijos lo harán, los jefes del régimen recogen los trastos rotos de la familia e

⁶¹ Ley derogada posteriormente. Ed. Fr.

imponen, bajo la amenaza de los peores rigores, el dogma de la familia, fundamento sagrado del “socialismo triunfante”. Se mide con pena la profundidad de este retroceso.

La nueva legislación arrastra todo y a todos, al literato como al legislador, al juez y a la milicia, al periódico y a la enseñanza. Cuando un joven comunista, honrado y cándido, se permite escribir a su periódico: “harías mejor en abordar la solución de este problema. ¿Cómo puede la mujer evadirse de las tenazas de la familia?”, recibe un par de desaires y calla. El alfabeto del comunismo es considerado como una exageración de la izquierda. Los prejuicios duros y estúpidos de las clases medias incultas, renacen entre nosotros con el nombre de moral nueva. ¿Y qué sucede en la vida cotidiana de los rincones perdidos del inmenso país? La prensa sólo refleja en proporción ínfima la profundidad de la reacción termidoriana en el dominio de la familia.

Como la noble pasión de los predicadores crece en intensidad al mismo tiempo que aumentan los vicios, el noveno mandamiento ha alcanzado gran popularidad entre las capas dirigentes. Los moralistas soviéticos no tienen más que renovar ligeramente la fraseología. Se inicia una campaña en contra de los divorcios, demasiado fáciles y demasiado frecuentes. El pensamiento creador del legislador anuncia ya una medida “socialista”, que consiste en cobrar el registro del divorcio y en aumentar la tarifa en caso de repetición. De manera que no nos equivocamos al afirmar que la familia renace, al mismo tiempo que se consolida nuevamente el papel educador del rublo. Es de esperar que la tarifa no sea un obstáculo para las clases dirigentes. Las personas que disponen de buenos apartamentos, de coches y de otros elementos de bienestar, arreglan siempre sus asuntos privados sin publicidad superflua. La prostitución sólo tiene un sello infamante y penoso en los bajos fondos de la sociedad soviética; en la cúspide de esta sociedad, en donde el poder se une a la comodidad, reviste la forma elegante de menudos servicios recíprocos y aun el aspecto de la “familia socialista”. Sosnovsky ya nos ha dado a conocer la importancia del factor “autoharén” en la degeneración de los dirigentes.

Los “amigos” líricos y académicos de la URSS tienen ojos para no ver. La legislación del matrimonio instituida por la revolución de octubre, que en su tiempo fue objeto de legítimo orgullo para ella, se ha transformado y desfigurado por amplios empréstitos tomados del tesoro legislativo de los países burgueses. Y, como si se tratara de unir la burla a la traición, los mismos argumentos que antes sirvieron para defender la libertad incondicional del divorcio y del aborto (“la emancipación de la mujer”, “la defensa de los derechos de la personalidad”, “la protección de la maternidad”), se repiten actualmente para limitar o prohibir uno y otro.

El retroceso reviste formas de una hipocresía desalentadora, y ya mucho más lejos de lo que exige la dura necesidad económica. A las razones objetivas de regreso a las normas burguesas, tales como el pago de pensiones alimenticias al hijo, se agrega el interés social de los medios dirigentes en enraizar el derecho burgués. El motivo más imperioso del culto actual a la familia es, sin duda alguna, la necesidad que tiene la burocracia de una jerarquía estable en las relaciones sociales, y de una juventud disciplinada por cuarenta millones de hogares que sirven de apoyo a la autoridad y el poder.

Cuando se esperaba confiar al estado la educación de las jóvenes generaciones, el poder, lejos de preocuparse por sostener la autoridad de los mayores, del padre y de la madre especialmente, trató, por el contrario, de separar a los hijos de la familia para inmunizarlos contra las viejas costumbres. Todavía recientemente, durante el primer periodo quinquenal, la escuela y las Juventudes Comunistas solicitaban ampliamente la ayuda de los niños para desenmascarar al padre ebrio o a la madre creyente, para avergonzarlos, para tratar de “reeducarlos”. Otra cosa es el éxito alcanzado... De todas maneras, este método minaba las bases mismas de la autoridad familiar. En este dominio,

se realizó una transformación radical que no estuvo desprovista de importancia. El quinto mandamiento se ha vuelto a poner en vigor al mismo tiempo que el noveno, sin invocación de la autoridad divina por el momento, es cierto; pero la escuela francesa tampoco emplea este atributo, lo cual no le impide inculcar la rutina y el conservadurismo.

El respeto a la autoridad de los mayores ya ha provocado, por lo demás, un cambio de política hacia la religión. La negación de Dios, de sus milagros y de sus ayudantes, era el elemento de división más grave que el poder revolucionario hacía intervenir entre padres e hijos. Sobrepasando el progreso de la cultura, de la propaganda seria y de la educación científica, la lucha contra la iglesia, dirigida por hombres de tipo Yaroslavsky, degeneraba frecuentemente en bufonadas y vejaciones. El asalto a los cielos ha cesado como el asalto a la familia. Cuidadosa de su buena reputación, la burocracia ha pedido a los jóvenes ateos que depongan las armas y se dediquen a leer. Esto no es más que un comienzo. Un régimen de neutralidad irónico se establece poco a poco respecto a la religión. Primera etapa. No sería difícil predecir la segunda y la tercera, si el curso de los acontecimientos no dependiera más que de las autoridades establecidas.

La hipocresía de las opiniones dominantes eleva, siempre y en todas partes, al cubo o al cuadrado, los antagonismos sociales; ésta es, poco más o menos, la ley del desarrollo de las ideas traducida a lenguaje matemático. El socialismo, si merece este nombre, significa relaciones desinteresadas entre los hombres, una amistad sin envidias ni intrigas, el amor sin cálculos envilecedores. La doctrina oficial declara que estas normas ideales ya se han realizado, con tanta más autoridad cuanto más enérgicas son las protestas de la realidad en contra de semejantes afirmaciones. El nuevo programa de las juventudes comunistas soviéticas, adoptado en abril de 1936, dice: “Una nueva familia, de cuyo florecimiento se encarga el estado soviético, se ha creado sobre el terreno de la igualdad real del hombre y de la mujer”. Un comentario oficial añade: “Nuestra juventud sólo busca al compañero o a la compañera por el amor. El matrimonio burgués de intereses no existe en nuestra nueva generación” (*Pravda*, 4 de abril de 1936). Esto es bastante cierto cuando se trata de obreros y obreras jóvenes. Pero el matrimonio por interés está muy poco extendido entre los obreros de los países capitalistas. Sucede todo lo contrario en las capas medias y superiores de la sociedad soviética. Los nuevos grupos sociales se subordinan automáticamente al dominio de las relaciones personales. Los vicios engendrados por el poder y por el dinero alrededor de las relaciones sexuales, florecen en la burocracia soviética como si ésta tuviera el propósito de alcanzar a la burguesía de occidente.

En contradicción absoluta con la afirmación de *Pravda* que acabamos de citar, “el matrimonio soviético por interés” ha resucitado, la prensa soviética conviene en ello, sea por exceso de franqueza, sea por necesidad. La profesión, el salario, el empleo, el número de galones en la manga, adquieren un significado creciente, pues los problemas de calzado, pieles, alojamiento, baños y (sueño supremo) coche, se unen a él. La simple lucha por una vivienda une y desune en Moscú a no pocas parejas por año. El problema de los padres ha alcanzado una importancia excepcional. Es conveniente tener como suegro a un oficial o a un comunista influyente; y como suegra, a la hermana de un gran personaje. ¿Quién se asombrará? ¿Puede ser de otro modo?

La desunión y la destrucción de las familias soviéticas en las que el marido, miembro del partido, miembro activo del sindicato, oficial o administrador, se ha desarrollado y ha adquirido nuevos gustos, mientras que la mujer, oprimida por la familia, ha permanecido en su antiguo nivel, forma uno de los capítulos más dramáticos del libro de la sociedad soviética. El camino de dos generaciones de la burocracia soviética está señalado por las tragedias de las mujeres atrasadas y abandonadas. El mismo hecho se observa actualmente en la joven generación. Se encontrará, sin duda, más grosería y

crueledad en las esferas superiores de la burocracia, en las que los advenedizos poco cultivados, que creen que se les debe todo, forman un porcentaje elevado. Los archivos y las memorias revelarán un día verdaderos crímenes, cometidos contra las antiguas esposas y las mujeres en general por los predicadores de la moral familiar y de las “alegrías” obligatorias de la “maternidad”, inviolables ante la justicia.

No, la mujer soviética aún no es libre. La igualdad completa representa también muchas más ventajas para las mujeres de las capas superiores, que viven del trabajo burocrático, técnico, pedagógico, intelectual en general, que para las obreras y, especialmente, que para las campesinas. Mientras que la sociedad no esté capacitada para asumir las cargas materiales de la familia, la madre no puede desempeñar con éxito una función social, si no dispone de una esclava blanca, nodriza, cocinera, etc. De los cuarenta millones de familias que forman la población de la URSS, el 5%, puede que el 10%, basan directa o indirectamente su bienestar sobre el trabajo de esclavas domésticas. El número exacto de criadas en la URSS sería tan útil para apreciar, desde un punto de vista socialista, la situación de la mujer, como toda la legislación soviética, por progresista que ésta sea. Pero justamente por eso, la estadística oculta a las criadas en la rúbrica de obreras o “varios”.

La condición de la madre de familia, comunista respetada que tiene una sirvienta, un teléfono para hacer sus pedidos a los almacenes, un coche para desplazarse, etc., es poco similar a la de la obrera que recorre las tiendas, hace las comidas, lleva a sus hijos del jardín de infancia a la casa (cuando hay para ella un jardín de infancia). Ninguna etiqueta socialista puede ocultar este contraste social, no menos grande que el que distingue en todo país de occidente a la dama burguesa de la mujer proletaria.

La verdadera familia socialista, liberada por la sociedad de las pesadas y humillantes cargas cotidianas, no tendrá necesidad de ninguna reglamentación, y la simple idea de las leyes sobre el divorcio y el aborto no le parecerá mejor que el recuerdo de las zonas de tolerancia o de los sacrificios humanos. La legislación de octubre había dado un paso atrevido hacia ella. El estado atrasado del país, desde los puntos de vista económico y cultural, ha provocado una cruel reacción. La legislación termidoriana retrocede hacia los modelos burgueses, no sin cubrir su retirada con frases engañosas sobre la santidad de la “nueva” familia. La inconsistencia socialista se disimula aquí también bajo una respetabilidad hipócrita.

A los observadores sinceros les llama la atención, sobre todo en lo que se refiere a los niños, la contradicción entre los principios elevados y la triste realidad. Un hecho como el de recurrir a extremados rigores penales contra los niños abandonados, puede sugerir que el pensamiento de la legislación socialista a favor de la mujer y del niño no es más que una hipocresía. Los observadores del género opuesto se sienten seducidos por la amplitud y la generosidad del proyecto, que ha tomado forma de leyes y de órganos administrativos; ante las madres, las prostitutas y los niños abandonados a la miseria, estos optimistas se dicen que el aumento de las riquezas materiales dará, poco a poco, sangre y carne a las leyes socialistas. No es fácil decir cuál de estas dos maneras de pensar es más falsa y perjudicial. Hay que estar atacado de ceguera histórica para no ver la envergadura y la audacia del proyecto social, la importancia de las primeras fases de su realización, y las vastas posibilidades abiertas. Pero tampoco es posible dejar de indignarse por el optimismo pasivo y, en realidad, indiferente, de los que cierran los ojos ante el aumento de las contradicciones sociales, y se consuelan por medio de las perspectivas de un porvenir cuyas llaves se proponen respetuosamente dejar a la burocracia. ¡Como si la igualdad del hombre y de la mujer no se hubiera transformado, a los ojos de la burocracia, en la igualdad de la carencia de todo derecho! ¡Como si estuviera escrito que la burocracia no puede establecer un nuevo yugo, en vez de aportar libertad!

La historia nos enseña muchas cosas sobre la esclavización de la mujer por el hombre, sobre la de ambos por el explotador, y sobre los esfuerzos de los trabajadores que, tratando de sacudirse el yugo al precio de su sangre, en realidad no logran más que cambiar de cadenas. La historia, en definitiva, no dice otra cosa. Pero nos faltan ejemplos positivos sobre la manera de liberar efectivamente al niño, a la mujer y al hombre. Toda la experiencia del pasado es negativa, e inspira desconfianza a los trabajadores hacia los tutores privilegiados e incontrolados.

Edicions Internacionals Sedov
Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)*
 - *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
 - *04. Obres escollides de Lenin en català*
 - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *06. León Sedov: escritos*
 - *07.a Liga de los Comunistas*
 - *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
 - *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
 - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
 - *09.a. Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional*
 - *09.b. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
 - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
 - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)*
 - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
 - *14. Lenin: dos textos inéditos*
 - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
 - *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
 - *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano
(enlace desde imagen)

Alejandría Proletaria

